



MIREILLE CALMEL  
EL CANTO DE LAS BRUJAS I  
LA GRUTA DE MELUSINA

Lectulandia

Francia, 1483. La joven Algonde, hija de la gobernanta del château de Sassenage, ha caído en las aguas de un impetuoso torrente. Cuando todos la dan por muerta, reaparece sobre una roca, pálida y exánime. Asegura haber visto a Melusina, el hada con cola de pez que habita en una gruta. ¿Qué le ha dicho Melusina y por qué la ha devuelto a la vida? La joven se niega a revelarlo. Ahora conoce su destino... y luchará contra él con todas sus fuerzas.

**Lectulandia**

Mireille Calmel

# **La gruta de Melusina**

**El canto de las brujas - 01**

ePub r1.0

Titivillus 05.12.2017

Título original: *Le chant des sorcières*

Mireille Calmel, 2009

Traducción: Artur Jordá

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Michel Courjaud y Dan Chartier, que regresaron demasiado pronto al  
país de las hadas...

# Capítulo 1

—¡No, te he dicho que no! —exclamó airada Algonde a la vez que rechazaba las manos que Mathieu alargaba apresuradamente hacia su cintura.

—Sólo un besito, pues. Un besito chiquitín —insistió el hijo del panetero formando un redondel con los labios.

—¡Basta ya o te calmaré esas calenturas con la rodilla! —amenazó la jovencuela.

No bromeaba, y Mathieu se apartó de ella temiendo por su entrepierna. Se peleaban así desde la cuna y bien sabía de qué era capaz la bella mozuela, así que probó con otro talante. Se sentó con las piernas cruzadas sobre la paja de la vaca, que mugió en señal de desaprobación, mientras Algonde colocaba un taburete junto a su costado.

—No es hora de ordeñar —se burló él—. Con la tormenta que se avecina, se te agriará la leche.

—¿Y tú qué sabes de esas cosas?

—Lo sabe cualquiera... Me apuesto lo que quieras a que ha sido Marthe quien te lo ha pedido.

Algonde se encogió de hombros. Odiaba a aquella camarera que Sus Señorías llevaban en su séquito cuando se instalaban en el castillo. Marthe se lo pagaba con la misma moneda, pues no perdía ocasión de atosigarla. De hecho, Marthe se había arrogado los derechos de una dama de compañía, sin que doña Sidonie o el barón Jacques, considerado como uno de los más poderosos señores del Delfinado, la desautorizaran. Aún peor, fuera lo que fuese lo que hiciera o dijese su camarera, doña Sidonie siempre la disculpaba. Desde hacía tiempo, Gersende, madre de Algonde e intendenta de la casa, había acabado por aceptarlo. Algonde, por su parte, sufría aquella injusticia y de buena gana hubiera estrangulado a aquella pécora tan fea Como malvada.

—¿Y si nos hacemos novios? —dijo Mathieu para interrumpir su amarga reflexión, cortándola en seco.

Algonde inmovilizó sus dedos en las ubres e interrumpió el ritmo alternativo de los chorros que caían en cascada en el bote. Volvió la cabeza hacia él. Tumbado sobre un costado, sosteniendo alzado el busto apoyado en el codo doblado, con una brizna de paja en la comisura de los labios y con mirada picara, el jovencuelo parecía satisfecho de haber conseguido distraerla.

—¿Novios, tú y yo? —se burló ella con un mohín de disgusto para disimular su emoción.

El corazón le dolió dentro de su pecho por no poderlo siquiera considerar.

—¿Y por qué no? Ya rondamos los quince años, soy un buen partido y un mozo apuesto...

—Y también modesto, no lo olvidemos —añadió ella a la vez que reanudaba su tarea.

Si no se apresuraba, Marthe se escudaría en su retraso para hacer que la castigaran. Y no quería darle ese gusto. Aunque Jacques de Sassenage tenía plena confianza en su intendenta y no prestaba oídos a las recriminaciones de Marthe acerca de Algonde, la jovenzuela se mantenía en guardia cada vez que se alojaban en el castillo. Presentía que algún secreto unía a doña Sidonie y a su camarera.

—¿Antes te morderías la lengua, verdad?

Algonde se sobresaltó, sumida en sus cavilaciones. Mathieu volvía al ataque.

—¿Antes de qué me mordería la lengua? —repitió Algonde.

—¡Ante de confesar que te gusto, pardiez!

—¿Sabes qué me gustaría? ¡Que te fueras a tu amasadero! ¿Acaso no oyes las voces de tu padre que te busca?

Algonde juzgó que ya había ordeñado suficiente leche para satisfacer el capricho de Marthe de untar con ella el rostro de doña Sidonie y dio por terminada aquella conversación. Apartó el taburete para tapar el recipiente. Al verla dispuesta a marcharse, Mathieu escupió la brizna que había mascado, estiró sus largas piernas y se puso en pie con desenvoltura, con los calzones cubiertos de paja.

—Sabes, a fuerza de ser rechazado, podría acabar enamoriscándome de otra —amenazó al tiempo que se sacudía el trasero.

—¡No caerá esa breva! —le retó Algonde, sosteniendo en una mano el asa del bote mientras con la otra se echaba hacia delante su larga trenza de color castaño sobre el corsé en el que despuntaban dos bellas turgencias.

Su cintura delgada, aprisionada por la pretina del delantal, se sumaba a su delicado porte. Pero su mayor encanto era la dulzura de su rostro, en el que la boca delicadamente pespunteada contrastaba con la picardía de una mirada gris y verde. Era de lejos la jovencita más atractiva de la casa.

Mathieu se resintió de aquella reacción, pero lo disimuló. Era de carácter jaranero y no soportaba ver a Algonde apenada. Y, sin embargo, no había renunciado a su proyecto. Abrazó el cuello de la vaca y clavó su mirada esmeralda en los inexpresivos ojos del animal.

—Dile, Blanquita...

Aquella cómica situación por fin hizo reír a Algonde. Le era muy difícil mantenerse serio mucho rato con aquel pillastre. Si no la estuvieran esperando. Si...

—Os deseo mucha felicidad —concluyó ella, dándose la vuelta.

Era inútil. En tres zancadas, Mathieu la atrapó a la puerta del establo, mientras Blanquita mugía a sus espaldas.

—Por lo menos ella se desespera cuando la abandono...

—No es desesperación, sino consternación.

A la vista de que aquel día no conseguiría nada, Mathieu renunció y de una vengativa patada hizo salir disparada una piedra que se hallaba en el portal del establo y que fue a dar, rebotando, más lejos.

Uno junto al otro, los jóvenes salieron al patio del castillo y pasaron frente a las

caballerizas donde el palafrenero cepillaba los caballos que rascaban con los cascos en sus establos, agitaban las cabezas y resoplaban ruidosamente por los ollares a pesar de las caricias y los cuidados que les prodigaban.

Mathieu alzó la frente. Hacía poco que había sonado la sexta.

El cielo era bajo y oscuro, y el calor, bochornoso. Amenazaba tormenta y, a todas luces, se preveía violenta. A unos pasos de ellos, los mazazos repetidos del herrero sobre el yunque despedían chorros de chispas. De costumbre, Jeannot les obsequiaba con una bromita cuando les veía acaramelados. Esa vez, estaba tan concentrado en su labor que ni siquiera les vio pasar. Aquel primero de agosto del año de gracia de 1483, debido tal vez a la amenaza de tormenta o a la presencia de doña Sidonie y del barón Jacques, en Sassenage reinaba una tensión inusual. Mathieu no se dio por vencido.

—¿De verdad viste a Melusina? —preguntó cuándo llegaron a la escalera de entrada al torreón desde el que se accedía al castillo, de una austeridad inalterable desde hacía siglos.

—Ya sabes que sí —replicó Algonde bajando el tono de su voz.

—No, no lo sé. Yo no estuve bajo la montaña.

—Aparte de mí, no estuvo nadie más, así que de una vez por todas, Mathieu, no me vengas con esa historia.

—A sus órdenes, princesa... —Se inclinó para hacer una reverencia— por hoy... —añadió antes de marcharse corriendo prorrumpiendo en una gran carcajada.

Entre la exasperación y la tristeza, Algonde lo vio doblar la esquina del imponente edificio y desaparecer para volver a la panetería, en las murallas interiores del patio, donde también estaban la forja, las caballerizas, la capilla y los aposentos de la servidumbre. Cada día la misma pregunta, cada día la misma respuesta. Ella no podía darle otra respuesta...

Algonde entró en el torreón por la puerta abovedada. La comarca estaba en paz desde hacía mucho tiempo y los soldados jugaban a los dados en el cuerpo de guardia. La mayoría de ellos, ya de cierta edad, habían visto crecer a la jovencuela y a Mathieu, el hijo del panetero. El barón Jacques no había juzgado oportuno aumentar sus filas con otros hombres más jóvenes, pues estimaba que ya eran suficientes para garantizar la seguridad en los alrededores del castillo. Confiaba en la escolta compuesta por una treintena de hombres que sire Dumas, el jefe de los mismos, fiel a su servicio desde hacía diez años, capitaneaba con eficacia para protegerle en sus viajes.

Todo el mundo apreciaba a Algonde, amable y generosa por naturaleza, al igual que a su madre. Recompensó con una sonrisa amistosa a los soldados que, a su paso, alzaron la vista de su juego. Sire Dumas, con una espesa barba hasta sus orejas de soplillo, se hallaba entre ellos.

—¿Es maese Janisse quien te hace trabajar así? —se sorprendió al descubrir su carga.

—Vergüenza le daría —respondió ella arrugando su nariz picarona.

Si el jefe de cocina supiera la receta que Marthe se había inventado, se le habría calentado la sangre.

—Mira que mandarte a ordeñar a estas horas y con este tiempo, me decía yo... sólo me imagino a esa...

—Marthe... —terminó Algonde alzando la vista al cielo.

Dumas escupió sobre las losas.

—Carroña...

—Eso es lo que es... —refunfuñó uno de los soldados—, con el debido respeto a usted, señorita Algonde...

—Habría que arremangarle la falda para alegrarle el carácter, pero no veo quién de nosotros le hará el favor —se burló otro mientras hacía rodar los dados en su mano, aguardando el momento de arrojarlos sobre la mesa.

—Cierra tu bocaza delante de la chiquilla —le ordenó Dumas dándole un codazo. El hombre rió.

—Pues mira que la cría ha crecido... ¡No hay más que ver a Mathieu! ¡Ése sí que sabe lo que es bueno!

Lanzó los dados y obligó a sus compañeros a seguir el movimiento de los mismos. Se detuvieron en un dos. Maldijo. Y resonaron las risotadas de los otros.

—Apresúrate, pues —aconsejó el jefe de la escolta a la jovencuela.

Ella asintió con la cabeza y les dejó enfrascados en su partida para dirigirse al cuerpo de viviendas.

El edificio, cuadrado y coronado por cuatro torrecillas unidas al torreón por una crujía, se alzaba en el centro del patio interior. En los laterales del patio se hallaban a un lado la panetería regentada y habitada en su anexo por el padre de Mathieu y al otro el establo y las caballerizas contiguas a la forja del herrador. La capilla en la que oficiaba el padre Vincent y los aposentos de la servidumbre se hallaban frente a frente cerca de las torres de la puerta. Algonde y su madre disponían de un pequeño apartamento en el segundo piso del torreón, unido al cuerpo de viviendas por el descansillo de la escalera de caracol. Los guardias, al igual que la escolta de sire Dumas, se alojaban en el patio exterior, cerca de la torre de guardia oeste, mientras que la halconería se hallaba al otro lado, a la sombra de los acantilados del Vercors. Enclavado en la colina de Côtes, al pie de las montañas, el castillo no había cambiado desde su construcción unos siglos antes. Desde el puente levadizo, protegido por dos torres, arrancaba un camino que a la mitad se bifurcaba para dirigirse a la derecha al molino y a la izquierda al pueblo y, de allí, a Grenoble. Más abajo, al este, el río Furon, serpenteando entre gargantas, desembocaba en el Isère, que se divisaba desde las crujías del viejo castillo.

Algonde tomó la escalera de caracol de una de las torrecillas cuadradas y dejó, en el sótano, la bodega y la fresquera; luego, en el primer piso, la cocina, territorio de maese Janisse y, en el segundo piso, la sala del homenaje. El tercer piso estaba

reservado a doña Sidonie y a su familia. Sus Señorías disponían allí de una habitación flanqueada por letrinas con asiento, que se vaciaban a diario, de un rincón para el aseo y de otro para el lecho de Marthe. Contigua a esa estancia había otra donde comían, leían, cosían, bordaban y en la que el barón Jacques le tocaba el arpa y la cítara a doña Sidonie.

Algonde se detuvo frente a la puerta de esa sala y llamó. Como esperaba, Marthe apareció en el resquicio.

—¿Qué quieres? —le espetó.

Anormalmente alta y maciza para ser una mujer, la camarera de doña Sidonie tenía unos dedos nudosos de cuyos extremos surgían unas uñas largas y curvadas, y una frente alta y ancha, coronada por un bulto sobre unos arcos superciliares sobresalientes y generosos. Con sus ojos hundidos profundamente en unas órbitas huecas y negras, la nariz ganchuda y afilada, la piel granujienta y seca pegada a su rostro huesudo sobre el que la antorcha clavada en el muro proyectaba sombras oscilantes. Marthe parecía salida directamente del infierno.

—Le traigo la leche que me ha pedido —respondió Algonde con tanto asco como deseos de pegarle un mordisco.

La camarera salió de la estancia, cerró la puerta, avanzó unos pasos y, dando la espalda a la escalera, ambas se quedaron solas en el descansillo.

—¿Es fresca? —gruñó a la vez que le arrancaba el recipiente.

—Acabo de ordeñarla —se obligó a responder Algonde.

«¡Carroña!», pensó Algonde mientras la camarera destapaba el recipiente y aproximaba el líquido a su nariz.

—¿Acaso te mofas de mí? ¡Está agria! —Escupió a la vez que le arrojaba la leche a la cara.

Algonde lanzó un grito de sorpresa y de ira mientras la leche se le escurría desde la cara al pecho.

—¡Mala! ¡Mala! Sabías que con la tormenta se agriaría —rugió la jovencuela ante tan flagrante injusticia.

Se lanzó hacia delante para agarrarla, pero Marthe, más viva de lo que pensaba, se echó a un lado, con una risotada aguda.

Algonde vio el vacío ante ella. Demasiado tarde. Rodó por las escaleras y se golpeó dolorosamente el brazo contra el ángulo de la pared, allí donde giraba la escalera.

—¡Vete a quejar a tu madre! —le soltó la camarera, que se había aproximado a ella—. Tengo más poder sobre Sidonie del que tendréis en vuestra vida...

Y tras decir eso, se dio la vuelta y dejó a la jovencuela frotándose el hombro, con la mirada brillante por las lágrimas de su odio. Antes de entrar de nuevo en la estancia de su señora, Marthe dio una patada al recipiente de la leche con la punta del zapato. Fue a dar a los pies de Algonde a la vez que recibía la orden de limpiar aquello.

Oyó cómo se cerraba la puerta. A la luz de la antorcha de la pared, que había evitado de milagro, se dio cuenta de que tenía manchas de sangre en la manga. Se había arañado contra un saliente de la piedra. Su trenza, sus mejillas y su ropa apestaban a cuajo de leche.

Humillada, se quedó allí unos minutos hasta digerir su resentimiento y, cuando se disponía a descender a su apartamento para lavarse y vestirse, reconoció la voz del barón en el piso de abajo. Indicaba a Gersende que podía hacer servir la cena.

Para evitar que se riera de su vestimenta y la castigara por su torpeza, la jovenzuela se quitó rápidamente los zapatos, recogió el bote, se arrodilló en el descansillo y limpió el suelo con su falda. Acto seguido, subió las escaleras que llevaban por un lado a la terraza del castillo, en el ala del cuerpo de viviendas, y por el otro al piso tapiado del torreón. Debajo de ella, el barón llegaba a su habitación. Como sabía que habría idas y venidas para servirle los platos, Algonde juzgó más prudente aguardar.

Pasó bajo el porche de piedra ornado en el frontón con una mujer serpiente y se pegó sin miedo a la puerta tapiada que clausuraba la habitación maldita. ¡Melusina, que antaño residiera allí, no se lo echaría en cara!

Le dio una risita nerviosa. En cierta medida, el hada la había salvado de nuevo.

Dos semanas antes, Mathieu fue a decirle que se había visto una trucha enorme en las Cubas del Furon. Se moría de impaciencia por pescarla. Acabadas sus tareas, Algonde le siguió. Con el mismo gesto repetido desde su infancia, lanzaron sus anzuelos. Pronto, sin embargo, la jovenzuela tuvo que rendirse ante la evidencia de que Mathieu se había servido de aquel pretexto para estar a solas con ella y hablarle de amor. Ella también le amaba, con todas sus fuerzas y de todo corazón, y nada le gustaría más que ser su esposa. Pero no soportaba que la engañaran y se enfadó cuando él finalmente confesó que la trucha no era más que un gobio y tan pequeño como el que estaba clavado en su anzuelo. Decidió regresar. El Furon, en aquel lugar, se hallaba a más de media hora andando del castillo. Desde siempre, las gentes lo evitaban pues según la leyenda allí vivía Melusina y era peligroso provocarla.

El jovenzuelo, herido en su orgullo por haber sido rechazado, fingió que seguía pescando. Algonde ascendió el abrupto talud, entre el estrépito del torrente que, tras una balsa natural, desaparecía bajo las rocas al pie del acantilado. Bajo sus pasos, una piedra se desprendió y Algonde cayó rodando por la pendiente hasta el estanque. Sin poder hacer pie, la corriente la arrastró en unos segundos ante la mirada desesperada de Mathieu. Algonde se vio ya perdida, se ahogaba, arrastrada hacia los meandros de aguas oscuras, cuando súbitamente sintió que la agarraban de la cintura. Emergió semiconsciente en una cueva subterránea, abrazada a un cuerpo de mujer viscoso y frío y cuya cintura se prolongaba con una cola de serpiente marina: Melusina.

Incapaz de resignarse a haber perdido a Algonde, Mathieu, llorando a lágrima viva, cayó de rodillas junto al río. Unos minutos más tarde, que se le hicieron eternos,

la vio resurgir como si la hubieran propulsado fuera del agua. Se lanzó al río y la arrastró a la orilla, helada pero aún viva. Algonde se acurrucó entre sus brazos y le confió que se había salvado gracias al hada pero que debía guardar el secreto.

Al llegar la noche, la jovencuela le dijo lo mismo a su madre. Algonde hubiera querido compartir con ella la desagradable impresión que sobre su piel había causado aquel contacto inhumano, así como su sorpresa ante lo acontecido después, pero al contrario de Mathieu, Gersende no quiso saber más. La intendenta del castillo de Sassenage simplemente asintió con la cabeza antes de cambiar de tema.

Fue sólo al día siguiente cuando Algonde recordó el juramento que le había hecho al hada. A partir de aquel momento, su vida dio un vuelco.

Aunque le partiera el corazón, debía asumirlo: ya no estaba destinada a Mathieu, sino a otro.

## Capítulo 2

El barón Jacques de Sassenage había enviudado hacía cinco años. Con el fin de cumplir las últimas voluntades de Jeanne de Commiers, su esposa, envió a sus hijos mayores como pajes a casa de una de sus primas y confió a tres de sus hijas a la custodia de la abadía de Saint-Just-de-Claix, a unas leguas de su residencia principal de La Bâtie en Royans. Sólo tenía consigo a su hija pequeña, al cuidado de un ama de cría desde la muerte de su madre.

A pesar de sus cincuenta años, Jacques de Sassenage era un hombre apuesto. Con su gran estatura y altanería, su cabello gris, sus labios finos pero tan golosos como sus ojos y su frente y sus pómulos altos a pesar de sus rasgos castigados, aún atraía las miradas. Unos meses después de la muerte de su esposa Jeanne, Sidonie le visitó en La Bâtie. Su sobrina, de cuerpo tan armonioso como su rostro enmarcado por hermosos mechones dorados, con ojos de color avellana y unos labios de carmín natural, tenía mala reputación. Viuda de un viejo noble de baja alcurnia desabrido y arruinado, Sidonie tuvo tantos amantes durante su matrimonio que los rumores decían que sus tres hijos eran ilegítimos. Jacques nunca había prestado oídos a aquellas habladurías. A lo largo de sus encuentros, él se apegó a su alegría de vivir y Sidonie acabó cediendo a sus avances a cambio de la promesa de que se casaría con ella cuando estuviera dispuesto. Los años habían pasado, sin embargo, sin que él cumpliera su promesa. El recuerdo de Jeanne le obsesionaba. Sidonie no le había exigido nada, menos aún puesto que Jacques sentía gran afecto por Enguerrand, el menor de sus hijos que pronto cumpliría diecisiete años.

A principios de julio de aquel año de 1483, Jacques quiso rehacer la decoración de sus habitaciones en La Bâtie. Sidonie y él fueron a instalarse a Sassenage mientras se llevaban a cabo las obras, puesto que el barón también había encargado que se ampliara otra casa solariega de su propiedad, la de la Rochette, en el camino a Grenoble. Y esa casa solariega pensaba obsequiársela a Enguerrand.

Para comprobar el avance de las obras, la hermosa y soleada mañana del 2 de agosto se apearon en el patio interior de aquella morada modesta pero con encanto situada apenas a una legua del castillo de Sassenage.

Frente a la puerta que cerraba la muralla de la Rochette había dos torres unidas entre ellas por un amplio edificio de dos plantas. La más alta estaba Banqueada por una escalera doble de unos quince escalones, desde la que el maestro de obras, un gigante con la hechura de un leñador, descendió para inclinarse con deferencia ante ellos.

—Buenos días tengan, mis señores.

—Buenos días tengáis, maese Dreux.

—Vuestra visita es un gran honor para mí. Si tenéis la bondad de acompañarme —les invitó antes de adelantárseles y encaminarse hacia la escalinata de entrada.

El interior del edificio se hallaba en obras. Las paredes estaban cubiertas de cal en

algunos lugares mientras que otros aún eran de piedra vista y los obreros estaban encalándolas. Más allá, serraban un madero sostenido sobre caballetes. Allí, encaramado a una escalera, un carpintero lijaba una viga. En la pequeña capilla, un maestro vidriero remataba la colocación de una vidriera. A su paso, el trabajo se paralizaba y los obreros se apresuraban a saludarles. El barón se detenía ante cada uno de ellos y les preguntaba por sus hijos, felicitaba a uno, animaba a otro, tan satisfecho de los comentarios de maese Dreux como del propio trabajo realizado.

Durante más de una hora, pasaron así de estancia en estancia hasta llegar a la sala del homenaje, en la segunda planta de la gran torre rectangular. Maese Dreux se detuvo frente a una gran chimenea en cuyo manto figuraba una escultura en piedra de Melusina, con la cola enroscada alrededor de una espada.

—Las obras estarán acabadas dentro de un mes, como ya está terminada esta sala —afirmó, orgulloso de poder mostrar los acabados.

Sidonie se aseguró de que no hubiera ningún obrero a la vista.

—¿Y el subterráneo? —preguntó.

El maestro de obras adoptó un semblante de preocupación.

—Unos canteros de Valence excavaron hasta aquí, tomando como punto de partida el lugar del bosque que me indicasteis, pero no han podido llegar hasta donde deseabais puesto que la roca sobre ellos era demasiado dura. Así que me las he ingeniado... —explicó el hombre mientras se aproximaba al hogar.

Pulsó el ojo de Melusina y se apartó. Girando sobre su eje sin más ruido que un ligero rozamiento, apareció una puerta oculta en la prolongación de la pared.

—Es una crujía interior, que permite unir esta sala a la otra estancia desde donde arranca el subterráneo —explicó maese Dreux orgulloso.

Sidonie se aproximó al umbral mientras el hombre, para iluminarla, se hacía con un farolillo que reposaba sobre un dintel.

—¿No nos asfixiaremos? —preguntó el barón.

—El aire circula a través de unas hendiduras en la base y la parte alta de los muros exteriores. También abriré unas mirillas a la altura de los ojos en cuanto terminen las obras. Ocultas tras un tapiz, permitirán ver y escuchar.

—Maese Dreux, os felicito —le cumplimentó Sidonie, con sinceridad.

Halagado, el hombre se lo agradeció con una reverencia antes de adentrarse en el pasadizo e iluminarles el camino con el farol.

Unos minutos más tarde, llegaron a una pequeña sala cerrada desde dentro que Sidonie no recordaba haber visitado antes. Dos caballetes situados cerca de la ventana sostenían una tabla sobre la que había extendido, un plano de la residencia junto a otros planos enroscados, plumas, tinteros y un candelabro.

—Mi despacho. Nadie puede entrar —anunció maese Dreux, encantado de su estratagema para ahuyentar a los visitantes no deseados.

—¿El subterráneo arranca de la chimenea? —preguntó Sidonie aproximándose a ésta, esculpida de igual manera que la otra.

—Ya no es necesario, Su Señoría. La crujía por la que hemos pasado basta. Prosigue con un tramo de escaleras. Pero antes quería enseñarles dónde nos hallamos.

Se dirigió hacia la ventana y la abrió de par en par. Frente a ellos, el palomar mostraba su armazón de madera. Se hallaban en la segunda torre, más modesta y cuadrada.

—¡Es un trabajo excelente! —Se entusiasmó Sidonie—. No me he dado cuenta de que recorriamos tanto camino y con tanta facilidad. ¡Maese Dreux, os felicito!

El hombre enrojeció ante tanto halago.

—Vayamos ahora a ver lo que me encargasteis —dijo, y pulsó de nuevo el ojo de Melusina para abrir el pasadizo.

Unos instantes más tarde, tras bajar las escaleras, desembocaron en una galería estrecha que descendía en una suave pendiente. Iluminados por el farol, avanzaron para contemplar el trabajo de los canteros.

—Al excavar descubrieron un pequeño lago en una gruta natural a trescientos codos de aquí. Dado que no son de la región, no podían saber lo del hada... Y yo no osé molestarla... Igual podría ser su guarida, nunca se sabe.

—Volvamos arriba —exigió de repente Sidonie, dando media vuelta.

Aunque aquellas prisas le sorprendieron, el barón se amoldó a la decisión. Maese Dreux abrió camino, visiblemente aliviado. Cuando llegaron de nuevo a la sala del homenaje, Sidonie rebuscó en la bolsa que colgaba de su cintura y extrajo tres monedas de oro que entregó al maestro de obras.

—¡Es demasiado! —exclamó sorprendido y con honestidad.

—No hagáis cumplidos. Habéis dado prueba de iniciativa y de ingenio, dos cualidades que tengo en gran estima. Ya sólo os pediré una cosa, y es que no volváis a bajar al subterráneo. Nunca. ¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo, Su Señoría —afirmó el hombre mientras se embolsaba su recompensa, antes de acompañarles hasta el patio y mirar fijamente al palafrenero.

El barón Jacques respetó el silencio de su amada mientras atravesaban la cortina boscosa que rodeaba la casa solariega, con la escolta a cierta distancia. Sentía que estaba inquieta. Con los caballos al paso, llegaron al cruce de caminos que por un lado se dirigía a Grenoble y por el otro a Sassenage. Uno junto al otro, tomaron este último. Sin poder reprimirse más, volvió la cabeza hacia ella y le hizo la pregunta que ardía en su interior:

—¿Me diréis qué tormento os desfigura el rostro?

—Os burlaríais de mí.

—¿Y si os prometo lo contrario? —insistió con una sonrisa embaucadora.

Sidonie aún dudó un instante, el tiempo en que se cruzaron con un carro tirado por bueyes cargado de toneles de vino. El cochero iba a entregarlos a maese Dreux para calmar la sed de los obreros. Sidonie respondió con un gesto de la cabeza al saludo y espoleó a su montura. Delante de ellos, el camino estaba desierto. El barón se situó de nuevo a la altura del cuello del caballo y así cabalgaron durante unos

segundos.

—Esa galería me la reclamó la misma Melusina —dijo ella con un suspiro.

—¿Melusina?

—Melusina —repitió Sidonie.

—¿El hada con la que se casó mi antepasado Raymondin y a la que sorprendió en el baño convertida en mujer serpiente?

—No conozco a otra.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Y por qué querría Melusina un subterráneo en la Rochette?

—Lo ignoro, pero me insistió en ello cuando me visitó.

—¿A orillas del Furon?

—En sueños...

Tomándose a broma, el barón se echó a reír. Sidonie le miró entristecida.

—Sabía que no me creeríais.

—Por supuesto, os creo, amada mía, sólo que me hace reír veros preocupada por un sueño como si se tratara de la realidad.

—¿Y si a veces ambos se entremezclaran?

—Eso sería arte de brujería —concluyó el barón.

—Pues entonces deberéis aceptar que yo sea una bruja al servicio de un hada, puesto que en ese sueño Melusina se echaba a llorar al ver que me resistía a ella. Emocionada, le enjuagué la mejilla y en la mano me quedó una piedra translúcida en forma de lágrima.

—Como reza la leyenda...

Sidonie rebuscó en la bolsa que llevaba colgada de la cintura y de ella extrajo el puño cerrado.

—En ese caso, ¿podríais explicarme por qué tenía esto en mi mano al despertar?

Abrió el puño ante los ojos desorbitados del barón.

La lágrima de Melusina centelleaba como un pequeño diamante bajo el sol ardiente de la mañana.

## Capítulo 3

Laurent de Beaumont sólo tuvo tiempo de llevarse el arma a la cara para detener el golpe mortal que le asestó Philibert de Montoisson. Las hojas de sus espadas entrechocaron de nuevo con un estruendo que ahogó el rugido de un trueno. Un rayo desgarró la techumbre negra como el carbón de los cúmulos agolpados sobre los cerros de Saint-Just-de-Claix y fulminó la copa de un roble en el bosque cercano.

Laurent de Beaumont se hizo a un lado y tras una finta se lanzó al frente aprovechando el ligero desequilibrio de su adversario sobre el firme irregular. Recuperó la ventaja pero se dio cuenta de que no era más que una añagaza.

Philibert de Montoisson se puso de nuevo en guardia y se le encaró:

—¡Ríndete! —le espetó.

—¡Antes la muerte! —gruñó Laurent de Beaumont, y se lanzó de nuevo al combate.

El agobiante calor de aquel mes de agosto de 1483 les volvía aún más agresivos a pesar de que sus cuerpos flaquearan insidiosamente. Laurent de Beaumont lo sentía con el choque del metal que repercutía ya hasta en sus piernas y le taladraba las muñecas. No tardaría en desplomarse.

«¿Rendirse? —decidió—. ¡Acabemos como un valiente!».

Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, se lanzó sobre Philibert de Montoisson con la punta de la espada al frente.

Philippine de Sassenage contuvo un grito de espanto al verlos tan cerca el uno del otro como si fueran a ensartarse al unísono.

—¡Esto acabará mal! —exclamó sor Aymonette con un hilo de voz.

Había llegado a la misma conclusión que la hija mayor del barón Jacques de Sassenage y, en su desesperación, se retorció las manos. De nada habían servido sus oraciones ininterrumpidas desde que ambos hombres se enzarzaran en el combate.

—Tenemos que hacer algo —gimió Philippine, volviéndose hacia la abadesa que, rígida y digna, permanecía a su lado.

Esta última le dirigió una mirada fría.

—¿No habéis hecho ya suficiente?

Los ojos de Philippine se humedecieron y, empero, trató de no bajar la mirada.

—Os lo suplico, madre —insistió.

En un gesto impulsivo, la abadesa se enjugó con el reverso de la mano la gota gruesa que acababa de estrellarse contra su rostro poco agraciado.

—Empieza a llover —dijo—. Os ordeno que regreséis.

—Se trata de mi sobrino, señora... —le recordó sor Aymonette. Su voz temblaba.

A un centenar de metros de aquellas tres mujeres, los cuerpos de Laurent de Beaumont y de Philibert de Montoisson yacían boca abajo sobre la hierba que habían pisoteado.

La reverenda madre alzó el mentón. Aquel asunto la contrariaba sobremanera y, sin embargo, no podía permitir que aquellos dos hombres agonizaran frente a su puerta.

—Lapogne y Lardeau se encargarán de ellos —decidió la abadesa, y dio la espalda al trágico espectáculo y se encaminó hacia el rastrillo alzado de aquella antigua fortaleza.

Frente al pórtico, las otras monjas allí reunidas no se habían perdido detalle de la escena y, al ver que la abadesa avanzaba hacia ellas, todas volvieron a sus quehaceres. Sor Aymonette, aliviada al saber que los dos conversos trasladarían a los duelistas al hospicio, la siguió con su paso claudicante.

Por su parte, Philippine no lograba apartar la vista de los moribundos. A su sentimiento de culpabilidad vino a añadirse el grito de la abadesa por encima de su hombro:

—Dejad de mortificaros con esa mórbida contemplación y aguardadme en mi despacho... ¡Inmediatamente!

La tormenta se abatió con violencia sobre la abadía de Saint-Just-de-Claix mientras la jovencuela franqueaba el umbral tras sus mayores, con los hombros vencidos por el peso de su desamparo.

Todo comenzó una semana antes, cuando a Philippine se le encomendó la tarea de limpiar de hierbajos el huerto de plantas aromáticas. La vida monástica se le hacía pesada, aun aliviada gracias a las derogaciones consentidas a las de su rango.

Sor Albrante, la enfermera, con quien mejor se entendía la doncella, le había dicho que en la abadía todas esperaban verla pronunciar sus votos.

Pero Philippine no tenía deseo alguno de abrazar el noviciado. A sus catorce años, tenía sentimientos incompatibles con la consagración a la fe. Estaba enamorada de la idea del amor. Uno de los tres conversos a los que se permitía acceder a la abadía para encargarse del mantenimiento había llamado su atención. Una vez acabados los estudios de los que se beneficiaba, Philippine no hacía más que espíarle, embriagada por la emoción que aquella espera le procuraba.

Aquel día, acucillada en el huerto de plantas medicinales, mientras desbrozaba una mata de *Althaea officinalis* de la grama que la parasitaba, una voz masculina desconocida le hizo alzar la cabeza.

Curiosa por naturaleza, se detuvo para juzgar al visitante que deambulaba junto a sor Aymonette, responsable del coro de la comunidad. De unos veinte años de edad, con una frente despejada y altiva, el mozo desprendía una jovialidad que iluminaba sus rasgos refinados y Philippine decidió poner a prueba de inmediato su poder de seducción. Se puso en pie, se limpió las manos con la falda, se ajustó la toca y simuló un ataque de tos para atraer su atención. Como había previsto, los paseantes se detuvieron y se volvieron hacia ella.

Con una sola mirada, Laurent de Beaumont se encendió. Desde entonces,

descuidando a su tía Aymonette a la que visitaba a diario, el joven señor, paje del primogénito del rey Luis XI, mostraba un celo ardiente hacia Philippine. Y, sin embargo, aunque la jovencuela estaba encantada por tan asiduo cortejo, pronto no tuvo más remedio que admitir a su pesar que Laurent de Beaumont no la nublabo tanto como hubiera esperado.

El azar, pernicioso, quiso que otro visitante se anunciara unos días después a las puertas de la abadía real y solicitara hospitalidad. El hombre, de tenebrosa cuarentena acentuada por un mentón con un hoyuelo y unos ojos negros en forma de almendra, era caballero de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén y allegado del gran prior de Auvernia, Guy de Blanchefort. A pesar de ser religioso, nada más cruzarse con Philippine se sintió atraído por ella y comenzó a cortejarla so pretexto de que podía romper sus votos puesto que su hermano mayor acababa de fallecer sin descendencia.

Aquel día, Philippine se hallaba en su compañía en el huerto, riendo alguna frase ingeniosa, cuando Laurent de Beaumont los sorprendió. Ambos hombres se conocían y visiblemente no se tenían demasiado aprecio.

Philippine se sintió henchida de orgullo al leer en sus rostros cómo se la disputaban. No amaba apasionadamente a ninguno de los dos, pero los encontraba atractivos y disfrutaba de la compañía de ambos. Poco importaba, pues, a cuál de ellos le eligiera como esposo su padre. Asiéndolos a ambos de los brazos, los condujo bajo los frondosos manzanos, tomándose por un momento por una de aquellas damas de antaño que suspiraban por amor.

—¡Qué lástima —dijo, melindrosa— que nos hallemos en esta fortaleza! En cuanto salga de ella, pediré a mi padre que organice un torneo para desempataros, puesto que entre vos, Laurent, a quien mis ojos vieron primero, o vos, Philibert, que tan pronto los cautivasteis, ya no puedo decidir.

—¿Y por qué deberíamos esperar? —respondió Laurent de Beaumont, quedándose inmóvil y forzando a los demás a hacer lo mismo.

Philibert de Montoisson soltó el brazo de Philippine y se encaró a su rival.

—Salgamos —sugirió, llevándose la mano al pomo de su espada.

—Por favor, señores —Philippine trató de apaciguarlos, pestañeando exageradamente—, ¿acaso estáis hablando en serio?

Por toda respuesta, se inclinaron ante ella. Philibert de Montoisson se alzó el primero:

—Hacednos el favor de arbitrar este duelo, señora...

Philippine ya no se divertía.

—Os estáis burlando de mí, ¿no es cierto?

—Por amor a vos y a ninguna otra nunca jamás —proclamó Laurent de Beaumont, con la mano derecha sobre el corazón.

No pudo retenerlos. Dejándola allí plantada, uno junto al otro abandonaron el jardín en silencio, cruzaron el huerto en el que había varias monjas y salieron por una

de las antiguas torres de vigilancia.

La incredulidad dio paso a la angustia. Philippine se arremangó la falda y corrió a pedir ayuda a la madre superiora en el antiguo torreón reformado. No necesitó demasiadas palabras. La abadesa, desde la ventana de su despacho, siguió con la mirada los pasos de los dos visitantes y por el aspecto de los mismos comprendió de qué se trataba.

—Id a avisar de inmediato a sor Aymonette —le ordenó secamente.

—¿Les impediréis que se batan, verdad?

—Sabed que no hay nada más obtuso que dos hombres heridos en su orgullo, hija mía. Rezar es todo cuanto podemos hacer por ellos...

Philippine salió de allí sin aliento y aterrorizada, y aún lo estuvo más cuando bajo las altas murallas almenadas oyó el entrechocar de sus espadas.

El diluvio que en aquel momento se abatía sobre la comarca de Royan sumió la abadía de Saint-Just-de-Claix en unas precoces tinieblas. Philippine, que no se atrevía a encender la vela para no irritar aún más a la abadesa con su iniciativa, dispuso sus manos en visera contra la ventana de la antecámara donde aguardaba. Su mirada desesperada inspeccionaba la cortina de lluvia tras el cristal empañado por su aliento. La jovenzuela lo frotó con la manga y retomó su postura en una última y muda plegaria. Frente a ella, Philippine alcanzó a ver a sor Albrante, la enfermera de la comunidad, inclinada sobre los duelistas al otro lado del patio interior. Se negaba a creer que hubieran muerto. Esa idea se había apoderado de ella en dos ocasiones a lo largo de aquellos minutos que se desgranaban en la picota de su soledad. Se le cortaba la respiración, hipaba, se ahogaba presa del pánico, le temblaba todo el cuerpo y el vértigo la obligaba a agacharse, con la frente contra el muro de piedra. Tuvo que sacar fuerzas de sí misma para calmarse, sabedora de que la abadesa aún la fustigaría más si la hallaba de esa guisa. Philippine se repuso.

La lluvia amainaba y el retumbar del trueno se alejaba. Ya no tardaría en conocer su destino y el de los otros dos. Esperó la llegada de la abadesa y aún más la de su castigo, segura de que sólo su propia sangre derramada podría exorcizar la que por su culpa se había vertido.

La puerta se abrió por fin y se cerró a espaldas de Philippine, y en la estancia entró una vaharada de aire cargado de olor a turba. Interrumpió su meditación y se volvió hacia la abadesa que acababa de entrar.

—Seguidme —ordenó esta tras desprenderse del manto con el que se había protegido y colgarlo.

El farolillo que sostenía en su mano derecha vaciló y proyectó brillos fantasmagóricos en los muros. Philippine siguió aquellos meandros de luz a lo largo del corredor, y oía cómo sus pasos resonaban sobre las losas cual tañido de campanas.

La reverenda madre depositó el farolillo en un nicho dispuesto a tal efecto, a la derecha de la puerta de su despacho. Fue allí donde la jovenzuela había irrumpido

unas horas antes, interrumpiéndola en la redacción de su correspondencia. El pergamino que había comenzado a cubrir con su escritura aún se hallaba sobre la mesa de trabajo. La abadesa bordeó el mueble y se instaló detrás del mismo, y dejó que Philippine cerrara la puerta antes de ponerse frente a ella, con las manos juntas y temblorosas.

La abadesa la observó un instante sin la menor indulgencia y luego se templó.

—¿Os acordáis de vuestra madre? —preguntó por fin, quebrando el silencio que pesaba sobre sus cabezas.

La pregunta cogió a Philippine desprevenida. Sin embargo, de inmediato su memoria puso unos ojos oscuros sobre un rostro elegante de rasgos regulares, cabellera trenzada y recogida en un moño bajo la cofia, una sonrisa que abombaba unas mejillas rosadas. Un soplo de ternura reconfortó a Philippine y espantó las congojas de sus tormentos.

—¿Cómo podría olvidarla? —respondió sin malicia.

—Pues acabáis de hacerlo, hija mía —repuso a su vez la abadesa en un tono acusador.

Philippine sintió que le flojeaban las piernas, pero se obligó a permanecer erguida y digna. Sabía que no se le perdonaría nada.

—Fue en este bosque, cuando iba de camino a visitarme, donde unos bribones atacaron su escolta. Y fue en este hospicio donde agonizó —añadió la religiosa.

Philippine dirigió maquinalmente la mirada hacia la ventana.

—¿Sabéis por qué os confió a vos y a vuestras hermanas a mi custodia?

Philippine sacudió la cabeza, con un nudo en la garganta provocado por los sollozos, asediada por otras imágenes: su madre atravesada por una espada. Ante sus ojos húmedos bailaba la ronda macabra de la escolta que caía a su alrededor como poco antes los dos hombres en el prado.

—Murió en mis brazos al alba, y me hizo prometer que os daría a todas la educación que ella misma había recibido en su momento aquí, a mi cuidado...

La abadesa hizo una pausa, restregó su decepción por el rostro exangüe de Philippine y luego sacudió la cabeza, enojada.

—Sor Sophie se hallaba en el huerto y me ha trasladado vuestras palabras.

—Yo...

—¡Callaos! ¡Os habéis comportado de manera imperdonable! Claro está que vuestra ignorancia de los hombres no os permitía medir las consecuencias de vuestro juego, pero vuestra madre hubiera sido incapaz de semejante comportamiento.

Unas lágrimas surcaron las mejillas de la doncella. Ante tamaña afirmación, hubiera preferido cien veces el látigo.

—Parece que os habita el demonio del desenfreno. Y sin mencionar al joven converso...

Philippine se sobresaltó y provocó un rictus afligido en el rostro de la monja, que la fulminó sin piedad.

—¿Acaso creíais que vuestros tejemanejes habían pasado inadvertidos?

Philippine sintió que su corazón latía con tanta fuerza en su pecho que le astillaba las costillas. La abadesa sacudió su mano frente al rostro para espantar una mosca inoportuna.

—Sólo el cariño que sentía por vuestra madre me ha impedido expulsaros hasta ahora. Mas por desgracia —refunfuñó—, no hay día en que su memoria no sea mancillada. Por vuestro padre, que le ha ofrecido el lecho a su depravada sobrina, y por vuestra conducta, aquí mismo, ¡en la propia abadía donde vuestra madre recibió sepultura!

Su puño se abatió con ira sobre la superficie de castaño e hizo volar pluma y tintero. Se puso en pie apoyándose sobre las falanges, arrugando el pergamino. Philippine dio un paso atrás ante aquella expresión ulcerada. Jamás había visto cólera pareja ensombrece el rostro de la abadesa.

—Habríais podido acordar vuestro matrimonio con Laurent de Beaumont y ello hubiera entrado en el orden de las cosas, pero parece que para vos no era bastante amable. ¿Por qué contentarse con un converso si una puede tener un paje? ¿Y por qué sólo un paje si se puede perturbar a un hospitalario...? ¿Qué será necesario para satisfaceros? ¿Acabar como una ramera en el lecho de un príncipe?

Philippine retrocedió impelida por el insulto. Sus hombros golpearon contra la madera maciza de la puerta. Se llevó las manos a la cara, asustada ante la imagen que la abadesa ponía frente a ella. Su risa sarcástica aún la hizo sentirse más miserable.

—¿Ése es vuestro único arrepentimiento? ¿Cubriros el rostro? Me habéis decepcionado, Philippine de Sassenage. Vuestra madre esperaba que un día me sucedierais en este lugar que fue su tumba, pero prefiero arder en el infierno antes que permitir que volváis a profanarlo. Las vidas de esos hombres están en manos del Señor; pues las heridas que se han infligido son muy graves. Y, sin embargo, el hecho de que vivan o mueran no cambiará las cosas. ¡Sois indigna de formar parte de esta comunidad!

La abadesa remató su cólera con esta última frase. Philippine no se atrevía a mirarla, ni a implorar o mendigar. Se sentía apabullada. La abadesa se dejó caer en su silla.

—Y ahora marchaos —le ordenó—. Debo informar a vuestro padre de vuestros actos y de mi decisión irrevocable. Hasta que venga a buscaros, ayunaréis y rezaréis en el aislamiento y la absoluta austeridad de una de las celdas del sótano. No veréis a las monjas ni a vuestras hermanas, a las que debo preservar de vuestra conducta.

Philippine inclinó la cabeza antes de dar media vuelta y abrir el pestillo. Sin embargo, sólo pudo dar un paso en el umbral de la puerta antes de desplomarse sobre el suelo, tragada por el abismo que ella misma había abierto a sus pies.

## Capítulo 4

Philibert de Montoisson entreabrió sus ojos vidriosos en una semioscuridad barrida por arabescos claros. No sentía dolor alguno, simplemente un inmenso cansancio. En aquel momento hubiera sido incapaz de decir dónde se hallaba y ni siquiera quién era, pero, curiosamente, eso no lo asustaba. Permaneció un buen rato contemplando el movimiento de aquel *ballet* luminoso hasta que, en un acto reflejo, su lengua chasqueó en su boca seca y a la garganta le llegó un sabor a hiel. Luego, un espasmo remontó a lo largo de su tráquea y le ahogó un poco. Volvió la cabeza hacia la derecha con la esperanza de paliarlo y, a la luz de la vela consumida en sus tres cuartas partes sobre la mesilla de noche, descubrió que no se hallaba solo en la estancia. Un hombre dormía en la cama vecina. Le pareció muy pálido, respiraba con dificultad y sus pulmones emitían silbidos.

Philibert tuvo la intuición de que le conocía y concentró su mirada en el rostro del otro yacente durante varios minutos. Las contracciones de su glotis se calmaron. Poco a poco, comenzaron a aflorar fragmentos de recuerdos que estallaban como burbujas en una charca oscura. Recuperó su nombre, su rango e incluso la identidad de su compañero. Y súbitamente fue presa de una ola de ira y vio de nuevo el duelo, aunque la ira se apaciguó al constatar su victoria. Por lo que podía juzgar, su rival estaba más malherido que él, y un rictus de satisfacción retorció sus labios.

Le picaban los ojos y de nuevo tuvo la sensación de que un velo le nublabla la vista. Los cerró para tratar de aliviarla, convencido de que le habían drogado para curarle y se concentró en los ruidos a su alrededor. Además de la sonora respiración de Laurent de Beaumont, llegaban hasta él unos ronquidos. Era evidente que se hallaba en el hospicio de la abadía de Sainr-Just-de-Claix. Con las ideas más claras, pensó en sí mismo. No recordaba haber perdido el conocimiento, simplemente un tajo en el brazo izquierdo. Sin duda había perdido más sangre de la que creía. Se llevó la otra mano al hombro y notó que estaba vendado hasta la muñeca. Eso lo tranquilizó. Como mucho en unos días estaría de nuevo en pie y podría avanzarse a las pretensiones de aquel perro de Laurent de Beaumont ante el señor de Sassenage. Su ritmo cardíaco se aceleró.

¿Por qué evocar el nombre de Sassenage le trastornaba hasta aquel extremo? Claro está que hasta entonces jamás había pensado en el matrimonio, pero, ¿qué diablos, ¿acaso no era un caballero al servicio del gran prior de Auvernia, Guy de Blanchefort? Su misión... Se quedó sin aliento. ¿Cómo había podido olvidar debido a la mirada de Philippine la razón que le había llevado a la comarca de Royan? Debía de haberle hecho perder la razón... Puesto que era a doña Sidonie a quien había ido a ver y a quien no había hallado en La Bâtie en Royans. Al saber que el barón tenía a sus hijas en Saint-Just, esperó hallarla allí. Ahora lo recordaba todo. Un estremecimiento taladró una vena de su frente. Se llevó los dedos a la sien apresuradamente y su angustia era cada vez mayor por haberse retrasado. Al día

siguiente enviaría un correo a Guy de Blanchefort para informarle de su retraso. Su dedo índice descubrió un vendaje y sus pensamientos se interrumpieron. Resiguió la venda a lo largo de su frente y dio la vuelta. Su nuca también estaba vendada. ¡No había perdido el conocimiento a causa del brazo sino de aquella herida!

—¡Ojalá se te lleve la peste, Laurent de Beaumont! —gruñó a la vez que volvía la cabeza hacia él, con los ojos inyectados de rabia.

Esta vez, su vista se nubló de manera tan intensa que una bruma escarlata cubrió el rostro de su rival. Sintió un dolor fulgurante en el cráneo y Philibert de Montoisson fue tragado por el pozo negro del que poco antes había logrado salir.

Tras la cortina que la separaba de los heridos, sor Albrante se incorporó sobresaltada en la cama. Abandonó su lecho rauda y en camión y se precipitó junto al caballero. Lo halló en la posición en la que lo había dejado y, sin embargo, estaba extremadamente pálido. Con dedo experto, le alzó un párpado. Tenía los ojos en blanco y el pulso, que tomó en la carótida, era débil e irregular.

Albrante recorrió con la mirada la sala abovedada sumergida en la penumbra. En la cama vecina, Laurent de Beaumont dormía, con el pecho vendado y la cabeza orientada en el sentido opuesto de su adversario. A aquella hora no había nadie que pudiera sorprenderla... Con la vela, fue hasta la oficina, abrió la puerta y se dirigió hacia un baúl alto, flanqueado por una cerradura antigua, en el que guardaba los ingredientes medicinales más preciados. Abrió la cerradura y cogió un cofrecillo que abrió esta vez con una llave ricamente trabajada de la que jamás se separaba. A la luz de la candela apareció una damajuana piramidal de cristal azul cubierta con una redecilla de hilo de plata. Una imagen, furtiva, vino a la mente de la enfermera. Albrante se hallaba en medio del bosque y recogía a correprisa musgo para un cataplasma, al día siguiente del día en que les llevaron a la madre de Philippine gravemente herida.

—Ese elixir posee un poder sin parangón. Cuatro gotas para fortalecer, una cucharadita para regenerar y un vaso entero para sanar. Utilízalo siempre que lo creas necesario. Cuando esté vacío, volveré para recogerlo —le dijo la bruja al confiárselo.

Nadie supo nada de eso.

Aquel día, sin embargo, la vida de Albrante se tambaleó.

Sin más dilación, la enfermera volvió junto a Philibert de Montoisson. En otras circunstancias, desde el primer día hubiera dejado que la naturaleza siguiera su curso, pero se negaba a que Philippine arrastrara durante su vida entera la culpabilidad de aquella muerte. Destapó la damajuana y le abrió la boca tironeándole de las mejillas. Unas gotas se deslizaron hasta su garganta. Esperó. Un minuto, dos, con un dedo apoyado sobre la carótida. No fue necesario más para calmar el ritmo cardíaco y que recuperara el color.

Cinco campanadas sonaron en la iglesia. Al cabo de una hora se celebraría el primer oficio del día. Albrante se dijo que ya no merecía la pena acostarse de nuevo y

fue a guardar la damajuana.

Habían transcurrido ya cinco días desde que Laurent de Beaumont y Philibert de Montoisson se enfrentaran en el cerro de la abadía.

Cinco días ya desde que el correo destinado a Jacques de Sassenage partiera sin saber dónde se hallaba este último.

Cinco días también a lo largo de los cuales Philippine esperaba a su padre en su celda, aceptando el castigo con mayor rigor incluso del que le habían impuesto. La abadesa había ordenado que no se le diera noticia alguna acerca de los dos hombres, para que la duda la ayudara en su arrepentimiento. Philippine no pidió noticias. Pasaba los días rezando, con las rodillas despellejadas de tanto arrodillarse frente a la pared y al crucifijo que en la misma colgaba. Cuando se sentía entumecida hasta el punto de trastabillar sobre sus talones replegados, se estiraba sobre el jergón de paja y se echaba a llorar, no por ella sino por la suerte que había hecho correr a sus pretendientes. Al despertar todo empezaba de nuevo. No llamaba a la puerta más que cuando la necesidad la obligaba a ello, para cambiar la vela, vaciar el orinal o llenar la jarra. En esos casos, entraba una conversa y recogía una u otra cosa que Philippine había dejado junto al marco de la puerta, con el fin de que no tuviera siquiera que entrar en la celda. Ni una sola vez le mostró el rostro. Ni una sola vez pronunció palabra.

Al no saber cuándo el barón Jacques iría a recogerla, la abadesa había dado por concluido el ayuno para que no enfermara. Pero a Philippine ya no le apetecía comer. Por cómo flotaban sus ropas a la altura de las caderas podía adivinarse que había adelgazado.

*Cinco días*, pensó sor Albrante, a quien una de las conversas preocupada por su aspecto enfermizo, se había confiado.

Era más de lo que estaba dispuesta a tolerar.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó la abadesa en voz baja, aproximándose a las camas junto a las cuales sor Albrante, que la aguardaba, había retomado su puesto de vigilancia tras la misa.

—Laurent de Beaumont, mejor. Pero me preocupa Philibert de Montoisson. Esta noche su voz me ha despertado y sobresaltado. He acudido a su lado de inmediato, segura de que estaba consciente. Su estado me ha parecido estacionario, pero en el vendaje del cráneo tenía sangre fresca.

—Debéis de haberlo soñado.

—Es lo que he pensado, pero no estoy segura de ello. Si queréis acompañarme, señora, podremos hablar más tranquilamente aquí al lado —la invitó sor Albrante alzándose de su taburete.

La abadesa abandonó a los convalecientes que reposaban y siguió sus pasos. La puerta de la oficina se cerró tras ambas mujeres.

—A pesar de que está embotado por las drogas que le suministro, esta mañana

Laurent de Beaumont me ha dicho que él también ha oído la voz del caballero.

La abadesa hizo una mueca. Aquello no auguraba nada bueno.

Se instalaron frente a frente en un banco de madera y se cruzaron de brazos con un mismo gesto sobre la mesa de roble cubierta de morteros de boj y tarros de toda suerte. Atenuado por la vidriera de la ventana, un débil rayo de sol acariciaba sus manos secas.

—¿Philibert de Montoisson os ha dado otras razones para hallarse entre nuestras paredes? ¿Razones que le habrían acongojado de nuevo hasta el punto de provocarle otra hemorragia? —preguntó sor Albrante.

—Nada que no sepáis ya.

—En ese caso tal vez sería atinado registrar sus enseres.

La abadesa le dirigió una mirada de reprobación.

—Olvidáis de quién estamos hablando, hermana.

—¿No os parece extraño que un hospitalario se aloje bajo nuestro techo sin ni siquiera un caballo de albarda y un escudero?

La abadesa reflexionó unos instantes. Arrastrada por el trágico curso de los acontecimientos, esa idea no le había venido a la cabeza.

—En verdad es curioso —admitió—, pero eso no nos concierne.

—Al contrario, señora. Tengo la responsabilidad y el deber de salvar a ese caballero y cuanto pueda ayudarme a ello me interesa.

—Lo pensaré —decidió la abadesa, poniéndose en pie.

—Aún no he terminado —añadió sor Albrante.

Sus miradas se cruzaron. La mirada determinada de la enfermera obligó a la abadesa a volver a tomar asiento. Albrante tomó una jarra y llenó dos vasos de agua fresca. Empujó uno hacia la abadesa y bebió un sorbo del suyo. Para abordar aquella cuestión que le secaba la garganta necesitaba aclarar su voz.

La abadesa, que no quiso beber, entrecruzó de nuevo sus dedos nudosos y esperó, con sus pensamientos cautivos, a su pesan por lo que acababa de contarle Albrante.

—Se trata de Philippine —se decidió la hermana enfermera.

La abadesa se sobresaltó. Un súbito acaloramiento la hizo enrojecer. Abrió las palmas de las manos y las puso sobre la mesa.

—Asunto cerrado —dijo en un tono seco y apoyándose en la mesa para ponerse en pie, decidida de una vez por todas a abandonar aquella estancia.

—¡Sentaos, Isabel! —le ordenó sor Albrante.

La abadesa se puso escarlata.

—¿Cómo osáis? —preguntó, indignada.

Estaba en pie, atrapada aún entre el banco que con el impulso había echado hacia atrás y la superficie de la mesa. Albrante se puso frente a ella de la misma manera.

—Oso hablaros así por el derecho de asistencia que en su día me puso al servicio de esta comunidad.

El esfuerzo de la abadesa por contenerse era visible. Sin embargo, lo consiguió y

con voz seca dijo:

—Os escucho.

—Si Philippine sigue sin querer comerá su vida correrá peligro...

Con las mandíbulas crispadas por la cólera, la abadesa guardó silencio. La rabia se apoderó de sor Albrante:

—¿Acaso preferís que muera a perdonarla?

Se quedaron frente a frente unos instantes en un silencio violento, casi como si fueran a enfrentarse a golpes. Sor Albrante cedió la primera.

—Nunca cambiaréis, ¿no es cierto? Hinchida de orgullo y presunción hasta la tumba. ¿Acaso debo recordaros nuestras obligaciones para con Jeanne de Commiers?

—Callaos —espetó la abadesa, con voz apagada.

—No es momento de disputas, y no busco pelea. Vos queréis salvar el alma de Philippine y yo quiero salvarla en cuerpo y alma.

La abadesa inclinó la cabeza, derrotada.

—¿Qué queréis?

—Que Philippine me ayude, y ello no atenuará su castigo. Ocuparse de aquellos que han estado a punto de matarse entre sí por ella le será aún más difícil que rezar. Pero al menos podré velar para que eso le sirva de lección sin que la abata la melancolía.

La abadesa se dirigió hacia la puerta sin que en esta ocasión sor Albrante tratara de detenerla. En el momento de accionar el pestillo, se volvió hacia la enfermera.

—¿A veces tenéis remordimientos?

—Cada día desde que sucedió, pero he hallado en mí las fuerzas para perdonarme.

—Yo creía haberlos dejado atrás —confesó la abadesa antes de salir, con los hombros caídos.

—El daño que uno ha hecho nunca se olvida —murmuró Albrante para sí, poniéndose a su vez en pie para retomar su tarea de velar a los heridos.

Por si tuviera poco trabajo, se encontró con una de las monjas que la esperaba sentada en un banco, con una mano sobre el bajo vientre. Saludó a la abadesa que abandonaba el hospicio, pálida y derrotada en su dignidad.

—¿Menstrúas? —preguntó Albrante acercándose a la enferma.

Ésta asintió con la cabeza y Albrante fue a por un remedio fustigándose por sentirse tan abatida cuando acababa de vencer la batalla que había provocado.

## Capítulo 5

Philippine estaba acurrucada en posición fetal sobre su jergón. Desde la víspera padecía dolor de estómago, y aquella mañana el malestar era tan violento que ni siquiera se había atrevido a levantarse para beber. Ni se le ocurrió pedir ayuda. Hubiera deseado vomitar, como había intentado dos o tres veces, para escupir el asco que se inspiraba a sí misma, pero carecía de fuerzas para ello. Lloraba en silencio, sosteniéndose el vientre con las manos. Las pesadillas que habitaban su consciencia durante el sueño ya no la abandonaban. Como si fueran fantasmas, rondaban por la estancia alrededor de ella. Cada ruido le recordaba el tintineo del acero, el rugido de la tormenta. Cada olor; incluso el de su propio sudor, le traía el de los dos hombres sobre el cerro. Su danza macabra se ensortijaba alrededor de ella. Se dejaba arrastrar por la misma como castigo y en su locura destructiva se había convertido en prisionera de ésta.

Nada quedaba de su alegría natural, de su belleza ni de su mirada maliciosa. Su rostro estaba demacrado, tenía ojeras negras como el carbón, sus labios y su nariz retenían un aliento corto y, a pesar de las mantas, temblaba debido al frío subterráneo de su celda. Morir le parecía la única escapatoria para sus tribulaciones y su vergüenza.

A veces, se sorprendía pidiéndole perdón a su difunta madre y luego se mortificaba. El daño que había hecho a su memoria era indeleble. ¿Quién era ella para pensar que podría salvarse? El diablo había echado su aliento sobre su alma para mancillarla y sólo por ello ya se negaba a seguir viviendo en pecado. El purgatorio, tal como se lo habían enseñado allí, en Saint-Just, le parecía preferible a las llamas de un infierno en el que, a todas luces, acabaría por arrojarse si llegara a sobrevivir. Al menos, allá arriba, junto al Señor, tal vez podría escapar del diablo.

Sobre los muros de piedra, la luz de la vela parecía una pira.

Un retortijón hizo que se encogiera aún más y soltó un gemido. Satán se quejaba, cautivo en sus entrañas vacías. Philippine apretó los dientes. ¡Que la quemara, la atenazara, la atravesara, ya nada importaba! No volvería a ceder, no le dejaría escapar. En el momento de morir, no estaría condenada.

No oyó abrirse la puerta ni los pasos que se acercaron a ella. Sólo sintió una mano sobre su hombro que trataba de hacer que se diera la vuelta. La rechazó con mano firme y los ojos cerrados en su delirio.

—¡Jamás! —refunfuñó, imaginando que un demonio quería llevársela consigo.

La abadesa palideció al verla tan postrada. No había querido ver, ni saber ni oír. Se agachó junto a la cabecera de la joven doncella de Sassenage, emocionada y a la vez sintiéndose culpable. Cómo había podido dejarse cegar por su propio orgullo cuando en el último piso de su torre...

—Philippine, hija mía... —murmuró, con la voz tomada.

La jovencuela se acurrucó aún más.

La abadesa la sacudió con mano firme.

—¡Miradme, Philippine, en nombre de Dios todopoderoso, miradme! —gritó, a la par que recuperaba su firmeza.

Sólo ella, fría y estricta tal como la conocía Philippine, podía hacerla regresar.

Philippine se debatió aún unos instantes, hasta que las palabras de la abadesa llegaron a su subconsciente y le recordaron que le debía obediencia y respeto. Abrió los ojos, volvió la cabeza y reconoció sobre su hombro los dedos nudosos de uñas cortas y estriadas.

—¿Sois vos, señora? —preguntó con voz temerosa.

—Soy yo, hija mía —dijo la abadesa con voz dulce.

La atrajo hacia sí y Philippine se dio la vuelta sobre la espalda, llevándose las rodillas al vientre, pues el espasmo la retorcía. Levantó la mano que tenía agarrada al vientre y asió la suya, como si fuera un refugio.

—Se acabó, están a salvo y vos también. Se acabó el castigo, Philippine —dijo la abadesa enjugándose la frente reluciente de sudor.

El dolor abandonó el rostro atormentado de la jovencuela.

—¿Ha llegado mi padre?

—Aún no. Haré que os traigan agua para asearos, ropa limpia y un potaje... que os comeréis.

—Sí, señora —aceptó Philippine.

—Eso bastará para calmaros la acidez. Es probable que luego tengáis náuseas o que vomitéis, pero no tiene mayor importancia. Vuestro cuerpo debe aprender de nuevo lo que habéis tratado de hacerle olvidar.

—Sí, señora —repitió Philippine, en actitud sumisa.

—Cuando estéis lista, id al hospicio. Sor Albrante os necesita.

Un velo de pánico cubrió de nuevo las pupilas de Philippine. Palideció y se puso a temblar.

—No podré hacerlo —balbució.

—Claro que sí. Tranquilizaos, hija mía, es una orden.

Philippine inclinó la cabeza.

—Vuestra redención tiene ese precio —añadió la abadesa con una sonrisa apaciguadora antes de abandonar la estancia, sin volverse. Había hecho lo que debía.

Cuando entró Philippine, sor Albrante, situada entre las dos camas, ayudaba a Laurent de Beaumont a mantenerse recostado. De espaldas a ella, el mozo tosía con unos espantosos silbidos. Philippine no tuvo tiempo para asustarse. Su naturaleza caritativa la precipitó sin que ella misma lo decidiera. Se arrodilló detrás de él sobre las sábanas y le mantuvo en la posición en que la enfermera lo había puesto. Embrutecido por el licor de adormidera que le daban cada dos horas, Laurent de Beaumont era un peso muerto, y sor Albrante, visiblemente, no podía con él.

—Aquí estás, por fin —la recibió, con una sonrisa—. Ya era hora, no puedo más.

Philippine asintió con una inclinación de cabeza y de repente se le hizo un nudo en la garganta.

Acababa de darse cuenta de que aquella espalda amplia y poderosa vendada y cubierta de equimosis era de uno de los hombres de los que se había burlado. Fue presa de un vértigo y cayó hacia atrás. La mano de Albrante la atrapó.

—Venga, vamos, Hélène —le dijo—, esto aquí no...

Philippine la miró sin comprender el apodo con el que se dirigía a ella. Su mareo se atenuaba.

—Perdón —dijo—, debe de ser la digestión.

—Ve a respirar un poco de menta —le aconsejó Albrante, mientras Laurent de Beaumont acababa de toser y expectoraba un pequeño coágulo de sangre.

Philippine se alejó de la cama. Él volvió a tumbarse, con los ojos cerrados, la tez cadavérica, un hilillo de baba sanguinolenta en la comisura de los labios. La doncella se llevó las manos a la boca y se apresuró a salir al exterior. Apenas hubo vomitado su almuerzo junto a un macizo de verbena, le dieron ganas de huir. Si las monjas que se disponían a entrar en la iglesia no se hubieran hallado allí, sin duda habría cedido a su deseo. En lugar de eso, consciente de que de nuevo era un penoso ejemplo para sus hermanas menores, se limpió con la manga y volvió a entrar cabizbaja. Sor Albrante la acogió en el umbral, le pasó un brazo bajo la axila y la acompañó a la oficina.

—Tendrás que ser fuerte. Como puedes constatar, nuestros amigos aún no se tienen en pie, y cuento contigo para ayudarme a cuidar de ellos.

—La reverenda madre me dijo que... —comenzó Philippine, que titubeó hasta la mesa.

Sus piernas no le obedecían.

—¿Ella es enfermera? —La interrumpió Albrante—. Aquí sólo yo puedo decir quién está bien y quién no. Tú estás bien. Ellos no. Así están las cosas.

—Os equivocáis, hermana, yo no estoy bien —la contradijo Philippine dejándose caer en el mismo banco en el que se enojara la abadesa.

Tras cerrar la puerta, Albrante tomó del armario la damajuana azul de la bruja. La debilidad de Philippine justificaba su empleo. Vertió tres gotas en una cuchara y se la puso bajo la nariz.

—Tómate esto en lugar de decir sandeces. En dos minutos estarás divinamente, y ándate con ojo de decirle a quien sea lo que has tomado.

Philippine hizo una mueca al sentir el contacto de aquel líquido marronoso en su paladar.

—Es muy amargo —dijo, soltando un bufido como un caballo.

Albrante se echó a reír.

—¿Los remedios además deberían saber bien? Pues no, querida Hélène, o por todos los santos del paraíso este hospicio estaría siempre lleno.

Un agradable calorcillo hizo que en las mejillas de la doncella apareciera un color rosáceo; le llegó a la nuca, descendió a sus hombros y luego muy despacio hasta

llegar a los pies. Sonrió. Sor Albrante estaba frente a ella, con los ojos llenos de ternura, sentada sobre la mesa, ambas cogidas de las manos, como de costumbre cuando antes estaban juntas.

—Me acuerdo —dijo ella, entonada—. Ya lo había probado.

—Es verdad.

—Fue justo después de la muerte de mamá, cuando llegamos aquí. Este lugar de muros tan altos y macizos, como los de una cárcel. Y el olor del incienso, por todas partes. Recuerdo que me mareé frente al lugar donde yacía mi madre. Fue cuando os conocí, hermana. Dijisteis que el tiempo borraría mi pena.

—Y te lo vuelvo a repetir —le aseguró la enfermera—. El tiempo lo borra todo, pero me has atormentado de lo lindo, ¿lo sabes?

—No me siento orgullosa de ello —confesó Philippine sin volver la vista.

—No hablaba de ellos sino de ti, de ese estado al que te has arrastrado. ¿Era necesario que te consumieras de semejante manera por esos dos? —la regañó.

Philippine abrió los ojos como platos. No se esperaba aquel discurso. Sor Albrante agitó las manos como palas.

—Y no creas que disculpo tu actitud para con ellos, señorita, ni hablar, pero de todas formas morir a tu edad por tan poca cosa, quita, quita...

—Por tan poco... —tartamudeó Philippine—, si Laurent de Beaumont está tan pálido...

—No, Laurent de Beaumont se encuentra mejor, pero no puedo decir lo mismo de Philibert de Montoisson, que me preocupa, pero ese par se hubieran batido en duelo por ti o por otra. El temperamento de los hombres de estos tiempos les lleva a empuñar la espada a la menor excusa para probar su valentía. Me recuerdan a los ciervos frente a una cierva, mira por dónde...

—Sois muy buena, hermana, al querer aligerar mi carga, pero sé bien que todo es culpa mía —murmuró Philippine.

—Las cosas nunca son blancas o negras. Ya lo descubrirás. Ya lo verás. De momento, conviene que te liberes de ese sentimiento de culpabilidad, ahora completamente inútil, y me ayudes en mis tareas. ¿Te sientes capaz?

—Lo intentaré.

—Ya procuraré yo de que así sea. Por supuesto, sólo me verás a mí y a nuestros duelistas.

—Por supuesto.

—Así sea.

Sor Albrante recuperó la cuchara y echó dos gotas suplementarias antes de volver a guardar la damajuana en el armario.

—Vamos —dijo, acercándose a la jovencueta—, más sería glotonería.

—No lo quisiera, hermana —aseguró Philippine, ingiriendo el elixir con la punta de la lengua, tapándose la nariz.

—¡Vaya modales, si seguro que más de uno querría robarme el secreto!

—Conmigo estará a salvo —corroboró Philippine.

—Mejor, querida Hélène, pues antes de que tu padre venga a buscarte tengo la intención de confiarte unos cuantos secretos.

Philippine le dirigió una mirada recelosa y acto seguido, al adivinar que no se trataba de una broma, se puso en pie para darle un beso en la mejilla con ternura. Desde su llegada a la abadía, era allí, junto a ella, donde siempre se había sentido mejor.

—Y ahora te daré en detalle las instrucciones para las curas de estos donceles descerebrados.

—Una cosa más —preguntó Philippine, siguiendo sus pasos, ahora ya completamente restablecida—. ¿Por qué me llamáis Hélène?

Sor Albrante sonrió con tristeza. La verdad era una espina en su corazón. Lo había jurado. A la bruja. A Jeanne de Gommiers. Devolverle su identidad a Philippine el día en que tuviera edad de casarse. Pero no había prometido revelar las razones que llevaron a ello. Se cubrió con una mentira de circunstancias.

—«Cuidad de mi Hélène», me pidió tu madre, «pues su belleza superará a la de las demás y entonces el nombre de Philippine ya será demasiado tenue para el color de su piel». Ha llegado el momento de cumplir ese testamento, mi pequeña, porque puedo predecirte que deberás prepararte, pues serán numerosos aquéllos a los que encontrarás en tu camino y querrán poseerte.

## Capítulo 6

Al pie de los acantilados del Vercors, el pueblo de Sassenage languidecía bajo el calor bochornoso. Agosto se despanzurraba como un gato perezoso. Los chavalines se salpicaban unos a otros, a torso desnudo y con los pies hundidos en el limo de las orillas del Furon. El torrente se deslizaba hacia el valle y el puente saltaba sobre él con sus troncos. En la orilla opuesta a los alegres juegos de la chiquillería, unas piedras lisas servían de lavadero natural. Allí se batían sábanas sumergidas en la corriente y frotadas con ceniza, entre risas y con la mirada puesta en los chiquillos que dejaban que la corriente arrastrara sus embarcaciones de corteza de árbol. A lo lejos, hacia Grenoble, la cadena de los Alpes, majestuosa con sus picos de nieves perpetuas, se recortaba contra un azul immaculado.

El tiempo parecía haberse suspendido incluso en la calle mayor del pueblo donde, frente a una de las casas bajas de piedra, sentados en un banco y apoyados en el muro, con la nuca gacha, la boca desdentada abierta, dos viejos cabeceaban uno al lado del otro. En un rincón, unos pillastres los espiaban y tramaban una broma. Junto a sus pies descalzos, curtidos y sucios, unas gallinas picoteaban un alimento invisible, ajenas a aquellas confabulaciones.

Sin embargo, se dispersaron cloqueando en cuanto los bromistas se sobresaltaron sorprendidos por el ruido de un galope que se aproximaba. Abandonando igualmente su vigilancia de los ancianos, corrieron en banda de seis hasta el puente, antes de dispersarse al paso de un mensajero a lomos de un corcel que lo atravesó dando voces para abrirse paso. Los dos viejos, a los que el ruido había despertado por completo, apenas tuvieron tiempo de esconder sus rodillas bajo el banco cuando el jinete pasó frente a ellos raudo, cruzó entre las casas del pueblo, cabalgó junto a la iglesia y se alejó en dirección al castillo, cubriendo con una nube de polvo gris a unos habitantes tan sorprendidos como inquietos.

En la sala del homenaje del castillo, una hacendosa Algonde sacaba brillo a la plata cuando, alertada a su vez por el galope, vio a través de la ventana abierta al jinete detener a su caballo que espumeaba por los ollares y saltar al suelo. Curiosa, la jovenzuela abandonó su tarea y se asomó a la ventana.

—Tengo un mensaje urgente que debo entregar al barón Jacques de Sassenage — oyó que le decía a un soldado, dos pisos más abajo de ella, antes de adentrarse en el castillo.

Deseaba con todas sus fuerzas que esa noticia provocase la partida de doña Sidonie y de su detestable camarera y le divirtió ver a Mathieu presentarse como si nada ante el portero para preguntarle acerca del visitante. No podía resistirse a incordiarlo, así que esperó a que se hallara a su alcance, cogió una jarra donde quedaba un poco de agua y se la vertió encima.

—Especie de... So... —exclamó Mathieu sobresaltado y enfadado, con el cabello

y los hombros empapados.

La risa del centinela acentuó su enfado. El mozo alzó la vista a la vez que el puño y se dio con el rostro chistoso de la joven, que se había cruzado de brazos apoyada en la ventana tras dejar de nuevo en su sitio la jarra.

—¡Diantre, menudo chaparrón repentino! Pobre Mathieu, mira que has quedado empapado de pies a cabeza. Parece como si el cielo te hubiera visto demasiado caliente —se mofó ella.

—¡Tú, ríete! ¡Espera y verás! —replicó a la joven, más enojado porque a su alrededor se reían de él que verdaderamente enfadado con ella.

Por toda respuesta, ella le sacó la lengua y cerró la ventana. Una vez gastada la broma, tenía cosas más importantes que hacer.

Tras recoger las copas de metal que acababa de limpiar, se apresuró a guardarlas en un arcón y luego subió al piso superior por la escalera de caracol. A través de la puerta que habían olvidado cerrar y que se abría al descansillo, pudo ver al caballero que entregaba el mensaje al barón Jacques. Al ver que aún se hallaba demasiado lejos para oír bien la conversación, amortiguada por los ruidos que procedían de abajo, avanzó valientemente y se escabulló tras el batiente. A cuatro patas en un ángulo, se sacó un trapo de la manga para disimular y fue toda oídos.

—Me envía vuestro intendente. Ha juzgado que el asunto podía ser urgente —añadió el hombre mientras el barón arrancaba el sello de cera y desplegabá el pergamino manuscrito.

—¿De qué se trata? —preguntó Sidonie alzando la vista del bordado para mirar a Jacques.

No respondió, absorto como estaba en la lectura, pero por la expresión de su rostro ella pudo adivinar que el asunto era grave. Sin esperar, guardó su labor en la cesta de la costura, abandonó su sillón situado junto al de Marthe, que también cosía bajo una de las ventanas, y avanzó hacia el mensajero.

—Id a la cocina y que os den de comer, os lo habéis ganado.

Una sonrisa franca se dibujó en el rostro del hombre. Le dio las gracias a Sidonie, se despidió con una reverencia y se marchó.

Algonde bajó un poco más la cabeza y se puso a frotar con fuerza, con el corazón desbocado, mientras el hombre descendía la escalera. La prudencia habría aconsejado que siguiera sus pasos, pero se convenció de que si no se había fijado en ella, se arriesgaba a ser descubierta al moverse. Al peligro se sumaba la excitación provocada por su indiscreción. Se mordió el labio, contuvo la respiración y se quedó inmóvil. El batiente de la puerta constituía una pantalla de madera que amortiguaba las voces, y debía estar atenta para no perderse nada.

—¿Alguna contrariedad, querido? —preguntó Sidonie asiendo con delicadeza la muñeca del barón.

Éste consintió por fin a alzar la vista hacia ella. La tristeza que vio en sus ojos se le clavó como un puñal en el corazón.

—Se trata de Philippine —dijo.

Sidonie también palideció mientras él le entregaba la carta. Sin embargo, no le dio tiempo a leerla y prosiguió:

—Dos hombres se han batido en duelo por ella frente a la abadía. Se hallan entre la vida y la muerte. La abadesa pretende que fue Philippine quien les incitó a esa escaramuza mediante prácticas indignas de la recta moral —dijo con voz cansina.

Las mejillas de Sidonie enrojecieron de indignación.

—No creo ni una palabra —afirmó mientras depositaba el mensaje sobre una mesita que, a unos pasos de allí, sostenía un candelabro.

Se volvió hacia Marthe:

—Baja a avisar al mensajero de que pronto necesitaremos sus servicios y cierra la puerta al salir.

Sidonie esperó a que la camarera obedeciera para acercarse a Jacques y deslizar entre los dedos que había cruzado sobre sus riñones una mano tranquilizadora.

Huir hubiera sido peor. Algonde se reconfortó un instante con la idea de que, al igual que el caballero, Marthe descendería sin percatarse de su presencia. No cabía esperar lo. En lugar de eso, se puso a sacar brillo al suelo de madera, pero en cuanto Marthe los dejó solos, se sintió descubierta.

Algonde simuló no inquietarse, con la nariz pegada al suelo, pero de repente sintió un dolor tan vivo que chilló. Protegida del ruido por el espesor de la puerta, Marthe se había abalanzado bruscamente sobre ella para agarrarla de la trenza a la altura de la nuca y obligarla a ponerse en pie.

—Mira qué ratón acabo de atrapar. ¿Aún no has aprendido la lección, con la de veces que has caído en mis garras? —gruñó tirando de la trenza con más fuerza.

Algonde tuvo la sensación de que le arrancaba el cuero cabelludo. Instintivamente, se llevó ambas manos a la nuca, decidida a defenderse.

—Suéltame —rugió a la vez que se volteaba para librarse de la presa.

—Cállate, bicho sarnoso —replicó Marthe a media voz—, o haré que te azoten por espiar.

—¡No estaba espiando y no pienso callarme! —decidió alzando exageradamente el tono de voz.

En esa ocasión, pasara lo que pasase, no estaba dispuesta a dejarse humillar. La crueldad de la mirada de la camarera que se encarnizaba con ella la enfurecía aún más si cabe. La puerta se abrió y apareció Sidonie intrigada por el vocerío en el momento en que le clavaba los dientes en el antebrazo a la infame. Demasiado tarde, empero, para evitar un sonoro bofetón en plena mejilla.

—Maldita perra, o paras o te...

Marthe no pudo terminar. La mano que había alzado para pegar de nuevo quedó

suspendida en el aire por el puño de Sidonie.

—¡Basta ya!

Bajó el brazo.

—La he sorprendido escuchando detrás de la puerta.

—¿Es eso cierto, Algonde?

—¿Y para qué tendría que escuchar? —mintió la jovencuela, con mayor convencimiento puesto que se negaba a dejar que su verdugo le ganara la mano.

Marthe rió.

—¡Maledicencias, pardiez! Estaba espiando, os lo digo yo.

—No. Sacaba brillo al suelo que enceré ayer —insistió Algonde, y recogió su trapo antes de ponerse en pie. Lo exhibió como prueba y añadió—: Iba ya a bajar, una vez terminada mi tarea, cuando esta furia se ha abalanzado sobre mí.

—¿Has oído lo que estábamos diciendo? —preguntó Sidonie.

—Estaba enfrascada en mis pensamientos, Su Señoría... —comenzó la jovencuela antes de corregirse, vencida por el recuerdo de lo que había oído: refutar la evidencia hubiera traicionado sus intenciones.

—... mas la puerta estaba abierta y parecíais apenada.

Marthe exclamó, con júbilo:

—¡Eso es, por fin, perra!

—No soy una intrigante —le contestó Algonde.

Sidonie tuvo suficiente. Estaba demasiado preocupada para perder el tiempo. Con un gesto de la mano dio por terminada la: disputa y se volvió hacia Marthe.

—¡Espabílate!

Marthe lanzó una nueva mirada terrible a Algonde antes de bajar las escaleras levantándose la falda.

—¿Puedo retirarme, Su Señoría? —pidió Algonde esperando poder marcharse.

—Envíame a tu madre —decidió Sidonie dándose la vuelta.

Antes de que Algonde hubiera podido calibrar qué podía significar aquello, la puerta se había cerrado. Sidonie se había reunido con Jacques.

Algonde descendió los escalones arrastrando los pies, apesadumbrada. Por culpa de su gansada iban a despedir a su madre, seguro. Pensó en volver junto a su señora para confesar la mentira y suplicar que no castigaran a la intendente en su lugar, pero no tuvo valor. Aquello no haría más que agravar su caso. Lo mejor era contárselo todo a su madre y pedirle perdón por su inconsecuencia, antes de hacer su mísero equipaje.

El rostro sonriente de Mathieu pasó frente a sus ojos húmedos barrido luego por el de Melusina, y se le escapó una risa agria: a todas luces, el hada se había equivocado con ella.

Se encogió de hombros. ¿Qué importancia tenía ya? Al llegar a la cocina donde esperaba hallar a su madre se encontró frente a frente con Marthe, que salía de allí tras dar recado al mensajero.

—Acabaré por aplastarte —le espetó la camarera, con odio.

Algonde se permitió el lujo de desafiarla aún con una mueca, pero su mirada debió de traicionar su desamparo puesto que Marthe añadió, pérfida:

—Aunque tal vez ya lo haya hecho...

En las cocinas del torreón reinaba agitación mientras se preparaba la comida. El olor de carne asada competía con el de las tortas que se cocían bajo la ceniza. Sobre un tajo de carnicero, un ave acabada de desplumar aguardaba a que la cuartearan para ponerla sobre las brasas junto al guiso que ya hervía. Por lo general, a Algonde le gustaba pasearse por aquel lugar para disfrutar de los perfumes que allí se entremezclaban. Su glotonería siempre hallaba algún fondo de crema que le guardaba maese Janisse.

Precisamente lo vio hablando con su madre, a unos pasos del caballero que estaba a la mesa frente a su pitanza. Gersende, la madre de Algonde, era lo que se da en llamar una mujer de armas tomar. Severa pero justa, de una intachable honestidad, atenta con todos y de naturaleza generosa aunque disciplinada, era también tan alta como redonda y le sacaba una cabeza al cocinero al que daba las órdenes enumerándolas con sus dedos como salchichas. Gersende hubiera podido volver a casarse tras la muerte accidental de su esposo, pero prefirió criar a su hija y dedicarse a su empleo como intendenta, al pensar que los hombres sólo sirven para hacer criaturas y para caerse de un tejado porque han bebido demasiado. ¡Y eso cuando, como su marido, no zurraban a su compañera! Así, aquel día celebraba sus treinta años orgullosa de su viudedad, pero aún más de su oficio y de su hija a la que todo el mundo elogiaba.

Sabedora de hasta qué punto su inconsecuencia afectaría a la natural bondad de su madre, Algonde avanzó hacia ella con rostro sombrío y arrastrando los pies.

Fue maese Janisse quien la vio primero y la recibió como de costumbre:

—¡Aquí está mi rui señor!

Y, volviéndose hacia Gersende, dijo:

—Ya os decía que no tardaría en aparecer. Basta con que mezcle los huevos y la leche para que asome su naricilla.

Pero el rui señor no tenía ganas de reír. Como el petirrojo con el que la apodaban, estaba alicaída y se sentía incapaz de desplegar las alas para alzar el vuelo. Su madre le dirigió una mirada inquieta.

—¿Estás enferma? —le preguntó en cuanto se reunió con ellos.

—Sí que parece pachucha —añadió maese Janisse, limpiándose sus manos grasientas en el delantal.

—Debo hablaros, madre —espetó Algonde, con un nudo en la garganta.

—¿Tiene que ser ahora mismo? —se sorprendió Gersende.

Algonde sacudió la cabeza, con mirada suplicante. Maese Janisse se echó a reír.

—Venga, dama Gersende, las penas de amor emponzoñan el vientre como las

bayas de laurel y son igual de mortales.

Gersende se mordió los labios. Conocía demasiado a su hija para pensar en esas cosas. Segura de que algo grave acababa de suceder, la siguió apresuradamente hasta sus apartamentos.

## Capítulo 7

—Me habéis hecho llamar, Vuestra Señoría —se anunció Gersende.

Sidonie, al igual que el barón Jacques, inclinado ante su escritorio, tenían aspecto grave, pero Gersende no era de esas que se escabullen de sus responsabilidades.

—Quería anunciaros mi partida precipitada, querida Gersende; estaré ausente unos diez días, como mucho, y regresaré con Philippine. ¿Podéis prepararle una habitación? Me imagino que será difícil dadas las exiguas dimensiones del castillo, pero ha pasado muchos años en el convento y es indispensable que pueda aislarse.

En el mismo instante, con un gesto que denotaba falta de determinación, el barón selló la carta con cera y el perfume agrió de ésta se le metió en la nariz a Gersende. La intendenta dirigió su mirada franca y humilde a su señora.

—¿Deseáis que le ceda mis apartamentos?

—¡Vaya ocurrencia! —le respondió prestamente Sidonie encogiéndose de hombros—. Estáis instalada ahí con vuestra hija, y sería muy incómodo que tuvierais que trasladaros por tan poco tiempo. Estoy segura de que daréis con otra solución, ¿verdad, Jacques?

Sidonie se volvió hacia el barón, y éste asintió con la cabeza, visiblemente abatido.

—No podré pasar sin el concurso de Marthe, evidentemente, así que cuento con vuestra Algonde para servir de camarera del barón durante mi ausencia —prosiguió Sidonie, volviendo hacia Gersende.

—¿No estáis enojada con ella?

—¿Y por qué debería estarlo?

—Por su indiscreción, hace un rato...

Sidonie espantó aquel recuerdo con un aspaviento.

—Mientras mantenga la boca cerrada, por mí no hay nada más que hablar —afirmó, antes de añadir, para dar por concluida la entrevista—: Haced que me sirvan una colación ligera. Almorzaré ahora mismo y partiré en cuanto hayan cargado el equipaje en el carro. El barón, sin embargo, almorzará como de costumbre.

—Avisaré a maese Janisse, así como al palafrenero y a sire Dumas. Dentro de una hora podréis ponerlos en camino con una buena escolta —dijo Gersende, inclinándose con una breve reverencia—. Antes de retirarse añadió, sincera: —Estoy segura de que Philippine será feliz aquí. Os deseo buen viaje, doña Sidonie.

La recompensaron con una sonrisa y Gersende abandonó la estancia con el corazón en paz. Doña Sidonie le había renovado su confianza. Por muy intrigante que fuera Marthe, ¡no había conseguido que la echaran de aquella casa!

Algonde había llorado por última vez nueve años atrás. Aquella noche, como sucedía a menudo, su padre había regresado a casa después del toque de queda, borracho. Con su mirada extraviada, recorrió la habitación y Algonde tuvo miedo.

Estaba empapado por la lluvia que caía sobre la campiña y olía a purines como si se hubiera revolcado en el lodazal de los cochinos vecino de su casa. Gersende, discreta, le sirvió sopa. Había comido ya unas cucharadas cuando vomitó sobre su escudilla, retorciéndose de dolor. Gersende acudió en su ayuda y éste la rechazó violentamente antes de ponerse en pie empuñando un cuchillo. Algonde se acurrucó en un rincón, asustada, tapándose las orejas con las manos y con los ojos cerrados. Cuando los abrió, vio a su padre inclinado sobre su madre, tumbada en el suelo. Gersende suplicaba...

—¡Delante de la niña no...!

No estaba en condiciones de escuchar. Le dio puñetazos y patadas y la arrastró de los cabellos hasta el jergón de paja, y luego se echó encima de ella. Algonde se quedó agazapada junto al arcón hasta que su padre se echó a roncar y su madre, tumefacta, fue a por ella. A la mañana siguiente, el padre no recordaba nada. Se marchó al alba. La vida seguía. Algonde pasó la mañana tratando de aplacar su propia ira, hasta que esta pudo con ella. Se dirigió a la casa vecina, donde su padre trabajaba construyendo una estructura de madera en el tejado. Quería decirle que ya no podía más, que quería que volviera a ser su padre de antes. Le miró desde el suelo. De pie sobre una viga, bebía a gollete de su cantimplora. Vino, como siempre. Algonde cerró sus puños con fuerza, presa de la ira. Deseaba que se cayera muerto allí mismo, a sus pies. En los segundos siguientes, un gavilán surgió de la nada y comenzó a dar vueltas sobre la cabeza de su padre, antes de lanzarse sobre él en picado. El padre perdió el equilibrio. La cantimplora le resbaló de las manos. Cayó al suelo antes que él y salpicó a Algonde. Gersende acudió de inmediato, mientras la vecina se la llevaba, a ella, al ruiseñor, lejos de aquel rostro de ojos en blanco que, de nuevo, sonreía.

Algonde tuvo la certeza de que la muerte había liberado a su padre del demonio que le poseía. De hecho, desde hacía unos meses, andaba a la greña en cualquier momento y sin razón. Su violencia hacia los demás no cesaba de empeorar y había acabado por enemistarse con todo el pueblo. Si su madre no hubiera sido la intendenta del castillo de Sassenage, como antes lo fueran su madre y su abuela, nadie se habría molestado en ir a su entierro. En lugar de ello, el difunto fue objeto de un homenaje con todas las de la ley que hizo dudar a Algonde de los sentimientos que hacia él tenía. ¿Aquel padre al que detestó cuando alzaba la mano contra su madre acaso no era el mismo al que había amado cuando le fabricaba bonitos juguetes? Al ser demasiado joven para ver las cosas con perspectiva, se sintió azorada durante varias semanas hasta que oyó a su madre reír a carcajadas. Era la primera vez que veía a Gersende con aquella expresión, y desde entonces su complicidad había ido siempre en aumento, al igual que su alegría y su picardía naturales.

De repente, ante la tristeza que la asolaba aquel día, Algonde se sintió desamparada. La idea misma de verse obligada a abandonar el castillo, aquella amplia estancia en la que su madre se alojó desde que enviudara, la sumía en la desesperación. Tenía el detestable sentimiento de ser el instrumento de la desgracia

de Gersende como años antes lo fuera su padre, y se lo reprochaba a sí misma con amargura. No se recriminaba el hecho de haber espiado con la intención de ver si Marthe debía abandonar la comarca, sino el haber sido sorprendida y juzgada. En el fondo, sabía que no había hecho nada malo, mas sus lágrimas seguían cayendo sobre su almohada hasta el punto de que no oyó a Gersende abrir la puerta de la vivienda, atravesar la habitación principal y apartar la cortina que separaba sus camas.

—Vamos, vamos... —dijo la voz de su madre al tiempo que ponía una mano entre sus omoplatos sacudidos por los sollozos.

Algonde alzó la cabeza y ni siquiera aguardó a que Gersende se sentara a su lado sobre la colcha para lanzarse a sus brazos.

—¡Oh, perdón, perdón, perdón, madre! —sollozó.

—¿Y qué debería perdonarte, por Dios? ¿Acaso ser más hábil que Marthe?

La ligereza de aquel tono tintado de ternura hizo que la jovencita alzara la cabeza. Su mirada se perdió en la mirada serena de Gersende.

—¿No nos han despedido? —preguntó Algonde entre dos suspiros.

Gersende sacudió la cabeza. Algonde le dirigió una pálida sonrisa, con el corazón aún a caballo entre el alivio y el temor.

—¿Y doña Sidonie?

—Quería anunciarme su partida con esa pajarraca.

El rostro de Algonde se iluminó y recuperó su ánimo. Rápidamente enjugó sus párpados húmedos e hinchados con el reverso de la manga.

—¿No os ha reñido? —insistió de nuevo, ante el temor de que su madre omitiera hablar del castigo por no apesadumbrarla.

—Ni a ti ni a mí, ruiseñor mío. Al contrario, te han ascendido a camarera del barón, al que estimo muy amargado con las locuras de su hija Philippine.

—¿Yo? ¿Camarera del barón?

La sorpresa hizo que a Algonde se le pusieran unos ojos como platos. Enternecida por el tormento de su hija, Gersende le enjugó una lágrima rebelde junto a su nariz recta y fina.

—Hasta que regrese la otra, pero espero que harás tanto y tan bien que aconsejará a nuestra señora que se quede contigo en lugar de con Marthe.

—¿Y abandonaros? Ni se os pase por la cabeza, madre.

—De todas formas acabarás por dejarme, mi ruiseñor. ¿Acaso no es lo que dijo Melusina?

La jovencuela se quedó inmóvil mientras Gersende, divertida, le colocaba tras la oreja un mechón castaño que se había escapado de la larga trenza.

—¿Hablo en sueños? —preguntó Algonde, pesarosa de haberle ocultado a su madre la razón por la cual el hada la había salvado de morir ahogada en las tumultuosas aguas del Furon.

—No, pero te conozco bien, Algonde, y verte con Mathieu me ha bastado para comprender tu secreto.

Algonde bajó la cabeza.

—Sólo una parte, madre —le confesó.

Gersende le alzó la barbilla afectuosamente.

—Guárdate el resto, así ambas tendremos uno y llegado el momento los intercambiaremos.

Algonde se sobresaltó:

—¿Vos, madre? ¿Vos también tenéis un secreto?

De los labios de Gersende brotó una risa ligera.

—¿Y por qué no, señorita?

Gersende se puso en pie tan prestamente como su corpulencia le permitía y añadió:

—Tengo que dejarte, debo dar unas órdenes. En cuanto te hayas recobrado, vente a la cocina. Creo que el bueno de maese Janisse se ha quedado preocupado y que será feliz al ver que has recuperado el apetito. Y acompaña a Mathieu al molino, se pondrá muy contento al saber lo que acabo de contarte. Y, sin embargo, ni una palabra acerca de las desgracias de Philippine...

—Os lo prometo, madre —aseguró la jovencuela poniéndose también ella en pie y alisándose la falda con la palma de la mano.

—Tendrás que hacer lo mismo con tu rostro, ruiseñor, si no quieres que el país entero se extrañe de tu aspecto —se burló Gersende, apartando la cortina para marcharse.

Tras ella cayó el pesado cortinaje y Algonde se precipitó al espejo para juzgar por sí misma.

El caballero partió al galope tres cuartos de hora más tarde, para preceder a doña Sidonie de camino a La Bâtie en Royans y ordenar que prepararan su estancia, por breve que fuera.

El barón besó a su amante en la frente una vez ésta se hubo instalado junto a Marthe. Alrededor del carro, los caballos de la escolta al mando del capitán Dumas sacudían las orejas agobiados por las moscas, enloquecidas por el calor que de nuevo parecía anunciar tormenta.

—Apresuraos, querida —suplicó Jacques a oídos de Sidonie—, os amo tanto que ya os añoro.

El barón descendió del estribo y cerró la puerta de la litera. Apenas la hubo cerrado, Sidonie se asomó para asirle la mano que le tendía.

No podía separarse de ella. En cuanto le propuso ir sola a Saint-Just-de-Claix para esclarecer aquel turbio asunto y traer de vuelta a Philippine, fue presa del recuerdo. ¿Acaso no había visto a Jeanne, su difunta esposa, partir también hacia la abadía de la que no regresó jamás? Sidonie, a quien había confiado su tormento, le había asegurado que no le sucedería nada. No podían dejar que la abadesa hiciera acusaciones tan graves relativas a la moral de Philippine sin actuar. Aunque fuera

consciente de que sin duda Sidonie no era la mejor aliada de la jovencita en aquel asunto, el barón no pudo negarse. De hecho, sabía que ante la abadesa se hubiera mostrado cabizbajo y abatido, pues al proceso contra su hija se habría sumado el suyo propio. Sidonie tenía costumbre de defenderse y sería capaz de evaluar en su justa medida el grado de objetividad de la monja. Desde aquel punto de vista, ella llevaba razón. Ella debía partir y él quedarse allí. El barón Jacques no era un cobarde. Cuando era necesario guerrear, era el primero en ponerse a la cabeza frente al enemigo, pero los asuntos del corazón eran su punto débil. En las cosas del amor era más frágil que un recién nacido.

—Estad en paz pues yo también os amo —aseguró Sidonie llevándose la mano a los labios como señal de despedida.

—¿Lo bastante como para casaros conmigo? —se decidió de repente el barón dirigiéndole una mirada que expresaba a la vez esperanza y gratitud.

Los ojos de Sidonie se iluminaron.

—De todo corazón y más aún.

—En cuanto regreséis —propuso Jacques, serenado por aquel augurio.

—Volveré enseguida —prometió Sidonie.

El barón se apartó y alzó en dirección del cochero aquella mano en la que aún persistía el perfume de su dama. El efluvio especiado hizo que el cortejo se estremeciera. Sus miradas permanecieron unidas hasta que el carro atravesó la poterna y el barón se halló solo sobre las losas.

—Vuestro almuerzo se enfría —insistió Gersende al ver que tardaba en regresar al castillo, con su cráneo descubierto bañado por el sol.

El barón se reunió con ella en lo alto de la escalera.

—Acompañadme, Gersende, deseo hablaros.

No fue sin embargo hasta después de la comida, que apenas probó, cuando el barón se volvió hacia Gersende, que aguardaba junto a la puerta.

—Acabo de pedirle a Sidonie que se case conmigo y ha aceptado.

—Es una grata noticia —le felicitó Gersende, encantada.

—Por supuesto, pero creo que no podré esperar a que acaben las obras de La Bâtie. Dentro de un mes podremos ocupar nuestros apartamentos, pero harán falta cuatro o cinco meses más antes de que podamos ofrecer una recepción. No, aunque sea contrario a los usos y costumbres y que tanta precipitación impida que puedan acudir todos mis vasallos, ya he tardado demasiado tiempo. Ya nos rendirán homenaje más adelante.

—¿Qué proponéis? —preguntó Gersende, inquieta.

—Sorprenderla. ¿Podrías organizado todo de aquí a su regreso?

Gersende se quedó patidifusa. Era peor de lo que temía.

—¿De aquí a ocho días? Dios nos ampare, señor, es imposible.

—¿De aquí a fin de mes, al menos? El rey se debilita y me gustaría contar con su

bendición.

Gersende suspiró. El argumento le pareció fuera de lugar y el capricho inconsecuente, pero Jacques de Sassenage era su señor y ella sabía que tarde o temprano acabaría por obedecer, así que mejor sería aprovechar desde aquel mismo instante el tiempo del que luego carecería.

—El castillo es pequeño, pero el tiempo se presta a festejos al aire libre. Un campamento para alojar a los invitados, la frondosidad del viejo roble podría albergar el banquete... —enumeró con sus gruesos dedos.

—Y la palestra para el torneo. Aymar de Grolée me ha afirmado que Enguerrand es un escudero de gran valía. Ha llegado la hora de hacerle caballero. Podría armarle al día siguiente de la boda para que pueda tomar parte en la justa. ¿Qué opináis?

—Se merece tal honor, en efecto —consintió Gersende, que había visto crecer la Enguerrand entre aquellas paredes.

De hecho, tras su viudedad, que la había dejado en la ruina, Sidonie y sus hijos, ya acompañados de Marthe, se instalaron en el castillo de Sassenage que el barón Jacques y Jeanne de Commiers pusieron graciosamente a su disposición. Algonde, Mathieu y Enguerrand eran inseparables hasta que este último fuera a formarse en Bressieux con el barón Aymar de Grolée.

—Puedo contar con vos, mi buena Gersende...

—No os puedo garantizar la perfección.

—Nadie os lo reprochará.

—En ese caso, y con la ayuda de Dios y de todas las buenas voluntades, trataremos de conseguirlo.

En el rostro del barón se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Ahora ya puedo decirlo que temía que me vendrías con la excusa de esa vieja leyenda.

—Las leyendas son lo que son, señor. Dudo que Melusina ensombrezca vuestra boda.

—¿Incluso si abriéramos el último piso del torreón?

Gersende puso mala cara.

—¿Y por qué habría que abrirlo?

—Para Philippine.

—¿No creéis que doña Sidonie lo hubiera sugerido en lugar de pedirme que resuelva ese problema de habitaciones?

—No se le habrá ocurrido, eso es todo. Además, vos lo sabéis perfectamente. Desde hace siglos nadie ha modificado o renovado ni la menor de las cosas en esta residencia.

De hecho, Sassenage era el único castillo de la región que había conservado su apariencia original. Edificado como el de Lusignan en Poitou por Melusina, poco tiempo después de su matrimonio con Raymondin, conde de Forez, aquel castillo albergó su felicidad. Cinco de sus hijos nacieron allí. Nadie, ni siquiera el propio

Raymondin, hubiera podido sospechar que su esposa fuera en realidad un hada a la que una maldición transformaba cada sábado en mujer serpiente en el secreto de su alcoba. El día en que la verdad salió a la luz, Melusina se lanzó a las Cubas del Furon. Raymondin hizo sellar la puerta de sus apartamentos y exigió que nadie osara abrirlas jamás bajo pena de que el diablo se instalara de nuevo allí.

Jacques de Sassenage, más por costumbre que por convicción, había contribuido a perpetuar la leyenda. Aquel lugar conservaba un alma misteriosa que a veces le permitía abstraerse de sus obligaciones así como de sus demasiado numerosos cortesanos, y a la vez estar cerca de los suyos. En aquellos momentos, empero, lo presentía. Philippine necesitaba esa magia.

—¿Se os ocurre otra solución para alojar a mi hija?

—Cederle mis apartamentos sería preferible a lo que proponéis.

El barón negó con un movimiento de la cabeza.

—Y si os dijera que Sidonie se ha visto con Melusina y que entre ambas hay buena relación, ¿aún pensaríais que es una locura?

—Concluiría que se trata de una advertencia de la que no se pueden hacer burlas.

Sus miradas se enfrentaron.

—¿Quién tiene la llave del último piso? —preguntó el barón.

Gersende cogió el manojito de llaves que colgaba de una cadena de su cintura y extrajo una llave ricamente trabajada que depositó sobre la mesa. A continuación, se puso en pie, fría y resignada.

—Se hará como ordenéis.

El barón suspiró y empujó la llave hacia ella.

—Guardadla. Iré a ver a maese Dreux en la Rochette para pedirle consejo. Philippine debe disponer de comodidades. Si no es posible en el estado actual, abriremos los sellos. El tiempo ha transcurrido y ya nadie sabe en verdad lo que es cuento o verdad.

—¿Acaso no creéis en la existencia de Melusina, señor? —se sorprendió Gersende.

—Creo más en el reino de Dios que en el de las hadas...

La intendenta le dirigió una mirada teñida de sincera compasión que él no comprendió.

—Mi hija se pondrá a vuestro servicio en cuanto regrese de un recado al que la he enviado. ¿Permitís que me retire?

—Retiraos, Gersende.

La intendenta hizo una reverencia y salió, dejando al barón Jacques sólo con unas certezas que ella no compartía.

En cuanto ella se hubo marchado, el barón advirtió que había olvidado la llave sobre la mesa. Ignoraba cómo se le había ocurrido la idea de alojar a Philippine en los antiguos apartamentos de su antepasado. Unos días antes, desconcertado por la piedra que Sidonie le había mostrado en el camino de regreso de la Rochette, se quedó

mudo, perplejo. Negarse a creerla o peor aún, burlarse de Sidonie, hubiera sido un insulto. Había preferido no volver a hablar de ello. Él mismo no podía negar el hecho de que había soñado con la maldición cuando su esposa falleció, antes de convencerse finalmente de que no se trataba más que de supersticiones y de la supervivencia de un miedo pagano que la religión cristiana había eliminado en buena medida. No se podía hacer responsable a Melusina de la muerte violenta de las esposas de los Sassenage con la excusa de que se sentía celosa de la felicidad de éstas. Era una bobada. A todas luces, Melusina era una mortal a la que su antepasado debió de sorprender en galante compañía y a la que había ahogado en el río para castigarla, antes de inventarse una historia para lavar su reputación. Como era bien sabido por los descendientes del conde de Forez, de generación en generación, eran puntillosos y vengativos en cuestiones de honor.

Al día siguiente se iría a la Rochette para hablar con maese Dreux, y aprovecharía la ocasión para descender al subterráneo. Vería así si Melusina tenía algo que objetar.

Seguro de su decisión, se fue a su alcoba y se tumbó a descansar. Añoraba ya a Sidonie y sufría de una perniciosa migraña.

## Capítulo 8

Nadie hubiera podido imaginar los tormentos sufridos por Algonde al verla con el cabello trenzado de nuevo, los ojos bañados con agua de toronjil y el rostro cubierto con el unguento que la bruja de la comarca le había dado a su madre para aplacar los rubores. Maese Janisse vio en ella de inmediato una mirada más brillante que de costumbre y lo atribuyó sin reserva alguna a la pasión amorosa. Le tranquilizó ver cómo la jovencuela se zampaba los dos tarros de huevos batidos con leche que doña Sidonie y su camarera habían dejado para no retrasar su marcha. Consideraba a Algonde como su hija desde la muerte de su padre, y se habría casado con su madre si ésta no le hubiera rechazado tozudamente. Viudo él también desde hacía tres años, se hubiera abandonado gustosamente al afecto que le empujaba desde hacía tiempo hacia ambas mujeres. Gersende y Algonde, que como todos en el castillo estaban al corriente de los sentimientos de maese Janisse, le correspondían una con amistad y la otra con la ternura de una hija huérfana de padre, y no era extraño que Algonde le confiara sus secretillos. Aquella vez, sin embargo, como en lo relativo a la misión que le había confiado Melusina, ella se abstuvo y prefirió que creyera que había tenido tal pelotera con Mathieu que no le había quedado otro remedio que recurrir al consejo de su madre para consolarse. De tal forma que, cuando la jovencuela se despidió de él para ir a encontrarse con el hijo del panetero, maese Janisse no pudo evitar esperar que aquellos dos acabaran por casarse.

—¡A buenas horas! —exclamó Mathieu, de pésimo humor, cuando ella apareció en la puerta del torreón.

—¿Me echabas de menos? —le soltó ella mientras descendía los escalones para reunirse con él.

—¡Sólo faltaría eso!

—Pues en ese caso, no tienes más que irte solo al molino...

Él se puso en pie, llevándose los puños a las caderas.

—¡Ni hablar, eso sería demasiado fácil! Ahora sí quiero, ahora no quiero... Ya no aguanto más hacer el ridículo, señorita.

Algonde se encogió de hombros, con una expresión irónica.

—Solito lo haces muy bien...

Antes de que él pudiera replicarle, ella se encaramó en el carro de bueyes que Mathieu había dispuesto a poca distancia de allí y se acomodó.

—¡Vete con ella, cabeza de chorlito, o acabarás ahí plantado con cara de bobo! —le aconsejó uno que pasaba por allí.

—Harías bien en escuchar lo que te dicen —replicó Algonde desde lo alto del carro—. En cualquier momento puede caer un chaparrón...

El recuerdo de la broma de la que había sido víctima hizo que la rabia enrojeara las mejillas de Mathieu. Vengativo, se subió al pescante y, empuñando las riendas, dio un grito para hacer que los animales avanzaran antes de distenderse de golpe. El sol

brillaba en su cénit y Algonde canturreaba junto a él.

Una vez franqueadas las dos torres de la puerta, atravesaron el patio exterior, el cuerpo de guardia y luego el puente levadizo, mecidos uno y otro por la cancioncilla que Algonde tarareaba. Así, al paso lento de los bueyes, llegaron al cruce de caminos que conducía al molino, ella con la mirada extraviada en los campos de trigo que los campesinos segaban en mangas de camisa y él en el pueblo del valle.

—¿Qué quería el caballero? ¿Es a causa de su visita que se ha marchado nuestra dama?

Algonde estuvo a punto de explicarle lo que le había sucedido a la hija del barón, pero se contuvo.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

—No me gusta cuando Marthe hace que estés triste.

—¿Te parece que estoy triste?

—Has llorado.

Algonde se volvió hacia él con expresión de sorpresa.

—¿Y tú qué sabes?

Él se encogió de hombros.

—Por el color de tus ojos. Ha cambiado.

Algonde hubiera deseado disponer de un espejillo para comprobarlo.

—¿Y de qué color los tengo? —preguntó, intrigada.

No respondió. De repente, parecía serio y apenado.

—¿De qué color tengo los ojos? —insistió ella.

—Como las aguas del Furon cuando se lo traga la montaña. Como las aguas del Furon cuando se te tragó a ti.

Algonde se quedó inmóvil. Curiosamente, el timbre sordo de la voz de Mathieu la asustó.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenías los ojos del color del Furon cuando te arrastré hasta su orilla.

Un silencio espeso se instaló entre ambos, puntuado por el arrastrar de los cascos de las bestias sobre el suelo pedregoso. Y Mathieu añadió:

—Hace un rato también te has ahogado, ¿no es cierto?

—Marthe me sorprendió espionando a doña Sidonie.

Él sacudió la cabeza. Una pálida sonrisa iluminó sus rasgos.

—Un día la mataré —declaró fríamente.

Algonde se estremeció a pesar del calor reinante.

—No merece la pena, y además fue culpa mía. Quería saber las noticias del caballero... Creía que iban a castigarme y también a mi madre, a la que esa intrigante pretende destronar, pero me he equivocado. Doña Sidonie se la ha llevado con ella y me ha ascendido a camarera del barón durante su ausencia.

—¿Camarera del barón? —Se sobresaltó Mathieu y la miró, inquieto.

—¿Marthe no se moriría de envidia al marcharse? Hubiera querido comprobarlo,

pero habría sido encarnizarse...

—Si te toca, la mataré —juró el muchacho, fulminándola con su ímpetu.

—¿Quién iba a tocarme?

—El barón, ¡por Dios! ¡Al haber partido su dama bien pudiera ser que quisiera consolarse!

Algonde frunció el ceño. Poco sabía acerca del amor pues, en su infancia, sólo había visto la violencia de su padre sobre su madre cuando había bebido. El barón no parecía peligroso a la vista de la felicidad que centelleaba en los ojos de Sidonie. ¡Vaya ideas tenía Mathieu! Si ella hubiera corrido peligro, Gersende la habría prevenido.

—Estaré lo más lejos que pueda de él —afirmó para tranquilizarle.

Él asintió. El molino, cuyas aspas giraban en una lenta cadencia, iba aumentando de tamaño al final del camino. Un discreto rechinar de la muela llegó hasta ellos.

—¿No me vas a contar lo del caballero?

—He prometido guardar el secreto.

—¿Como con Melusina?

Algonde suspiró.

—No confías en mí, ésa es la verdad, y te equivocas, Algonde, pues juro por Dios, que si fuera necesario sería capaz de matar para defenderte. Mataría porque te quiero y preferiría colgar de una cuerda que perderte para siempre.

Algonde no supo qué responder y se alegró de ver avanzar hacia ellos al molinero que les aguardaba.

Jacques de Sassenage no sabía si estaba despierto o si sufría una pesadilla, pero parecía que de su cuerpo bañado en sudor quisieran surgir escamas, aprisionándole las piernas como si se las atornillaran dolorosamente. Trató de pensar. Con la excepción de Melusina, ¿alguien se había transformado alguna vez de aquella manera? Y además, ¿qué hacía en aquel lugar? A todas luces se trataba de una habitación, pero no se parecía a ninguna que conociera, con una cama ricamente esculpida sobre la cual colgaban unas cortinas rasgadas. Uno de los montantes de madera, roído por la carcoma, se había roto por la mitad. Olía a humedad y a ruina. Sólo la chimenea mantenía su belleza, con sus montantes de piedra labrada. Hubiera querido acercarse a la misma para examinar con detenimiento el retrato sobre madera que allí había de una hermosa dama vestida de azur, que en su delantal sostenía una brazada de flores silvestres. Estaba seguro de conocer a la joven, con su cabellera castaña, pero ¿qué hacía en aquel vetusto entorno? Al diablo la verdad y el dolor de sus pantorrillas, Jacques se sentía atraído por ella. En sus oídos, una voz dulce le encantaba con una melodía que juzgó antigua. Se dejó mecer por la música antes de percatarse de que se contoneaba sobre el polvoriento suelo de madera como una serpiente, con las piernas pegadas la una a la otra, y se llevó las manos a las orejas y cerró los párpados, con el corazón desbocado. Al volver a abrirlos, vio que se hallaba

tumbado sobre la colcha de su cama, y que un rayo de sol le daba en la frente. Se puso en pie y comprobó que sus piernas eran las mismas que le sostenían desde su infancia y que podía moverlas con soltura. Se rió de su estupidez, antes de caer de espaldas sobre la almohada, fulminado por el dolor. Su migraña había empeorado.

Algonde se puso de nuevo a cantar en cuanto volvió a subirse al carro y en aquella ocasión, dejándose llevar por su temperamento, Mathieu, a su lado, la acompañaba con voz de falsete. El molinero había ayudado al jovenzuelo a cargar los sacos de harina, mientras Algonde jugaba con el más pequeño de los hijos de la casa haciéndole saltar sobre sus rodillas, echándole así una mano a la madre, que pelaba verduras. A Algonde le gustaba la apacible dulzura del hogar de aquella pareja y a menudo se sumaba a las visitas que el oficio de Jean, el padre de Mathieu, exigían. Antes de regresar, los dos jovenzuelos, que no tenían prisa alguna, siempre bajaban hasta el pueblo para remojarse los pies bajo el puente, allí donde el Furon fluía más tranquilo. Se encontraban allí con otros de su edad que se daban un respiro en su dura jornada y aprovechaban las últimas luces del verano. Fieles a su costumbre, ataron los bueyes a una estaca junto al camino, pues nadie tocaría aquella carga que se sabía destinada al castillo, y descendieron por el sendero. Llegados a la orilla, se descalzaron y se mezclaron alegremente con el pequeño grupo que se refrescaba entre risas.

Llegaron a las torres de la puerta dos horas más tarde, tras haber intercambiado bromas y banalidades, y se separaron ante la puerta del torreón, húmedos aún de sus juegos y a la vez tristes por deber retomar sus tareas.

Cuando subía para arreglarse un poco antes de presentarse al servicio del barón, Algonde oyó la voz exasperada voz de su madre encima de ella, en la escalera.

—Podrías haberme avisado...

—No pensaba que...

—Pensar, pensar... ¿acaso se te pide que pienses? Bastaría con que me obedecieras —gruñó Gersende.

La jovenzuela a la que se dirigía estalló en sollozos cuando Algonde llegó a su altura.

—Ah, por fin llegas —refunfuñó su madre al verla, antes de añadir, dirigiéndose a la criada—: Deja de llorar. El mal ya no tiene remedio y ya veré cómo me las apaño, pero de ahora en adelante...

El grueso dedo índice de Gersende se agitó amenazadoramente ante el rostro de la pobrecilla, que inclinó la cabeza resoplando. A Gersende le bastó señalar con el dedo hacia el piso inferior para que la criada se precipitara hacia allí.

—Sígueme —ordenó la intendenta a su hija.

Gersende ascendía los escalones con paso apresurado y, por encima del hombro, le explicó:

—Le he pedido a esa boba que quitara la mesa del barón. Sonaba la nona y ella se

marchaba cuando le ha oído gritar. ¿Crees que ha ido a ver qué sucedía o que ha venido a avisarme? ¡Ca! Ha pegado la oreja a la puerta y como no se oía nada ha vuelto a sus ocupaciones.

—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó Algonde, que no alcanzaba a comprender la razón de la inquietud de su madre.

Para ella, el barón era lo bastante valiente para cuidar de sí mismo. Gersende se quedó inmóvil y, volviéndose súbitamente, dominó a su hija desde un peldaño más arriba.

—De eso hace ya tres horas. Debería haber ido a la capilla para el oficio y no se ha presentado.

Algonde calló. Algo había cambiado en la mirada de su madre. No hubiera sabido decir qué era, puesto que fue fugaz, pero, al igual que cuando cayera a las aguas del Furon, la jovencuela percibió la sensación fría y traicionera del peligro.

Se adentraron en la vivienda señorial. La mesa rectangular de sólidas patas y travesaños había sido limpiada, y dos candelabros encuadraban una copela de higos. Entre las dos ventanas había una bandeja de plata con un aguamanil y otra bandeja con una copa. Todo estaba demasiado ordenado. El barón no se había levantado. Inquietas, se dirigieron hacia la puerta del dormitorio. Gersende llamó a la puerta:

—Señor...

Como no se oía ruido alguno, insistió. Un silencio tan pesado como su angustia reinó en la estancia.

—Entremos —decidió Gersende.

Alzó el picaporte y entró en la habitación. Allí estaba el barón, tendido sobre su cama, con los brazos cruzados. Algonde creyó que estaba muerto pues estaba muy pálido y se quedó en el umbral, asustada, mientras su madre se precipitaba hacia él.

Apenas la intendenta se hubo acercado a la cama, se volvió hacia su hija:

—Arde de fiebre. Antes he visto a la bruja entrar en casa del herrero. Tal vez aún esté allí. Corre a buscarla.

Algonde obedeció de inmediato.

Una vez sola, Gersende desabotonó el jubón de su señor. No se había desvestido para echarse la siesta y estaba muy sudado.

—Barón —probó, dándole cachetes en las mejillas.

Le respondió un gemido.

—¿Estáis enfermo?

Los párpados se alzaron con un esfuerzo que ella adivinó considerable.

—Luz —imploró él con voz mortecina a la vez que volvía a cerrar los párpados.

Gersende avanzó para echar las cortinas frente a las ventanas y hacer que sólo entrara en la habitación un hilillo de la luz del día.

—Ya está, señor.

Los ojos del barón se abrieron en una dolorosa grieta.

—Migraña —consiguió articular.

—He mandado en busca de ayuda para curaros —le dijo Gersende—. ¿Deseáis un poco de agua?

Comprendió que su gemido era una afirmación y fue en busca de una copa.

—Deberíais incorporaros un poco. ¿Podéis?

Él separó las manos para intentarlo y algo se escapó de una de ellas y cayó al suelo con un ruido metálico. Sin perder tiempo, Gersende le acercó el vaso a la boca y luego lo ayudó a acostarse de nuevo.

—Aquí estoy —se presentó la bruja, cruzando el umbral, en el momento en que Gersende se inclinaba para mirar debajo de la cama.

La intendenta se guardó rápidamente lo que había hallado y se puso en pie.

—¿Dónde está Algonde? —preguntó.

—Aquí, madre —le respondió ésta asomando la cabeza por el quicio de la puerta.

—Quédate ahí, necesitaré de tus servicios —le ordenó mientras la anciana, que en el castillo también ejercía de comadrona, examinaba al barón, crispado por el dolor.

—¿Ha estado antes al sol?

—Sí, un buen rato y sin cubrirse, cuando nuestra señora ha partido —recordó Gersende.

—Es una insolación fuerte —diagnosticó la bruja incorporándose tanto como le permitía su espalda arqueada—. Se recuperará pronto. ¿Me oís, barón?

Le respondió un gruñido.

—Esta noche desaparecerá la fiebre, pero debéis permanecer en cama hasta la noche siguiente con el fin de que los humores os abandonen del todo.

Sin esperar respuesta, le volvió la espalda y se aproximó a Gersende.

—Volved a vuestras ocupaciones. Yo le velaré.

—Al menor problema...

—No habrá ningún problema —le aseguró la bruja con una sonrisa desdentada.

Gersende asintió con un gesto de la cabeza antes de reunirse con su hija.

—Coge una vela y sígueme.

La jovencuela siguió sus pasos. El aspecto grave de su madre no le gustaba. Gersende subió los peldaños, entró en el torreón y se detuvo frente a la puerta de la habitación maldita para verificar los sellos.

—¿Qué sucede, madre? ¿A qué hemos venido aquí?

—Creo que ha llegado el momento de revelarte mi secreto —respondió la intendenta mientras del bolsillo se sacaba la llave que había recogido de debajo de la cama del barón.

La hizo girar en la cerradura. La puerta se abrió con él rechinar de sus herrumbrosos goznes y Gersende se apartó para permitir que la jovencuela la precediera y rasgara la oscuridad.

## Capítulo 9

A pesar de que aquel 10 de agosto de 1483 Laurent de Beaumont hubiera recuperado el color y el vigor, Philippine de Sassenage no conseguía desembarazarse de un profundo sentimiento de culpabilidad. Provista de su remedio, se aproximó al joven señor, recostado contra su almohada.

—Philippine, querida Philippine —le dijo como bienvenida.

—Os he pedido que me llaméis Hélène —refunfuñó la jovencuela tendiéndole el vaso.

Lo vació de un trago y se lo devolvió, dócil y con una mirada tierna. Philippine aplicó su mano sobre la frente del enfermo como le había enseñado sor Albrante. Se sintió aliviada. Aquella mañana no tenía fiebre.

—Cada día os recuperáis más —se alegró.

—Gracias a vuestros cuidados, amiga mía.

Le tomó la mano y se la llevó a los labios. Molesta, Philippine se soltó con firmeza.

—Esta poción es amarga, ¿deseáis un poco de agua para tomárosla? —preguntó ella, esperando así alejar la conversación de la futilidad.

—Sólo os deseo a vos...

—¡Vaya modales, sobrino mío!

Philippine se volvió con alivio hacia la recién llegada. Sor Aymonette acababa de cruzar el umbral acompañada de sor Albrante.

—¿Acaso me reprocháis que siga vivo, tía? —se defendió Laurent de Beaumont.

—Si osáis utilizar de nuevo ese lenguaje yo misma me ocuparé de remataros —gruñó la prechantresa mientras Philippine se alejaba hacia el fondo de la habitación tras gratificarla con una sonrisa de agradecimiento.

La respiración regular de Philibert de Montoisson, a quien habían desplazado para mayor discreción, la recibió tras la cortina que acababa de abrir. Se acercó a él, víctima de la misma inquietud, del mismo asco. La inconsciencia en la que se consumía le hacía semejar a un yacente y le daba un aspecto que infundía miedo. Con la barba rala, pálido, el caballero estaba demacrado a pesar de los constantes cuidados de que era objeto. Además, aquel lugar olía a orines. Una vez más, se sintió mal y un espasmo le retorció la glotis. Para calmarlo, volvió a echar la cortina y, apoyada contra una columna, rebuscó en la bolsita que colgaba de su cintura y se llevó a la nariz un trozo de tela impregnado de licor de menta. Hasta ella llegó la risa de Laurent de Beaumont. ¿Cómo podía mostrarse tan despreocupado y ligero cuando había sentido el aliento de la muerte y ésta aún le rondaba? Para ella era un misterio. Se le insinuaba y ya no sabía qué hacer para mantener las distancias, y no osaba rechazarlo totalmente para no perjudicar su cura. En el fondo, hubiera preferido regresar a su celda, no ver nada y no saber nada. Philippine de Sassenage descubrió que era cobarde ante Dios. Y ante los hombres. Aunque tratara de demostrar lo

contrario. Claro está que comía, sor Albrante no hubiera permitido lo contrario, pero lo hacía sin apetito y con el estómago revuelto. Claro está que dormía, pero era un sueño inquieto, presa de pesadillas. Velar a Philibert de Montoisson la turbaba. Y eso sin tener en cuenta aquella cosa deforme e inerte, fofa y apestosa. Asquerosa. Descubrió la existencia de la misma al día siguiente de su llegada, cuando la enfermera le pidió que se volviera: «Un momento, debo ponerle la sonda o, de lo contrario, se orinará en las sábanas y con este calor el olor sería insoportable», le había explicado ésta por encima del hombro.

Para confirmar sus palabras, el orinal junto a la cama se llenó de inmediato mediante un junco. Cuando sor Albrante se dio la vuelta, Philippine alzó la sábana, por curiosidad. ¡Cuánto lo lamentaba! Durante la noche entera estuvo dándole vueltas a la razón por la que su bajo vientre era diferente, hasta llegar a la conclusión de que si tanto misterio existía acerca de un punto de la anatomía era porque estaba relacionado con la procreación. Evidentemente, aquello no le reportó respuesta alguna acerca de la manera de proceder, pero sólo la idea de que un día tuviera que vérselas con aquella excrecencia meona le revolvía el estómago, hasta el punto de preguntarse si ante el matrimonio no hubiera preferido quedarse en aquella comunidad. Esa reflexión la llevaba a su propia miseria, a la miseria de Philibert de Montoisson, Philibert de Montoisson a Laurent de Beaumont, y Laurent de Beaumont al matrimonio.

Con las náuseas atenuadas por los efluvios mentolados, volvió junto al caballero. Proceder sin mirarle, así se veía obligada a actuar para poder llevar a cabo la tarea que le habían ordenado. Cambió el cubo lleno de orina por otro, limpio, e iba a dirigirse apresuradamente a la ventana para vaciar el contenido cuando la abadesa apartó la cortina.

—¿Cómo se encuentra?

—Está estacionario —dijo Philippine con un hilo de voz, con picores en la garganta provocados por aquel olor fétido tan próximo a su nariz.

—Sor Albrante me ha informado de que esta noche ha hablado mientras le velabais.

Víctima de nuevo de las náuseas, la jovenzuela asintió con la cabeza.

—Dejad eso y venid conmigo —le propuso la abadesa—, ya acabaréis luego vuestra tarea.

¡Philippine le hubiera dado dos besos! De inmediato se halló frente a ella, se había quitado un peso de encima y dejaba atrás a los dos hombres.

—Contadme, hija mía.

—He debido de soñar, señora, ya que el caballero estaba inmóvil —explicó.

—Dejad que sea yo quien juzgue. ¿Qué habéis oído?

—«Sea príncipe o no, el turco se quedará de piedra una vez le Haya cortado la cabeza». Eso ha dicho. Ya veis, señora, que no es más que un sueño.

La abadesa frunció el entrecejo, intrigada.

—¿Nada más?

—Nada más.

—En ese caso, hija mía, podéis volver a vuestras ocupaciones.

—¿Tenéis noticias de mi padre? —preguntó Philippine.

—No, pero aún me alegro de haberos autorizado a ayudar a sor Albrante. Tenéis mejor aspecto —le dijo la abadesa cuando se reunió con ellas la enfermera, que había acompañado a sor Aymonette.

Laurent de Beaumont se había adormilado bajo los efectos de la medicación. Al comprender que estaba de más en la conversación entre ambas mujeres, Philippine regresó a allí de donde venía, tapándose de nuevo la nariz.

—Este asunto, sor Albrante, me parece de lo más misterioso —dijo la abadesa en voz más baja.

—¿Habéis registrado sus pertenencias, como os indiqué?

—Sí, lo hice, pero no me han aportado indicio alguno. Hay que reconocer que este caballero nos plantea un problema, puesto que la frase que ha dicho esta noche...

—... hace referencia a un crimen, eso está claro, señora. Y eso es incompatible con la misión de los hospitalarios.

—¿Un crimen, decís...? Se trata de un turco —afirmó la abadesa.

La enfermera se sonrojó.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Veamos, Albrante —se burló la abadesa—, los turcos son paganos. No vamos a reescribir la historia...

—Pero una cruzada, por qué no...

La abadesa consideró el desdén de la enfermera con sorpresa, antes de encogerse de hombros.

—Siempre tendéis a exagerar, hija mía. Y además este asunto no nos concierne.

—Disculpadme, señora, pero me disgusta dar cobijo a un asesino.

Ante aquellas palabras, la abadesa se exasperó.

—Pero ¿qué os sucede?

—Sucede —refunfuñó la enfermera, con un bufido— que si ese caballero es lo que parece, tal vez Philippine sea inocente de los cargos que se la acusan.

—No seáis tan angelical, hija mía —se burló la abadesa, que conocía su capacidad de indulgencia.

—La frase hablaba de un príncipe y Laurent de Beaumont es uno de los pajes de nuestro delfín Carlos.

—¿Y a qué viene eso?

Albrante se irritó. A todas luces la abadesa no deseaba comprender.

—Nuestro rey está enfermo, ¿y acaso no podría tramarse una conspiración contra el delfín para asesinarlo? Sabéis tan bien como yo que el delfín aún es demasiado joven para reinar y que el duque de Orleans suspira por el trono. Supongamos que

Philibert de Montoisson descubrió aquí a Laurent de Beaumont, de quien conocía su cualidad. Tal vez quiso deshacerse de él antes de que llegara la persona a la que esperaba. Esos asuntos de Estado a menudo requieren vergonzosas alianzas. Así pues, qué mejor pretexto para acabar con un testigo incómodo que la belleza y la inocencia de una jovencueta...

—¿Y si Philippine sólo lo ha soñado? —preguntó la abadesa, a quien ese asunto la preocupaba.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados —insistió Albrante.

—¿Y por qué no? Philibert de Montoisson transita entre la vida y la muerte, así que hasta nuevas noticias es inofensivo. Dejemos que Nuestro Señor todopoderoso le juzgue.

—Insisto en creer...

—Persistid, Albrante, estáis en vuestro derecho. Pero el mío es velar por que la regla de nuestra orden y su moral sean respetadas. Laurent de Beaumont no parece tener para con Philibert de Montoisson más intenciones que una disputa amorosa, así os lo ha confirmado él mismo. Extrapolar no nos llevará a ninguna parte, más que lejos de la verdad. Esperemos. Es...

Se quedó inmóvil, dejando en suspenso el final de su frase.

—¿Qué sucede? —se sorprendió Albrante volviéndose hacia la puerta que la abadesa observaba con mirada tan intrigada como inquieta.

—¡Jesús del dulce nombre! —murmuró la enfermera santiguándose mientras, imperturbable y altiva, Sidonie de la Tour-Sassenage penetraba en el hospicio, contraviniendo todas las reglas.

En el mismo momento, abandonando por fin a Philibert de Montoisson, una vez terminadas las curas, Philippine corría la cortina.

—¡Prima! —exclamó feliz.

Aunque a Sidonie la impresionó verla tan pálida y con el rostro fatigado, no lo dejó entrever, y se contentó con abrir los brazos para ofrecerle un abrazo mientras la joven se abalanzaba sobre ella sin prestar atención a su paso a las monjas. Las dos se fundieron en un abrazo, y se separaron cuando a ellas se unieron la abadesa y sor Albrante, en actitud grave y silenciosa.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Philippine, adelantándose a la pregunta que las monjas aguardaban.

—Ha debido quedarse en Sassenage —explicó Sidonie—, pero yo he venido a buscarte.

—No creo que eso sea posible —le respondió la abadesa con acritud.

Sidonie sostuvo la mirada de la madre superiora. En el mismo instante en que le propuso al barón Jacques partir hacia Saint-Just-de-Claix, presintió que le pondrían reparos. Y al haberle previsto, sacó de su manga la recomendación que su amante había redactado.

—Ve a preparar tus cosas, Philippine. La abadesa y yo tenemos algunos asuntos

que resolver.

La abadesa frunció el entrecejo ante tamaña seguridad y adoptó una austera dignidad.

—Seguidme —le dijo, en tono seco.

Sidonie así lo hizo.

Una vez abandonaron la estancia, la enfermera tomó a Philippine del hombro con una mano calurosa.

—Vamos, Hélène —dijo con voz triste—, parece que ha llegado el momento de que nos abandonen. Dejemos que esas dos libren su guerra y preparémonos. Aún debo hacerte algunas recomendaciones y confiarte dos o tres secretos.

—Es inútil fingir. Ni os respeto ni os tengo en estima —declaró sin ambages la abadesa una vez se hubo cerrado la puerta de su despacho.

Ambas mujeres quedaron frente a frente, y las miradas de ambas expresaban la misma dureza.

—Lo contrario me hubiera indispuerto, reverenda madre.

—En ese caso, acabemos cuanto antes —decidió la abadesa, apartándose para refugiarse en el confortable asilo de su mesa.

Sidonie dejó que se instalara y que arrancara el sello del mensaje con pulso firme. A sabiendas de que no la invitaría a sentarse, tomó ella misma la iniciativa para demostrarle que no estaba a sus órdenes. La abadesa leyó la elegante caligrafía del barón y dejó a un lado la misiva.

—Esta procuración no os concede todos los derechos —comenzó.

—Lo sé, pero me impone el deber de llevar de vuelta junto a su padre a una hija mancillada y humillada, con vuestro consentimiento o sin él.

—Para enseñarle vuestros modales, sin duda —se mofó la abadesa.

—A juzgar por el estado en que se encuentra Philippine, mis modales no son peores que los vuestros.

La abadesa se mordió los labios reconcomida por el deseo de expulsar de la abadía a aquella impertinente. Apretó los puños contra la superficie de madera de su mesa.

—El barón exige explicaciones acerca de los hechos, y os las daré —dijo la abadesa—. Además, habéis tenido ocasión de ver con vuestros propios ojos a una de las víctimas de la inconsecuencia de vuestra prima, el señor Laurent de Beaumont, a quien no habéis querido saludar.

—Dormía —alegó Sidonie, encogiéndose de hombros.

Si ésa era la mala baba de la abadesa, tenía con que enjugársela.

—Lo acepto —le concedió—. Y sin duda diréis lo mismo del señor de Montoisson, que agoniza junto a él.

—¿Philibert de Montoisson? —dijo Sidonie sorprendida.

Su inquietud fue tan palmaria que la abadesa se preguntó si la respuesta al enigma que poco antes se les planteaba a ella y a Albrante no sería una artimaña de aquella

perversa.

—¿Acaso le esperabais, para veros tan afectada? —preguntó la abadesa con una voz de falsete que hizo que Sidonie recobrará súbitamente su aplomo.

—Nuestros padres se apreciaban, pero hace tiempo que no le he visto —respondió Sidonie, absteniéndose de añadir que esa última vez ella tenía las piernas alrededor de su cintura y gozaba del movimiento de vaivén que le dedicaba.

—Dudo de que le reconocierais —prosiguió la abadesa, sabedora de que no obtendría más confidencias.

—¿Qué le reprocháis a Philippine? ¿Que sea bella y cándida hasta el punto de haber provocado una carnicería? Realmente, debéis de haberos aislado del mundo, reverenda madre, para ignorar que los hombres están hechos para buscar pelea sin cesar.

—Y vos bien espabilada para lucir colgados de vuestro cuello sus homenajes como si fuera un collar...

Sidonie soltó una risita que interrumpió en seco y se puso en pie:

—Lo que llevo al cuello no os concierne y os aconsejo que os guardéis vuestros sarcasmos. Dentro de poco estaré casada y podría ser que vuestro aspecto de vieja cuaresma me molestara tanto que le pidiera a Jacques que interviniera ante el rey para libraros de la carga de esta comunidad. ¿He sido suficientemente clara?

La rabia hizo enrojecer el rostro ajado de la abadesa. Apoyando las manos en los brazos de su sillón, se puso en pie a la altura del rostro de Sidonie.

—¡Jacques de Sassenage nunca se casará con vos, nunca jamás!

—¿Y quién va a impedirlo?

—Yo se lo impediré...

—¿Con tres padrenuestros y dos avemarías? Como no le plantéis ante las narices vuestro penoso secreto... —la provocó Sidonie.

La abadesa palideció tanto al oír esas palabras que Sidonie se echó a reír a carcajadas.

—Habéis podido engañar a las hijas y al marido, ¡pero a mí no!

Recordad que yo estaba aquí cuando enterrasteis a la señora de Sassenage, vuestra querida protegida, una santa mujer...

—¡Callad, hija de Satanás! ¡Os prohíbo que mancilléis su memoria! —espetó la abadesa, segura de que se trataba de una fanfarronería de Sidonie.

Todas las monjas presentes en aquel momento habían hecho voto de silencio ante Dios. Ninguna podía haber hablado.

—Su memoria... El término está bien elegido, puesto que de eso se trata, ¿no es cierto? De un cuerpo sin alma, sin recuerdos y sin razón que mantenéis encerrado como una reliquia en el último piso del torreón.

Sidonie remató sus palabras con una mueca de asco ante el lamentable espectáculo de la descomposición de la religiosa. Desde las primeras palabras de su adversaria, la abadesa se había hundido en su sillón, con un dolor sordo en el pecho.

Sidonie no se dejó enternecer.

—Atreveos a confesar —añadió Sidonie—, atreveos a confesarle al barón Jacques que su querida y tan llorada esposa sigue viva pero tan marcada por sus heridas que ni siquiera le reconocería a él si se cruzaran. ¡Confesad que mentisteis ante los suyos! Y, aún peor, ¡que hicisteis bendecir un ataúd lleno de tierra! ¿Y por qué razón, Dios mío? ¿Porque no tuvisteis el valor de separaros de esa mujer a la que amáis? ¿Y os atrevéis a juzgarme? ¿Y a juzgar a Philippine? ¡Antes Nuestro Señor todopoderoso me permitirá escupir sobre vuestra tumba el día del Juicio Final!

—¿Cómo... cómo lo averiguasteis? —farfulló la abadesa, con el aliento entrecortado a pesar de que el dolor menguaba.

Sidonie la miró de arriba abajo con hiriente despecho.

—Ya os lo he dicho. Estaba allí. No sé por qué alcé la vista cuando todo el mundo estaba cabizbajo, pero la reconocí al ver —la asistió desde aquella estrecha ventana a su propio funeral, impávida, con una mirada ausente. Fue una visión fugaz, ya que sor Albrante apareció detrás de ella para apartarla, pero bastó para que yo lo comprendiera.

—Si no actuasteis entonces, sois tan culpable como yo —la desafió la abadesa, que recobraba la confianza en sí misma al tiempo que los colores asomaban de nuevo a su rostro.

Se sirvió un vaso de agua y lo bebió a pequeños sorbos.

—¿Culpable? ¡Ni por asomo! Como mucho cómplice, pero habría que demostrarlo. Jeanne de Commiers, esposa de Jacques de Sassenage, está muerta para todos los vivos y el barón es libre de volver a casarse. Lo demás me es indiferente, puesto que al contrario de lo que creéis, amo sinceramente a Jacques y lo hago más feliz de lo que sería de conocer la verdad. Vuestra cabeza pende de mi matrimonio y de la rehabilitación de Philippine. No querréis darme el gusto de hacerla rodar, ¿verdad?

La abadesa se sabía vencida. Sidonie le desagradaba profundamente. ¿Qué podía entender ella de las razones que habían impulsado su gesto y el de Albrante? Fue sólo amor y compasión hacia la madre de Philippine, cuyo cerebro mal irrigado durante mucho tiempo se había convertido en el de una niña a la que fue necesario enseñárselo todo de nuevo, incluso a hablar. ¿Qué podía saber aquella intrigante del tiempo que cada día pasaba junto a Jeanne, como si se tratara de su propia hija?

Clavó su mirada en los ojos de Sidonie, a la que veía jubilosa, y le espetó, con toda la ironía que aún conservaba:

—Haced lo que os plazca con Philippine y también con el barón, Sidonie de la Tour-Sassenage, pero una vez hayáis abandonado esta abadía, ¡no regreséis jamás!

Sidonie, altiva, se dirigió hacia la puerta.

—Aún tenéis la custodia de sus dos otras hijas, madre, y no voy a dejar de visitarlas, pero prometo no veros si no os mostráis.

Sin un adiós, descorrió el pestillo.

## Capítulo 10

Philippine no conseguía meter en su baúl las pociones y ungüentos que sor Albrante le tendía. Ya ni se veían sus escasos enseres.

—Y éste para los sabañones, y ese de ahí para fortalecer el color de la piel, porque te has quedado pálida de no ver el sol. Ándate con cuidado que no te quemes. Ponte un velo para protegerte, y una cofia, y...

Sor Albrante se detuvo, con una mirada emocionada en los ojos, ante la tierna sonrisa de la jovencita que ya no podía sostener más cosas en sus manos.

—Lo sé, lo sé, chocheo y desvarío, pero qué quieres, no puedo evitar añorarte ya. Cinco años, cinco años, Hélène. ¿Cómo quieres que los borre en cinco minutos? —dijo con un sollozo ahogado en su voz.

—Volveremos a vernos, hermana. Vendré con mi padre a visitar a mis hermanas y la abadesa no podrá impedirlo porque ya no dependeré de su ministerio.

—Es verdad, ves como soy una tonta —se excusó Albrante.

Le tendió dos botes de arcilla, que fueron a añadirse a los que ya sostenía la joven.

—De todas formas, llévate también éstos.

Le dio una palmadita cariñosa en la mejilla y un pellizco para sacarle color a los pómulos.

—Y deja de atormentarte. He visto cómo te acongojabas al ayudarme, ya lo sabes. Es cierto que Philibert de Montoisson, en su estado actual, es poco apetitoso y Laurent de Beaumont demasiado emprendedor, pero pronto olvidarás sus miserias, ya verás. Sidonie no es un dechado de virtudes y tendrás que proteger la tuya del contacto con ella, pero aliviará tu pena y mal que bien, pasarán los días y...

De nuevo hizo una mueca y le cayó una lágrima que enjugó con la manga.

—Lo sé, lo sé —repitió—, soy una bobita y demasiado sentimental. Te alejarás de nosotras, eso forma parte del orden de las cosas, y seré feliz cuando tenga noticia de tu boda, y del nacimiento de tus hijos y...

—Aún falta para eso —la interrumpió Philippine, súbitamente asqueada por el recuerdo que le vino a la mente de aquella trompa en el bajo vientre de Philibert de Montoisson.

Alejó esa visión de inmediato. En el momento de partir, se daba cuenta de hasta qué punto sentía apego por sor Albrante, por su temperamento lunático. Su alegría por dejar atrás el calvario se ensombreció. Tenía ante ella a la enfermera y la vio atolondrada y febril a la vez, abatida por la tristeza. Se lanzó espontáneamente a sus brazos, y dejó caer los botes de ungüentos sobre las baldosas de la oficina, donde se rompieron.

Un largo silencio punteado por sus sollozos las mantuvo así abrazadas, hasta que Albrante tuvo el valor de apartarse y de tomar entre sus manos aquel rostro deshecho, pálido reflejo del suyo.

—Vamos, vamos —dijo a la vez que en sus labios se dibujaba de nuevo una sonrisa—, ¿quién va a creer al vernos que hoy es un día de gracia y alegría? ¡Mi pequeña Hélène se prepara para su primer baile y aquí estamos con cara de funeral!

Con sus dedos índices, le borró las lágrimas que corrían por la línea de la nariz.

—Ya estás apañada, hija mía. Y esas pomadas por los suelos de poco me van a servir.

—Lo siento, se me han caído —se excusó Philippine.

Una mirada cómplice, y se pusieron a reír antes de abrazarse de nuevo cariñosamente.

—Yo también la echaré de menos, hermana —aseguró Philippine—. Le escribiré. Cada día...

—Me haría muy feliz, pero una vez al mes bastará. Tendrás cosas mejores que hacer. No siempre he vivido entre estos muros, así que sé de qué hablo. Vive, Hélène, vive. Piensa en mí como una que se preocupa de una amiga querida, pero no malgastes el tiempo.

—Os lo prometo. Y cuidado de mis hermanas pequeñas y de los enfermos. El caballero lo necesita.

Philippine se apartó y de su manga sacó un mensaje:

—Tenía esta carta para él. Quisiera que se la entregarais cuando despierte. Porque se despertará, ¿verdad?

—Sólo Dios lo sabe —respondió Albrante al tomar el pergamino doblado y sellado—. Pero puedes contar conmigo, siempre que lo necesites. Debes saber que mi puerta estará abierta para ti mientras Nuestro Señor me conceda vivir.

—Dudo que eso le guste a la abadesa —opinó Philippine.

—Me gustaría ver cómo lo impide —rió Albrante frunciendo las cejas.

Philippine se echó a reír. La pena se alejaba y quedaba su afecto mutuo como cimientos sólidos.

—Voy a despedirme de Laurent de Beaumont —decidió la jovencueta.

—Y yo a limpiar tu torpeza... Date prisa. Sidonie no tardará.

Philippine asintió y cruzó la puerta cuando Albrante ya empuñaba una escoba.

Laurent de Beaumont echaba un vistazo distraído a la estancia cuando ella se acercó a su cama. La medicación de la enfermera le embrutecía en el momento de tomarla, pero los efectos de somnolencia duraban poco.

—Os ayudaré a incorporaros —propuso Philippine inclinándose hacia él.

De inmediato la rodeó con sus brazos para atraerla hacia él. Philippine chilló, sorprendida, antes de forcejear para liberarse del abrazo.

—¡Soltadme —ordenó ella—, o juro por Dios que os desollaré vivo!

Él obedeció, más porque los movimientos y el peso de la jovencueta, que a pesar de ser liviano, comprimían las costillas en su herida, que por miedo a sus amenazas. Philippine se incorporó mientras, alertada por su grito, Albrante aparecía en la puerta.

—Laurent de Beaumont —gruñó la enfermera señalándolo con un índice amenazador—, ¡cuidad vuestros modales bajo mi techo u os echaré afuera y vuestros restos servirán de comida a los carroñeros!

—Estaba aún en pleno delicioso sueño, hermana —se excusó el jovenzuelo con una sonrisa angelical que no engañó a nadie.

—En ese caso, ¡olvidadlo! ¡Y de prisa! —le fustigó Albrante volviéndose de espaldas a él.

Esperó a que ella hubiera desaparecido para preguntar:

—¿Ya no me ayudáis?

Philippine acercó un taburete a la cama, se sentó y se cruzó de brazos.

—Puesto que tan bien parecéis encontraros, ya os podéis espabilar solo —le soltó, enojada.

Se escondió bajo la almohada de plumas, suspiró como un niño al que hubieran reñido, hizo varias muecas e incluso gimió para enternecer a la joven. Ella no se movió.

Desesperado, se incorporó en la cama y le dirigió una mirada angelical que contrastaba con sus mejillas orladas con una barba incipiente, sus labios golosos y sus cabellos almidonados por el sudor.

—Estos modales de bruto son fruto de mi debilidad —comenzó.

—¿Vuestra debilidad? ¡Os comportáis como un cochino, señor, y me habláis de debilidad cuando espero vuestras disculpas! —le espetó Philippine, que aún estaba enfurecida por haber sido abrazada como una criada.

Laurent de Beaumont agachó la cabeza, dolido. Por espacio de un instante recordó a la jovenzuela con la que había reído en sus visitas a su tía. Una joven alegre, rica de mente y de esperanza, alimentada de espera y promesas, mejor dispuesta que cualquier otra, y a pesar del lugar, a los misterios del amor. Una joven a la que había respetado hasta que ella hiciera melindres bajo los árboles del huerto, enfrentándole a su rival. Se daba cuenta de que en lugar de sanarle, su actitud sólo la había hecho aún más deseable, cual flor venenosa cuya belleza fascina hasta el punto de cogerla y morir. Por espacio de un instante, la había deseado tanto que se había negado a verla marchita. Y, sin embargo, la verdad era otra. Philippine de Sassenage había cambiado. Se parecía más a una monja que a la impertinente a la que había deseado poseer apasionadamente.

—Perdonadme —imploró—. Lleváis razón, no tengo excusa.

—Os perdono si me juráis no volver a hacerlo, ni ahora ni nunca.

—Sin vuestro permiso, jamás —aceptó—, pues os amo Phi... Hélène, os amo perdidamente. Casaos conmigo y os prometo que pasaré mis días cuidando de vos más y mejor que cualquier otro en el mundo.

Philippine suspiró. Finalmente, prefería que fuera él quien abordara la cuestión puesto que ella no hubiera sabido cómo hacerla aflorar.

—Es imposible, señor, lo siento mucho.

Laurent de Beaumont endureció el tono:

—¿Acaso dudáis de mi pasión?

—¿Cómo podría dudar de vuestra pasión si por poco os quema? Y yo soy la responsable, lo sé. Mi inconsecuencia y mi pecado de orgullo que me hizo regodearme en vuestros celos...

—Philibert de Montoison y yo teníamos otros asuntos pendientes antes de ser rivales —la interrumpió Laurent de Beaumont—. No me gustan sus modales. Sí, será un hospitalario, pero es engreído y a mis ojos indigno de los votos que pronunció. En dos ocasiones, estando yo al servicio del delfín, me atropelló y se regodeó en mi ridículo. Si nuestro príncipe no hubiera estado presente, le habría provocado para exigir una reparación. No os apesadumbréis, querida, pues tarde o temprano nos hubiéramos enfrentado y, Dios me perdone, preferiría verle muerto que sanado y me alegra verle agonizar.

Lejos de tranquilizar a Philippine, esta última confianza la mortificó:

—Ni se os ocurra semejante cosa. Y menos aún en este lugar...

—Hay cosas peores para la salvación de mi alma, Hélène, pues sólo pienso en vos, día y noche. Y ese amor alimenta mi odio hacia él, puesto que sólo pensar que aún pueda cortejaros y poseeros me vuelve loco.

Philippine se puso en pie, asustada.

—Juradme, Laurent de Beaumont, que no haréis nada contra él.

—¿Me creéis tan cobarde como para acabar con él mientras duerme? —se indignó Laurent de Beaumont, apartando la almohada para incorporarse aún más, a pesar del dolor que se le clavaba en las costillas como un puñal.

—Claro que no —atemperó Philippine—. Acostaos, por favor. La sangre abandona vuestro rostro y no podría soportar ser de nuevo la causa de vuestros males.

Él obedeció, pues de hecho le faltaba el aliento. Comenzó a toser y Philippine fue a por un vaso de agua. Le dio de beber entre dos arranques de tos, sosteniéndole la nuca con la otra mano, inquieta por los silbidos de sus bronquios.

—Continuaremos esta conversación más tarde, ¿queréis? —preguntó, con los rasgos tensos.

—Lo dudo —le respondió ella alejándose.

Esperó a que se hubiera acostado de nuevo y añadió:

—He venido a despedirme. Vuelvo a casa de mi padre.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia en vuestra familia?

—Llegó por vuestra espada y me condena a los ojos de esta comunidad. La abandono, pues, antes de lo previsto, pero no antes de obtener vuestra promesa de que suceda lo que suceda, jamás volveréis a poner vuestra vida en peligro en nombre de un apego que no comparto.

Palideció, pero en esa ocasión no era debido a su herida.

—¿Debo comprender que no me amáis?

—Ni a vos ni a Philibert de Montoison, os lo repito. Lo creí, inocentemente y me

equivocaba. Olvidadme, será lo mejor, —confesó Philippine con voz apagada ante la actitud de él, con las mandíbulas crispadas.

Apretó la sábana con el puño, como si deseara aprisionar su orgullo herido.

—Me pedís lo imposible.

—Rezaré para que lo consigáis.

Le dirigió una mirada dolorosa.

—¿Estáis lista, prima?

Sidonie acababa de entrar en la estancia.

—Vuestro para siempre, hagáis lo que hagáis —murmuró Laurent de Beaumont a modo de adiós antes de volver el rostro hacia el otro lado.

Philippine no insistió. Con unos pasos se reunió con Sidonie, que la aguardaba.

—¿Nuestro amigo está despierto?

—No —mintió Philippine.

—Lástima. Sor Albrante le transmitirá nuestros deseos de un pronto restablecimiento...

Sidonie le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Acabo de estar con vuestras hermanas que están muy tristes por vuestra partida, y si fuerais a verlas se consolarían.

—Pero ¿y la abadesa? ¿Y mi castigo? —se sorprendió Philippine, dejando sin embargo que la condujera.

—No penséis más en ello, asunto resuelto.

Salieron del hospicio y Philippine sintió de repente el calor. Lo había olvidado, encerrada para cumplir con su deber en el edificio conservado fresco gracias al espesor de los muros y las estrechas ventanas. Atravesó el patio, revigorizada por los olores de las plantas aromáticas del huerto y llegó al dormitorio donde las aguardaban las hijas de Jacques.

Éstas se abalanzaron sobre su hermana. Philippine las abrazó de una en una, feliz de poder darles algunas recomendaciones. Sólo unos minutos más del resto de su pasado, antes de dejarlas. Prometió visitarlas a menudo y también escribirles y, acto seguido, mientras las campanas sonaban para anunciar el almuerzo, les dijo que se apresuraran para ir a comer.

En cuanto hubieron salido, Philippine volvió junto a Sidonie, que se había quedado más apartada.

—Quisiera saludar a la abadesa.

Sidonie asintió con la cabeza. El velo de tristeza que Philippine descubrió en los ojos de su prima la sorprendió. Fuera cual fuese el motivo, Sidonie lo espantó con una sonrisa afectuosa:

—Mi carruaje os espera frente al rastrillo.

La abadesa, en pose firme y con las manos a la espalda, barría el patio con la mirada desde la ventana de la habitación de Jeanne de Commiers, la esposa oficialmente difunta del barón Jacques cuando llamaron a la puerta. Permaneció

inmóvil.

—Han llamado, señora —le dijo Jeanne, al ver que insistían.

—Lo he oído.

—¿Queréis que abra la puerta?

La abadesa suspiró, abandonó su puesto de vigilancia y fue a abrir la puerta tras la que, como había adivinado, se hallaba la sirvienta.

—Es Philippine, señora, desea veros antes de partir —murmuró la conversa.

—Decidle que no me habéis encontrado... Es una orden —añadió la abadesa al ver que la sirvienta bailaba sobre uno y otro pie mientras buscaba algún argumento para convencerla.

Se marchó con la tristeza en la mirada.

—Bonito nombre, Philippine. ¿Quién es? —preguntó Jeanne.

La abadesa se detuvo frente a ella.

—¿No os evoca nada?

Jeanne abrió su boca delicada, rebuscó entre la nada de su entendimiento y preguntó, como una criatura sorprendida en falta:

—¿Debería?

—No —la tranquilizó dolorosamente la religiosa mientras se plantaba de nuevo ante la ventana.

Vio a la jovenzuela que, desde el patio, dirigía su mirada hacia las ventanas de su despacho, con el rostro descompuesto por su expulsión. A su espalda, Jeanne insistió:

—¿Por qué se marcha?

—Para desposarse —respondió distraídamente la abadesa, que en aquellos momentos seguía con la mirada el paso lento de Philippine hacia la muralla.

Allí la aguardaba sor Albrante. Cruzaron el portón juntas y las perdió de vista.

—¿Estáis triste?

—Siempre se está triste cuando las personas que amamos nos dejan.

Hubo un largo silencio durante el cual la abadesa vio el carruaje atravesar la muralla al paso lento de los caballos, protegido por una nutrida escolta.

Ya no era momento de remordimientos.

La abadesa envejecía. Había esperado que Philippine tuviera la piedad necesaria. En ese caso, la hubiera nombrado su sucesora y la joven hubiera comprendido por qué Albrante y ella la habían privado de la caricatura de una madre. Hubiera comprendido que el lugar de Jeanne de Commiers sólo había podido ser y sólo podría ser allí, al abrigo de los hombres. Al abrigo de ella misma. Tal cosa había esperado y se había equivocado. Philippine de Sassenage estaba hecha para el matrimonio, como antes su madre. Demasiado ligera, demasiado despreocupada. La abadesa no hubiera podido confiar en ella. Aunque se le profesara un gran amor, ocuparse de Jeanne de Commiers era una pesada carga y ninguna de sus hijas podría compartirla. Así que su decisión ya estaba tomada. Si Sidonie se mantenía callada, la abadesa moriría con su secreto y la comunidad se haría cargo de Jeanne. Así era mejor. Para todos.

De camino al hospicio, con los brazos colgando y arrastrando los pies, sor Albrante alzó su mirada hacia el último piso de la torre austera, reservado a Jeanne de Commiers. La abadesa no se escondió de la mirada de la enfermera. Su pena, lo sabía, era similar. Albrante sólo había tenido el coraje de mostrarla.

—¿Qué significa desposarse, señora? —preguntó su protegida.

Ya no era momento de remordimientos.

Se volvió hacia la mujer niña que le sonreía, instalada como de costumbre en aquel sillón, en aquella habitación que jamás abandonaba. A pesar de sus treinta y cinco años, aparentaba quince a causa de su constitución menuda. El vivo retrato de Philippine. Al ver que la abadesa no respondía, Jeanne olvidó su pregunta y le tendió su labor:

—Mirad, casi no me he salido.

La abadesa sintió un vuelco en el corazón. Sobre el cañamazo, la rosa que hubiera debido bordar no era sino un amasijo de puntos desordenados, un ramo de espinas que ya nunca se abriría.

## Capítulo 11

Mientras la litera traqueteaba por el camino al paso lento de los caballos que tiraban de la misma, Philippine le explicó todo a Sidonie. Su conversación con Laurent de Beaumont y Philibert de Montoisson en el huerto, el duelo, su castigo, su extravío encerrada en la celda, sus náuseas junto al lecho de los enfermos, la negativa de la abadesa a volver a verla y el afecto de sor Albrante. Su alivio al abandonar la abadía y también su desgarró por lo que allí dejaba tras ella.

—Al crecer siempre dejamos atrás algo de nosotras mismas —aseguró Sidonie antes de añadir, con viveza y entusiasmo, dirigiéndole un guiño cómplice—: Con el paso del tiempo nos damos cuenta de que no siempre era lo mejor, así que se impone desprenderse de ello cuanto antes. Y máxime cuando esos dos se recuperarán y muy pronto andarán a la greña de nuevo por otra como hicieron por ti.

Philippine exclamó:

—Es lo mismo que me ha dicho sor Albrante. ¿Es ésa la única manera que tienen los hombres para hacerse amar?

Sidonie se echó a reír, con una risa profunda que caía en cascada, pura y generosa.

—Ésa y muchas más, puedes creerme. En materia de tejemanejes y de amor, nunca andan faltos de ideas. Verás, Philippine...

—Hélène —la interrumpió la susodicha—. Así es como hay que llamarme a partir de ahora en memoria de mi madre, que me bautizó de nuevo antes de expirar.

—Hélène... Va bien con tu color de piel y tus méritos. ¿Sabes que existe otra beldad de gran renombre, una griega cuya belleza fue nefasta para quienes la rodeaban?

—Lo ignoraba... En ese caso...

—No cambia nada —la tranquilizó Sidonie, posando una mano ensortijada sobre su muñeca. Su voz enronqueció, mientras añadía, con tristeza en la mirada—: Amaba sinceramente a tu madre. Fue dulce y comprensiva conmigo. Nunca me cerró su puerta, ni me negó su ayuda o incluso su hombro. Poseía ese don precioso de saber leer en los corazones de los demás y las habladurías no le importaban.

—¿Eran fundadas? —preguntó Philippine en ese tono de confianza iniciado por Sidonie.

—Sin duda —respondió su prima encogiéndose de hombros—. Tenía tu edad cuando me arrojaron a la cama de mi esposo. Era feo, gordo y apestaba a sudor y vino agrio. Yo no sabía nada del matrimonio y tuve que acostumbrarme, como otras, pero no me resigné. Ésa fue mi culpa. Mi esposo se mostró conciliador porque era un perverso. Le excitaba verme en pleno lance con otro...

Sidonie se calló, alertada por las mejillas sonrojadas de Philippine.

—Perdóname —dijo ella, enternecida—. Es verdad que aún ignoras todas esas cosas. La abadesa me azotaría por haber permitido que las oyeras. Y, sin embargo,

debes aprenderlas puesto que no deseo que sufras como sufrí yo. No dejaré que nadie te mancille ni te humille por tan poca cosa como un orgullo escarnecido. Seducir no es un crimen, Hélène, es un deber. Sólo el amor debería conducir al matrimonio. El amor y no el interés.

—Pero ¿cómo puede reconocerse?

—Es él quien te reconoce, Hélène. Él y sólo él. Por ello te enseñaré sus trampas, sus obstáculos y sus amenazas. Para que no pueda engañarte. Y lo haré en memoria de tu madre.

—¿Y mi padre? ¿Le amabais antes de que ella muriera?

—Desde el primer momento y sin esperanza. Nunca se lo habría confesado si él no hubiera insistido. Durante mucho tiempo me sentí culpable de robárselo a aquella dama que tanto me había dado.

—No sois responsable de ello. Fue ella quien se fue.

Sidonie le dirigió una mirada triste antes de concluir:

—Eso fue lo que acabé por aceptar, para dar un sentido a su memoria y estar junto a él como ella hubiera estado si aún hubiera podido. Y recordarla en el afecto que os profesaba ya que, Hélène, para mí no hay nada peor que llegar a olvidar a las personas a las que hemos amado.

Durante mucho rato, Philippine se meció en el silencio que siguió a esas palabras. Con los ojos cerrados a un sueño al que la jovencuela no tenía acceso, Sidonie dejó que el camino avanzara. Luego, su voz ligera se oyó de nuevo:

—Pasaremos por La Bâtie antes de llegar a Sassenage. He pensado que a ti también te gustaría ver la decoración de tu habitación antes de que empiecen las obras. Era la de una niña y ya eres una mujer. Tu padre no nos lo reprochará. Además, tu hermana Claudine no parte hasta mañana a casa de su madrina, donde se alojará hasta que todo esté acabado. Así podrás darle un abrazo.

—Cómo debe de haber cambiado —se alegró de inmediato Philippine—. ¡La última vez que la vi era una niñita!

—Pues ahora, a sus siete años, es más viva que una anguila, más salada que un duendecillo y redonda como una calabaza. Le da mucho trabajo a su niñera. No te ofusques, pero tu hermana pequeña me llama mamá y no he tenido valor de contradecirte pues la quiero mucho.

—Habéis hecho bien. ¿Habéis dicho un duende?

—Espera a que lleguemos —se lamentó Sidonie alzando cómicamente la mirada hacia el techo.

Philippine se vio envuelta por los recuerdos. La última vez que había tomado aquel camino fue en sentido contrario, con sus hermanas, tan sólo unas semanas después de la muerte de su madre.

Cinco años.

El paisaje que se recortaba tras la cortina alzada no le pareció diferente. Sólo ella había cambiado. Oyó un ligero ronquido y volvió la cabeza hacia Sidonie. En la

banqueta de cuero oscuro, su prima se había adormilado y su mejilla se bamboleaba contra el montante forrado. Philippine no pudo reprimir una sonrisa. Otras, en aquella postura, hubieran parecido descuidadas. No era el caso de Sidonie. Aquella gracia con la que adornaba todos sus gestos la aureolaba incluso en el sueño. Philippine sintió una bocanada de ternura. Se sentía mejor, más serena.

A medida que el carro devoraba las leguas que las separaban de La Bâtie, la joven se desprendía de la abadía, de sor Albrante, de los duelistas y de sus hermanas pequeñas. Sus hombros se aligeraban del peso de su culpabilidad. La conversación con Sidonie la ayudaba y también sus confidencias, incluso aunque se hubiera sentido incómoda por sus palabras a pesar de ignorar su significado. A sus ojos demasiado castos, los lances amorosos tenían la forma de un interrogante. Se prometió a sí misma preguntarle a Sidonie, al abrigo de la certeza de que su prima vería en ello una legítima curiosidad, lejos del espíritu de depravación que la abadesa les atribuía a ambas.

La corriente de aire que se coló en el habitáculo llevaba el perfume del humus de los bosques que el carro atravesaba y la reanimó. La vida volvía a ella. Cuando reconoció el pueblo de Saint-Laurent-en-Royans que acababan de cruzar, no pudo resistirse al placer de asomarse por la ventanilla y llenarse la vista de sus habitantes, indiferentes a la nube de polvo que levantaban las ruedas y el trote de los caballos de la escolta sobre el árido camino.

Acabó por resguardarse de nuevo en el interior, presa de un ataque de tos que sobresaltó a Sidonie y la despertó.

—¡Pardiez! —exclamó ésta al verla toser y estornudar, despeinada, con los ojos irritados, las mejillas ardiendo a causa del sol que le había dado y del esfuerzo provocado por la tos.

Tardó unos minutos en recuperar el aliento, y la jovenzuela se sonó con el pañuelo de algodón que le tendió Sidonie, en el momento en que franqueaban las altas torres del cuerpo de guardia.

Así fue como Philippine de Sassenage llamada Hélène regresó a su casa, pues antes de que tuviera tiempo de asearse y de componer su vestimenta, en medio del patio del magnífico castillo octogonal, se abrió su portezuela y apareció una chiquilla traviesa. Su hermana Claudine se encaramó ágilmente al estribo dispuesta a darle la bienvenida a aquella que había adoptado como madre, pero vio cómo Sidonie se desvelaba por consolar a aquella pobrecilla que lloriqueaba y exclamaba, presa repentinamente de legítimos celos:

—Pero ¿cómo se os ocurre, mamá? ¡Esa cochina os pegará sus pulgas!

—Esa cochina es vuestra hermana —dijo Sidonie, riéndose alegremente—, y si no os disculpáis de inmediato, ¡en vez de pulgas os daré una zurra!

Enmudecida por unos instantes, la chiquilla examinó a aquella damisela de cabellos y rostro polvorientos y, más decidida por la amenaza que por el respeto, decidió declarar:

—Acepto que sea mi hermana, mamá, pero si debo darle un abrazo aguardaré a que se haya lavado.

Para contradecirla, Philippine, que ya se recuperaba, agarró a su hermana de la manga, la tumbó sobre la banqueta a pesar de sus enérgicas protestas y le hizo tantas cosquillas que la otra se retorció de risa hasta pedir clemencia. En cuanto la hubo soltado, Claudine se lanzó sobre Philippine para vengarse. La niñera, que se había acercado a la portezuela de la litera, las descubrió a ambas revolcándose y riendo a carcajadas. Sus risas habían contagiado a Sidonie, Dumas e incluso al cochero.

—¡Claudine! ¡Vamos! —se indignó Marie.

—Dejad que se conozcan —objetó Sidonie mientras descendí del carruaje.

—Pero vamos... ¡a su edad!

—Si sólo tiene siete años, Marie...

—No hablaba de la señorita Claudine, señora...

Sidonie volvió a reírse a carcajadas. Al verla tan mustia en el hospicio, temió que Philippine tardaría en recuperar su alegría. ¡Cómo explicarle pues a la niñera que aquella pelea le reconfortaba el alma y que, una vez más, le importaba un comino que no se respetaran las convenciones!

—Os doy la bienvenida —dijo Marthe, plantándose ante ella.

Sidonie adoptó de nuevo un serio semblante ante la gravedad de su camarera.

—¿Se han cumplido mis órdenes?

—He velado personalmente para que así fuera —afirmó Marthe con una inclinación de cabeza.

—¿Puedo retirarme? —preguntó a su vez sire Dumas, que había permitido el descanso de sus hombres una vez cruzado el rastrillo y que acababa de entregar la brida de su caballo al palafrenero.

Sidonie le autorizó a retirarse. Iba a hacer lo mismo con el cochero, al juzgar que la pequeña Claudine ya había jugado bastante, cuando la chiquilla descendió del carruaje descamisada, seguida de Philippine, con los ojos centelleando de alegría. Marie reprimió un grito de enojo y se oyó una voz aflautada que respondía:

—¡Os digo, mamá, que esta hermana no le va a gustar al señor cura!

Tras su afirmación, Claudine se marchó con su niñera, que juraba que iban a volverla loca y que ya se darían cuenta entonces del desaguisado, y eso hizo que la chiquilla se volviera hacia su hermana y le dirigiera un guiño cómplice.

Philippine le respondió con una señal de la mano, pero se quedó inmóvil cuando descubrió a Marthe junto a Sidonie. Ya la había visto en compañía de su prima y lamentó que siguiera con ella. Lo que la había dejado helada no era la fealdad de Marthe, sino la siniestra mirada que le había dirigido, traicionera y cruel. Philippine procuró deshacerse de aquella desagradable sensación ante el rostro alegre de Sidonie. Si su prima la soportaba, no había razón para que ella no hiciera lo mismo. Pero el júbilo de aquel momento se había fastidiado irremediablemente.

—Os pido perdón, pues armar jaleo ya no es cosa de mi edad y no sabría decirlos

qué me ha sucedido, tal vez sea el recuerdo de este lugar y de los momentos felices que en él viví —le dijo a Sidonie.

—Ni se te pase por la cabeza disculparte. Nos hemos reído mucho, ¿no es verdad, Marthe?

—En efecto, señora. Sed bienvenida, señorita Philippine.

Philippine la saludó a su vez y volvió la cabeza. Decididamente, su razón no bastaba, pues hasta aquella voz ronca, que parecía surgir de las profundidades de la tierra, le desagradaba.

Sidonie pasó su brazo afectuosamente por los hombros de Philippine y la condujo hacia las escaleras.

—¿Quieres que te diga una cosa, Hélène? Tal vez no sepas cómo se hacen los niños, pero tienes el instinto para hacer que te quieran. Con ese pequeño monstruo, créeme, ¡no era cosa de coser y cantar!

Marthe, inmóvil en medio del patio, sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba y que una alegría malsana se apoderaba de ella. Hélène. Sidonie había llamado Hélène a la jovenzuela.

Contuvo una carcajada. Si Jeanne de Commiers había tratado de proteger a su hija bautizándola Philippine, se equivocó. Visiblemente el destino de la joven la había alcanzado cuando su madre ya no era capaz de evitar lo que pasara. Había llegado el momento. ¡Por fin!

Siguió a la jovenzuela con una mirada voraz hasta que, en compañía de Sidonie, desapareció de su vista una vez traspuso la puerta. Marthe dio unas zancadas para unirse a ellas pero de repente se detuvo en seco. Con los sentidos exacerbados por aquella nueva así como por la proximidad de la luna llena, se volvió sobre sí misma, con la certeza de que estaba siendo observada. Unos pasos más allá, una sirvienta que trabajosamente acarreaba un cubo lleno de agua desde el pozo vecino, se había detenido para enjugarse la frente. Marthe achicó los ojos.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

La mozuela, más joven y enclenque que Philippine, se sorbió los mocos, se apresuró, tropezó, arrolló a la camarera y le derramó agua sobre la falda. Su torpeza exasperó a Marthe y a la vez la excitó. Agarrando a la sirvienta del brazo, la alzó y la abofeteó rugiendo con voz sorda:

—Como castigo, vendrás a verme cuando anochezca. ¡Y ni se te ocurra decírselo a alguien o aún te costará más caro de lo que hayas podido oír!

Aterrorizada, la mozuela se arrastró hasta el cubo, se puso al pie, corrió a llenarlo y esta vez tuvo fuerzas para llevarlo hasta la cocina rezando a Dios para que alejara de su camino a aquel diablo antes de que llegara la noche.

## Capítulo 12

La historia que Gersende reveló a su hija parecía uno de esos cuentos que los juglares contaban por los caminos. Algonde no se lo creía y, sin embargo, sabía confusamente que todo era verdad.

No conseguía conciliar el sueño. Aquella noche, como las anteriores desde que cruzaran la puerta de la habitación maldita, daba vueltas en la cama. Al otro lado del lecho que compartían, su madre roncaba, agotada por la dura jornada.

Aquel día, los acontecimientos, además, se habían encadenado uno tras otro. En primer lugar, por fin el barón Jacques había dejado de tener fiebre. Ésta había desaparecido tal como había hecho acto de presencia. Tras cuatro días de delirios, se despertó en la cama con la sensación de que acababa de tumbarse en ella tras la marcha de Sidonie. Gersende se vio obligada a desmentir sus suposiciones y, sobre todo, a explicarle que a todas luces había roto los sellos del apartamento del último piso antes de desvanecerse.

—¿Estáis segura de ello, Gersende? No lo recuerdo.

—Lo he verificado personalmente, señor.

—¿Y bien?

—Pues nada —replicó la intendenta con aplomo.

—¿Y Melusina?

—No ha aparecido.

—La chimenea... ¿Había un retrato sobre la chimenea? —insistió al recordar la imagen de su sueño.

—No, señor. No había ningún retrato.

Pareció aliviado.

—Se dice, sin embargo, que había uno del hada —dijo la bruja, que seguía junto al lecho del barón.

—Habría que suponer que la leyenda es lo que es, una leyenda —objetó Jacques, visiblemente feliz de poder hacer tal afirmación.

La bruja hizo una mueca, pidió permiso para retirarse ahora que el señor había recuperado la salud y desapareció en cuanto éste le hubo dado las gracias.

Gersende la siguió puesto que Jacques de Sassenage, restablecido, había pedido que le sirvieran comida y bebida. En la cocina, maese Janisse había puesto al horno dos perdices y una tarta de setas y le daba a los fuelles para alimentar las brasas bajo la olla de caldo mientras silbaba complacido. Una casa en la que el señor está enfermo vegeta con él y revive en cuanto sana. La noticia corrió hasta el pueblo y el posadero ofreció una ronda de cerveza a cuantos pasaban frente a su establecimiento.

Sólo Algonde permanecía retraída pues conocía, al igual que su madre, la verdadera naturaleza del mal que sufría el barón Jacques y las razones por las que había sanado, independientemente de las pociones que le hubieran administrado.

Con sigilo, para no despertar a su madre, se levantó de la cama y se cubrió con un chal de lana fina sobre su camión, pero no se calzó para que sus zapatos no hicieran rechinar el suelo de madera. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió al descansillo. En uno de los refuerzos del muro, un farolillo encendido desprendía una suave claridad. Algonde hubiera podido cogerlo pero sabía que no le sería de utilidad. Subió la escalera, pasó frente a la puerta de maese Janisse, que vivía encima de ellas con sus pinches, y llegó al último piso del torreón. Gersende le había confiado la llave de la habitación maldita. Tan silenciosamente como pudo, Algonde la introdujo en la cerradura y entró. Un autillo lanzó un grito. La jovenzuela se encerró en la habitación, y sintió un extraño escalofrío provocado a la par por la angustia y la excitación, frente a los objetos deteriorados que amueblaban aquella estancia antaño espléndida.

La cama con dosel cuyas cortinas granates desgarradas parecían unas telarañas monstruosas. Los montantes devorados por la humedad. La colcha roída hasta el colchón de paja por ratones glotones. Las alfombras y los tapices cubiertos de polvo, descoloridos allí donde les había dado la luz del sol a través de las tablas claveteadas frente a la ventana hasta hacía unos días. El taburete junto al huso sobre el que una lana sucia y oscura ya no esperaba a ser hilada. El biombo de papel parafinado en su día terso, ahora apenas una mampara agujereada que no ocultaba la bañera del hada.

Bañados por la luz blanquecina de la luna llena, los objetos parecían míseros y a la vez tocados por un misterio que la cruda luz del día les hubiera robado. La mirada de Algonde se detuvo en la chimenea. Las cenizas revoloteaban intermitentemente medidas por un fuerte viento antes de caer de nuevo sobre los morillos de bronce o sobre el suelo de madera. Una rata corrió a través de la habitación y desapareció por una grieta entre dos piedras en el muro. Algonde no se sobresaltó. En aquel momento, tenía su vista fijada en el manto de la chimenea, allí donde se veía la señal dejada por el retrato sobre tabla que con su madre se habían llevado y ocultado.

En un instante volvió a verse cuatro días antes, al entrar en aquella estancia por primera vez, con una mezcla de aprensión y de curiosidad.

A sus ojos les había costado habituarse a la penumbra.

—Ayúdame —exigió Gersende dirigiéndose hacia la ventana condenada.

Tras serpentear tras ella entre los muebles, con el corazón dando brincos al menor ruido, la jovenzuela se apuntaló siguiendo el ejemplo de su madre para arrancar una de las tablas. Cedió sin esfuerzo, pues la madera estaba podrida por los efectos de la intemperie. La luz invadió la estancia. Una de las tablas del suelo de madera, estropeada por el agua de las goteras a lo largo de los años, se rompió bajo el talón de la jovenzuela. Algonde tuvo que apoyar la mano en la pared para liberar su pie, distraída por unos instantes de cuanto la rodeaba.

—¡Así que era verdad!

La voz acongojada de su madre junto a ella hizo que se volviera. La mirada de

Algonde siguió la de su madre hacia la chimenea. Se quedó sin aliento y tuvo que apoyarse en la pared, y el pie que acababa de liberar volvió a hundirse en el agujero sin que ella se diera ni cuenta.

«No es posible, no es posible...», repetía una y otra vez una voz dentro de su cabeza que no alcanzaba a traspasar sus labios. A las claras, el retrato sobre el manto de la chimenea era el de Melusina. Y, sin embargo, lo que veía Algonde era su propio retrato: el mismo rostro alargado de pómulos altos, la misma boca carnosa. La misma mirada picara, la misma trenza castaña sobre el pecho.

Su madre la cogió de la mano y sus miradas se encontraron.

Fue Algonde quien interrumpió el silencio.

—He visto a Melusina, madre. La vi cuando me salvó, y no es ella ni soy yo...

—Lo sé —la interrumpió Gersende, en voz baja, para que el centinela de la terraza no pudiera oír su conversación—. Sentémonos, me tiemblan las piernas. Debo explicarte muchas cosas.

Se instalaron cara a cara sobre la colcha polvorienta y descolorida.

—Ese retrato es el de Melusina —comenzó Gersende a modo de preámbulo—, tal como se pintó en vida suya por encargo de Raymondin...

—Pero...

La objeción de Algonde se desvaneció ante la mirada conminatoria de su madre y ésta prosiguió:

—Aquélla a la que viste probablemente estaba irreconocible debido a los siglos pasados en las aguas del Furon. De hecho, la historia de Melusina comienza mucho antes de su matrimonio con Raymondin, el menor de los hijos del conde de Forez, antepasado de los Sassenage. Se inicia con la historia de una raza, la raza de las hadas. ¿Has oído hablar de la leyenda de Bretaña?

—¿La del rey Arturo y el mago Merlín?

—Esa misma.

—El juglar que vino el invierno pasado la cantó —recordó Algonde, que no veía qué relación podía existir entre aquel poema y el extraño retrato.

—En la isla de Avalon cohabitaban las criaturas de luz que, como Merlín, poseían el saber original, los druidas y las sacerdotisas, mortales encargados de enseñarlo a los pueblos de la tierra, criaturas serviles como los elfos, los gnomos y los duendes, maléficas como las harpías, o también las hadas, de naturaleza inmortal como las harpías, pero generosas, benefactoras y de una belleza superior a la de cualquiera. Entre sus numerosos poderes figuraba el de la invisibilidad, que les permitía ir y venir del mundo de los humanos sin que éstos se apercibieran. Sin embargo, hubo numerosos himeneos, tan desastrosos que Merlín decidió prohibir a las hadas abandonar la isla y sucumbir de nuevo a los encantos de un hombre, bajo pena de ser expulsadas para siempre. De hecho, el poder de la Iglesia se extendía por doquier, transformaba los lugares paganos en santuarios divinos y poco a poco relegaba los cultos antiguos a las fronteras de lo imaginario. Las hadas ya no tenían lugar para

ellas en esa austera realidad. Por ese motivo aceptaron la imposición de Merlín mientras la reina de Avalon, la gran sacerdotisa, trataba de preservar sus antiguas alianzas y de conseguir otras nuevas para que la puerta entre ambos mundos no se cerrara nunca. Hubo un hada, sin embargo, que se negó a resignarse...

—Melusina —intervino Algonde, súbitamente apasionada.

—No, su madre, Presina. El pueblo de los humanos la fascinaba. No perdía ocasión de que le explicaran cuanto sucedía en torno a la isla. Un día, al saber que el rey de Escocia deseaba revistarse con la reina, Presina se ocultó tras un tapiz del palacio para verle. El rey Elinas le gustó tanto que se enamoró de él hasta el punto de que, al regresar a la semana siguiente, se le apareció en el bosque que atravesaba. Mintió y se hizo pasar por una dama celta de alto linaje nacida con la facultad de la profecía. Añadió que ese don de Dios había causado preocupación en Avalon donde pretendían ser los únicos capaces de poseerlo y que desde entonces la tenían secuestrada en la isla. Su belleza y su fervor hicieron que pareciera tan convincente que Elinas se prendó de ella de inmediato y ya sólo soñaba con liberarla. Presina burló la vigilancia de Merlín y se reunió con Elinas fuera de Avalon, en la capilla de Canterbury, donde este último la esperaba para casarse con ella. Cuando Merlín supo que Presina los había engañado ya era demasiado tarde, pues el matrimonio se había consumado. Se contentó con advertir a Presina acerca de las consecuencias de sus actos y con hacer que jurara que nunca diría quién era en verdad. El hada aceptó cuanto se le pidió, incluso hacerse pasar por muerta y regresar a la isla en cuanto falleciera su esposo. Prometió también no dar a luz.

—Aparentemente, no cumplió su palabra —comentó Algonde volviéndose de nuevo hacia el retrato, ávida de saber en qué la concernía aquella historia tan apasionante.

—En efecto —replicó Gersende con un suspiro—, pues ahí es donde empieza nuestro linaje.

Algonde se sobresaltó.

—Nuestro linaje —repitió, incrédula.

Con una sonrisa triste en los labios, Gersende acarició afectuosamente la mejilla de su hija.

—Y esa profecía que va unida a él y de la que, estoy convencida, te habló Melusina.

Algonde asintió con la cabeza, invitándola con la mirada a proseguir el relato.

—Los primeros años de ese matrimonio contra natura fueron felices. Tan felices que el hada olvidó su juramento y se abandonó a aquella existencia que alimentaba su fascinación por el mundo de los humanos. El amor que sentía por Elinas era tan intenso que le ofreció los hijos que esperaba, segura de que respetaría su promesa de no tratar de verla mientras diera a luz. Aquella noche, dio a luz trillizas: Melusina, Melior y Plantina, en lo más alto de la torre a la que tenía por costumbre retirarse para entregarse a su naturaleza de hada. Perturbada por el dolor del parto, olvidó

cerrar la puerta. Al oírla gritar, Elinas forzó la entrada y la descubrió rodeada de una luz azulada y de elfos que habían acudido a ayudarla. En lugar de maravillarse, se sintió engañado por la reina.

—¿Por qué? —preguntó Algonde cada vez más fascinada.

—Convencido de que aquello redundaría en provecho para su pueblo, Elinas había autorizado a las sacerdotisas a extender su poder en Escocia. La única condición que había exigido era que su sangre no se mezclara jamás, pues quería evitar hallarse un día bajo dominio de Avalon. Creyó que Presina había recibido el encargo de la reina de pervertir su linaje para hacerse con ese control.

—¿Qué fue de Presina?

—La cólera del rey la mandó de nuevo a Avalon con sus hijas, sin que éste aceptara siquiera escuchar sus motivos. Así fue como Escocia se vio privada de la influencia de Avalon. Y por ello también la reina siempre guardó un rencor tenaz a Presina reprimido por el respeto que le debía a Merlín.

—Así que Melusina y sus hermanas eran de sangre mestiza... ¿Qué lugar podían ocupar en Avalon?

—En verdad, ninguno, puesto que como temiera Merlín, a pesar de ser inmortales eran muy diferentes de las demás. Y aún más puesto que se les ocultó la verdad acerca de su nacimiento. Acabaron por descubrirlo cuando cumplieron quince años, por uno de los elfos que asistieron a su parto. Al darse cuenta de todo aquello de lo que su padre las había privado, decidieron castigarle. A lo largo de los años, habían descubierto que poseían poderes mágicos complementarios que decidieron unir. Melusina podía nadar como una serpiente de mar durante horas, Melior poseía un gavilán que daba cuerpo a sus sueños las noches de luna llena y Plantina, además de la facultad de cambiar de apariencia como su madre, cuando lo deseaba podía desaparecer y reaparecer junto a ella. Hasta aquel momento, en Avalon, no habían tenidos muchas oportunidades de utilizar sus poderes. Fue Melusina quien logró localizar el reino de su padre. Melior envió allí a su gavilán, y Elinas fue capturado y encerrado en el centro de la montaña de Brumbloremmlion, mientras Plantina se apoderaba del tesoro del reino. Evidentemente, la desaparición del rey llegó a oídos de Presina, que nunca había tenido resentimiento hacia él y no había podido olvidarle. Oliéndose la verdad, convocó a sus hijas y trató de que le confesaran dónde tenían prisionero a Elinas. Se burlaron de la sensiblería de su madre. Furiosa y desesperada, Presina las castigó convirtiendo sus poderes en taras. A Melusina le apareció una cola de serpiente todos los sábados y fue condenada a errar por los caminos, Melior fue recluida en un castillo de Armenia vigilada por su gavilán. La última, Plantina, fue emparedada en Aragón con el tesoro de su padre que tuvo que hacer prosperar. La reina, por su parte, exigió que esa maldición fuera eterna. Y así fue. Mas para gran inquietud de la reina, en cuanto las tres hermanas abandonaron Avalon, la gran profetisa de la isla leyó las runas y dijo que nada sería como ella esperaba.

«El poder de las tres frente al maleficio triunfará y el hijo velloso nacido de

Hélène y de un príncipe de Anatolia conquistará las Tierras Altas» —enunció Algonde en el silencio de la habitación maldita, frente a aquella luna redonda que le sonreía con complicidad.

Un gavián dio vueltas a contraluz antes de posarse sobre la copa de un árbol.

Gracias a la última revelación de Gersende, ahora todo cobraba sentido.

—No sé cómo las tres hermanas descubrieron la profecía —prosiguió Gersende—, pero ésta les dio coraje para enfrentarse a su destino. Ignoro qué fue de Plantina, pero Melusina se enamoró de Raymondin, reprodujo el error de su madre y, como ésta, fue condenada ad exilio por su esposo tras haberle dotado de una sólida descendencia. Melior, por el contrario, se negó a sobrevivir al hombre que amaba y no cesó en su búsqueda del medio de liberarse ella misma perdiendo su inmortalidad. Lo consiguió ofreciendo los ojos de su amado como sacrificio a su gavián. Permaneció junto al ciego hasta que ambos llegaron a la vejez y se los llevara a la par. No podía, sin embargo, abandonar a sus hermanas. La propia profecía parecía demostrar que su poder debía sobrevivir a ella. Antes de morir, tuvo una visión que confió a su hija, mortal, y le encargó que avisara a Melusina y que transmitiera de generación en generación que una de sus descendientes nacería para reemplazarla, a la que el gavián obedecería y que se parecería hasta en el menor de sus rasgos a las trillizas... Tú, Algonde. Lo temí cuando el gavián se arrojó sobre tu padre, al día siguiente de que lo descubrieras dándome una paliza brutal; lo comprendí cuando Melusina te salvó... Y ahora, con este retrato, disponemos de la prueba.

Algonde bostezó frente a la ventana. Arrojándose desde la copa de un árbol, un gavián se lanzó en picado hacia el suelo para cazar una presa invisible. ¿Era el gavián de Melior? ¿El mismo que provocó la muerte de su padre? ¿Era ella responsable de lo sucedido? No se sentía culpable. ¿Cómo saberlo? Había tantas cosas que ignoraba aún sobre sí misma y sobre lo que le aguardaba... Si sólo pudiera contar con Mathieu. El grito insistente e indescifrable de la rapaz resonó en la noche mientras que, con las alas desplegadas, planeaba sobre el linde del bosque con un vuelo largo. Con los párpados pesados, Algonde abandonó la habitación sin olvidar cerrar con llave.

Más tarde o más temprano llegarían las respuestas.

## Capítulo 13

En pie en el descansillo, Jacques de Sassenage alzó la mirada hacia el tramo de escaleras. Desde que se despertó sentía el deseo de subir al piso de Melusina, pero al oír que ya había actividad dudaba y trataba de dar con una buena razón para ir allí. Argüir curiosidad hubiera sido dar demasiada importancia a una leyenda en la que su escepticismo le impedía creer. Dio unos golpes con el pie en el escalón. ¿Tenía necesidad de una excusa? Era el señor. Todopoderoso en sus tierras. ¿Por qué necesitaría una excusa? Alzó la rodilla y la notó pesada, y le volvió el recuerdo de la pesadilla nocturna.

Se vio de nuevo en la habitación hasta entonces condenada con las piernas igualmente pegadas la una a la otra, recubiertas de escamas relucientes, frente al retrato colgado del manto de la chimenea. Melusina... ¿o Algonde? El parecido con la hija de su intendenta era tal que se despertó mientras le perseguía una risa cavernosa que hubiera podido jurar que provenía de detrás de los muros.

A través de las cortinas de su cama se filtraba un rayo de luz. Hizo sonar la campanilla para llamar a Algonde junto a su lecho. La jovencueta, servicial como de costumbre, le deseó buenos días tras descorrer las cortinas.

Cuando ella llegó junto a los pies de su cama para preguntarle si deseaba que se le sirviera el desayuno en la cama o junto a la misma, en la mesa, el barón se recostó en las almohadas.

—Me levantaré —decidió, tras mirarla un buen rato en silencio.

Como hombre de buen gusto, observó que la joven se refinaba al hilo de sus visitas. Por primera vez fue consciente de que se había convertido en una belleza. Excesivamente bella. Sin duda incomodada por aquel escrutinio, ella bajó la mirada y pidió permiso para retirarse. El barón no la retuvo. El deseo que de repente había provocado en él le había perturbado. No era justamente un hombre que rehusara satisfacer sus pulsiones cuando éstas se veían refrenadas por la abstinencia, aunque con el paso de los años, esas pulsiones se hubieran embotado, pero le desagradó la idea de forzar a la jovencueta. Precisamente a causa de aquel sueño y del sentido del mismo que no conseguía descifrar. Una vez se hubo aseado y desayunado, Gersende le anunció que había podido fijar la fecha para su boda con Sidonie el 26 de agosto, y que le había ordenado a Algonde que limpiara la habitación de Philippine.

—Haced ensillar mi palafrén para que pueda ir a caballo hasta la Rochette e informar a maese Dreux de los nuevos plazos —ordenó él a continuación, serenado por las noticias.

Unos minutos más tarde, cerró la puerta de su apartamento y de nuevo deseó verificar si el decorado de su pesadilla era conforme a la realidad.

Un ruido sordo procedente del piso superior acabó por decidirle.

Al empujar la puerta ligeramente entreabierta, descubrió a Algonde de espaldas, envuelta en una nube de polvo levantada por la escoba que manejaba. Un simple

vistazo bastó para que el barón volviera a sentir aquel malestar. Inmóvil en el umbral, miró hacia el manto de la chimenea donde podía verse la señal oscura que un cuadro había dejado. Su ritmo cardíaco se aceleró y sintió que se hinchaba una vena en su sien. O Gersende le había mentido o el retrato había sido sustraído antes de que ella entrara en la estancia. En ese caso, era él mismo quien lo había retirado aunque ya no se acordara de ello. ¿Y para ocultarlo dónde y por qué? En ambos casos se trataba de un misterio. Y, puesto que el barón era un paladín de la verdad, no podía quedarse satisfecho sin elucidarlo.

La jovencuela interrumpió su vaivén y se precipitó a la ventana, presa de un ataque de tos. Temeroso de que se volviera y le descubriera allí inmóvil, dio media vuelta y descendió las escaleras. La respuesta a todo aquello tal vez se hallaba en la Rochette, en aquel subterráneo que Melusina había pedido en sueños a Sidonie que excavara.

Algonde sintió su presencia. Aún permaneció unos minutos inmóvil, simulando un ahogo, con el corazón desbocado, y aliviada al ver que su subterfugio para alejar al barón había dado resultado. La mirada que le había dirigido antes la asustó. De inmediato le había venido a la memoria la conversación con Mathieu. Éste tenía razón, estaba claro que el barón la deseaba. Se alejó de la ventana. Si el barón hubiera tratado de violentarla, habría gritado, alertando al centinela de la terraza, y luego ya hubiera dado con la manera de permanecer fuera del alcance de su señor. Se dirigió a la puerta y la cerró por dentro, recriminándose no haberlo hecho antes. Recuperó la escoba abandonada en el suelo y, en aquel momento, le pareció oír una voz que la llamaba por su nombre con tanta insistencia que se acercó al conducto de la chimenea, de donde procedía. Sin ser consciente de lo que hacía, puso su mano contra la huella tallada en la piedra, en la parte interior de la chimenea. Sus dedos coincidían a la perfección con aquella forma. Una losa pivotó y descubrió una escalera que descendía por el interior de la muralla. La bañaba una luz diáfana, como si miles de luciérnagas tapizaran las anfractuosidades del muro. Sin dudarle, Algonde puso el pie en el primer escalón.

Tras un centenar de escalones, fue a dar a una cripta visiblemente antigua y excavada bajo los cimientos del castillo. Siempre aquella luz, por todas partes. Avanzó sin temor bajo las bóvedas seculares talladas en la roca. La voz, a todas luces, procedía de lo que creyó que era un altar de piedra en el centro de la estancia. La jovencuela se aproximó. En realidad se trataba de un brocal que le llegaba hasta la altura del pecho y que rodeaba un estrecho estanque de agua negra. Aunque ya no la llamaran por su nombre, se sintió irresistiblemente atraída por la superficie líquida y tuvo que contenerse para no lanzarse, presa aún del recuerdo del día en que estuvo a punto de ahogarse.

—Mostraos, Melusina —ordenó a la vez que retrocedía—. No quisiera que tuvierais que salvarme de nuevo.

Un silbido a su espalda respondió a su demanda. Parecía el de una serpiente, amplificado por el eco de la sala. Algonde tragó saliva con dificultad, rebuscando entre el recuerdo del hada alguna cosa que pudiera transmitirle confianza. Vio su sombra proyectada por un discreto contraluz en el muro y atisbo la de una criatura desplegarse lentamente detrás de ella hasta sobrepasarla. Se estremeció. No se trataba de Melusina y esperó que aquel monstruo fuera tan sumiso con el hada como el gavián lo había sido con Melior.

—Soy yo... Algonde —se aventuró a decir, esforzándose en darse la vuelta lentamente, como si el mero hecho de pronunciar su nombre bastara para protegerla.

Soltó un grito ahogado al descubrir la realidad. Una serpiente negra y amarilla con unas alas de murciélago desplegadas y la cabeza tan grande como la suya oscilaba sobre su base, enroscada sobre el suelo, y con la mirada clavada en ella. Algonde se echó atrás, y sus riñones dieron contra el brocal. Con la lengua bífida y silbante hacia delante, la bestia se abalanzó sobre ella antes de que tuviera tiempo de esquivarla. Sintió una quemadura en el pecho y luego un tirón en los hombros, y cayó de espaldas.

El agua negra le llenó la boca y la nariz sin que tratara de oponer resistencia. De todas formas, paralizada por la mordedura, hubiera sido incapaz de respirar.

Obsesionado por la historia del retrato, el barón recorrió sin darse cuenta la distancia que le separaba de la Rochette. Cada vez más, le parecía que la única posibilidad era que Gersende lo hubiera hecho desaparecer. El hecho de que Algonde se pareciera a Melusina de manera tan impresionante podía justificar aquella teoría. A condición, sin embargo, de que todo ello fuera cierto, pues en el fondo nada probaba que su subconsciente trastocado por la belleza de la joven no hubiera deformado la imagen del retrato. En ese caso, incluso su pesadilla tenía explicación por la mezcla sutil de fantasmas y superstición. Al hablarle Sidonie de su sueño con Melusina debió de provocarle el suyo, así como la idea de reformar el piso. El retrato había concretado su deseo hacia Algonde. Y en cuanto a sus pies inmovilizados, sin duda simbolizaban su aprensión ante un nuevo himeneo.

Al descabalgarse frente al castillo, estaba convencido ya de todo ello. Aquella explicación satisfacía su anhelo de racionalidad mejor que cualquier otra. Quedaba por resolver el enigma de la desaparición del retrato, aunque era probable que uno de sus antepasados hubiera visitado aquella estancia y la hubiera clausurado de nuevo para mantener el respeto a la leyenda.

Orgullosa de tal explicación, avanzó hacia las escaleras por las que descendía ya maese Dreux, alertado por su aprendiz, un reluciente pelirrojo con las ropas blanqueadas por el saco de cal que acarrea a hombros en el momento en que el caballo del barón hizo su entrada en el patio.

—Tenga usted un buen día, mi señor —le acogió maese Dreux—, no os esperaba tan pronto tras vuestra última visita. Espero que el motivo que os trae aquí no sea

algún problema.

—Al contrario, amigo mío, al contrario. ¿Cómo avanzan las obras?

—Si me acompañáis, podréis juzgar por vos mismo —le dijo el maestro de obras invitándolo a seguirle con un gesto.

Accedieron uno tras otro a la casa solariega donde los obreros proseguían con sus tareas mientras el barón exponía los hechos.

—Dos semanas, decís... Incluso trabajando día y noche no podría prometéroslo, señor —se lamentó maese Dreux visiblemente preocupado.

—Tal vez si doblarais vuestros efectivos —aventuró el barón Jacques, que constataba que las obras en el interior no habían avanzado mucho desde su última visita.

Sólo el palomar, cubierto por tejas, había cambiado. Maese Dreux retorció su gorro entre las manos y se mordía el labio.

—Los acabados es lo que lleva más tiempo, y los buenos operarios escasean. Tal vez, como mucho, podría dar con dos o tres más en Grenoble a condición de que no estén trabajando ya en otra obra, pero no bastaría. Debéis hacerlos a la idea, señor. Haré lo que esté en mi mano para que la torre esté acabada y la sala del homenaje amueblada. El ebanista está montando la mesa y los baúles. En la cocina, los hornos se están secando y pronto estarán disponibles. Es cuanto puedo aseguraros. En lo que respecta al resto, no pongáis en cuestión mi oficio. Podría ganar una fortuna pero perdería en ello mi prestigio.

Jacques de Sassenage asintió con la cabeza, resignado.

—Eso os honra. Sea así, pues. Y aún tengo que pedir os otro favor.

Tras haber recuperado la sonrisa, maese Dreux inclinó la cabeza. Si le dejaban trabajar a su manera, podía satisfacer cuanto le pidieran.

El barón se aseguró con una mirada a su alrededor de que nadie pudiera oírles y, acercándose a él, le dijo:

—Tengo algo que hacer en vuestro despacho.

—¿No pensaréis lo que pienso que pensáis? —balbució el maestro de obras.

—Más de lo que pensáis —le aseguró el barón con un aspecto tan decidido que maese Dreux se estremeció de la cabeza a los pies.

—Se lo prometí a doña Sidonie —argumentó.

—No tengo intención alguna de decírselo.

Esa afirmación envalentonó un poco al maestro de obras, y su curiosidad natural le venció.

—Sea —decidió, y se sacó una llave del bolsillo.

Unos minutos más tarde, en la angosta oscuridad del pasadizo secreto, descendían uno tras otro la escalera a la luz de un farol que maese Dreux había encendido.

La sensación era peor incluso que cuanto Algonde hubiera podido imaginar. Durante varias noches, el recuerdo del momento de ahogarse la despertó en la cama

cubierta de sudor y sintiendo opresión en el pecho. Y de nuevo era realidad. Hubiera querido perder el conocimiento desde el momento en que se sintió arrastrada hacia el fondo en el agua helada, incluso morir al instante, pero sorprendentemente, aunque creía tener los pulmones vacíos, seguía viva. Se hallaba en apnea. Una apnea que duro más de lo concebible mientras Melusina la arrastraba seseado tras segundo más al fondo a través de galerías tan estrechas que a su paso notaba las asperezas en sus miembros abotargados. El dolor en el pecho fue breve pero fulgurante. Se había producido una transformación fisiológica, sin duda aquella que permitía aquel prodigio. En algunos momentos trataba de inspirar de manera refleja, y era presa del pánico al sentir su respiración bloqueada, se estremecía y luego se calmaba al oír la voz tranquilizadora de Melusina que, sosteniéndola estrechamente contra su cuerpo, le aseguraba que no corría peligro alguno. Algonde se concentraba entonces en los movimientos de la cola que sentía batir contra sus pantorrillas y se esforzaba por calmarse: debía tener confianza en el hada. Acabó por abandonarse, formar un único cuerpo con ella y abrir los ojos. Se llevó tamaña sorpresa que olvidó en el acto todo lo demás. Lejos de la negrura que se la había tragado en el pozo, descubrió el lecho de un río profundo habitado por un insospechado universo de algas y peces. Éstos huían en bancos o se esparcían rápidamente frente a ellas. Melusina, evitando las rocas, remontó la corriente, sin sentir apenas su carga, antes de lanzarse de nuevo hacia la mancha oscura de una galería, tan estrecha que Algonde tuvo la impresión de que se quedarían atoradas allí. Al cabo de un tiempo que a la jovencuela le pareció una eternidad, un espaldarazo las llevó hacia un agujero iluminado y salieron a la superficie en un lago en una gruta subterránea llena de puntillas calcáreas.

Algonde abrió la boca de manera refleja. Para su sorpresa, de inmediato sintió que entraba aire que atravesó ardiente su tráquea y sus bronquios antes de apoderarse de sus pulmones como si pretendiera hacerlos estallar. Comenzó a toser, fulminada de nuevo por el dolor en el lugar del mordisco. Melusina, que seguía sosteniéndola, le puso la mano sobre la boca y le tapó la nariz. Algonde se halló de nuevo en apnea, pero en esa ocasión su cuerpo parecía no poder soportarlo más. Se debatió, en busca del aire que le faltaba.

Sin soltarla, Melusina apartó la palma de su mano. Algonde sintió el olor marino. Respiraba de nuevo con normalidad y, sin embargo, tuvo náuseas. Antes de que pudiera preocuparse, un martilleo de pasos amplificado por el eco rompió el silencio de la sala.

—Ven —murmuró Melusina a su oído—. Tenemos que escondernos.

Algonde nadó tras su estela hasta el abrigo de un montículo de rocas bañadas por la oscuridad.

—Aquí estamos, señor —indicó maese Dreux barriendo con su farol el arco natural que unía la galería excavada por los canteros a la sala subterránea.

Jacques se adentró en la sala sin dudar un ápice. Bañado por el haz de luz que caía desde un agujero en la bóveda a unos doscientos pies de altura, el lago de color

de bronce se aureolaba con una mancha más clara en el centro. Ese haz era suficiente para descubrir las imponentes dimensiones de la caverna y su suntuosa decoración. Jacques de Sassenage jamás había visto una labor tan trabajada con ganchillo por una dama. Caía en drapeados en algunos lugares y se unía como una telaraña a las puntas calcáreas que ascendían o descendían, resplandecientes por el agua. Parecía que la sala entera silbara gota a gota una melopea continua y renovada sin cesar.

—Es magnífico —dijo el barón.

—Mágico me parecería un epíteto más apropiado —corrigió maese Dreux al llegar junto a él.

Jacques de Sassenage no respondió. Avanzó hasta la orilla del agua que un remolino acababa de agitar y siguió la ondulación con mirada curiosa.

—Sin duda se trata de una anguila. Se dice que en las aguas del Furon hay algunas extraordinariamente largas —le dijo al maestro de obras.

Maese Dreux le obsequió con una amplia sonrisa antes de apartarse de la orilla. Si su presencia no era del agrado de Melusina, podría arrastrarlos en cualquier momento a las profundidades. El barón era libre de arriesgarse. Al descubrir una piedra lisa suficientemente alejada, se instaló allí y, al acecho, esperó a ver lo que sucedía.

## Capítulo 14

—No te muevas, desde donde está no puede vernos —murmuró Melusina al oído de Algonde, que acababa de reconocer al barón inclinado sobre las aguas oscuras del lago.

La jovenzuela asintió. Ya no le dolía el pecho, aunque a cada expiración los pulmones silbaran discretamente. Ahora que ya era consciente, el agua fría que la cubría hasta la cintura la helaba y debía esforzarse para que no le castañetearan los dientes. Los dedos con los que, para mantenerse en la superficie, se agarraba a una de las rocas que las ocultaban a ella y el hada se habían amoratado y estaban entumecidos. Se preguntó si Melusina era consciente del esfuerzo que ella debía hacer. Se volvió hacia ella. Como la primera vez que la viera, le asqueó su piel verdosa, granujienta, flácida y agrietada, aunque ya no la asustara. Detrás de las orejas se abrían unas branquias ocultas por la cabellera rala, de estopa y descolorida. La boca, otrora carnosa y sonriente, semejante a la suya en el retrato, no era ya más que un trazo caído y espeso. Sobre la cintura, los senos le caían a pesar de que aún estuvieran bien moldeados. En la espalda, unas alas atrofiadas recordaban vagamente la vasta envergadura de aquellas que la leyenda le había conferido. Sólo su mirada, concentrada más allá de las rocas, seguía siendo viva e incisiva. Cuando Melusina se sintió observada y abandonó su vigilancia para mirarla, le vino a la memoria el comentario de Mathieu.

—Sus ojos tienen el color del Furon —murmuró Algonde.

En los ojos pudo verse la sorpresa.

—Yo soy el Furon —replicó Melusina, como si fuera algo evidente.

Algonde notó que el tono era más triste que orgulloso.

—¿Dónde estamos? —preguntó con voz casi inaudible, deshaciéndose de la piedad que le inspiraba aquella caricatura.

A pesar del frío que la atenazaba, la situación se prestaba a las confidencias y tenía intención de aprovecharla.

—En la Rochette —respondió Melusina, siguiendo con la mirada los desplazamientos del barón, que paseaba junto a la orilla y a veces se agachaba para coger una piedra y volver a dejarla caer.

Sabía lo que buscaba y sonreía satisfecha.

—¿Debajo de la casa? —se sorprendió Algonde.

—Exactamente. Hay un subterráneo que conduce desde la casa hasta esta gruta.

—¿Por qué? —preguntó Algonde.

Melusina se volvió hacia ella.

—Eres tan curiosa como lo fui yo —le dijo—. Y, sin embargo, sólo hay una respuesta. La profecía.

—Me pedisteis que os trajera al niño del que habla, pero no entiendo la razón, la verdad sea dicha. ¿Quién es? ¿Dónde puedo dar con él? ¿Dónde se hallan esas Tierras

Altas que debe conquistar? ¿Cuál es esa serpiente cuya mordedura posee sorprendentes cualidades? ¿Por qué me habéis dado esas cualidades cuando sólo el poder de Melior puede liberaros a vos y a Plantina?

Melusina rozó con un dedo palmeado la mejilla de Algonde.

—Estarás cerca del niño cuando nazca, eso es seguro. Estáis ligados el uno al otro y él a mí. Es lo único de lo que debes preocuparte. El resto no te concierne. Lo siento, Algonde, pero no tenía otra elección que obligar al barón a romper los sellos. Ese pasadizo en mi antigua habitación era el único camino para permitir que te reunieras conmigo. Esta serpiente es la guardiana de la cripta y protege mi secreto. Su mordedura es mortal para quien no está inmunizado. Y nos conduce a esto —añadió señalando a Jacques de Sassenage, que alzaba a la luz una piedra para examinarla mejor.

Algonde frunció el ceño. La frente del barón se había arrugado y su boca se retorció en una extraña mueca que parecía de curiosidad escéptica.

—¿Qué es eso?

—Algo que alimentará sus dudas y le llevará a satisfacer mi voluntad.

—Pero ¿qué es? —insistió Algonde, sabedora del placer que le daba a Melusina plantearle enigmas.

—Una de mis lágrimas cristalizadas.

—Vamos, maese Dreux —oyeron pronunciar en aquel momento.

El barón Jacques se dirigía hacia el maestro de obras, con la piedra en el bolsillo.

—A fin de cuentas, Melusina no ha aparecido —dijo desolado este y bajó de un salto de la roca.

—Una leyenda, amigo mío, no es más que una leyenda... ¿Acaso dais fe a la idea de la inmortalidad?

—Ya me gustaría, señor... Aunque... No me tentaría mucho tener que vivir eternamente en este lugar.

Un silencio pesado se abatió sobre Melusina y Algonde, congelada, mientras el ruido de los pasos se extinguía a medida que remontaban hacia la casa solariega. El hada interrumpió aquel silencio con voz teñida de fatalismo.

—Al salvarte de morir ahogada el otro día te insuflé con qué sobrevivir provisionalmente al veneno de la serpiente, pero acabará contigo si no preparas el antídoto, y sólo hay una manera de conseguirlo. Hacerte fecundar esta noche por uno de mi descendencia, Jacques por ejemplo.

Algonde se sobresaltó. ¿El hada hablaba en serio?

—Sé hasta qué punto es difícil lo que te pido —dijo Melusina poniéndole una mano sobre el hombro.

En lugar de reconfortarla, ese contacto no hizo más que agravar su malestar. Algonde palideció tanto que Melusina se dio cuenta de la gravedad.

—¡Qué idiota soy! —se maldijo a sí misma—. Tantos años en este lugar me han hecho olvidar que aún no estás adaptada. Ven —le dijo, tendiéndole la mano.

Algonde la asió, entre el temor del deslizamiento del agua sobre sus hombros y la esperanza de verse pronto liberada. A punto de perder el conocimiento, se dejó engullir de nuevo, temblequeando, con las mismas sensaciones que antes agravadas en esa ocasión por el entumecimiento que poco a poco se iba apoderando de ella. Emergieron en una sala más estrecha, llena de vapor. Esta vez Melusina no tuvo que cubrirle la boca o taponarle la nariz. El paso de un estado a otro tuvo lugar por sí solo. Su cuerpo se aclimataba. Así como había dejado de respirar en cuanto sumergió la cabeza, recuperó el aliento en aquella extraña atmósfera. Melusina la izó a la orilla.

—Túmbate junto a la fuente caliente. Poco a poco te recuperarás.

Algonde la obedeció. Durante unos minutos sus bronquios silbaron, pues entre el agua y el aire ya no sabían cómo funcionar. Sus dientes castañeteaban de manera intermitente y sentía escalofríos. Acodada a una roca lisa, Melusina la vigilaba y se sentía culpable de su negligencia. Cuando vio que se calmaba, soltó un suspiro de alivio. Algonde volvió la cabeza hacia ella. La bruma cálida que las rodeaba hacía que el rostro de Melusina aún pareciera más desagradable. Sus miradas se fundieron. La del hada era de una gran dulzura. Algonde se emocionó, sólo un instante, puesto que, como una bofetada, volvió a su memoria la mirada concupiscente del barón.

El miedo la sumergió más aún que su baño forzado.

—No quiero, no quiero —dijo simplemente.

Melusina frunció el ceño. Debía aprovechar aquella aparente debilidad para convencer a la joven de que confiara en ella. Convencerla. No darle tiempo de pensar...

—Hay tantas cosas que nos parecen imposibles... —murmuró con voz mortecina—. Tuve que catar el amor de un hombre para comprender hasta qué punto mi madre pudo querer a nuestro padre. No teníamos derecho a burlarnos de los sentimientos que ella había sentido, del perdón que le ofreció y que nosotras no queríamos aceptar. ¿Fuimos egoístas, mis hermanas y yo? Sí, lo mimos sin saberlo, sin medir las consecuencias. En Avalon a nadie se le ocurrió protegernos de esa parte humana en nosotras mismas: la cólera, el rencor, la venganza. Las recibimos en herencia, de sopetón, sin haber sido preparadas para ello. No te puedes imaginar, Algonde, cómo odié a mi madre por castigarnos de esta manera, y cómo la perdoné cuando conocí a Raymondin. En aquel instante comprendí lo que había querido enseñarnos. Comprendí su sufrimiento y su felicidad pasada. Quise liberar a nuestro padre, pero ya había fallecido. Fui a ver a una sacerdotisa en tierras celtas y le supliqué que se lo explicara todo a Presina. Mis remordimientos, mi arrepentimiento. Fue entonces cuando supe acerca de la profecía. En cuanto a mi madre, había desaparecido. En Avalon nadie sabía dónde se hallaba. Cuanto podía hacer la sacerdotisa era relevar mi mensaje con la esperanza de que un día llegara hasta ella. Aguardé, esperé que sucediera, reconfortada por la idea de que el amor de mi esposo me mantenía al abrigo de lo que mi madre había vivido junto al suyo. Di ocho hijos a Raymondin, construí varios castillos en diversos lugares, entre ellos el de Lusignan y Sassenage,

prestando oído a los rumores con la esperanza de acercarme a ella. ¡En vano! La continuación ya la conoces. La angustia de Raymondin cuando uno de nuestros hijos incendió la abadía de Maillezais donde residía su hermano. Su mirada enloquecida por el dolor, la incompreensión, que me acusara de haber pervertido su raza. Me vi monstruosa, como sin duda lo fue mi madre para el hombre al que había amado. Me arrojé a las Cubas del Furon. Pasaron los siglos. La muerte de Melior me demostró que todas teníamos un talón de Aquiles, pero no supe hallar el mío. Su descendencia y la mía se han vuelto bastardas. Creí que la profetisa se había equivocado.

Y ya prácticamente me había resignado cuando te repesqué en el Furon.

—¿Por qué me explicáis todas esas cosas? —dijo Algonde sorprendida, trastornada por la elocuencia de aquella confesión.

—Porque te necesito, Algonde. Tu sacrificio supone mi libertad.

Algonde se sentó en la roca y se llevó las rodillas al pecho. Junto a ella hervía la fuente caliente en una cubeta y eructaba burbujas a la superficie. Su malestar se había transformado. Aunque la historia del hada la emocionara, la suya le parecía aún más injusta.

—Me pedisteis que rechazara a Mathieu para serviros. ¿No es suficiente pena? Ya sabéis cuán difícil es para mí. No deseo al barón y no quiero llevar su descendencia. ¿Qué haría con ella?

—Ya te lo he dicho. El antídoto del veneno de la serpiente. Ese niño es muy valioso para mí. Debes vivir, Algonde. Debes vivir para traérmelo. Vivir para liberarnos. Y eso es imposible sin el poder de las tres, lo sabes.

Algonde se endureció. Algo oscuro acababa de velar los rasgos demasiado dulcificados del hada. Y se mostró enojada, convencida de que pretendía engañarla.

—¿Y qué ventaja obtendré yo? ¿Y si prefiriera morir a soportar ese destino? Sí, soy descendiente de Melior, pero ello no supone para mí obligación alguna. Ni responsabilidad. Vuestra hermana os abandonó de manera cobarde, ¿y yo debería ocupar su lugar? Mentís, Melusina. Vuestro talón de Aquiles es vuestro orgullo. Como Melior, hubierais podido sanar de vuestra inmortalidad si hubierais ofrecido a Raymondin a vuestra criatura, estoy segura. La verdad es que siempre habéis sido egoísta y que lo único que deseáis es volver a ser la que erais. Sólo que no deseo prescindir del hombre al que quiero. No quiero expiar un crimen que no he cometido so pretexto de que para vos no soy más que una bastarda y un medio para conseguir vuestros fines.

En cuanto se extinguió el eco de su voz, un largo silencio las envolvió. Visiblemente, Melusina no había previsto aquella rebelión. Su voz se volvió más seca, aunque el timbre siguiera siendo encantador.

—Te equivocas conmigo acerca de mis intenciones, pero comprendo tu desconfianza y la respeto. Haz lo que creas mejor. No puedo evitarlo. Sin embargo, debes saber que si eliges morir, morirás con sufrimientos espantosos.

Algonde se encogió de hombros y dirigió su mirada a Melusina con mayor

determinación.

—Peores que las caricias del barón —insistió el hada.

Algonde rodeó sus rodillas con los brazos y apoyó el mentón sobre ellas.

—No quiero llevar un hijo suyo.

—¿Y quién habla de eso, Algonde?

—Aunque parezca inocente, sé perfectamente qué quiere decir «hacerse fecundar».

—Una noche de luna llena cuando ya no eres del todo humana...

—Con más motivo —respondió Algonde, terca, que ni siquiera quería imaginar qué cosa podría dar a luz.

—Muy bien —decidió Melusina—. Creía que era mejor no decirte nada todavía, pero puesto que me obligas a ello, será mejor que decidas con pleno conocimiento de causa. Sí aceptas meterte en el lecho del barón, guardarás su semilla sólo durante seis meses.

—¡Solo! Por lo que veo, no tenemos la misma noción del tiempo...

—Pasado ese tiempo, perderás algo que se asemeja a un huevo —prosiguió Melusina, que se negaba a escuchar—. Deberás dejarlo secar durante tres lunas más antes de convertirlo en polvo. Deberás ingerirlo para que los efectos del veneno sean permanentes en ti sin condenarte, pero procurarás conservar una medida como una uña que deberás ponerle en la boca al niño antes de darle el pecho. Es esencial para protegerle. Tráeme a ese recién nacido, Algonde, él es la llave de la profecía. Él concentrará los poderes de las tres. Tráemelo y tu papel habrá llegado a su fin, te lo prometo. Serás libre, libre de amar a Mathieu, de casarte con él y de darle tantos hijos como te plazca.

—¿Niños serpiente? —se burló Algonde, cínica.

Melusina retuvo un suspiro de irritación. A todas luces, aquella jovencuela tenía respuesta para todo. Y acertaba. Convencerla no sería tan fácil como en un principio imaginara. Debía ser muy hábil.

—No eres una bastarda, Algonde. Ni de lejos. Aunque seas mortal, por tus venas corre sangre de hada, en mayor cantidad que en el caso de cuantas te precedieron. Nuestro parecido es la prueba de ello. Eres libre de utilizar o no tus poderes, los que has heredado de Melior y ahora los míos, que te ha ofrecido la mordedura de la serpiente. De los hijos que tuve con Raymondin, ninguno tenía escamas. Tu descendencia tampoco se verá afectada.

Algonde permaneció a la defensiva.

—¿Sabe mi madre lo de la serpiente, el barón y demás?

—No, ni siquiera me he encontrado con ella.

—Me dijisteis que debía apartar a Mathieu de mi camino si no quería que fuera condenado...

—Y así lo creo aún, al menos hasta que se haya cumplido la profecía.

—¿Por qué?

Melusina reprimió una mueca de satisfacción. Había dado en el clavo. El miedo a perder a su mozuelo haría entrar en razón a aquella impertinente.

—Las harpías han sido liberadas.

La sorpresa calmó por un instante la cólera de Algonde.

—Mi madre me habló de ellas pero ignoro qué son.

—En su origen, se trataba de tres criaturas inmortales mitad mujer, mitad pájaro, de una fealdad repugnante, tan viciosas como maléficas, que estaban cautivas en Avalon desde su expulsión de Grecia. Cuando la gran profetisa reveló a la reina Morgana que la llegada de un niño de nuestra sangre al trono de los Antiguos nos liberaría de la maldición, ésta no pudo soportarlo. Hasta el fin de sus días trató de tener una heredera para transmitírselo. Sin éxito. Todos sus hijos nacieron muertos. Aún peor, con excepción de Arturo de Bretaña, de la que era media hermana, ningún rey aceptó la alianza que ella propuso, y prefirieron acomodarse a los sacerdotes católicos antes que a la influencia druídica. Convertida ya en una anciana, la reina decidió vengarse de todos. De los hombres que la habían despedido. De Merlín, que rechazó sus proposiciones. De mi madre. De nosotras. Hizo un pacto mágico con las harpías: la muerte del niño de la profecía contra el reino de las Tierras Altas del que Avalon no es sino una parte. Para conseguirlo, las dotó de apariencia humana, les aconsejó que se pusieran al servicio de nuestro linaje y las liberó antes de arrojarse al mar. Mientras, Melior había muerto llevándose el secreto de su descendencia. La harpía encargada de ella volvió a Avalon para recibir nuevas órdenes y fue sorprendida por Merlín. Eso es lo que me contó la descendiente de una de las últimas grandes sacerdotisas con la que coincidí en Anjou. Ignoro dónde se halla la harpía encargada de vigilar a Plantina, pero sé quién es la tercera y tú también debes de sospecharlo.

—Marthe... —murmuró Algonde, de nuevo helada.

—Debe de saber el cautiverio de su hermana, pero poca cosa más. Estamos solas, Algonde. Merlín no puede abandonar Avalon para ayudarnos. Hasta ahora, la harpía ignora tu parentesco. Se contenta con aguardar el nacimiento del niño para matarlo, segura de que Melior, Plantina y yo aún somos prisioneras de la maldición y que en cuanto eso suceda ya nada podremos hacer.

—Seguro que se ha dado cuenta de nuestro parecido.

—Nunca me ha visto. Sólo el retrato te hubiera podido delatar; pero me parece que lo robaste. No cantes victoria, sin embargo. Ahora que mi habitación ha sido abierta, la harpía estará al acecho y tratará de averiguar el motivo.

—¿Nadie puede detenerla?

—Tú, tú puedes. Si permites que se cumpla la profecía. Una vez libre, seré la regente del reino de las Tierras Altas hasta que el niño tenga edad de reinar. Y entonces mis poderes podrán salvaros de sus garras, a ti y a tu Mathieu. Ves, Algonde, hasta qué punto eres importante para mí.

Algonde se puso en pie de un salto, presa de nuevo de la cólera que le removía el

estómago.

—Claro, ya lo veo. Lo veo tan claro que mi lucidez me da asco. Y estoy harta de que se rían de mis sentimientos, de mis emociones y de mi vida. Si no muero por culpa del veneno de la serpiente, será Marthe quien siga persiguiéndome. ¿Y todo eso para qué? Para permitir que un reino desaparecido y que no le importa a nadie en esta tierra caiga en vuestras manos.

—Por el bien de la humanidad, Algonde.

—A vuestra mayor gloria, sobre todo. Ésa es la verdad. ¡No contéis conmigo, Melusina! No le daré aún más argumentos a Marthe para acabar conmigo. Al contrario. Que se lleve a la criatura y haga con ella lo que le plazca, ¡me lleva sin cuidado! Olvidaré esa pesadilla con Mathieu, tal como decidí y de la manera más discreta. Si para ello debo sacrificar mi virginidad en la cama del barón, sea, estoy dispuesta a ello, ¡pero eso es lo único que le concederé a esa profecía! Lo único, ¿me habéis entendido? Por lo demás, os habéis equivocado. ¡No soy aquella que necesitáis!

Y dicho esto, se lanzó de cabeza a las aguas oscuras, decidida a encontrar por sí sola el camino si el hada no quería ayudarla. Sin embargo, el brazo de Melusina la cogió por la cintura.

Unos minutos más tarde, Algonde salía del pozo y atravesaba la cripta sin apercibir a la serpiente, segura de ser de nuevo la única dueña y señora de su destino.

## Capítulo 15

Un cloqueo muy parecido al de una pintada acogió a Philibert de Montoisson en el preciso momento en que emergía del limbo fantasmagórico en el que su herida le mantenía cautivo. Prolongando el sueño en el que se veía de niño persiguiendo a un ave por un patio, extendió sus manos hacia delante para atraparla, con una sonrisa victoriosa en sus pálidos labios.

Un grito de sorpresa resquebrajó la imagen y su satisfacción. Ni por asomo pensó en abrirlos para entrar de nuevo en contacto con la realidad, persuadido de que su madre acababa de pillarle y se aproximaba para darle un buen tirón de orejas. Se llevó instintivamente las manos a éstas y, con los rasgos achicados por la aprensión, hundió la cabeza en el cuello como una tortuga en su caparazón.

Atribuyendo la exclamación de la novicia a sus manos que, osadamente, le habían arremangado la túnica, Laurent de Beaumont prosiguió la exploración de sus muslos, conteniendo la respiración y desvergonzadamente. Prisionero de su temperamento carnal contrariado desde hacía ya mucho tiempo, se había dejado domar por las miradas de la bella Marie que ayudaba a sor Albrante en sus tareas. A Laurent de Beaumont le bastaron unas horas para comprender que le gustaba perdidamente a la jovencueta. Y tres noches de sueños libidinosos para persuadirse de que sería conveniente ayudarla a dar rienda suelta a su piedad antes de pronunciar sus votos. Y con esa certeza, se había asegurado de que sor Albrante estuviera ocupada preparando sus remedios, tarea que la retenía en la oficina después de nona, y se reunió con sor Marie junto a Philibert de Montoisson. Unas palabras bien elegidas y la jovencueta se fundió entre sus brazos, tan turbada por el cortejo que ya ni siquiera sabía lo que se estilaba. La había arrinconado contra el muro de piedra, de espaldas al caballero, mientras vigilaba el resto de la estancia a través del discreto espacio que separaba sutilmente la cortina de la pared.

—¡Jesús bendito! —exclamó de nuevo Marie, mientras se retorció, con el cuerpo tenso.

Laurent de Beaumont sintió que se le escapaba, sin duda tras entrar en razón por una sacudida de su conciencia, y se enojó.

—Ya no puedo más, amor mío, no te resistas —susurró a su oído, desabotonando con urgencia su bragueta.

—Delante de él no, delante de él no... Se despierta... No puedo... —imploró ella empujándole con las manos.

Se debatía con tanta fuerza que juzgó más prudente apartarse antes de que se pusiera a gritar. Presa de la cólera, dejó que ella se lanzara frente a Philibert de Montoisson, decidido a poseerla aunque fuera arrodillada junto al lecho, cuando se dio cuenta por la actitud del caballero que ella decía la verdad. El ardor de Laurent de Beaumont se enfrió en el acto.

—Señor de Montoisson... ¡Mi señor! ¿Me oís? —imploraba sor Marie.

Laurent de Beaumont se arregló sus ropas, dirigió una sombría mirada a la penosa resurrección de su rival y desapareció tras la cortina. Necesitaba aire para calmar las ganas de matar que se apoderaban de nuevo de él.

A pesar de que le costó reconocer el sonido sordo de aquella voz, Philibert de Montoison, en su delirio infantil, estaba seguro de que aquellos dedos que trataban de agarrar los suyos eran los de su madre. Apretó con más fuerza los párpados, arrugó la nariz, torció la boca y trató como pudo de resistirse. Al ver aquello e ignorante de qué hacer, la jovencueta le abandonó a sus sueños tal como había dejado a Laurent de Beaumont con sus fantasmas y se marchó corriendo en busca de ayuda.

Sor Albrante, apenada, removía distraídamente una decocción de plantas medicinales en un pequeño caldero situado sobre el hogar. Se sobresaltó al oír la puerta abrirse de golpe y se apartó rápidamente del fuego para proteger su escapulario de la proyección de chispas avivadas por la corriente de aire. Con su larga cuchara de madera en la mano, se volvió, contrariada, y descubrió a la jovencueta que tomaba aire, con una mano en el pecho, la túnica ladeada y despeinada.

—¡Vaya manera de presentarse, sor Marie! ¿Acaso no os han enseñado a llamar a la puerta?

—Sí, hermana, sí... —se excusó la novicia, con el aliento entrecortado por la carrera y la emoción.

—¿Y pues? —refunfuñó Albrante que, tras la marcha de Philippine, no conseguía recobrar su talante.

Que hubieran destinado a Marie para sustituirla no había arreglado las cosas, bien al contrario. Estaba al corriente de las componendas de Laurent de Beaumont con ella, demasiado bella y vulnerable. Sor Albrante era de natural tolerante, pero pronto se desbordarían los límites del decoro y de su propia paciencia.

—Se trata de Philibert de Montoison, creo que se ha despertado —acabó por soltar Marie, de sopetón.

—¿Es verdad? —respondió Albrante, escéptica.

—Estoy segura —afirmó la jovencueta sacando pecho ante la importancia de su responsabilidad.

—Sea —dijo la enfermera para no humillarla—. ¿Dónde está Laurent de Beaumont?

La novicia se sonrojó.

—Me parece que está tomando el fresco —dijo.

Albrante suspiró. ¿Cupido no tenía nada mejor que hacer que perturbar de aquella manera el corazón de la abadía? Depositó la cuchara en un tarro de arcilla en el que ya había otras, sobre una estantería, y avanzó hacia Marie que no se había movido, de color escarlata por el recuerdo indecente de las caricias de las que había sido objeto.

—Creéis mucho, pero visiblemente no lo suficiente para consagrar vuestra vida al Señor.

La joven bajó la mirada, apurada.

—Os asegu...

—Silencio. Mentir os cargaría con un pecado suplementario —interrumpió la enfermera.

La jovenzuela se puso a temblar y Albrante sintió que estaba a punto de echarse a llorar. Enternecida, se plantó ante ella y la cogió de los hombros.

—¿Algo irreparable?

La novicia sacudió la cabeza.

—Laurent de Beaumont partirá mañana. Se ha recuperado lo bastante para poder viajar. Considero que es el único responsable y por ello no diré nada a la madre superiora acerca de vuestra complicidad. Dejo a vuestra discreción comunicarle personalmente a ésta vuestra decisión de abandonar la vida religiosa.

—¿Es eso necesario? —se lamentó Marie alzando la nariz.

—No es un castigo, hija mía. Desde vuestra llegada hace seis meses adiviné que vuestra piedad estaba condicionada por el deseo de vuestros padres, así que no creo que el ejemplo de Philippine sea la causa de vuestros desmanes.

—No puedo acusarla —asintió la jovenzuela.

—De acuerdo. Apoyaré con mi sentimiento los argumentos que le deis a la abadesa, pero hasta su marcha os prohíbo que os acerquéis a ese diablo.

Marie palideció de remordimientos y asintió con un gesto de la cabeza.

—Ahora que eso está resuelto, explicadme qué truco os ha hecho ese caballero que habla en su extraño sueño.

—Pero si no ha hablado —la corrigió Marie, al comprender que Albrante no la creía.

—¿Ah, no? ¿Y qué ha hecho ahora?

Apenas transcurrido el tiempo de ahogar entre los raros y largos pelos negros de su mentón el exabrupto que estuvo a punto de escapársele en cuanto la jovenzuela acabó de explicarle lo sucedido, Albrante se precipitó hacia Philibert de Montoisson, presa de la curiosidad.

Lo halló incorporado y con los ojos abiertos que miraban a una y otra pared. Su mirada se detuvo en ella en cuanto apareció de detrás de la cortina, con Marie a los talones.

—¡Por todos los santos del paraíso, es verdad! —exclamó mientras se santiguaba.

Una leve sonrisa se dibujó entre los rasgos pálidos del hombre mientras, movida por un reflejo condicionado, Albrante se acercaba a él para tomarle el pulso en la carótida.

—Creo, hermana, que me ha crecido la barba —dijo llevándose su otra mano a la mejilla—. ¿Qué día es hoy?

—Quince días después del día en que os batisteis con Laurent de Beaumont. ¿Lo recordáis?

El caballero arrugó la frente.

—El dieciséis de agosto, pues —contó, visiblemente molesto.

—¿Recordáis el duelo, mi señor? —insistió Albrante mientras le levantaba el párpado para observar mejor los movimientos y la blancura del ojo.

—Y también a Philippine.

—En ese caso —pareció alegrarse Albrante—, puedo afirmar que estáis salvado. ¿Tenéis apetito?

—Y sed. Y estoy impaciente por ver a Philippine, al igual que a la abadesa, con quien debo hablar.

—Haré que avisen a la abadesa. En cuanto a Philippine, no podéis contar con eso, señor. Ya no está entre nosotras... —añadió Albrante con sequedad.

La inquietud se adueñó del rostro de Philibert de Montoisson.

—Acaso ha...

—Philippine ha vuelto a casa de su padre —lo tranquilizó Marie, a quien no le habían preguntado y que comprendió de inmediato al ser fulminada por la mirada de reprobación de la enfermera.

Philibert de Montoisson, sin embargo, la obsequió con una sonrisa aduladora.

—Vuestra voz... —dijo—. ¿Estabais junto a mi lecho cuando he despertado de ese extraño sueño?

—Ignoro cómo era vuestro sueño, señor, pero así es —le respondió amablemente la jovencueta.

—Id a la cocina y traed algo de comer al caballero —ordenó Albrante, que no deseaba que la novicia se dejara seducir ahora por Philibert de Montoisson.

Marie asintió y desapareció.

—Voy a quitaros esa sonda que ya no necesitáis —declaró sor Albrante apartando la sábana en cuanto se hubo cerrado la cortina.

El caballero no tuvo tiempo de inquietarse por mostrar sus partes y ella le retiró el junco de la uretra sin contemplaciones. El dolor le sorprendió tanto que no pudo evitar gritar.

—Sí que sois cobarde —se burló ella, soltando con indiferencia su órgano maltratado.

Por un instante, a Philibert de Montoisson le vino a la cabeza que tal vez lo hubiera hecho expresamente, pero prefirió dejar eso de lado. ¡Su virilidad no podía ser cuestionada!

—Debo daros las gracias por vuestros cuidados —dijo, contrariamente.

Albrante recogió el orinal y metió en él el drenaje, satisfecha por la duda que había sembrado en su mente. ¡Se lo tenía bien merecido por haber atormentado a Philippine! Sin hablar de lo demás, puesto que hasta que se demostrara lo contrario no podía evitar considerar la posibilidad de que Philibert de Montoisson fuera un asesino. ¡Y pensar que había derrochado aquel precioso elixir para salvarlo!

—Sentiréis quemazón durante las primeras micciones. Si en tres días no os ha desaparecido, os trataré en consecuencia. De momento y mientras os traen la comida,

debo aconsejaros que reposéis.

—¿Qué ha sido de Laurent de Beaumont? —preguntó aún mientras ella se volvía con la visible intención de alejarse para vaciar el orinal.

—Está a punto de marcharse, como vos mismo en cuanto vuestras fuerzas os lo permitan.

—¿El regreso de Philippine a su casa anuncia su matrimonio?

El recuerdo de la mirada concupiscente de Laurent de Beaumont a Marie arruinó la mentira que habría podido decirle para que dejara en paz a Philippine.

—Dejó una carta a vuestra atención. Os la entregaré —decidió volviéndose de espaldas para indicarle que la entrevista había concluido.

Él no insistió y cerró los ojos, consciente de sus propios límites. Cuando Marie regresó con caldo, pan y un vaso de vino, dormía. Temerosa de que no hubiera caído de nuevo en su letargia, depositó la bandeja sobre la cama y le sacudió el hombro con violencia.

—Señor... —insistió.

Se apartó cuando vio que abría un ojo.

—Vuestra comida —balbució para disculparse.

Le puso la bandeja sobre las rodillas en cuanto se hubo incorporado, le deseó buen provecho y se escapó para reunirse con Laurent de Beaumont, que se lo había propuesto aprovechando que sor Albrante había ido en busca de la abadesa.

El joven la aguardaba junto a la oficina. Abrió la puerta y ella entró tras él, a la vez deseosa de su abrazo y decidida a no ceder.

—Como sor Albrante acaba de decirnos, mañana partís, señor. Así que si me queréis como yo os quiero, me reuniré con vos y podremos casarnos —le anunció ella sin rodeos y apartándose de él lo suficiente para no sucumbir.

—Dulce y bella Marie —susurró avanzando un paso, consciente de repente de la trampa que le tendían—. ¿Cómo he podido ser tan egoísta al pensar que a mi lado vos sólo os divertíais de vuestra piadosa existencia? Si hubiera escuchado el murmullo de vuestro corazón y leído en vuestros ojos en lugar de ahogarme en ellos...

Ella retrocedió, pálida.

—No os comprendo, señor...

—Amiga mía, antes de que reneguéis de vuestra vocación debo haceros una confesión. Amo a otra y estaba sinceramente seguro de que lo sabíais. Lejos de mi voluntad el propósito de engañaros.

El mentón de la jovenzuela comenzó a temblar.

—No quiere saber nada de vos. Os lo ha dicho y aquí lo sabemos todas. Os creía resignado.

—Sólo estaba trastornado...

—No lo entendéis... Es por eso por lo que insistí en reemplazarla. Os amo, señor. Os amo desde el primer día que os vi pasear con sor Aymonette. Mucho antes que ella y para siempre. Me ofrecí en cuanto os rechazó. No podéis rechazarme. Me

moriría —confesó con la voz tomada por el tormento.

Adivinó su sinceridad y se quedó desarmado. No se trataba de una trampa, sino el impulso de una mujer que incluso hubiera podido llegar a envilecerse para hacerse notar.

A pesar del odio que en él despertaba Philibert de Montoisson, alabó su resurrección que le había impedido deshonrarla. Philippine lo había trastornado hasta el punto de llegar a atacar como un predador implacable a una presa tan vulnerable y tan pura. ¡Y en aquel lugar! Había acusado al caballero de todas las perversidades imaginables, pero en aquel momento no era mejor que él. De repente se sintió miserable y se despreció por pensarlo. Frente a él, las lágrimas de Marie se deslizaban, silenciosas, desde sus ojos claros. Tanto amor... No había visto ni una décima parte en los ojos de Philippine. Sólo orgullo.

—Dejadme tiempo —murmuró, sin creerlo—. Tiempo para olvidarla.

—Os esperaré, pero sin mentiras. Ahora que me habéis tocado ya no puedo pronunciar mis votos. Regresaré a casa de mis padres y juradme que iréis allí si conseguís olvidarla. Juradlo, señor. Ante Dios y en la casa del Señor.

—Lo juro —aceptó, esta vez con sinceridad.

Si a pesar de todos sus esfuerzos Philippine se obstinaba, se casaría con Marie. Era tan digna como otra y aún más por el afecto que le podría profesar.

—Ahora dejadme —dijo ella, más serena—. La abadesa y sor Albrante estarán por llegar.

Laurent de Beaumont se marchó, con pena en el corazón por la que había provocado. Había hecho una promesa y la cumpliría si Philippine se casara con otro. Con cualquier otro, excepto Philibert de Montoisson. Al atravesar la sala a buen paso, se lo encontró en el momento en que lanzaba un escupitajo al suelo.

—Veo que habéis conservado vuestros modales porcinos —le dijo.

Philibert de Montoisson se volvió hacia él. En sus ojos refulgía un brillo maligno.

—Y la destreza para hacer que os traguéis los vuestros.

Laurent de Beaumont se aproximó a él.

—Me temo que vuestras aptitudes presentes no estén a la altura de vuestras pretensiones.

—Así que deberé soportaros —reconoció Philibert de Montoisson a regañadientes—. Si me dais noticias de ella...

—Nuestro duelo la afectó de una manera considerable. Se niega a ver cómo nos matamos el uno al otro de nuevo.

Philibert de Montoisson hizo gala de una sonrisa cínica.

—Y por supuesto, os atenderéis a ello.

—He prometido no volver a mancharme con vuestra sangre e incluso dejar a Dios decidir vuestra suerte cuando cada noche el deseo de cortaros el cuello me reconcomía.

Philibert de Montoisson se echó a reír.

—¿Acaso debería agradeceros que no seáis un asesino?

—Más bien por amarla lo bastante como para no ceder a las pulsiones que me inspiráis.

Sus miradas se enfrentaron, tan aguzadas como el filo de sus espadas.

—Tomo nota de ello —asintió Philibert de Montoison—. ¿Qué proponéis para desempatar?

—Que dejemos que sea ella quien elija, comportándonos como cortesanos y no como hombres de armas.

—¿Y si eso no basta? —objetó el caballero.

—Tendremos ocasión de medirnos en los torneos.

—De acuerdo —decidió Philibert de Montoison—. Con lealtad...

—¿Lo juráis sobre la cruz que lleváis?

—Me insultáis, señor...

—El insulto sería no reconocer lo que valéis —le saludó Laurent de Beaumont mientras dejaba caer la cortina.

La risa cínica del caballero siguió sus pasos mientras se alejaba. Frente a él, la abadesa y sor Albrante se aproximaban.

—He tomado una decisión —les anunció—. Mi permiso ya ha durado bastante, así que regreso junto al delfín.

—Que Dios os acompañe, hijo mío —le bendijo la abadesa tendiéndole la mano.

Inclinó la frente para acercar sus labios y, al alzarse de nuevo se volvió hacia sor Albrante. El alivio que ésta sentía por su partida se dibujaba en su expresión.

—Hermana —dijo—, al alba habré partido. Ahora mismo se lo diré al palafrenero e iré a darle un beso a mi tía. Sabed que me llevo el recuerdo de vuestras bondades y que rezaré por vos...

—Lo mismo haré yo —aseguró sor Albrante—, e insistiré ante el Señor para que os ayude en vuestra virtud...

Sus miradas se cruzaron. Laurent de Beaumont bajó la suya, las saludó de nuevo con una inclinación de cabeza y se volvió.

—¡Uno menos! Veamos ahora qué nos reserva el otro —murmuró Albrante siguiendo los pasos de la abadesa hacia el fondo de la sala.

## Capítulo 16

Cuando Philibert de Montoisson despertó, la campana de la iglesia anunciaba las laudes. Tenía sed y tendió la mano hacia la jarra de arcilla que sor Marie le había dejado sobre la mesita de noche, justo al lado de la vela que se consumía, desmoronada sobre sí misma. Bebió directamente de la jarra, sin utilizar el vaso. El agua serpenteó por su boca como una cascada hasta la garganta y le calmó el ardor. Depositó la jarra y aguzó el oído. En la abadía reinaba un silencio sepulcral. Sor Albrante y la novicia debían de haberse sumado al oficio, como las otras hermanas. El día apenas despuntaba. Philibert de Montoisson volvió a recostarse sobre la almohada y se llevó la mano al cráneo que sor Albrante había desvendado. En el lugar del impacto, el hueso tenía un corte del ancho de una uña. Sobre la cicatriz volvía a crecer el vello. Según la enfermera, el choque era el único responsable de su letargia. Si había logrado salir de ésta era sin duda porque la sangre coagulada bajo la bóveda craneal había sido reabsorbida. Para ella no había riesgo de recaída y aquella noticia había tranquilizado al caballero. La curiosidad de ambas respecto a sus asuntos, sin embargo, le había tranquilizado mucho menos.

—Nos preguntábamos a quién habría que prevenir, señor, desconocedoras de si vuestra estancia bajo nuestro techo tenía alguna relación con la Orden —susurró la abadesa de manera anodina.

Y, sin embargo, la pregunta le había puesto en guardia.

—La cuestión está resuelta, puesto que ya me he recuperado. Ya no debéis preocuparos por ello —respondió con ligereza.

—A pesar de todo, caballero —insistió sor Albrante con aspecto severo—, un hombre de vuestra condición, llegar hasta Saint-Just sin ni siquiera un escudero... Sólo para orar...

Se felicitó por haber tenido la prudencia de dejar su escuadra a unas leguas de allí, con la orden de esperarle. Unas copas de vino les hubieran vuelto indiscretos. Sin embargo, al ver que no regresaba, su lugarteniente Hugues de Luirieux podía presentarse en cualquier momento a las puertas de la abadía para preguntar por él, con más razón aún puesto que su duelo con Laurent de Beaumont no podía haber pasado desapercibido. Se preguntó qué podía haber despertado pues la desconfianza de las monjas cuando le habían recibido sin reservas a su llegada. ¿Habría hablado en sueños? ¿Del príncipe Cem y de su cautiverio? ¿De los acuerdos financieros secretos de la Orden de San Juan con el sultán Beyazid, su hermano? ¿Habría confesado que estaba allí para pedir ayuda a Sidonie de la Tour-Sassenage? ¿Qué había sido su amante? Demasiadas preguntas sin respuesta. Aquella incertidumbre le incomodó.

Había dado por terminada la conversación aduciendo que estaba fatigado, no sin antes reclamar la carta que Philippine le había escrito. La evocación del nombre de la joven endureció los rasgos de la abadesa. Puso el dedo en la llaga, insistiendo en el afecto que por ella sentía. Aquello bastó para que la abadesa se pusiera en pie y le

recomendara el reposo al que aspiraba. Sor Albrante, que la acompañó, fue a llevarle el pergamino unos minutos más tarde.

—La confesión, hijo mío, es el mejor modo de liberar el alma de las oscuridades que pesan sobre ella y, por consiguiente, un complemento no desdeñable al tratamiento que os he administrado —le dijo sin más zarandajas, mientras él abría la carta.

—Lo he entendido, hermana, y os estoy agradecido. Os prometo que pensaré en ello. Ahora, si me permitís...

Ella se inclinó. Él leyó la nota: «Olvidadme, caballero», le suplicaba Philippine tras haberle expuesto todas sus razones. Las había aplastado en su mano. Laurent de Beaumont había dicho la verdad. Y como aquél, tampoco él tenía intención de doblegarse. Al contrario. Su misión, demorada durante demasiado tiempo le ofrecía la ocasión de acercarse de nuevo a la joven fuera del contexto opresivo de aquella abadía.

La perspectiva de tomarle la delantera a su rival consiguió distraerle durante un rato. Hasta que le volvió a la mente aquella frase que le lanzó a guisa de despedida. En aquel momento, le hizo reír. Ahora, iluminadas por el contexto de sospecha en el que se debatían las monjas, las palabras de Laurent de Beaumont le preocuparon.

«El insulto sería no reconocer lo que valéis...». Philibert de Montoisson reprimió un exabrupto. Era seguro que había hablado más de la cuenta y en un tono suficientemente alto como para haber sido oído por el señor de Beaumont. ¿Cómo explicar sino la desconfianza de la que éste había hecho gala hacia su palabra dada? Sin mencionar su precipitada marcha en el momento en que recobró la conciencia. Se puso en pie, abatido por la idea de que aquel tipejo pudiera comprometer sus proyectos al revelar al delfín el doble juego que estaba llevando a cabo la Orden de San Juan. Destapándose, se sentó en el borde de la cama. Tenía que levantarse. Costara lo que costase. Sintió un mareo y trató de dominarlo. Laurent de Beaumont no debía llegar hasta el delfín. A Philibert de Montoisson le temblaron las piernas y se apoyó con una mano en la pared. El sol crecía a través de una de las ventanas. Mientras permitía que su cuerpo recobrara fuerzas, recorrió el espacio con la mirada. Sobre una silla, sus ropas lavadas y recompuestas dieron alas a su proyecto.

Apenas dos horas después de haberse tomado el caldo la víspera, tenía tanta hambre que convenció a sor Albrante para que le sirvieran algo más consistente. Devoró la comida a bocados ante la mirada estupefacta de sor Marie. Su supervivencia así como aquella recuperación milagrosa eran para él un gran misterio. Sor Albrante parecía ser la única que no estaba sorprendida. Si hubiera tenido más tiempo, le hubiera pedido que le confiara el secreto. Más aún puesto que, de nuevo, tenía un hambre voraz.

Aseguró sus andares, el nerviosismo hizo mella en él debido a su lentitud, pero acabó por hacerse con sus ropas. Se puso los calzones y las botas, maldijo para sus adentros la poca destreza de su hombro atravesado aún por una burda cicatriz, se

ajustó la camisa, luego el jubón y por último la chaqueta, y se dio cuenta entonces de que faltaban el talabarte y la espada. Las monjas debían de habérselos confiscado al juzgar que no le serían de utilidad. No se contrarió. El tiempo apremiaba. Acabado el oficio, las religiosas volverían a sus quehaceres. En cuanto a Laurent de Beaumont, al no poder actuar entre aquellas paredes para reducirlo al silencio, debería ser más rápido que él, reunirse de nuevo con sus hombres y tenderle una emboscada. Si el barón moría en un bosque se acusaría a uno de esos bandidos que a veces andan por los montes.

Avanzó a través de la sala, satisfecho al ver que su determinación le daba más empuje del que su primer contacto con el suelo hubiera permitido esperar, hasta el lecho de su rival. Las sábanas estaban arrebujadas al pie de la cama. El pájaro había alzado el vuelo. Fue hasta el patio. Desde la capilla se elevaba un canto litúrgico. Se escabulló hasta los establos y halló su caballo, que mascaba unas briznas de paja de la mano del palafrenero, sin duda despertado por Laurent de Beaumont al partir.

Philibert de Montoisson no dudó ni un instante. Hacer que le ensillara el caballo aquel hombre que bostezaba como si fueran a desencajársele las mandíbulas hubiera llevado demasiado tiempo. Más aún, puesto que según recordaba aquel hombre sufría de debilidad. En consecuencia, era inútil esperar poder obligarle a dobligar su propia naturaleza. Si las monjas le sorprendían, le impedirían partir, al juzgar que aún estaba demasiado débil.

Y justificar su apresuramiento estaba fuera de lugar. Si el animal, al reconocer el olor de su amo, alzó las orejas, visiblemente el palafrenero no se había percatado de su presencia. Philibert de Montoisson se deslizó con precaución hasta detrás de él y, habituado a las aproximaciones discretas, le asestó un golpe detrás de la oreja. El hombre cayó sin ruido entre sus brazos. Cuando se despertara en un rincón, sobre la paja en la que Philibert de Montoisson lo tumbó, habría olvidado que le habían ayudado a llegar hasta allí. El caballero hizo unos estiramientos de su hombro dolorido por el esfuerzo y se puso manos a la obra.

Unos minutos más tarde franqueaba la puerta que le abrieron sin dificultad y lanzó su caballo al galope por el camino del sur, sin ni siquiera un arma para defenderse.

El asunto que justificaba aquellas medidas radicales había comenzado dos años antes, muy lejos de las tierras de Francia.

El emperador otomano Mehmed II tenía varios hijos, entre los cuales Beyazid y Cem, el pequeño, a quien había prometido el trono. Mehmed II era un hombre fuerte y voluntarioso que venció a la potente Constantinopla y la rebautizó Estambul. Aquel 3 de mayo de 1481 se hallaba al frente de un inmenso imperio, pensaba que dispondría de tiempo para organizar su sucesión y se enorgullecía de haber dado a sus hijos el gobierno de provincias lejanas. Beyazid y Cem ejercían con dedicación sus funciones cuando la muerte se llevó a traición a Mehmed II. El hombre encargado de dar la noticia a Cem fue capturado por el camino. Por ello, cuando Cem fue

informado, su hermano ya había sido proclamado sultán en Estambul. Seis días más tarde, Cem se hacía con la ciudad de Inegol, favorable a su hermano. La guerra entre ambos hombres había comenzado. El 28 de mayo, el ejército de Beyazid fue derrotado y Cem, tras proclamarse sultán de Anatolia, hizo de Bursa su capital. Defensor de la diplomacia, que prefería a las armas, le sugirió a su hermano repartir el imperio. Beyazid no cedió un ápice. Se enfrentaron en una sangrienta batalla cerca de Yanisehir. El ejército de Cem fue derrotado y éste tuvo que refugiarse en El Cairo con su mujer y sus hijos.

Un año más tarde, traicionado por uno de los suyos, tuvo que capitular de nuevo tras asediar Konya, en Anatolia, durante dos semanas.

Agotados sus recursos, Cem buscó entonces el apoyo del gran maestro de la Orden de los Hospitalarios de San Juan. Si el rey de Francia le ayudaba a recuperar el trono, Cem estaba dispuesto a favorecer sus intercambios comerciales en el Mediterráneo.

El gran maestro le recibió con todos los honores que tenía el derecho de esperar y le prometió una alianza a favor de sus intereses comunes. El 1 de septiembre de 1482, Cem se embarcó rumbo a Francia con la idea de entrevistarse con el rey, sin saber que el gran maestro ya había negociado con su hermano, el sultán Beyazid, el precio de su cautiverio.

Philibert de Montoison, que había acompañado a los hospitalarios hasta Estambul, fue abordado discretamente por una sirvienta en un rincón de un pasillo del palacio de Topkapi. El sultán Beyazid quería estar seguro de que los caballeros de San Juan no cambiarían de idea y estaba dispuesto a permitirse los servicios de uno de ellos por una suma que no permitía remordimiento alguno.

Desde que Cem desembarcó, los hospitalarios le embaucaban, aturdiéndolo de fiesta en fiesta, llevándolo de un sitio a otro, pretextando a veces que faltaban los salvoconductos para aventurarse en tierras del rey de Francia o que los caminos estaban impracticables debido al mal tiempo. La verdad era que al rey, enfermo desde hacía tiempo, poco le interesaba Cem. Le bastaba con que Beyazid, por su lado, respetara sus compromisos y que el comercio marítimo de Francia fuera floreciente.

Sin embargo, Cem era codiciado por otros soberanos que no esperaban ayudarlo sino hacerse con él y beneficiarse de las mismas ventajas gracias a su cautiverio. Por ello había que desplazarlo a menudo. Guy de Blanchefort, a quien el gran maestro había confiado la custodia de Cem, le había encargado a Philibert de Montoison que hallara un lugar apartado de toda encomienda, fácil de proteger y, por supuesto, discreto. Philibert de Montoison recordó Sassenage, donde tan buenos ratos había pasado en compañía de Sidonie. El lugar les pareció perfecto, y enviaron a Philibert de Montoison para dar por cerrado el asunto.

Si no se hubiera enamorado perdidamente de Philippine con las consecuencias que su desmesurado orgullo habían acarreado, ahora mismo no se vería obligado a recorrer la linde de un bosque para dar con la marca grabada en la corteza de un roble

centenario por uno de los hombres de la escolta que allí dejara.

Acabó por dar con la muesca. Tras poner pie a tierra, con el cabestro de su palafrén en la mano, con la otra se abrió camino entre las ramas dispuestas anárquicamente para ocultar el estrecho sendero tallado a golpe de espada entre helechos y plantas espinosas. Philibert de Montoisson se adentró sin temor, con su caballo, dócil, al paso tras él. Dado que conocía bien a sus hombres, sabía que ya estaban alerta, prevenidos por uno de los centinelas situados alrededor del campamento. Para confirmarles su presencia, silbó dos veces, según el código acordado. Como suponía, uno de ellos salió de detrás de un árbol para cortarle el paso.

—¡Por Dios Nuestro Señor todopoderoso, qué alegría volver a veros, señor!

—¿Acaso lo dudabais, Garnier?

—No era yo el único.

—¿Habéis tenido algún contratiempo?

—Un zorro, una cierva y dos jabalíes. Y algunos rateros desdentados y miserables que tuvieron la desgraciada ocurrencia de querer robarnos. Tanto los unos como los otros ya no respiran —se divirtió el soldado.

Philibert de Montoisson asintió. Volver a hallarse en su elemento le reconfortaba. Siguió los pasos de Garnier, interrumpiendo el silencio vegetal con estridentes silbidos a intervalos regulares. Pronto llegaron a un pequeño claro donde los hombres habían instalado el campamento. Se componía de una cabaña de ramas recubierta de musgo, cerca de una fuente que formaba un riachuelo entre las rocas. En el centro, sobre un fuego rodeado de piedras, había un asta con un conejo que, acabado de asar, desprendía un olorcillo delicioso. El hambre de Philibert se tornó desmesurada.

Su amigo Luirieux, que estaba al mando de la escolta en su ausencia, se precipitó a su encuentro para darle la bienvenida. Ambos hombres se fundieron en un abrazo amistoso, felices de volver a verse.

—Tienes mal aspecto, amigo mío. A todas luces, las cosas no han salido bien —se inquietó Luirieux al ver el cráneo de Philibert de Montoisson, afeitado por el golpe de la espada.

—Peor de lo que te imaginas —respondió éste—. El tiempo se nos echa encima. Tenemos que partir de inmediato.

—Nada nos complacerá más —aseguró el lugarteniente volviéndose hacia los demás para darles la noticia.

Les bastaron unos minutos para disponerlo todo, mientras Philibert de Montoisson resumía la situación a su compadre. Despiezaron el conejo y cada uno cogió un pedazo que se comieron a bocados mientras atravesaban el bosque.

En la linde, montaron a caballo y cabalgaron hasta el cruce de caminos a menos de una legua de allí.

Philibert se volvió entonces hacia Garnier.

—Ve —dijo.

—No tardaré, señor. Antes de que caiga la noche mi espada se manchará con la sangre de ese tipejo. Nos veremos en La Bâtie.

Garnier se encaminó hacia Amboise, donde residía el delfín Carlos. Philibert de Montoisson lo vio alejarse, con una sonrisa de satisfacción en sus delgados labios. Le hubiera gustado encargarse personalmente de su rival pero ya había acumulado demasiado retraso.

Espoleó su caballo, y los demás le siguieron en su estela. Esta vez estaba seguro de que, una vez cumplida su misión, Philippine le pertenecería.

## Capítulo 17

En Sassenage despuntaba el alba y coloreaba de rosa la pequeña ventana del torreón hacia la que Algonde dirigía su mirada desde la puesta de sol. Gersende acababa de levantarse y su hija tardaba en imitarla, triste ante lo que le aguardaba. Una vez más, como todas las mañanas siguientes a su retorno de la cripta, las náuseas le traían las mismas imágenes.

Volvió a verse franqueando el umbral de su apartamento, calada hasta los huesos, con los labios morados y arritmia del corazón. Felizmente, allí se hallaba su madre, ocupada en doblar la ropa limpia. Gersende la ayudó a desnudarse y le dio una fricción con alcohol de lavanda. Le preguntó por las dos marcas de color cereza entre sus senos, allí donde los colmillos de la serpiente habían atravesado la tela de la túnica. Poco a poco, Algonde entró en calor. Y le explicó lo sucedido. Todo, salvo su decisión de desafiar al destino. No quería inquietar a su madre. Decirle que estaba dispuesta a ofrecerse al barón para curarse del veneno ya era suficiente pena.

—¡Hubiera preferido cien veces ser yo! —se lamentó Gersende.

Se abrazaron. Los labios de Algonde temblaron durante unos segundos y luego se serenó. En ella, el instinto de supervivencia era el más fuerte. Y lo sabía.

La joven se separó de su madre con ternura y luego, tras vestirse con ropa seca, salió, sedienta de leche fresca. Al no verse con fuerzas de muñir a Mariquita, se dirigió a la cocina donde maese Janisse le dio de beber. El cocinero se sentó frente a ella y dejó que sus pinches se pusieran a trabajar.

—Estás muy paliducha, ruiseñor. Te consumes la sangre por Mathieu, ya veo. ¿A qué espera ese borrico para pedírtelo? ¿Tendré que darle una patada en el trasero para que se decida?

—Sobre todo no hagáis nada, me moriría de vergüenza —suplicó Algonde.

Maese Janisse se puso en pie con un suspiro y le dio un beso paternal en la cabeza.

—Como quieras, pero la tristeza te afea. Si quieres mi consejo, acepta las miradas de otro y verás cómo ese bobo espabila.

Algonde sintió una opresión en el corazón. Al caer la noche, pensó al ponerse en pie a su vez, con un poco de nata de la leche en la comisura de los labios, los consejos de maese Janisse probablemente se habrían llevado a cabo.

Tras prevenir a Mathieu de que no tendría mucho tiempo para él hasta haber dejado la habitación maldita en condiciones, pasó allí el resto del día. Ya limpia de polvo y reluciente, la habitación recobró otro aspecto. A última hora de la tarde, Gersende hizo llamar al carpintero para que reparara la cama y las tablas del suelo de maderas gastadas o rotas, y que además pusiera un ventanal acristalado en el agujero en la piedra de la pared. Igualmente, la costurera fue a tomar medidas para cambiar las cortinas y tapices. Se llevaron el tapiz que representaba un cortejo amoroso dominado por una jovencueta con el rostro cubierto por un velo para frotarlo con

ceniza y lavarlo con agua del río antes de dejarlo secar sobre la hierba de un prado vecino.

Las aprendizas de modista que entraron en la legendaria habitación hicieron correr el rumor de la apertura de la misma hasta el pueblo, donde se encendieron cirios para protegerse de la eventual ira del hada. Por todas partes, al caer la noche, era tema de conversación. Algunos locos se alegraban, aunque la mayoría cerraban sus ventanas, convencidos de que la mujer serpiente barrería el pueblo entero con su aliento demoníaco.

El barón había regresado a última hora de la mañana. El simple ruido de sus botas en la escalera asustó a la jovenzuela, que había encerrado en la habitación que acababa de encerar. Tardo unos minutos en calmarse, sentada en el suelo, la espalda contra el marco de la puerta, los ojos clavados en la chimenea y pasadizo secreto que ésta ocultaba. A su miedo sucedió un renovado odio hacia Melusina.

No. Algonde no les seguiría el juego a unos seres improbables.

Linaje o no, era más humana que hada y quería seguir siéndolo. Era sólo cuestión de voluntad.

El barón no había subido y ella había reanudado sus faenas. Sonaba nona en la iglesia del pueblo cuando, por la ventana abierta, le oyó llamar al halconero. Se precipitó a la ventana para asegurarse de que se iba a cazar. El corazón le dio un brinco en el pecho. Sin duda triste por su ausencia, Mathieu estaba plantado en medio del patio. La cabeza hacia atrás, la mano a guisa de visera sobre la línea espesa de sus cejas, miraba hacia la ventana. Determinada a no dejar entrever el tormento que la reconcomía, le hizo una señal con la mano. Él se inclinó con una reverencia antes de enviarle un beso y de dar media vuelta en el momento en que el barón Jacques montaba en su caballo, acompañado del halconero que sostenía una rapaz sobre su puño cubierto con un guante. Al igual que Mathieu, alzó la cabeza hacia la torre. Algonde se alejó rápidamente de la ventana.

Cuando, tras la cena del barón, tuvo que franquear el umbral de su puerta para prepararle la cama, la mordedura de la serpiente apenas era ya una quemazón que jaspeaba su piel con una estrella negruzca.

Algonde cambió la vela y abrió la cama, resignada y a la vez asustada. El barón entró en la habitación. Ella se puso frente a él y bajó la mirada.

—¿Me quieres, Algonde? —le preguntó, acercándose a ella.

Hubiera podido rechazarlo. No la habría obligado. Ella asintió con la cabeza y se dejó abrazar. Al alba, con el vientre dolorido a pesar de la delicadeza con la que él la desfloró, se levantó para vomitar y volvió a su habitación.

Gersende la esperaba, sentada en la cama en camisón, a la luz de la vela sobre la mesita de noche.

—Ya está —dijo Algonde.

—Duerme. Te sustituiré cuando se levante.

Una vez corrida la cortina tras Gersende y ya desvestida, la jovenzuela acercó su

espejo al pecho. Las venillas negras como la tinta que arrancaban de la mordedura corrían ahora sobre las curvas de sus senos y le irrigaban los bronquios y los pulmones. Apretó los dientes en un arranque de ira y pensó en Mathieu.

«Si el barón te toca, le mataré», había amenazado.

No debería saberlo. Nunca.

Se hundió, vencida por el sueño, y se despertó con la mano de su madre que la sacudía.

—Es casi mediodía. Levántate. Te he preparado un baño de asiento.

Algonde obedeció, se limpió la sangre de sus muslos y se puso a trabajar. Era un día como los demás. Gersende se había dedicado a los preparativos de la boda. Algonde volvió al último piso del torreón para comprobar que los trabajos encargados por su madre avanzaban a buen ritmo. A la noche siguiente, el barón la abrazó y la besó, y luego la rechazó con delicadeza al ver que se ponía tensa al tocarla.

—Hasta que doña Sidonie regrese, vendrás a mi cama al alba. Desnuda y dispuesta. Ahora márchate, estoy cansado.

Ella se retiró, casi agradecida, antes de comprender que aquella obligación le fastidiaría las noches aún más que los días. Hasta el punto de que se le revolvió el estómago.

Un gallo cantó en el patio, al pie del torreón. Algonde se destapó, se levantó de la cama y cogió su espejo para examinar como cada mañana la progresión del veneno en ella. La sorpresa se dibujó en su expresión. Las trazas de la mordedura habían desaparecido. Las venillas también. Aquello sólo podía significar una cosa: estaba embarazada.

Melusina había dicho la verdad. Estaba salvada. Por un instante contempló la posibilidad de no responder a la invitación del barón, de pretextar que se había dormido, pero de inmediato rechazó aquella idea. Era dulce y paciente con ella cuando si lo hubiera deseado hubiera podido tratarla con brutalidad. Se negó a correr el riesgo de encolerizarlo. Si se decidía a pegarla para infligirle un castigo, corría el riesgo de perder aquella cosa que llevaba en el vientre. Con esa certidumbre, se puso manos a la obra para no hacerle esperar.

El barón Jacques de Sassenage se incorporó en su cama, despertado con un sobresalto por una pesadilla. Se hallaba en un carruaje sin conductor que los caballos, enloquecidos por la aparición de Melusina serpenteando por los aires, conducían inexorablemente a un precipicio. A pesar de sus desesperados intentos de salir del carruaje, no conseguía abrir la puerta, sacudido por los tumbos del camino. Frente a él, en el banquillo, estoica y descompuesta, su difunta esposa lo contemplaba debatirse contra su fin ineludible. Hallarse seguro en su cama le hizo lanzar un suspiro de alivio. Se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

No había vuelto a soñar con Melusina desde que fuera a la gruta con maese

Dreux. Tal vez porque sus esfuerzos para iniciar a Algonde en los juegos amorosos le habían distraído. Había olvidado el retrato desaparecido y la piedra recogida cerca del lago subterráneo, similar a la que Sidonie le había mostrado. La conservaba aún en una bolsita colgada de su cinturón, preciosa reliquia de un misterio que había renunciado a dilucidar. De hecho, sus días transcurrían más deprisa de lo que había imaginado puesto que Gersende le pedía constantemente su opinión acerca de los preparativos de la boda. En la Rochette, maese Dreux había cumplido su palabra más allá incluso de sus exigencias. El edificio hervía con la mano de obra finalmente reclutada y a la que llamaba sus «obreros de Dios», por ser tan providenciales y reconocidos en sus corporaciones. En cuanto a la habitación de Philippine, Algonde se la había abierto la víspera, antes de la puesta de sol. Apenas había reconocido la estancia y la felicitó calurosamente. El regreso de Sidonie se anunciaba espléndido.

El barón se desperezó. A juzgar por el número de tañidos del campanario de la capilla, Algonde no tardaría en reunirse con él. Había renunciado a comprender por qué le atraía tanto. Y más aún por qué ella se había ofrecido, pues era evidente que no disfrutaba con sus caricias. Sin embargo, tenía fama de ser un buen amante y no recordaba a ninguna que hubiera estado entre sus brazos y no hubiese deseado volver. Claro está que ella se aplicaba para satisfacerle, pero con los párpados cerrados y el cuerpo triste. Sin un gemido, nada. Ni siquiera el esbozo de una sensación. Aquel pensamiento lo entristecía.

Un ligero roce en su puerta. Reconoció sus pasos, discretos. Apagados. Mientras que unos días antes, ella era aún maliciosa y alegre. Se negó a hacerse responsable de ello y, sin embargo, no podía descartar esa idea. Descorrió las cortinas y no se sorprendió al verle despierto.

—Ven —le dijo, tendiéndole la mano.

Desnuda, se deslizó a su lado, con una pálida sonrisa en los labios. Por un momento se sintió miserable por obligarla, pero desechó el deseo de decirle que se marchara. Con ternura, decidió entregarse a ella. Era demasiado bella para permanecer en la austeridad. Al cabo de unos minutos de acariciarla sin obtener más reacción que en otras ocasiones, detuvo su mano sobre su bajo vientre, sosteniéndole la mejilla con la mano para contemplarla mejor.

—¿Te parezco feo? —preguntó con dulzura.

Algonde se sobresaltó y abrió los ojos.

—No, señor.

—¿Demasiado viejo, pues? Y, sin embargo, creía ser fornido.

—Lo sois. Fornido, quiero decir. No viejo... —dijo la jovencueta antes de preguntar—: ¿Acaso no os complazco?

Él sonrió con tristeza.

—No, puedes estar tranquila. Simplemente me sorprende tu falta de reacción.

Un velo de sorpresa cubrió el rostro de Algonde.

—¿Es eso anormal?

—Creo que sí.

—No quería decepcionaros.

—No se trata de eso, te digo. Tengo la costumbre de ver cómo mis amantes se excitan y tú permaneces fría. Así que me interrogo. —¿Sufres cuando te tomo?

—La primera vez me dolió. Luego ya no —dijo ella con sinceridad—. ¿Qué debería sentir?

—Placer. Intenso. Fulminante. Que estallaría aquí —puso la mano sobre el pubis— y aquí —sobre sus muslos— y también aquí sobre su estómago.

Algonde sacudió la cabeza, afligida.

—Nada de eso, señor.

—¿Qué, entonces?

Su boca esbozó una mueca de aburrimiento.

—Habla sin miedo. No te deseo mal alguno. Al contrario.

—No lo sé. Me parece que no me gusta.

—No puede ser que no te guste a tu edad y con tu temperamento.

Algonde no respondió. ¿Qué podía decirle? ¿Qué se había metido en su cama para no morir? ¿Qué le desagradaba? No por su físico o por su deseo sino por el mero hecho de que...

—Amo a otro —terminaron sus labios en la prolongación de su pensamiento.

—¿El hijo del panetero?

Asintió con la cabeza.

—¿Te entregaste a mí para ponerle celoso?

—No. No —repitió Algonde, horrorizada ante esa idea—. Lo ignora y sobre todo no debe saber nada.

—¿Por qué, pues? Nada te obligaba.

—Sois el señor. Me deseabais. Hubierais podido echarnos a mi madre y a mí.

El barón frunció el ceño. Parecía sincera y, sin embargo, dudaba.

—¿Ésa es la reputación que tengo?

Ella no respondió. De hecho, le descubría bajo una nueva luz, muy lejos del señor cruel e intransigente que Mathieu le había descrito. Mathieu, a quien no había visto desde su regreso de los subterráneos de Sassenage, so pretexto de una sobrecarga de trabajo. ¿Acaso sospechaba algo? No podía ni imaginárselo. Por amor a él había renegado de su destino y aceptado el cuerpo de otro, mancillado su alma. Y debería llevar la deshonra.

—Cierra los ojos —le dijo el barón.

Ella obedeció. La mano sobre ella reinició el viaje, lentamente, como el largo deslizamiento de una hoja mecida por el viento.

—Olvida quién soy y dónde estás. Piensa en él.

Ella se sobresaltó, estupefacta:

—¿En Mathieu?

—¿Quieres complacerme?

—No quiero desagradaros —matizó ella.

—Imagina que estas manos son las tuyas. Imagínalo, Algonde, y ésta será la última vez.

Aquella promesa le dio fuerzas para obedecer. Los párpados cerrados aprisionaron el rostro de Mathieu, su risa, sus muecas, su voz.

«Sólo un beso, un besito», reclamaba él, acercando sus labios.

Los labios del barón la rozaron. Abrió la boca para besar las palabras de su amado. Se dejó domar por la caricia de la lengua. La sangre se calentó en sus venas mientras más abajo, en sus senos, los dedos titilaban tímidos y torpes. Mathieu hubiera podido tener los mismos dedos. Poco a poco se dejó convencer. Pasó sus brazos alrededor de la nuca. Su aliento se entrecortó pero por nada en el mundo hubiera querido deshacerse de aquella boca contra la suya. Le parecía oírle decir a su oído, con un murmullo:

—Te amo, Algonde.

Los dedos hurgaron su pubis y sintió el aguijón del deseo. Con el roce se arqueó y se sorprendió de aquella vibración que se extendía hasta sus riñones y de querer más aún. El cuerpo la cubrió. Cálido. Tenso. Abrió las piernas para recibirlo y se apartó de aquellos labios que de repente le impedían respirar, volvió la cabeza de izquierda a derecha en busca del aliento que le faltaba, sin hallarlo, y gritó. Gozó por sorpresa, al abrir los ojos. Se apropió de la imagen. Los tapices oscuros, el rostro del barón sobre el suyo bailando al ritmo de sus propios movimientos. Una súbita vergüenza la hizo sonrojarse. Quiso rechazarlo, pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Estimulada, su carne abierta se negaba a obedecerla. Súbitamente la inmolaba. Tortura. Del cuerpo. De la mente. El uno fustigando a la otra. Se encabritó al unísono con Jacques con un gemido agónico, y los ojos anegados de lágrimas.

Viva, a buen seguro.

Pero ¿podría perdonárselo?

El barón se dejó caer junto a ella, con una sonrisa de satisfacción en sus finos labios. Ella permaneció inmóvil. Una ola de bienestar recorría su cuerpo que negaba su alma, vencida a traición.

—Eres libre —murmuró el barón, presa del sueño.

Cuando sucumbiera, como siempre, se retiraría sin hacer ruido. No respondió. Aguardó.

—No quiero que el amor sea para ti una tarea ingrata, bella Algonde. Así que sólo vendrás si así lo deseas. Ahora la elección es tuya.

—No podré volver más —confesó ella.

Él volvió la cabeza hacia su perfil. Ella había cerrado los ojos con determinación, a la espera tal vez de su ira. Él hubiera preferido otra respuesta pero, extrañamente, la que le acababa de dar le bastaba.

—Me gusta tu franqueza. Es rara. Como recompensa, hoy te dispenso de tu servicio. Corre a reunirte con él. Seré muy feliz de bendecir vuestro compromiso el

día de mi himeneo.

Algo de sintió el alivio en su corazón. Inmóvil junto a él, buscó en vano durante un buen rato las palabras para darle las gracias. Un ronquido la interrumpió. El barón se había dormido.

## Capítulo 18

Gersende estaba sentada frente a su pupitre, verificando las cuentas provisionales de la fiesta, cuando su hija apareció en el umbral de su apartamento.

—El barón me ha dicho que no vuelva —anunció Algonde sin más preámbulo.

—¿Acaso no le has complacido?

Una sonrisa alegre iluminó la expresión de la jovencueta.

—Al contrario —respondió—. Hemos hablado de Mathieu y me ha concedido su bendición.

Gersende frunció el ceño, escéptica.

—Ándate con cuidado. Esas gentes tienen el don de cambiar de opinión según el humor.

Algonde asintió con la cabeza y se fue tras la cortina para lavarse, presurosa de eliminar de su piel el olor masculino del barón. Se sentía aún culpable del placer experimentado, pero estaba dispuesta a convencerse de que aquello, en resumidas cuentas, no era más que otro secreto.

Unos minutos más tarde, tras darle un beso a su madre en la mejilla para dulcificar su tormento, descendió la escalera. Apenas rodeó el torreón, reconoció los hombros de Mathieu quien, cubierto de sudor, se inclinaba para meter el pan en el horno. Se acercó sin hacer ruido, presa de un redescubierto deseo de hacer una travesura y con el corazón dando brincos en su pecho.

Un sol rojo hacía arder las murallas. La niebla que había cubierto el Vercors aquellos últimos días se había disipado. Uno de los aprendices de maese Janisse tiraba de la cadena del pozo para subir el cubo que había sumergido. A sus pies, un cachorro ladraba, brincaba, se tumbaba en el suelo y le mordisqueaba los zapatos, daba vueltas a su alrededor agitando la cola, de tal manera que hasta el mozo se sentía azorado. La madre, tumbada más lejos, observaba a su cachorro, con el morro sobre las patas delanteras, indiferente a otro de sus cachorros que le mordisqueaba las orejas.

La escena movía a la risa y, sin embargo, Algonde no veía más que a Mathieu.

El jovencuelo, con un delantal cubierto de harina, cargaba de nuevo la pala con la masa que su padre había trabajado la noche precedente. Movido por la fuerza de la costumbre, y con un vigoroso empuje, la hizo deslizar sobre la placa caliente del horno.

El olor de la cocción de los panecillos dorados que ya había sacado del horno perfumaba el patio del castillo. Algonde se dio cuenta de que tenía hambre. Un hambre de vida insaciable. Sacudiéndose de encima el sufrimiento que se le pegaba al cuerpo desde su estancia en la gruta, se deslizó detrás de él, habiendo recuperado su buen humor.

—¿Qué me darías a cambio de un beso?

Tal fue el sobresalto de Mathieu, que a punto estuvo de darse contra la puerta del

horno. Se volvió prestamente cuando la jovenzuela se apartaba, con las manos a la espalda, mirada maliciosa y un mohín en los labios. Una sonrisa cándida se dibujó en su rostro. Una vez la pala vacía, la apoyó contra la pared. Con dos pasos se plantó ante la estantería, eligió el bollo más redondo y se lo ofreció, tan feliz de su visita que se había quedado mudo.

—Acerca pues tu mejilla —dijo ella.

Se disponía a obedecer cuando una repentina lucidez le retuvo.

Se enfurruñó.

—Para darme un pellizco, ¿no es así? Pues gracias...

Algonde se echó a reír. En otros tiempos sí, lo habría hecho. Seguramente. Mathieu se encogió de hombros, convencido de que le tomaban el pelo. Se volvió para vigilar la cocción de los panecillos. Ella le atrapó, con el bollo en la mano, y rápida como un rayo besó la mejilla que le negaba. Se quedó petrificado. Algonde retrocedió. Aquel simple contacto acababa de despertar en ella el deseo que el barón le había descubierto. Su mirada lo trasladó, a su pesar. Mathieu se volvió, rindiéndose súbitamente a la evidencia de que algo en ella había cambiado.

—Hoy tengo fiesta —farfulló Algonde, bajando la mirada—. Me decía si...

—Podríamos ir hasta el río —propuso Mathieu, con el corazón latiendo con fuerza.

—Cuando hayas acabado la hornada...

Él asintió con la cabeza.

Con un nudo en la garganta, ella dio media vuelta antes de añadir, discretamente, por encima del hombro:

—Gracias por el bollo. Lo echaba de menos.

Mathieu la contempló alejarse hasta que la voz de Jeannot, su padre, que volvía de las letrinas en un rincón de la muralla, lo llamase al orden.

—¡Ponte a trabajar, corazón loco! Las mujeres son como el pan, hay que hincarles el diente cuando están a punto... O lo que es lo mismo, cuando te has casado.

Mathieu volvió a ocuparse del horno, agradablemente trastornado.

Una hora más tarde, se dirigió a la cocina, con su cesta llena al brazo que cada día intercambiaba a cambio de su desayuno. Maese Janisse le cogió la cesta y le guiñó un ojo.

—Sírrete un batido de leche y huevo para ahogar tus penas —dijo señalando con un gesto de la cabeza la jarra de crema líquida que se enfriaba sobre una mesa.

Algonde estaba sentada a la mesa. El jovenzuelo, que se había liberado de su carga, avanzó hacia ella, con la mejilla aún ardiente de su beso. Algonde lo recibió con una sonrisa. Ayudar a maese Janisse a preparar sus tortas le había permitido recuperarse. Y el buen hombre se había alegrado de verla de nuevo con empuje e intenta. Habían hablado de la boda, para la cual ya se confeccionaban toda suerte de

patés. Y también de Mathieu. Sobre todo. Algonde había dado a entender al cocinero que el jovenzuelo por fin se había decidido.

Ella le tendió un bol. Él se quemó los labios.

—Muy calladitos estáis —se rió maese Janisse al acercarse a ellos, con una gruesa rebanada de pan cubierta de mantequilla en la mano.

La depositó frente a ellos y la partió con el cuchillo.

—La culpa es de vuestro batido de leche y huevo —se defendió Mathieu, que se sentía torpe ante la renovada complicidad de la jovenzuela.

—¿Habéis oído? —pregonó maese Janisse, con los brazos en jarras—. ¡Unos cuantos dulces y se quedan sin voz!

Las risotadas de los pinches de cocina les incomodaron.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Mathieu a la par que depositaba su bol vacío.

Algonde asintió con la cabeza. Una mirada cómplice. Salieron pitando a la vez como cuando eran niños.

—¿Y mi rebanada de pan? —se lamentó maese Janisse.

No se volvieron hacia él. El cocinero, enternecido, cogió un pedazo con sus dedos regordetes y se lo llevó a su boca glotona. No había que malgastar nada. Nunca.

En las gargantas, el Furon formaba a veces enclaves más tranquilos donde antaño Mathieu y Algonde iban a bañarse. En el castillo había otros niños, pero todos eran mayores o más pequeños, de manera que unos les molestaban y otros les desdeñaban. La mayoría de las veces, rehuían a unos y a otros en cuanto terminaban sus tareas. A lo largo de los años, las tareas les dejaban cada vez menos tiempo para los juegos. Ahora, raramente iban a aquella hondonada aislada, al abrigo de miradas indiscretas. Llegaron allí sin aliento y se sentaron cada uno sobre una roca que sobresalía sobre el agua viva. Con el mismo gesto tantas veces repetido, se descalzaron y metieron los pies en el agua.

—Había olvidado que estaba tan fría —se estremeció Algonde, al recordar de golpe la detestable sensación del subterráneo.

Y, sin embargo, al mismo tiempo le apeteció enormemente arrojarse al agua. Volvió a poner los tobillos sobre la roca y estuvo a punto de zozobrar, sorprendida por el chaparrón de agua proyectado por los pies de Mathieu. Él rió. Ella recobró el equilibrio. El verano anterior, ella cayó al agua y se vengó remojándolo copiosamente. Para defenderse, Mathieu se metió a su vez en el río. Acabaron peleándose, tratando una y otro de sumergir al contrario para vencerle. Despreocupados. Enamorados sin sajarlo aún.

—¿Te acuerdas? —preguntó él, sin duda tras rememorar la visión de sus cuerpos enlazados.

De aquel beso que les sorprendió, casto, tan puro como el agua. Desde entonces ya nada había sido igual.

Algonde asintió con un gesto de la cabeza, con la mirada fija en la corriente que

una trucha remontaba.

Un silencio embarazoso se instaló entre ambos, entrecortado por los trinos de un gavián que daba vueltas sobre los árboles del bosque cercano. Mathieu lo interrumpió con un suspiro.

—¿Cómo es la habitación de Melusina?

—Banal —respondió Algonde.

Ella hubiera preferido abordar otro tema, pero no se le ocurría ninguno.

—¿Aún no quieres hablarme de ella?

—No hay nada que decir, te lo aseguro. Se abrió la habitación y la he limpiado. Bastien, el carpintero, hizo algunas reparaciones y Bertille, la costurera, la ha decorado. Está a punto para acoger a la hija del barón.

—Dicen que dos hombres se batieron en duelo por ella...

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Algonde, sorprendida.

Él se encogió de hombros.

—Todo se sabe.

Ella se estremeció. ¿Alguien se habría dado cuenta de sus citas con el barón? No se había cruzado con nadie.

—¿Tú te batirías en duelo por mí? —preguntó ella.

—Ya lo sabes. Pero no hay razón para ello, ¿verdad?

—No.

—¿Te ha tocado?

Ella comprendió que hablaba del barón. Se aclaró la voz. Sin mirarle.

—No.

—¿Lo ha intentado?

—No.

—Porque yo, en su lugar...

Ella se volvió hacia él.

—Prefiero el tuyo.

Él sonrió satisfecho y sacó pecho.

—Llevas razón. Soy guapo, divertido, joven...

—... y te quiero —le cortó Algonde, a la que la confesión la ahogaba.

Mathieu calló. Sus miradas se cruzaron.

—¿Lo bastante para casarte conmigo? Porque hasta ahora tú...

—... no me lo has pedido de verdad.

—¿Y si te lo pidiera aquí mismo? ¿Ahora? —farfulló hurgando el limo del río con un palo que acababa de recoger del suelo, tratando de disimular sus sentimientos.

—Pruébalo...

—¿No te burlarás de mí? —Se inquietó.

Algonde le miró con ternura. Él apartó la vista y titubeó unos instantes. Buscaba las palabras. Las dibujaba con formas imaginarias en el lecho del curso de agua. Perdía allí su orgullo despechado en otras ocasiones. Luego, bruscamente, como si un

bicho le hubiera picado en el trasero, se puso en pie, franqueó los dos pasos que les separaban, con las mejillas ruborizadas por su apuro y, en lugar de arrodillarse como ella esperaba, la empujó al río. Algonde batió con los brazos para mantenerse a flote, pero le entró agua por la nariz y la boca, provocándole sensaciones familiares. No había tenido tiempo de percatarse de que no podía ahogarse y Mathieu la abrazaba. Se encontraron de rodillas, con el agua hasta el pecho, chorreando y abrazados. Sedientos.

Sus bocas se unieron. Se exploraron. Tímidamente al principio. Fogosamente luego. Mucho tiempo. Cuando él la dejó recobrar el aliento, ella sintió que un gubio le cosquilleaba los dedos gordos de los pies. Lo ahuyentó con un discreto movimiento del pie. Fue el momento que Mathieu eligió para aprisionarle las mejillas entre las manos y clavarle la mirada.

—¿Quieres ser mi esposa, Algonde?

El instante hubiera debido ser solemne. Ella se echó a reír, nerviosa. ¿Podía saber él que ella acababa de darse cuenta de que había escogido para su petición aquel río en el que su amor hubiera tenido que ahogarse? ¿Cómo un desdén a la profecía? El joven dejó caer los brazos. Su mirada se ensombreció. Herido. Se disponía ya a dejarla allí plantada. Ella le retuvo con un gesto de la mano. Con una mirada llena de amor. Con una frase.

—Sólo a ti y para siempre.

—¿Entonces es eso un sí?

—Sí —repitió Algonde, entregándose a un nuevo abrazo.

La abrazó.

—Eres imposible —murmuró—. Contigo nunca se sabe...

—Vaya idea, tú también, este remojón —se lamentó Algonde—. Estoy helada.

—Tenía que besarte. Antes. Para estar seguro. Pero contigo nunca se sabe —repitió, mientras la ayudaba a regresar a la orilla.

Se dejaron caer sobre la hierba bajo el sol que ya calentaba y atravesaba el frondoso ramaje de las hayas junto al río. Ella temblaba con sus ropas caladas. Mathieu se arrodilló a su lado. Ella estornudó. Él rozó los lazos de su corsé.

—Sería mejor... Quizá... Para secar...

Ella sonrió.

—No sería la primera vez.

—Éramos inocentes...

—No tan inocentes. Tú me mirabas. Siempre.

Él sonrió.

—Por curiosidad. Yo era un niño y tú una niña. Quería saber dónde estaba la diferencia.

—¿Y ahora? —preguntó Algonde tirando ella misma de los lazos.

Mathieu tragó saliva.

—Podría deshonorarte.

Ella tuvo de nuevo ganas de reír, pero contuvo aquel cinismo. ¿Acaso le negaría al hombre al que amaba lo que le había concedido a su señor?

La necesidad de borrar la injuria del placer mentiroso en su hizo imperiosa.

—Qué importancia tiene —murmuró ella descubriendo uno de sus hombros— si te vas a casar conmigo...

—Sólo a ti y para siempre —juró él a su vez antes de quitarse el chaleco.

Se desnudaron en silencio y evitaron mirarse mientras extendían sus ropas sobre las rocas, y luego, desnudos como en el origen de la creación, se reunieron en aquel maravilloso lugar cubierto por la vegetación que les ofrecía la orilla del Furon.

Se abrazaron con ternura hasta que el deseo mezcló sus alientos y les condujo a ambos a la felicidad.

Cuando Algonde recobró la conciencia del lugar en el que se hallaba, Mathieu se revolvió en su sueño, cosquilleado por una oruga que avanzaba lentamente sobre su vientre. Se resistió a las ganas de reírse, se puso en pie y se metió en el agua para lavarse los muslos. Se echó también agua a la cara. Se sentía libre, purificada de lo sucedido anteriormente con el barón. Mathieu era más torpe, tenía menos experiencia, pero el placer que sus caricias le habían provocado era incomparable con lo que había sentido al alba.

Sentía que había ido más allá.

—Eres bella.

La voz de su amante hizo que se diera la vuelta. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, mientras con la mano se despeinaba sus cabellos hirsutos, la contemplaba fascinado. Ella cogió agua con la mano y le salpicó.

—Demasiado corto —se burló él—. Pero no pierdes nada por esperar.

Estiró sus piernas largas y musculosas, se puso en pie y se lanzó hacia delante. Se debatieron juntos entre risas, recuperando la despreocupación y la ligereza de sus juegos de antaño, antes de acabar de nuevo entrelazados. A pesar del deseo en el bajo vientre que le endureció la verga, esta vez, sin embargo, Mathieu se apartó de ella.

—No debemos hacerlo más hasta que nos hayamos casado —decidió—. Podría dejarte embarazada.

Algonde no podía argüir que el mal ya estaba hecho. Se contentó con asentir con la cabeza.

—Vistámonos, es mejor —decidió él al salir del agua.

Avanzó hasta sus ropas y se puso los calzones. Estaban ya casi secos.

—¡Hemos debido de dormir mucho tiempo!

—Nos hemos acariciado mucho tiempo —rectificó Algonde, abrazándole la cintura.

—No me tientes. Ya es bastante difícil...

Se separó con desgana. El barón llevaba razón. Estaba hecha para el amor.

Volviéndose de espaldas, acabaron de vestirse en silencio y, uno tras otro, se

deslizaron entre las paredes de la cañada hasta llegar al sendero que serpenteaba a través del bosque.

—Será mejor que regresemos por separado —juzgó Mathieu, en cuanto llegaron al lindero.

—Siempre nos han visto juntos, Mathieu. Si nos escondemos será peor. No quiero cambiar nada. Volvamos, le haces la petición a mi madre y...

Algonde calló. A lo lejos, en el camino que ascendía desde el pueblo hacia el castillo, una litera tirada por cuatro caballos cubiertos con los colores de los Sassenage y acompañada de una nutrida escolta de hombres con armadura avanzaba al paso del carretero que, delante, la guiaba a pie.

—Doña Sidonie —dedujo Mathieu, que había seguido su mirada.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Algonde.

—Y con ella Marthe —murmuró.

—Bah, si la señorita Philippine es tan guapa como dicen, esta peste verá en ella a una rival más peligrosa que tú y te dejará en paz.

—Ojalá digas la verdad —suspiró Algonde, que de repente no podía evitar pensar en las palabras de Melusina.

Un desagradable presentimiento le provocó un nudo en la garganta. Tenía que casarse con Mathieu lo antes posible. Era la única manera de apartar de ella las sospechas de la harpía. Llevar una vida normal, al margen, discreta.

—¡Allí, el gavián! —exclamó Mathieu agarrándola del brazo, ^corazón de Algonde se aceleró en su pecho. Siguió la dirección del dedo que tendía hacia el cielo. Como hiciera antes con su padre, la rapaz había tomado la litera como presa. Con las garras hacia delante y gritos estridentes, parecía querer lacerar el techo. Con la visión limitada por sus anteojeras, los caballos relinchaban despavoridos, con los movimientos obstaculizados por las maderas del coche enganchadas a sus costados, mientras el carretero se apuntalaba en el cabestro para hacerlos avanzar y los hombres de la escolta agitaban los brazos para hacer huir a la rapaz. Todo era en vano y ésta se encarnizaba.

—¿Habías visto algo semejante?

Algonde repudió con determinación el pensamiento que le había venido a la mente unos instantes antes. Por un momento, con enorme fuerza, el deseo de que Marthe desapareciera...

No dejarse vencer por el miedo que le inspiraba. Pensar en Mathieu, en su abrazo, en la dulzura de sus palabras a su oído, en su placer compartido y alimentarse de ello, sí, alimentarse de ello al igual que de la certidumbre de que aquél era su único destino. Se pegó contra su torso para recobrar el olor de pan tibio que desprendía.

Tras abandonar su presa tan repentinamente como la había atacado, el gavián remontó el vuelo y desapareció a la sombra de los acantilados del Vercors. Uno de los soldados, Dumas sin duda, se puso al frente para ayudar al carretero a apaciguar a los caballos.

—Regresemos —decidió Algonde.

—¿Tanta prisa tienes por ver a esa pécora? —se burló Mathieu siguiéndole el paso que ella había retomado, rápida, para rodear las fortificaciones del castillo.

—¡No digas bobadas! Querías que nuestro regreso pasara desapercibido y la llegada de Sidonie nos ofrece una buena ocasión.

—Tienes razón —dijo, cogiéndola de la mano.

Algonde la estrechó en la suya. La muralla les cubría de sombra. Él la atrajo hacia sí y ella se abandonó al beso que le dio, fogoso, intenso. Y a la vez tranquilizador.

—Corramos hacia el puente levadizo, como si la curiosidad nos hubiera llevado hasta allí —decidió apartándose de ella con desgana.

Se echaron a correr y llegaron al patio del castillo sin aliento, con el pecho ardiendo. Jacques de Sassenage ya se hallaba allí.

Unos minutos más tarde, con Dumas al frente y rodeado por sus hombres, el coche de doña Sidonie se detuvo en el patio interior, cerca de la escalera donde Algonde y Mathieu acababan de instalarse, con los dedos de uno y otra discretamente entrelazados.

## Capítulo 19

Según su detestable costumbre, Marthe no había dejado de refunfuñar. Cualquier pretexto le era bueno para despotricar. Los baches del camino, el calor asfixiante, las paradas demasiado largas en los abrevaderos de los animales, la indecencia y el tiempo que Philippine y Sidonie dedicaban a poner en remojo sus tobillos hinchados mientras ella se quedaba dentro del carruaje, la abadía en cuarentena que no había podido albergarlas al caer la noche, la posada tremendamente ruidosa a la que fueron a dar en el pueblo vecino, gracias a la escolta de sire Dumas, las chicas fáciles y lascivas abrazadas a los viajeros, su cena sosa, el vino de especias, el colchón, la manta recosida... Tantas cosas nuevas y excitantes que, por el contrario, encantaron a Philippine. Negándose a que se las arruinaran, no había cesado de comentarlas, convirtiéndose en objeto de las flagrantes miradas cargadas de animosidad de la camarera, que ella era la única que percibía puesto que Sidonie no les prestaba atención alguna.

«Tiene carácter, pero le tengo apego —le había explicado a Philippine su prima—. Piensa que tras la muerte de mi esposo, cuando mi vientre crecía con audacia, fue la más leal de mis sirvientas a pesar de las habladurías. Mis amigas me rehuían para no verse asociadas a aquel nacimiento supuestamente escandaloso. En resumidas cuentas, rechazada por mis pares me hundí en una profunda soledad de la que sólo ella me distrajo. De camarera, pasó a hacer de dama de compañía. Y aún hoy conserva unos privilegios de los que no me veo capaz de despojarla. Compréndelo, Hélène, a pesar de que no es legítimo y aunque le haya asegurado lo contrario, Marthe ve a cuantas mujeres se me acercan como un peligro que podría devolverla a su condición primera. Su frialdad es el reflejo de su miedo».

Esta nueva prueba de la generosidad del alma de Sidonie no había apaciguado su sentimiento. Philippine no conseguía acostumbrarse a aquel adefesio.

Así llegaron a las puertas de Sassenage donde el ataque del gavilán, tan repentino como incomprensible, acabó por forjar definitivamente la opinión detestable de Philippine acerca de Marthe. En cuanto se oyeron los gritos del ave, entremezclados con los de los soldados, la camarera apretó los puños con unos dedos de uñas largas y curvadas y, silbando, arañaba el aire sobre su cabeza con aquellas improvisadas garras.

Sidonie creyó que estaba imitando el vuelo de la rapaz y se echó a reír. Marthe se acurrucó en su asiento, con la cabeza gacha. Aunque adoptó de nuevo una actitud normal, Philippine pudo constatar mirando de reojo que sus manos habían conservado la crispación hasta que los trinos del pájaro se hubieron alejado y fueron liberadas de su acoso. El coche retomó su balanceo al paso de los caballos y a pesar del recuerdo hiriente de su llegada despeinada a La Bâtie, Philippine asomó la cabeza por la portezuela. Frente a ellos, un campesino escoltado por una jovencueta con la falda arremangada hasta las pantorrillas y una trenza castaña saltando sobre sus

riñones, pasaron corriendo por el puente levadizo. La impaciencia de éstos por descubrir su rostro apaciguó un poco a Philippine, a quien el aspecto austero del castillo le había recordado aquél en el que estaba radicada la abadía de Saint-Just. Sin embargo, al descubrir la altiva silueta de su padre que la aguardaba, desechó la idea de hallarse prisionera de las impertinencias y las repetidas extravagancias de Marthe.

En cuanto el coche se detuvo frente a la escalera empinada que subía al castillo, descendió para lanzarse a sus brazos.

—¡Cómo has cambiado, mi Philippine! —exclamó el barón dándole un beso en la mejilla mientras, a su pesar, ella se separaba de él.

De hecho, estaba muy cambiada, con su vestido de seda azul Jaspeada, la cabeza cubierta con una toca alta y cónica del mismo Ono de su piel que resaltaba la finura de sus rasgos. El barón estaba más emocionado de lo que hubiera esperado. Por un instante, incluso, creyó besar a su madre a la misma edad.

—El mérito es de mi prima, padre. Es ella quien me ha vestido y arreglado.

—No la creáis, Jacques. Vuestra hija tiene el gusto seguro de los Sassenage —dijo Sidonie alegremente, avanzando a su vez.

—Os echaba de menos, amiga mía, pero heme aquí colmado por las dos damas más bellas del reino.

—Siempre presto a exagerar, Jacques —se mofó Sidonie asiendo la mano que éste le ofrecía—, pero os perdonamos de corazón, ¿verdad, Hélène?

—¡Oh, sí, padre, de todo corazón! —confirmó Philippine volviéndose a un lado para besarle de nuevo.

Su mirada descubrió entonces a los dos jovencuelos a los que había visto correr. Estaban uno detrás de la otra, tras el contrafuerte de la escalera, asomados para no perder detalle de su llegada. A pesar de sus mejillas coloradas por el esfuerzo de la carrera, la jovencuela acababa de palidecer y un velo de tristeza empañaba sus ojos de un gris verdoso clavados en Philippine.

—Hélène... ¿He oído bien? —preguntó el barón, inquieto.

—Es una larga historia, padre, ya os la explicaré —le prometió Philippine tras dirigir espontáneamente una sonrisa a la joven, que acababa de retroceder hasta pegarse contra la camisa de su vecino.

—Es inútil. Yo elegí ese nombre cuando naciste, pero tu madre logró disuadirme. Prefería Philippine y, como sabes, nunca pude negarle nada.

—Madre debía de tener remordimientos puesto que pidió a sor Albrante que me diera ese nombre. Según sus palabras, fue su último deseo. ¿Me permitís que lo haga realidad?

El barón se encogió de hombros, emocionado ante aquel obsequio póstumo que le hacía su esposa. Se refugió rápidamente en la mirada envolvente de Sidonie. Ella era su presente y su futuro. El pasado debía seguir siendo lo que era.

—Venid, tengo ganas de oír cuanto ambas tenéis que contarme —dijo, acompañándolas cogiéndolas de los hombros.

Tres de los baúles que no habían cabido en la carreta del equipaje habían sido apilados sobre el techo de la litera, y un criado se encaramó para descargarlos. Antes siquiera de tocarlos, la cuerda de uno de ellos se rompió. El baúl se balanceó y fue a caer a los pies de Marthe. Ésta lo evitó dando un salto hacia un lado, gritando sorprendida, y dirigió al hombre la mirada furiosa que hasta aquel momento dedicaba al barón y a su hija.

Frente a los escalones, Gersende apenas pudo disimular el placer que ese incidente le proporcionaba.

—¡Bien hecho! —murmuró Mathieu a la oreja de su prometida.

Aprovechó que las miradas se dirigían a Marthe, que insultaba violentamente al criado, para añadir un beso leve. Algonde ni siquiera lo notó pues estaba paralizada, tanto por la certidumbre de que la hija del barón para la que se había abierto la habitación maldita era la Hélène de la profecía como por el accidente que acababa de presenciar. ¿Acaso no hacía un instante que había pensado en que estaría encantada de que a Marthe le cayera uno de los equipajes sobre la cabeza? ¿Era posible que pudiera desencadenar acontecimientos simplemente gracias a la fuerza de su pensamiento? Como para convencerla de ello, el criado se deshacía en excusas mientras la camarera se sacudía el polvo y maldecía.

—No es culpa mía, doña Marthe, la cuerda se ha soltado.

—¡Apuesto a que ese gavilán la ha picoteado! —refunfuñó el cochero de la litera. El barón, alertado como sus damas por el estrépito, frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Una rapaz nos ha atacado a las puertas del castillo —interrumpió Dumas.

—Era muy agresivo, mi señor —añadió el carretero—. Haríais bien en informar de ello al halconero.

—Dice la verdad, Jacques —intervino Sidonie—. Sería mejor que lo capturaran.

—Me ocuparé de ello esta misma tarde —le prometió el barón.

Y le dio un beso en la frente.

Luego, hartos de la manera en que Marthe había tratado al criado, se volvió hacia ella.

—Puesto que ya os habéis recuperado, Marthe, recoged esos vestidos antes de que el polvo los manche aún más.

La harpía estuvo a punto de atragantarse.

—¿Yo, señor?

—Sí, vos —insistió el barón, para felicidad de su hija.

A su lado, Sidonie no osó reprenderle y bajó la mirada para no encontrarse con la de Marthe. Sin embargo, sabía que tarde o temprano ésta la castigaría. Contrariamente a lo que le había dicho a Philippine, la relación que mantenía con su camarera no era fruto de un reconocimiento justificado sino de una esclavitud que se prolongaba desde hacía años. Antes incluso de enviudar, Sidonie era ya prisionera de Marthe y nadie, ni siquiera Jacques, lo sabía.

—Una sirvienta podría hacerlo —respondió altiva Marthe.

Fuera debido a la tensión de la tormenta que parecía avecinarse o el temor a que la camarera se vengara de aquel asunto con alguno de la casa, cuando Marthe barrió el patio con su mirada todos habían desaparecido y no halló a quien designar, con excepción de Gersende, que visiblemente disfrutaba al verla humillada, y de Mathieu, que la dejó con un palmo de narices...

—¿Una sirvienta? ¿Acaso no es lo que sois? —preguntó el barón cuando iba a llegarle el turno a Algonde.

Al no hallar en Sidonie el apoyo que esperaba —cuando, además, el barón las conducía de nuevo a ella y a Philippine en dirección a la escalera—, Marthe se tragó su rabia y se arrodilló para obedecer.

—Estoy contenta de volver a veros, señorita. Ha pasado mucho tiempo. Soy Gersende, la intendenta del castillo —se presentó esta tras darle la bienvenida a Sidonie.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, pero yo he cambiado más que vos, doña Gersende —rió Philippine.

—Ésta es mi hija, Algonde, que se ha ocupado de vuestra habitación.

—Espero, señorita Héléne, que todo será de vuestro agrado —dijo Algonde, avanzando, mientras Mathieu desaparecía por la escalera.

—Así, mi querida Gersende, habéis sabido acomodaros con el poco espacio que ofrece este castillo —se regocijó Sidonie.

—Hemos gozado de una ayuda inesperada, querida. Si queréis seguirme, desearía hablaros de ello en privado —interrumpió el barón, súbitamente serio.

—Como deseáis, amigo mío —aceptó Sidonie, intrigada—. Mas hubiera preferido hacer los honores a Héléne de esta casa que apenas recuerda.

—Algonde se ocupará de ello —propuso el barón.

—Estaré encantada de hacerlo —aseguró ésta.

—En ese caso, Héléne, nos reuniremos de nuevo contigo en cuanto hayamos terminado —dijo Sidonie subiendo los escalones con paso decidido, con Jacques tras sus talones.

Philippine aguardó a que su padre y Sidonie hubieran desaparecido para dirigir una mirada franca a Algonde.

—¿Tu galán es tan tímido que prefiere ocultarse antes que saludarme? —preguntó sin más preámbulo y en voz suficientemente alta para que el interesado la oyera.

Dado que no deseaba desatar la ira de sus señores, Mathieu salió de su escondrijo en la escalera y se aproximó, cabizbajo.

—Si está aquí Mathieu... —Le gruñó Gersende, como si no supiera que así era.

—Que Vuestra Señoría me perdone —se excusó ofreciéndole una reverencia a Philippine—, pero tras un baño en el río mis calzones están manchados y no deseaba ofenderos. Hubiera venido dentro de un rato junto con mi padre para saludaros.

La mirada vivaracha de Philippine descubrió la trenza mojada de Algonde que goteaba sobre sus ropas. A todas luces, aquellos dos habían compartido la misma agua antes de su llegada. De golpe consideró que le caían bien.

—Con este calor —dijo—, era una buena idea. Tendrás que llevarme allí, Algonde. En cuanto a ti, Mathieu, confiesa que te has escondido para reírte más a gusto de Marthe —espetó Philippine ajando el tono de voz y aprovechando que Gersende se había dejado para responder a las voces del cochero, que preguntaba si debía subir los baúles de la señorita.

—Claro —se rió Mathieu—, puesto que vos lo aprobáis...

Se volvieron al unísono hacia la litera, junto a la que había llegado Gersende. Marthe había acabado su tarea y la miraba con ojos ávidos y crueles.

—Lleva la maldad pegada a la piel. La detesto —refunfuñó Philippine.

—Nosotros también —confesó Mathieu—. Si me permitís, señorita, y dado que el espectáculo ha concluido, os dejaré. Mi padre, el panetero, a buen seguro tiene tareas que confiarme.

—Si es así, vete —concedió Philippine con una amplia sonrisa.

Se marchó sin demora.

—Volvamos —decidió Philippine, molesta por la mirada fija de Marthe sobre ella—. Siento curiosidad por ver la habitación que me has reservado. Si la juzgo por el estupor inscrito en el rostro del criado cuando ha oído hablar del último piso, no debe de ser exactamente como las demás. ¿Llevo razón?

—No —respondió Algonde, al recordar las palabras de Melusina.

El ataque del gavián, Philippine convertida en Hélène, los sellos rotos... Eran muchos elementos que deberían haber puesto a Marthe en guardia. ¿Tras su pista? Algonde se estremeció. Aquellos últimos días no había calculado el peligro, demasiado perturbada por su relación con el barón, pero con la harpía entre aquellas paredes...

Algonde debería hilar muy fino para no ser desenmascarada.

Precedió a Hélène de Sassenage por las escaleras. La dama le agradaba y era un sentimiento recíproco, eso era un hecho. Apesadumbrada, avanzó más deprisa. Renunciar a servir a Melusina significaba sacrificar a Philippine. Ahora que sabía qué demoníacas tinieblas habitaban el alma de Marthe, Algonde estaba segura de que la harpía se la zamparía de un bocado. Empero, Algonde se negó a entristecer, sacando fuerzas del recuerdo de su abrazo con Mathieu. La supervivencia de ambos era lo único que debía contar. Se serenó. Ésa era su verdad. Si sólo se ocupaba de Mathieu, su amor triunfaría. Las demás cosas no debían distraerla ni concernirla.

Se detuvo en el umbral del último piso del torreón.

—Hemos llegado. La habitación de Melusina —reveló con la voz afirmada por su determinación.

—¿El hada? ¿La de nuestro antepasado Raymondin? —se excitó Philippine a quien, su madre, antaño, había contado los tristes amores.

Por toda respuesta, Algonde hundió la llave en la cerradura y dio vuelta. La puerta se abrió y la sorpresa de la damita se tornó en júbilo. Entraron una tras otra en la habitación.

—¡Me gusta, me gusta, me gusta! Es... ¡Oh, Algonde! —exclamó Philippine tomándola de las manos junto a la ventana abierta—, ¡eres la camarera más inspirada! Este lugar me parecía muy austero y gracias a ti y a Melusina mi estancia en Sassenage será de lo más alegre.

Algonde se disponía a agradecerle su confianza cuando vio el reflejo de Sidonie en el espejo de pie, de la mano del barón. Ambos acababan de entrar. En los rasgos de Sidonie podía leerse una emoción intensa mientras recorría la estancia con la mirada. Se detuvo a su vez en la mirada de Algonde que el espejo también le devolvía.

Sidonie de la Tour-Sassenage le sonrió.

—Algonde, tu dedicación merece una recompensa —dijo—. A partir de este momento y hasta que Hélène lo decida, se te promociona a su servicio exclusivo.

Aquel 18 de agosto de 1483, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Algonde, gélido como el aliento de Melusina. Máxime cuando, regocijada por esa noticia, Philippine añadió, con toda inocencia:

—¡En ese caso, Algonde, creo que será por toda la eternidad!

## Capítulo 20

Marthe enjugó con la manga el hilillo de baba que respunteaba la comisura de sus labios. La fiebre se había apoderado de ella. Una fiebre de lujuria. Desde su cama apartada a causa del poco espacio disponible en el cuartucho colindante con la alcoba de Sus Señorías, los gemidos de Sidonie, a la que el barón había comenzado a montar en cuanto se acostaron, la excitaban. Al no poder resistirlo, pronto apartó el cortinaje para entrever sus escarceos a la luz de las velas y olisquear los efluvios de sus cuerpos mezclados. El suyo reclamaba lo que se merecía. Babeaba de impaciencia, hasta el punto de verse obligada a contenerse para no lanzarse entre los amantes, degollar al verraco del barón y, como antaño, doblegar a Sidonie a sus juegos sáficos entre la sangre derramada. Con el aliento entrecortado, sin embargo, se obligaba a guardar silencio. Un asesinato bajo aquel techo arruinaría sus planes. Estaba cerca de su objetivo. Todo se lo indicaba. Incluso sus sentidos inusualmente exacerbados en cuarto menguante.

Una sacudida lacerante en el pubis le hizo apretar los muslos hasta tocarse. Llevó una mano a la unión de ambos muslos y despellejó su piel imberbe.

«Que se duerman. ¡Rápido!».

Tuvo que salir, abandonar aquel lugar. Sacrificar una carne inocente. Ahogó un quejido. Gozar. No podía gozar entre aquellas paredes y la necesidad, sin embargo, se convertía en sufrimiento. Y aquellos dos que no acababan de abrazarse, como si aquel gorrino aún tuviera veinte años. Al día siguiente vertería en su vino algo que apagara sus ardores. La habían humillado. ¡Venganza!, gritó su vientre. Apretó sus dientes puntiagudos con un quejido ahogado.

El del barón, por fin satisfecho, le llegó cual liberación. Unos momentos más y podría escapar.

—La ausencia de vuestra piel, querida, era una tortura —murmuró Jacques sin aliento, tumbándose junto a su amante.

—¿Pretenderéis hacerme creer que no habéis hallado alguna sirvienta capaz de colmarla? —se burló Sidonie, arrebujiándose contra él.

—Por supuesto, pero fueron pálidos abrazos comparados con los vuestros.

—Su belleza auguraba lo contrario...

La mirada burlona de Sidonie capturó la de su amante.

—Así pues, no pusisteis a Algonde a mi servicio al azar.

—Era de mi agrado y me pareció evidente que sería del vues...

Un beso ardiente ahogó el final de la frase. Sidonie bebió de él, largamente. También ella había sufrido aquel alejamiento.

—Os amo como no imaginaba que podría amar de nuevo —gimió el barón abandonando sus labios para hundir los suyos en el hueco del cuello, bajo el lóbulo finamente orlado de la oreja.

Sidonie languideció. Tras las emociones contradictorias que le había producido el regreso, era feliz. A todas luces Melusina bendecía su himeneo, puesto que se había revelado a Jacques como a ella. Inspiró. Era el momento propicio.

—Estoy embarazada...

La boca se inmovilizó sobre la pequeña mancha de nacimiento en forma de estrella que tenía en el hombro. Sidonie se apartó ligeramente. En el fondo de los ojos del barón se había iluminado otra estrella.

—Lo descubrí en La Bâtie —añadió ella con una sonrisa—. Mis Menstruaciones son muy regulares, así que no puede tratarse de un error.

—Me hacéis muy feliz —se enterneció el barón—. ¿Hélène lo sabe?

—Aún no. Quería que fuerais el primero en saberlo. Y además, aún es demasiado pronto. Podría perder la criatura.

—Dios no lo permitirá, pero lleváis razón. Dejemos que Hélène disfrute de su felicidad. Los preparativos de la boda, esta habitación, incluso Algonde, todo parece gustarle. Durante la cena su risa resonaba como las aguas vivas del Furon.

—A mí también me ha encantado, amor mío. Os lo predigo: el mañana será feliz. Ahora durmamos. Me habéis dejado extenuada.

Al barón se le escapó una risa ligera mientras ella se acurrucaba en el hueco de su hombro.

—A mi edad, es un milagro...

—Pues entonces he hecho bien aprovechándolo... —se burló de nuevo Sidonie con un bostezo.

—No sabes cuánta razón llevas... —refunfuñó Marthe malignamente.

¡Ya llegaría su hora! Dejó transcurrir unos minutos. Desde la alcoba contigua le llegó un ronquido.

Se puso en pie, con el vientre contraído por los espasmos del placer. El gavián. La habitación abierta. La hora de la profecía había llegado. ¡Por fin! Pronto ella y sus hermanas reinarían en las Tierras Altas. Sí. Muy pronto. Se cubrió con un manto negro por encima del camisón y corrió la cortina. Con un simple gesto de la mano en dirección al candelabro, apagó las velas y todo se sumió en tinieblas. Se adentró en ellas con una ligereza y una agilidad insospechables para quien la hubiera visto andar de día. Guiada gracias a su aguzada visión nocturna, salió de la estancia, descalza.

En el descansillo, sintió un mareo. ¿Por qué ir más lejos?, le gritaba su vientre. Bastaba subir al último piso del torreón, abrir el pestillo, sorprender a aquella pécora de Philippine durmiendo y gozar de ella...

Descendió la escalera para evitar la tentación y tuvo la misma pulsión frente a la puerta del apartamento de Algonde y de su madre.

Se apoyó en la pared, con el aliento entrecortado. Recordó su llegada al castillo. Volvió a verse ascendiendo aquellos peldaños, seguida por dos sirvientes que carreaban el baúl roto.

Se situó en el umbral de la habitación maldita, con los sentidos aguzados y la venganza batiendo en el corazón. Las dos damiselas se volvieron hacia ella a la vez, visiblemente disgustadas por su presencia.

Una aguja de fuego se le clavó en la entrepierna. Ellas no. No podía hacerlo sin desenmascararse y necesitaba a ambas para llevar a término sus proyectos.

Descendió la escalera y atravesó el cuerpo de guardia, desierto a aquella hora, pues los soldados se hallaban en la terraza del torreón, en las garitas o en las almenas. Tras girar la llave en la cerradura, abrió la puerta maciza y cimbrada. Afuera, iluminada por la luna llena, la noche era clara. Un manto de estrellas cubría el sueño de los justos, como le gustaba decir al cura párroco del castillo. La imagen provocó un rictus perverso en su rostro inmundo. Eran, ella y sus hermanas, el igual de aquella caricatura divina. El diablo de los humanos. La negrura del mundo. ¡Tenían que hacerse con el control lo antes posible! ¡Dominarlos a todos! Marthe tiró el batiente hacia ella, se cubrió con la capucha y descendió la escalera.

Se fundió con las sombras de la fortificación. En las viviendas pegadas a las murallas del patio interior todos dormían, apaciblemente, a la espera del alba que vería retomar la actividad con la primera hornada de pan. En cuanto a los centinelas, sabía que estaban soñolientos apoyados en sus alabardas, habituados a la tranquilidad de aquella comarca. El verdadero riesgo de verse sorprendida residía en los hombres de Dumas, que se alojaban en un pequeño edificio junto a una de las torres de vigilancia del patio exterior, el mismo que debía cruzar. Los restos de un brasero refulgían frente a ella. Tres soldados se habían aproximado a las brasas para jugar a los dados. Otro le mostraba el arco de sus riñones. Silbaba mientras orinaba alegremente sobre la hierba. Nadie miraba en dirección a ella.

Cubriéndose con la capa, pasó junto a los muros hasta la poterna y alzó la vista. No había centinela en lo alto. Las costumbres del castillo no habían cambiado. Pasó bajo el arco de piedra, fue a la torre, quitó sin hacer ruido la barra que cerraba la puerta maciza, salió y cerró la puerta tras ella.

Al nordeste, alargándose en forma de pera desde la iglesia hasta orillas del Furon, el pueblo dormitaba al pie de la colina. El ojo de Marthe siguió el trazado del camino que, de Grenoble, al este, a través de Fontaine donde se hallaba la Rochette, pasaba frente a la hacienda, saltaba sobre el Furon por el puente a las puertas del pueblo y lo atravesaba para conducir a la derecha hasta el molino cuyas aspas pendían inmóviles a aquellas horas, y a la izquierda, al castillo. En la parte visible no había alma viviente. Sólo al oeste, una pareja de corzos que pacían en el lindero del bosque vecino. Alertados sin duda por su olor, alzaron la cabeza en su dirección y de un brinco buscaron refugio bajo los árboles que se extendían hasta el acantilado.

De nuevo, un espasmo de deseo contrajo los muslos de Marthe. Sabía perfectamente a quién buscar para contentarla. No recordaba su nombre, solamente la claridad de su tez, y sus formas, apenas esbozadas bajo el corsé. Una virgen tan fresca como un capullo de rosa. La hija del aparcerero. Se había cruzado con ella en

varias ocasiones cuando acompañaba a su padre a rendir pleitesía a Jacques. Aguijoneada por la perspectiva de sus caricias, comenzó a descender la colina, indiferente ya a la mirada de los centinelas. Los conocía lo suficiente como para saber que no se inquietarían si por casualidad uno de ellos la descubriera.

Quince minutos más tarde se hallaba bajo el muro que rodeaba la hacienda. Una verja cerrada impedía el acceso. Hacía falta mucho más para detenerla. Se situó delante de la misma, se concentró en el mecanismo y alzó los brazos con las palmas de las manos hacia el cielo. La reja se levantó lentamente, sin emitir un chirrido. Canturreando, accedió al patio. Ni los hombres ni los animales eran ya capaces de percibirla. De hecho, ni uno de los tres perros tumbados hechos un ovillo frente a la casa rechinó mientras accedía a la estancia principal. Al fondo, una cortina separaba la cocina de la alcoba. Se aproximó y la recorrió. Con un gorro de dormir sobre su cráneo calvo y un pie que asomaba bajo la sábana, el aparcerero dormía junto a su esposa y su hijo más pequeño en el extremo de la cama que tenía enfrente. Allí los dejó y se acercó a otra. Una cabellera rubia trenzada descansaba sobre la manta. Marthe sonrió. Bella e inocente. Sí, la hija del aparcerero era tal como la recordaba. El timbre de su voz se volvió zalamero mientras ponía la mano sobre el hombro de su víctima. Ésta abrió los párpados, prisionera ya del hechizo que el canto de la harpía producía. Ante tal fealdad inclinada sobre ella, el rostro de la jovencuela mudó de terror. Marthe no se ofuscó, al contrario. Su deseo crecía, cada vez. Se apartó y le tendió la mano, con una cruel sonrisa en sus labios demasiado finos, el bajo vientre húmedo ante aquel cuerpo frágil que, consciente de estar abocado a su perdición, sin embargo no podía sustraerse a la misma. La virgen apartó las sábanas, se levantó, asió con sus dedos los de Marthe y la siguió.

Atravesaron de nuevo la casa dormida y luego el patio. Unas lágrimas rodaron por las mejillas de la doncella mientras las uñas curvadas de su verdugo se hundían en su carne para conducirla al bosque. Sin embargo, de sus labios no salió ni un gemido. Su voluntad estaba bajo control. No su conciencia, empero. Cuando estuvieron a cubierto bajo los árboles, Marthe soltó la manita sanguinolenta y dio un paso atrás. Ardiente de vicio.

—Desnúdate —ordenó, jadeando.

Desesperada y, sin embargo, sumisa como tantas otras antes que ella, la jovencuela obedeció.

Philibert de Montoisson estaba extenuado. Tras los dolores esporádicos, el sufrimiento provocado por la herida de su hombro se había vuelto continuo después de horas cabalgando. Por no hablar de su migraña. Su última comida ya quedaba lejos, la habían consumido someramente junto al camino y había consistido sólo en un pedazo de tocino, un trozo de queso, un mendrugo de pan y unos tragos de vino. A medio camino entre Saint-Quentin-sur-Isère y Sassenage, habían previsto pasar la noche en una torre, antaño propiedad de los templarios y que, como el resto de sus

bienes, había ido a manos de los hospitalarios tras su condena. No se habían imaginado que el lugar pudiera estar tan degradado. La puerta colgaba, rota. Todo cuanto hubiera podido tener valor había desaparecido. Incluso los muebles. Sólo quedaban algunos jergones de paja, roídos por ratas gordas como un brazo, que renunciaron a utilizar. El lugar apestaba. Los campesinos debían de haberlo utilizado para hacer sus necesidades, pues sobre el suelo de madera, algunas de cuyas tablas habían sido arrancadas, había excrementos.

—Prefiero un campo de alfalfa —dijo Luirieux mientras se limpiaba en el canto de un peldaño la bota con la que había pisado mierda.

—Vayamos hasta Sassenage —decidió Philibert de Montoisson, infundiéndose valor a sí mismo.

Su encuentro con Sidonie se demoraba demasiado. De hecho, la adversidad les había distanciado de nuevo. En cuanto llegaron a La Bâtie les anunciaron que había partido tres días antes en litera, con Philippine. Para no despertar la curiosidad del intendente del castillo, no perdieron tiempo. Tras dar buena cuenta de un contundente estofado en una posada de Saint-Romans, estuvieron aguardando a Garnier durante cuatro horas en el lindero de un bosque que dominaba el camino principal y el río, al estimar que no necesitaría más tiempo para liquidar el asunto de Laurent de Beaumont y reunirse con ellos como habían convenido. Pero aquel diablo debía de haberle puesto las cosas difíciles. Contra toda lógica para quien conocía las aptitudes guerreras del gigante, Garnier no había aparecido. Al atardecer, Philibert de Montoisson decidió levantar el campamento, en el convencimiento de que informarían a su compañero acerca de su destino en cuanto se presentara a su vez en La Bâtie.

El caballero deseaba llegar a destino. Para aliviar su pena, al final del camino se dibujó el contorno de una aldea, más allá del puente que cruzaba el río. Con gesto idéntico, los cuatro hombres tiraron del ronzal para sosegar el paso de los animales. Los caballos se inmovilizaron sobre la gravilla.

—Hemos llegado —aseguró Philibert de Montoisson—. Reconozco el lugar. El castillo está sobre el promontorio.

—Aguardemos a que amanezca para presentarnos, tendremos un mejor recibimiento —sugirió Luirieux.

Philibert de Montoisson asintió con un gesto de la cabeza. Sólo deseaba dormir, y sabía que tenía mal aspecto y estaba muy pálido. Aunque tal vez aquello pudiera favorecerle para presentarse ante Philippine.

—Estoy seguro que en el pueblo habrá una posada —deseó el tercero de sus compañeros, de nombre Burgot y natural del Berry.

—Tendríamos que armar un escándalo para que consientan abrimos a estas horas y no quiero que los del pueblo se hagan preguntas. El bosque por el que acabamos de pasar nos bastará. Seguro que encontraremos algún claro.

Burgot suspiró, resignado, antes de empuñar las bridas y seguir a su jefe. Luirieux se había alejado del grupo para que su montura abrevara en el Furon, un poco más

abajo. Se reunieron con él, descabalaron y bebieron junto a los animales, bañados por la sombra de los alisos en la otra orilla. En pie sobre una roca lisa, Philibert de Montoisson estiró el brazo para aliviar la mortificada articulación de su hombro. Frente a él, la masa oscura de un muro se recortaba sobre el camino que acababan de abandonar. Si su recuerdo no le traicionaba, debía de tratarse de la hacienda. Se preguntó si el aparcerero aún destilaría aquel aguardiente de arándanos que una vez le ofreció a Sidonie en su presencia. Lo hubiera robado a gusto para engañar a su extenuación. Su mirada descubrió la verja. Se sobresaltó. A pesar de la sombra que bañaba el porche, hubiera jurado que estaba abierta. Eso era contrario a la prudencia más elemental. Se puso instintivamente en guardia. Si unos ladrones habían allanado la morada y maltratado a los habitantes, en el castillo estaría mal visto que no hubiera intervenido con sus hombres. Una descarga de adrenalina le sacudió la sangre.

—¡A mí, caballeros! —exclamó, volviéndose hacia ellos.

Partieron de inmediato con la mano en el talabarte. En dos pasos estuvieron a su lado, silenciosos y dispuestos a desenvainar las espadas, y ataron los caballos a un tronco viejo a orillas del río.

Philibert de Montoisson señaló el edificio con el dedo.

Asintieron con un gesto de sus cabezas. La duda se convertía en certidumbre. Una silueta encapuchada de negro acababa de cruzar el umbral.

—Burgot a la derecha, Fabre a la izquierda, Luirieux conmigo —decidió cuando la sombra se alzaba frente a la verja y alzaba los brazos al cielo.

Se lanzaron todos a una para cortarle la retirada.

## Capítulo 21

Algonde apartó con un movimiento enérgico las cortinas que oscurecían la habitación. Tenía ojeras de cansancio a consecuencia de un sueño lúgubre poblado de harpías gesticulantes que giraban sobre ella antes de lanzarse sobre el gavilán para hacerlo pedazos. A esa pesadilla había sucedido un estado comatoso en el que la risa diabólica de Marthe se entremezclaba con las súplicas de Philippine, a la que tenía cautiva en aquella misma torre, mientras Algonde se alejaba para reunirse con Mathieu. A todas luces, la conciencia de la jovencueta se desgarraba por la decisión que había tomado. Aquel día, sin embargo, no lograba sentirse culpable ni apenada.

—En pie, señorita, el sol ya está alto —dijo con alegría, plantándose al pie de la cama de Philippine.

Ésta abrió un ojo y lo cerró con un gruñido, y para hacer aún más patente su desaprobación se cubrió el rostro con la sábana.

—Como deseéis —se divirtió Algonde—, pero debéis saber que esta mañana muy temprano se ha presentado un caballero y en estos momentos os espera.

—¿Un caballero? ¿Qué caballero?

—No os diré nada hasta que aceptéis levantaros de la cama —amenazó Algonde.

Reaparecieron los ojos y luego la nariz, fruncida.

—¿Tienes idea de cuántos despertares a la aurora he tenido que soportar durante cinco años, para ir a rezar en el frío y la austeridad de una capilla?

—Éste los compensa sobradamente. Son las diez. Os habéis saltado la misa y el desayuno. En pie. Este último os lo he traído con el almuerzo.

La jovencueta soltó un suspiro que partía el alma, pero apartó la colcha. Algonde se acercó a ella y le ofreció un manto.

—Esta mañana estás muy impertinente —refunfuñó Philippine mientras Algonde la ayudaba a ponérselo sobre el camisón.

—Quejaos a doña Sidonie, que ha insistido en que os despabile un poco.

—¡Vaya peste es mi prima!

Philippine avanzó hasta la ventana que Algonde había dejado abierta y, frente al valle, se desperezó como un cachorro de gato.

—Nunca había dormido tan bien —confesó al volverse.

Sobre la mesa, había un huevo pasado por agua y una sopa, un trozo de pollo a las especias y una manzana. Algonde untaba de mantequilla una rebanada de pan. Esa atención la emocionó, inexplicablemente. En la abadía las comidas eran tan tristes que había olvidado el sabor.

—Vamos, señora, se va a enfriar...

Sus miradas se cruzaron. Philippine le sonrió, sintiendo, al igual que el día antes, a su llegada, una sorprendente ternura.

—Lámame Hélène —exigió, mientras se sentaba a la mesa ante aquel festín.

—Iría contra la costumbre y luego otra mañana me haríais azotar tachándome de

impertinente.

Philippine le dio un bocado a la rebanada de pan untada con mantequilla mientras la sopa que le servía Algonde iba del cucharón a la escudilla de plata. Ni siquiera en La Bâtie se había sentido tan ligera. Tragó y suspiró reconfortada.

—Me llamarás Hélène cuando estemos solas, es una orden.

Y no te quedes ahí plantada viéndome comer. Me estropeas el placer. Siéntate y sírvete. Hay suficientes panecillos para las dos.

Algonde aceptó.

—Y ahora háblame un poco de ese caballero. ¿Quién es? ¿Qué desea? —preguntó Philippine antes de engullir un nuevo bocado.

—Mucho me pedís. Sólo sé que pertenece a la Orden de los Hospitalarios y que se ha presentado con tres más en el cuerpo de guardia. Sire Dumas es quien lo ha recibido. Han descansado en el cuerpo de guardia hasta que el barón y doña Sidonie se han levantado y han estado dispuestos para recibirlos. Ignoro de que han hablado, pero el barón les ha ofrecido hospitalidad. Estaba en la cocina cuando ha llegado su jefe, guiado por Marthe, que peroraba dándose aires de grandeza. Maese Janisse les ha dado de comer. Cuando he subido, doña Sidonie me ha pedido que os despertara.

—¿Eso es todo?

—Es todo. No tengo por costumbre escuchar detrás de las puertas.

—Lástima. Hasta ahora, por lo menos —matizó Philippine antes de lamentarse—. No comes nada...

—Mathieu me ha ofrecido su primera hornada de bollos —se disculpó la jovencueta, con brillo en los ojos.

—¿Le amas?

—Más que a cualquier otra cosa.

Bajó la mirada, agobiada como la víspera por lo que aquello suponía para Philippine.

—En Saint-Just dos hombres se batieron en duelo por mí. Uno de ellos era un hospitalario. Estaba agonizando cuando me marché. Espero que éstos no hayan venido a comunicarnos su fallecimiento.

—No seríais responsable del mismo.

—¿Tú qué sabes?

—Sé lo que doña Sidonie le dijo a mi madre. Y lo que veo. —Ah, ¿y qué ves?

—Vuestra belleza, Hélène. Atractiva y perturbadora...

No prosiguió, presa de una extraña emoción que la evidencia de aquella constatación acababa de despertar. De nuevo, su mirada barrió la superficie de la mesa.

—Te devuelvo el cumplido, Algonde —añadió la voz ligeramente ronca de Philippine.

Tosió para aclararla y prosiguió:

—Eso, sin embargo, no cambia las cosas. Me siento culpable, digan lo que digan,

haga lo que haga. Te envidio, ¿sabes?, por poder amar sin coacciones. Mas prefiero andar con tiento con los pobres que revivir semejante enfrentamiento.

—Y sin embargo, amaréis —le aseguró Algonde, para endulzar aquella angustia que adivinaba que latía en lo más secreto de ella. ¡En aquel instante, hubiera dado cualquier cosa por decirle hasta qué punto la comprendía...!

—Jamás, ya te lo he dicho.

Algonde no insistió. Philippine apartó la escudilla. El recuerdo de Philibert de Montoisson la había dejado sin apetito.

—Gracias por el pan con mantequilla. Mi madre me lo preparaba igual cuando era una niña. Es un recuerdo feliz y deseo que compartamos otros, muchos más.

Algonde asintió, perturbada de nuevo por la dulzura de su mirada. Nada de hombres, había dicho. ¿Aquello permitía sobrentender algún tipo de relación contra natura? Desechó la idea sorprendida, empero, de haberla concebido con menos asco del que le hubiera provocado unos días antes. La culpa era sin duda del placer que Mathieu había despertado en ella con sus caricias y el barón con su empecinamiento.

—Ahora, vámonos. Puesto que me esperan, enfrentémonos con dignidad a los hechos. Elígeme un vestido de circunstancias, sobrio pero no demasiado austero —decidió Philippine, apartando su silla.

Algonde se puso en pie a su vez y se dirigió con decisión hacia el arcón donde el día antes había guardado escrupulosamente los efectos de Philippine.

Philibert de Montoisson escuchaba con aire distraído las divagaciones culinarias de maese Janisse sobre el arte y la manera de lograr un buen hojaldre de conejo con mízcalos acerca del cual había tenido la ocurrencia de felicitarle efusivamente. Sin dejar de hablar desde hacía diez minutos, el cocinero henchía el pecho y hacía molinetes con las manos, bajo la mirada burlona de sus pinches, el mayor de los cuales, al ver el agobio del hospitalario, se apresuró a servirle el postre. Aquello no perturbó al maestro, orgullosamente feliz ante el reconocimiento de su talento.

—Un diente de ajo, un diente, más no pues se apoderaría de la boca, y menos nos parecería desabrido. Un diente, ésa es la medida, más atención, caballero, no cualquier diente de ajo, no, no, no... Tiene que ser carnoso y fresco, con el corazón de un blanco límpido. Si ya está verde, os dejaría mal aliento. Poned vuestra mano, ahí, frente a la boca y soplad, sí, sí, insisto, soplad y decidme si oléis a ajo...

—No es necesario, os creo —afirmó Philibert de Montoisson para deshacerse de él, antes de llevarse a la boca el último trozo de tarta que le habían servido, envidioso del silencio del que debían de estar disfrutando sus compañeros que se habían quedado con los hombres de sire Dumas.

—¡Ah, señor, cuando uno tiene ante sí a un hombre de vuestras cualidades, que ha sido servido en mesas de príncipes, la dosificación es primordial! Qué digo yo... ¡Vital! Imaginad que os levantarais de una mesa oliendo a ajo sin saberlo... O daros cuenta de ser portador de esa tara junto a alguna hermosa dama. O aún peor,

declararle vuestro amor y verla echarse atrás... No, os lo repito. Un diente, sólo uno, tan virginal como sea posible, ¡ése es mi secreto!

—Lo recordaré y os estoy agradecido, maese Janisse, pero debo dejaros —dijo Philibert de Montoisson aprovechando que el cocinero tomaba aliento.

El cocinero se inclinó con una reverencia y luego otra más, y una tercera aún más cercana al suelo que sus excesos así como su corpulencia convirtieron en un gesto tremendamente ridículo.

—Haced, haced lo que debáis, mi señor. Estoy a vuestra disposición, a cualquier hora.

Philibert de Montoisson se apresuró hacia la salida sin darse la vuelta, por miedo a darle excusa para seguir hablando. Descendió la escalera del torreón, perseguido por el calor ardiente. A todas luces aquella tarde se desencadenaría una tormenta. En aquel fomento se sentía agobiado y no por la volubilidad de maese Janisse sino por el hecho de que, desde el amanecer, nada había tenido lugar como hubiera deseado.

Empezando por aquel improbable encuentro ante la hacienda y la sorpresa de los cuatro al ver cómo la verja descendía lentamente al ritmo de los brazos alzados de la criatura que estaba frente a la misma. Al oír el ruido de sus botas en el camino, la figura se había dado la vuelta súbitamente, y el rostro parecía un agujero de sombra bajo su capucha, con las manos de dedos curvados como las garras de un ave de rapiña frente al pecho Retrocedieron, instintivamente, presintiendo una presencia diabólica.

Armado sólo con la daga que le había dado Luirieux cuando los demás empuñaron sus espadas, Philibert de Montoisson se enfrentó a ella.

—Muéstrate, bruja.

—¿Tanto deseáis morir, caballero?

—Dios nos libre —aventuró Luirieux.

Con sólo el movimiento de su muñeca, envió sus espadas al suelo, como si se las hubieran arrancado.

—¿Os basta eso o también debo arrancaros las entrañas?

Se apartaron para dejar que pasara.

—No os metáis en mis asuntos si no deseáis que me meta yo en los vuestros —añadió con voz ronca antes de dejarlos allí plantados en mitad del camino y de perderse en la noche.

En el patio de la hacienda los perros comenzaron a aullar. Las contraventanas del edificio permanecieron cerradas. No se veía ni una luz.

Recogieron sus espadas, recuperaron sus caballos que aún espumeaban por el hocico, con los ojos presa del terror, y se adentraron en el bosque en silencio.

—Me preguntó qué hacía esa criatura infernal en el patio de esa hacienda —dijo finalmente Burgot cuando cortaban helechos con las espadas para hacerse unos colchones en un claro del bosque.

—Eso no nos concierne en absoluto —decidió Philibert de Montoisson

tumbándose en el suelo y pronto imitado por los demás, tan decididos como él a olvidar aquella aventura gracias a un sueño reparador.

El cacareo al unísono de los gallos del pueblo y de la hacienda les despertó al alba. Philibert de Montoisson tenía todo el cuerpo dolorido. Le dolía el hombro sobremanera, pero había logrado vencer la fatiga. Había dormido de un tirón, con el ojo al acecho y el vientre vacío.

—He soñado que habíamos visto a una bruja —dijo entre bostezos Fabre, frotándose la barba.

Todos le dirigieron sus miradas, atrapados por el mismo recuerdo. Fabre escupió entre los dedos índice y corazón para conjurar una eventual maldición.

—Ya es tarde para eso, ¿no crees? —se burló Luirieux, sacudiéndose las briznas de hierba pegadas a sus calzones.

Fabre le dio la razón encogiéndose de hombros. Fue la única alusión a los acontecimientos que se permitieron. Hay misterios en este mundo que ponen en peligro el alma si uno trata de dar con las llaves de los mismos.

Recuperaron sus monturas atadas a un árbol, fueron al río para asearse sumariamente y volvieron a montar a caballo. Philibert de Montoisson deseaba llegar de una vez al castillo. Dumas les acogió y les ofreció un desayuno que les devolvió las fuerzas. El hombre, afable, les aconsejó empero que dejaran pasar unas horas antes de anunciarse ante Sus Señorías. Una risotada vulgar permitió sobrentender que el reencuentro del barón y de su dama anunciaba que aquella mañana se les iban a pegar las sábanas y que no sería conveniente importunarlos. Philibert de Montoisson aprovechó para recortarse la barba y la melena. Cuando se presentó, limpio y aseado, ante Sidonie y su amante, eran las nueve de la mañana.

—¡Qué alegría volver a veros! ¡Según tengo entendido, hace apenas unos días agonizabais en Saint-Just! —le dijo como bienvenida, con destellos en los ojos que, tal como la conocía, demostraban que Dumas llevaba razón y que la noche...

—Estuve agonizando, doña Sidonie, lo estuve, pero Nuestro Señor todopoderoso juzgó que aún debía servirle en esta tierra. Así que aquí estoy, frente a vos y milagrosamente recuperado.

—¿Y a título de qué? —preguntó el barón en un tono más seco que su bienvenida hubiera dejado entrever.

Philibert de Montoisson lo atribuyó al hecho de que, fascinado por la radiante e intacta belleza de Sidonie, le había estrechado la mano a ésta durante más tiempo del permitido por los usos y costumbres. Se moderó de inmediato. Azuzar los celos del barón significaba ganarse un enemigo. Y necesitaba su doble consentimiento para llevar a cabo su ambición.

—Estoy al cargo de una misión de la mayor importancia y discreción —añadió dirigiendo su mirada al rostro feo de la camarera de Sidonie que, ocupada en hilar, se había vuelto hacia él con una mirada maligna.

No pudo evitar un escalofrío al verla alzar una mano en su dirección y crispas sus

uñas curvadas. De inmediato reconoció las garras de la bruja. Y comprendió la silenciosa amenaza. Rápidamente añadió:

—La orden me la dio el gran prior de Auvernia y, salvo vuestro respeto, en nada concierne a vuestra sirvienta...

—Iba a dejarles —consintió Marthe con una expresión de satisfacción.

Y, sin embargo, no se sintió aliviado. Guardaba en su memoria la detestable impresión que le dejara años atrás en sus visitas a Sidonie. Descubrir que además poseía poderes diabólicos le intranquilizaba sobremanera.

—Sentaos —propuso Sidonie, que no se había percatado de lo sucedido.

La mirada del barón, empero, seguía siendo inquisitiva. Philibert de Montoison no dudaba de que se había dado cuenta de su embarazo, y de que sabía que tras el mismo había recuerdos carnales. Si algo puede percibir sin margen de error un hombre enamorado es a los antiguos amantes de su querida. Trató de engañarle:

—Ante todo, barón, permitidme que os pida noticias de vuestra hija, Philippine. Cuando desperté fui informado de los tormentos que nuestro duelo le habían causado. La propia carta que tuvo la amabilidad de dejarme me conmovió. Y nada podré hacer si antes no se me concede suplicarle que me perdone.

Jacques de Sassenage frunció el ceño.

—¿Y de qué sois culpable?

—Vos lo sabéis mejor que cualquier otra persona, amigo mío —suspiró Philibert de Montoison—, vos que os disponéis a casaros con la mujer a la que amáis. Los celos son una astilla clavada y quise arrancármela.

—Con la punta de vuestra espada —precisó Sidonie, entre risas.

—Por desgracia —admitió Philibert de Montoison con expresión de disgusto—. Podría argüir, en mi defensa, aquellas batallas en Oriente que forjaron el acero de mi espada y mi carácter. Nada de eso. Amo a vuestra hija, barón, con toda mi alma.

Jacques se relajó.

—¿Certificáis, pues, que nada tuvo que ver ella en vuestro enfrentamiento?

Philibert de Montoison se puso en pie.

—Sería faltarle al respeto simplemente imaginarlo.

—Se lo diréis vos mismo cuando despierte —concluyó Sidonie—. Pues sois nuestro invitado, ¿no es así, Jacques?

—Claro, por supuesto —consintió el barón, visiblemente a su pesar.

Él mismo encadenó la conversación para abordar el segundo objeto de la visita.

—¿Qué desea Guy de Blanchefort que no pudierais desvelar frente a una sirvienta?

—Hospitalidad, mi querido amigo, pero una hospitalidad muy particular.

Les explicó la versión oficial. Cem, sultán que había perdido el trono; Beyazid, su hermano, que conspiraba para asesinarlo. Los hospitalarios entregados a su seguridad. El rey de Francia que, a pesar de estar muy enfermo, se manifestaba dispuesto a ayudar al exiliado. Intereses económicos y políticos. Y la esperanza de dar con un

lugar alejado de los caminos más transitados y de las posesiones de la Orden para proteger mejor a Cem de los atentados tramados contra él.

—Pensamos en Sassenage —concluyó Philibert de Montoisson, orgulloso de su discurso.

Siguió un largo silencio y, contra cualquier expectativa, fue Sidonie quien lo interrumpió.

—En este momento no vemos cómo podríamos comprometeros, querido amigo. Es una grave responsabilidad. Habláis de un total de doscientos hombres y este castillo es modesto. Alojar a tanta gente durante todo un invierno, y aunque sólo se tratara príncipe y sus sirvientes, me parece difícil.

—Por supuesto habría que hacer reformas y obligaría a sumar a la tarea a los habitantes del pueblo, pero, naturalmente, recibiríais una generosa compensación.

El barón inclinó la cabeza, con una mueca circunspecta en la comisura de los labios. Sidonie, por su parte, se puso en pie para despedirse.

—Aún estáis muy pálido, mi querido Philibert. Sin duda a consecuencia de vuestras heridas agravadas por el largo viaje a caballo. Descansad cuanto os sea necesario. Dado que no podemos ofrecer una habitación, sé que no os ofuscaréis por compartir alojamiento con vuestros compañeros en el cuartel de sire Dumas. No estaremos mucho tras estos muros pues nos hallamos en plenos preparativos de nuestro himeneo, pero estoy segura de que Philippine, feliz de que os hayáis repuesto, os concederá la compañía que esperáis. Por lo demás, mañana os comunicaremos nuestra decisión. Será una decisión en común, puesto que dentro de unos días el barón y yo ya no seremos más que uno.

Philibert de Montoisson se inclinó, con la certeza de las reservas esgrimidas y furioso al no entenderlas. En el descansillo le esperaba Marthe, junto a la escalera de caracol.

—No quiero negocios contigo, bruja. Tengo otros asuntos que resolver —gruñó.

—Estoy a tu servicio. En la cocina te han preparado una colación, te acompañaré hasta allí.

—Conozco el camino, ¿acaso lo has olvidado?

—En absoluto —dijo ella—, y sobre todo porque en tu última visita te dejaste una cosa. Algo que estimo precioso.

Él se detuvo en los escalones, Marthe tras sus talones.

—De eso hace ya mucho tiempo, pero estoy convencido de lo contrario. Y de todas maneras, ¿en qué te concerniría eso?

—En nada, llevas razón. Pero tienes una deuda conmigo...

Su sonrisa burlona le dejó helado. A todas luces sabía algo que él ignoraba. Su curiosidad le pudo e inclinó la cabeza:

—Habla, criatura del diablo. ¿Qué pude olvidar que hoy pudiera interesarme?

—Un hijo, caballero, al que Sidonie llamó Enguerrand.

Manifestó brevemente su sorpresa pero se encogió de hombros.

—No es el primer bastardo que he dejado por ahí.

—Lo sé, pero el viejo que hubiera podido legitimarlo estaba muerto cuando nació...

Muerto de hambre desde que salió de su letargia, no quiso responder y prosiguió el descenso de las escaleras hasta la cocina. Que ese niño fuera suyo o no le era indiferente. Tal vez en otros tiempos, antes de alistarse a los hospitalarios en Rodas, hubiera podido casarse con Sidonie tras enviudar ésta y criar a su hijo. Fueron otros tiempos. En aquellos momentos, aunque aún le pareciera atractiva, se había prendado de Philippine, con una pasión nunca antes conocida, y aquella vieja historia ni siquiera le producía remordimientos.

Al dirigirse hacia el patio exterior para reunirse con sus hombres en el cuartel de sire Dumas, se preguntó si la bruja no llevaría razón y si a fin de cuentas aquella información no le sería útil más tarde o más temprano para servir a sus intereses.

## Capítulo 22

—Todo parece en orden, mi buena Gersende —la felicitó Sidonie al cerrar el registro de la previsión de gastos que la intendenta le había presentado.

Sentadas a la mesa una al lado de la otra en el apartamento de Sus Señorías, ambas estudiaban las cifras desde hacía casi una hora, bañadas por los rayos de sol que atravesaban las vidrieras.

—Como habéis visto —prosiguió Gersende—, lo que nos faltará serán lechones, teniendo en cuenta que los festejos se extenderán durante tres días...

—¿Tres?

Sidonie se volvió hacia Jacques que, en su silla de tijera, se frotaba su barbita con mano nerviosa.

—¿Es necesario? ¿No bastarían dos días?

—Tres, ni uno menos. Os casáis conmigo y quiero que se sepa.

Sidonie no insistió. Era evidente que la visita de Philibert de Montoison le había enojado y se hubiera preocupado si Gersende no se hubiera presentado. Era el 19 de agosto. Faltaban sólo seis días para la boda y la intendenta deseaba repasarlo todo al detalle. Hubieran tenido que hacerlo antes, incluso.

—Maese Janisse dará con alguna solución para sustituir los lechones, confío en él. Y también en vos, Gersende.

Ésta contuvo su exasperación. A todas luces doña Sidonie no sabía ni por asomo las dimensiones de su tarea. Prosiguió:

—Para la boda, debéis hablar con la costurera de inmediato, de lo contrario no tendrá tiempo para festonear la cola del vestido.

—Sea. Que venga después de cenar. La cena debe servirse en la sala del homenaje con nuestros visitantes, es lo menos que podemos hacer por ese pobre Philibert de Montoison, ¿no es así, Jacques?

El barón refunfuñó algo incomprensible que Sidonie prefirió considerar como un asentimiento.

—Ya he tomado la iniciativa de informar a maese Janisse —asintió Gersende.

—¿Algo más? —preguntó Sidonie, presurosa por aclarar las razones del extraño comportamiento de su amante.

—¿Algo más? Con el debido respeto, doña Sidonie, hay aún tantas cosas por hacer que me veré obligada a permanecer despierta sin interrupción hasta vuestra boda —le espetó Gersende.

—A fin de cuentas, tal vez doña Sidonie ya no tenga prisa por casarse...

Esta vez Sidonie no podía hacer como si no lo hubiera oído.

—Dejadnos a solas, Gersende. Os prometo examinar luego hasta el menor detalle. Convocad para ello a quien consideréis necesario. Antes de esta noche, todo estará resuelto.

La intendenta inclinó la cabeza y desapareció, contagiada de la tensión que

reinaba en la estancia. Por una vez no podía acusar de ello a Marthe, ausente. En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ella, Sidonie se plantó frente a Jacques, triste y desconcertada.

—¿Qué os sucede?

Se levantó de golpe de su silla.

—¿Qué sucede? ¡Sucede que no estoy ciego! ¡Seré viejo, sí! ¡Demasiado viejo! ¡Pero no estoy ciego! Eso es lo que me sucede. Atreveos a decir que...

—¿A decir qué? —preguntó Sidonie, perpleja.

El barón iba de un lado a otro, con las manos a la espalda Para contener sus celos que a lo largo de los últimos minutos no habían hecho más que crecer.

—Lo sabéis perfectamente. ¡Vos y Philibert de Montoisson!, ¡fuisteis su amante!

—Sí —le respondió Sidonie, con una sonrisa súbitamente aliviaba en los labios.

Ahora todo estaba claro.

Él se detuvo, abatido.

—¿Lo confesáis? —titubeó.

—¿Por qué debería hacer de ello un misterio cuando esa historia pertenece al pasado? Además, vos mismo lo habéis oído, hoy, ya no tiene ojos más que para vuestra hija.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y le miró fijamente.

—Os amo, Jacques. ¿Aún lo dudáis para atormentaros de esta manera?

—Tiene la mirada viva, los rasgos regulares, los hombros robustos, en resumidas cuentas es apuesto, y yo ya no lo soy.

—Y presto a recorrer los caminos como los de su calaña, en cuanto amanezca. Cuántas mañanas he conocido en las que tuve que aferrar mis dedos al vacío. Gloria y poder son su compañía. Sólo aman la libertad. ¿Montoisson es diferente? No lo creo. Aunque hoy desee romper sus votos para casarse con Hélène, la dejaría marchitarse a la sombra de un castillo mientras él volvía a sus cabalgadas. Por mi parte, creedme, sigo prefiriendo vuestras arrugas.

En la abrazó, sin sentirse aún seguro.

—Mis arrugas hacen sombra a vuestra belleza, querida mía.

Y me pregunto qué veis en mí.

—Todo cuanto los demás no poseen y nunca me darán. Con la excepción de un hijo. Enguerrand tiene la edad que tenía Montoisson cuando me dejó embarazada.

Jacques se apartó, sonrojado de nuevo por la angustia.

—No juzgué oportuno revelarle su paternidad, por temor a que me obligara a casarme —añadió, con una sonrisa burlona en los labios—. Ved, amigo mío, yo soñaba ya con otro. Con vos, necio.

La abrazó fogosamente y la besó con igual ardor, deseoso de marcar una vez más su territorio, como un animal al que otro hubiera retado.

—No soportaría perderos —gimió él mientras ella recuperaba el aliento.

—Tampoco yo. No hablemos más de ello.

—No le daré a Héléne —insistió, sin embargo, el barón, vengativo.

—Mejora porque ella no le quiere.

—Tampoco impondré a nuestra gente los rústicos modales de ese turco. Ni a las gentes de la comarca los desmanes de un regimiento, aunque sea de los hospitalarios.

—Lo apruebo absolutamente.

Sus miradas se encendieron.

Llamaron a la puerta y se separaron uno de la otra con desgana.

Marthe apareció en el umbral, con una bandeja de plata en la mano, con una jarra y una copa:

—Vuestra cerveza, señor —anunció depositándola sobre la mesa antes de llenarle la copa al barón, como cada día a aquella hora—. Gracias, querida Marthe —dijo Sidonie.

Aprovechando que el barón les daba la espalda, una mirada gélida, cargada de malsanas promesas, le respondió. A pesar de su noche demoníaca, la cólera de Marthe hacia ella no se había apaciguado. A la primera ocasión...

Sidonie tragó saliva. Seguirle el juego. Como si no sucediera nada. ¿Acaso no estaba ya acostumbrada a hacerlo desde hacía mucho tiempo? Se serenó.

—¿Has visto a Héléne? —preguntó.

—Aún no, mi señora, pero Algonde ha subido a su habitación hará casi una hora con su desayuno. No creo que tarde.

—¿Y el caballero?

—Se ha reunido con sus hombres. He prometido que le mandaría llamar en cuanto la señorita Héléne esté dispuesta. Con los preparativos de la boda, Gersende está desbordada.

—Bien hecho. Cuento contigo para ayudarlas en lo posible a ella y a su hija durante los próximos días. Te ocuparás de todo lo relacionado con el alojamiento de los invitados y de mi guardarropía, por supuesto.

Marthe, falsamente servil, asintió con la cabeza.

—Para disponer las tiendas necesitaría conocer el emplazamiento exacto del terreno de las justas. Supongo, mi señor, que Paréis indicármelo.

Sidonie se sobresaltó. También el barón, y fulminó a la camarera con la mirada.

—¿Habéis organizado un torneo?

Jacques, enojado, depositó sobre la mesa la copa que acababa de vaciar.

—Ignoraba que se lo ocultabais a vuestra dama, cuando lo sabe todo el castillo —se defendió Marthe.

—No se lo ocultaba, sino que se trataba de una sorpresa. Y di órdenes de no irse de la lengua, cosa que me parece que no es una de vuestras virtudes.

Suspiró.

—Bueno, dado que el mal está hecho, mejor será que sepáis toda la verdad. Enguerrand estará con nosotros.

Sidonie se quedó estupefacta.

—¿El torneo es en su honor?

—Creo que ha demostrado suficientemente su valor en los últimos tiempos.

Sidonie se lanzó a su cuello, presa repentinamente de una alegría pueril.

—¡Y os preguntabais por qué os quiero tanto! —exclamó ella.

A pesar de su deseo de abrazarla, dejó los brazos caídos, incómodo por la presencia de Marthe, cuyos ojos se habían achicado para observarlos mejor.

Al sentirlo tan distante, Sidonie también se dio cuenta de aquella promiscuidad. Se serenó de inmediato y se apartó.

—¿Cuándo llegará?

—Mañana o pasado mañana a más tardar. También he hecho que avanzaran las obras en la Rochette.

—Soy muy feliz, Jacques, y mi hijo también lo será pues os tiene gran afecto —aseguró ella, emocionada.

El barón la tomó de las manos y se inquietó aún más al notar que temblaban.

—Yo también le tengo mucho afecto y lo que me habéis explicado no cambia mis sentimientos.

Sidonie inclinó la cabeza antes de volverse hacia Marthe, que había comenzado a toser y a sorberse los mocos.

—Vaya, pobrecita hija mía, los miasmas de la necesidad os salen por la nariz —se burló el barón, que no se había dejado engañar por sus artimañas para estropearles aquel momento.

La harpía se encogió de hombros. Sidonie fue más caritativa.

—Bebed un poco de agua para aclararos la garganta.

Marthe sacudió la cabeza, volvió a sorberse los mocos y luego se calmó. Aclaró su voz.

—No es necesario —afirmó—, ya se me ha pasado.

—Mejor, así podréis dejarnos y aguardar a que os llamemos antes de subir —la conminó el barón.

Al salir ella, el barón se dio cuenta de que cada vez soportaba menos su permanente presencia. En cuanto estuvieran casados, debería mantener una conversación seria con su esposa respecto a esa cuestión.

Dado que no confiaba en que les dejaría tranquilos, barró la puerta.

—¿Es eso razonable? —se mofó Sidonie cuando él se dirigía hacia ella con paso decidido.

Por toda respuesta, la cogió por la cintura y la sentó sin vergüenza alguna sobre la mesa, junto a la bandeja que apartó enérgicamente. Sidonie rió ahogadamente mientras él le arremangaba las enaguas descubriendo la desnudez de su entrepierna.

—Vamos, Jacques...

—Ni una palabra, querida, o me enfadaré. Os deseo, aquí y ahora, y no es negociable.

Deslizó la cabeza entre sus piernas que acababa de abrir con las manos. Ella se

tumbó sobre la superficie de roble gimiendo de placer, aunque tuviera la nuca contra la arista de la mesa. Eran argumentos contra los que no podía luchar. Se abandonó, jadeando y con creciente impaciencia. Era en esos momentos con él y sólo con él cuando olvidaba sus actos pasados, la dominación de Marthe. Con Jacques disfrutaba de la ilusión de libertad. Gozó mordiéndose los labios, para no alertar al resto del castillo.

Llamaron a la puerta cuando el barón se ponía en pie, con avidez en la mirada y la mano en los calzones.

—Sus Señorías no están visibles, señor cura —oyeron al otro lado de la puerta.

Marthe. Su solicitud inquietó a Sidonie más que su cólera.

—¿A esta hora? —dijo el cura.

Sidonie no oyó el resto de la conversación. Con un fuerte impulso, aguijoneado por el resquemor de los celos, la penetró. Olvidando todo lo demás, ella se arqueó y ahogó un grito antes de apoyarse en los codos para responder al vaivén, más lánguido que de costumbre. A pesar del creciente placer que él despertaba en ella, vio en la mirada inquieta y en el rostro crispado del barón que su ardor sólo respondía débilmente a su deseo. Ella sintió, empero, un espasmo, a la espera del siguiente que la llevaría inevitablemente al orgasmo. Con los dedos agarrados a la parte exterior de sus muslos y la frente chorreando el sudor de su concentración, Jacques parecía sufrir al no poder quedar satisfecho él mismo. Se inmovilizó dentro de ella. Sus bocas se atrajeron. La besó con ardor mientras los dedos nerviosos de su otra mano deshacían los lazos del corsé. De nuevo la danza punzante de aquel sexo dentro del suyo, aquellos dedos que amasaban sus senos, la lengua que le relamía el aliento. Sidonie se agarró de los hombros de su amante, consciente de su dificultad para mantenerse firme dentro de ella y excitada a la vez por el temor de no poder gozar.

Una veintena de vaivenes. Violentos, desesperados. Jacques la empujó para salir de ella, con el rostro enrojecido, jadeante, antes de llevarse una mano a la verga para entregarle un poco de su soberbia.

—Date la vuelta —le ordenó él, con voz grave y ronca.

Sin el menor titubeo, Sidonie bajó de la mesa y pegó su vientre contra la superficie de madera. Recogiéndose en los hombros el espesor de la cabellera, le ofreció la visión de sus nalgas, firmes e idealmente carnosas. Hacía ya tiempo que no se contentaba con dejarse cubrir como una dama respetable. Le gustaban la carne, los juegos, los vicios y Jacques de Sassenage era de lejos el amante más experto y delicado que había conocido. Esa vez, sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos, sólo le ofreció una tímida caricatura de su verga y se rindió al cabo de unos minutos de esgrimir tristemente en su interior.

Sin rencor, ella se apoyó en su torso para dejar que los latidos desordenados de sus corazones se calmaran. Sus manos se entrelazaron. Jacques le dio un beso en el hueco del hombro.

—Creo —dijo con resentimiento hacia él mismo— que he presumido demasiado

de mi temperamento...

—Otro, aunque hubiera sido más joven, se hubiera estrellado igual, Jacques. ¿Acaso no me habéis satisfecho buena parte de la noche y de nuevo al despertar?

—Con veinte años menos, esta vez tampoco me hubiera curado del deseo hacia vos.

Ella se volvió y le acarició la mejilla.

—Veinte años menos y hubiera suplicado clemencia. Concedeos el reposo del guerrero.

—¿Acaso tengo otra elección? —suspiró él.

Ella sonrió.

—Para ayudaros, pensad en ese pobre cura párroco al que sin duda hemos escandalizado.

—Se necesitaría algo más para escandalizarlo, figuraos. Ayer mismo por la mañana le sorprendí mientras se dejaba libar la verga tras la cortina que lleva a la sacristía.

A ella la tranquilizó verle más animoso. Él la besó sobre el hombro y se apartó para arreglarse las ropas.

Sidonie dejó que las enaguas cubrieran de nuevo sus pantorrillas antes de volverse hacia él. Jacques le apartó un mechón que se había escapado de su cofia, y se lo puso de nuevo detrás de la oreja.

—Así —dijo él— desaparecen vuestros ultrajes.

—Pongámonos pues manos a la obra, en ese caso. Este lugar no es como La Bâtie para dar una fiesta, pero me gusta más que cualquier otro, Jacques, pues fue aquí donde nos amamos por vez primera. Quiero que se sepa y que quienes vengan no lo olviden jamás —concluyó ella, besándole en los labios antes de dirigirse a la puerta para abrir el cerrojo.

La abrió, miró fríamente a la sirvienta y recibió al párroco. Marthe aguardaba, apoyada en el montante de la escalera de caracol. La cruel sonrisa que le dirigió confirmó a Sidonie cuanto temía. La impotencia de Jacques no era más que el principio del castigo que les reservaba.

Aquella misma tarde, contra todo pronóstico, Philibert de Montoisson partió con sus hombres. Estaba enfurecido. Por más de una razón.

Pasada la emoción de volver a verle con mejor aspecto del que tenía cuando le dejó, Philippine se dio aires de indiferencia en cuanto hubieron almorzado. Y, sin embargo, él había organizado las cosas de manera elegante, se había informado acerca de un lugar no muy alejado de las miradas y empero aislado. Doña Gersende le aconsejó un banco a la sombra de un roble secular cuyo ramaje se extendía al este en el patio exterior y bajo el cual era costumbre en Sassenage darse el primer beso. ¿Acaso la camarera, que no se alejó de ellos, había advertido a Philippine? El caso era que en todo momento había estado a la defensiva, con las manos cruzadas sobre

las rodillas, inclinando la cabeza a menudo en señal de asentimiento a sus preguntas, sin apenas sonreír ante sus salidas ingeniosas cuando recordaba su risa en el huerto de la abadía. Luego trató de aturdiría con sus méritos y le habló de Oriente y de sus sortilegios, de la belleza de la isla de Rodas asentada sobre una roca como un diamante en bruto rodeado de lapislázulis. De las sangrientas batallas que los piratas libraban en el Mediterráneo y de las emboscadas de los turcos. Incluso evocó al príncipe Cem, sin empero desvelar detalle alguno de la misión a su cargo.

Aquella Algonde, bastante bella, eso debía reconocerlo, parecía más curiosa que su señora, y preguntaba dónde se hallaba Anatolia, de la que había oído hablar. Philibert le explicó que el príncipe Cem, precisamente, era originario de allí y que se había proclamado sultán de esa provincia durante la guerra contra su hermano Beyazid. Por un momento, al caballero le pareció que los papeles se habían trastocado, pues Philippine parecía distraída y su sirvienta muy atenta. Al cabo de dos horas de palabras estériles para su proyecto, Philippine se disculpó y, con el pretexto de que la próxima boda de su padre movilizaba a todo el mundo en el castillo, expresó su deseo de regresar. Él se infiltró en la brecha que ella había abierto inocentemente.

—Concedednos el tiempo de evocar vuestro matrimonio —le susurró él, tomándole la mano con autoridad.

Ella se sobresaltó y la retiró enérgicamente.

—¡Creía haber sido muy clara respecto a ese tema, señor!

Él insistió. Ella no quiso oír hablar de sus sentimientos, de sus alabanzas o de sus promesas.

—No os amo, y está todo dicho. Vuestros discursos no me harán cambiar. Os lo he escrito y persisto en ello. ¡No me casaré con vos y no quiero volver a oír hablar de ese tema!

Él disimuló su cólera tras una sonrisa afligida, con el deseo ardiente en su interior de tumbarla allí mismo sobre la hierba. Ella se puso en pie y él la acompañó hasta el castillo, con Algonde tras ellos, tenaz guardiana de la virtud de su señora. Ya pensaba él en el discurso que dirigiría a su padre para obtener su consentimiento a pesar de ella. Al fin y al cabo, no sería la primera que se doblegara a la razón a falta de amor. Sidonie, a quien si fuera necesario le refrescaría la memoria, apoyaría su causa. Philippine sería suya, se lo había jurado.

Una vez solo al pie de las escaleras de la puerta, preguntó dónde podía encontrar a Jacques de Sassenage. Tras pasar frente al herrero que, ocupado en su trabajo, ni siquiera levantó la cabeza a su paso, fue hasta una de las torres de vigilancia del patio interior y luego en dirección a la halconería. Jacques de Sassenage se enfurruñó ante él antes de responder a su petición con una negativa.

—Pero ¿qué me reprocháis, señor? —exclamó, agotados los argumentos con los que quería doblegarlo.

—Nada, os lo aseguro. Al contrario, me complace el interés que demostráis hacia

mi hija, pero soy uno de esos padres que se preocupan por la felicidad de sus hijos.

—¿Seríais capaz de casarla con un pordiosero si se hubiera enamorado de él?

—En absoluto —respondió Jacques, vejado por el insulto—, pero deseo un matrimonio que satisfaga a su corazón y a su razón.

—No me la concederéis...

—Nunca, sólo si ella me lo suplicara.

Philibert de Montoisson apretó los puños. Frente a él, imperturbables, dos halcones dormitaban en sus palos, aprisionados por una cuerda atada a una de sus patas mediante un brazalete de hierro. Más allá había otras rapaces atadas de igual manera.

La mirada del caballero distinguió la silueta del halconero a la sombra del acantilado, consagrado a sus tareas, a unos pasos de allí. No era el lugar idóneo para una pelea.

Sin duda, tras llegar a la misma conclusión, el barón se volvió y se dirigió hacia el castillo. Durante un tramo, avanzaron uno junto al otro, en silencio, cada uno sumido en sus sombríos pensamientos, y luego Philibert pasó de nuevo al ataque:

—¿Y por lo que respecta a la petición del gran prior?

—Decidle a Guy de Blanchefort que sería un honor para nosotros, pero que, como habéis podido juzgar, este castillo, por desgracia, no está disponible para sus proyectos.

—Barón, cometéis un error...

Jacques se detuvo bruscamente para enfrentarse a él, con el ceño fruncido.

—¿Me amenazáis, señor de Montoisson?

Cruzaron sus miradas y Philibert bajó la suya por conveniencia.

—Debo advertir a mis superiores. Comprended que, en consecuencia, no puedo permanecer bajo vuestro techo.

—No quiero reteneros —le despidió el barón al entrar en el patio interior.

Reconcomido por el odio y con la mente obtusa debido a una terrible migraña, el caballero había preferido no seguirle para saludar a Sidonie, de la que le habían dicho que estaría muy ocupada el resto del día. En cuanto a Philippine, puesto que era de su voluntad de la que todo dependía, tarde o temprano daría con el medio de obligarla a ceder, ¡aunque para ello tuviera que masacrar a sus rivales o pactar con la bruja!

Tal certidumbre no le serenó. Para colmo, la tormenta, tan violenta como la había presentido, estalló al cruzar la verja él y sus hombres. Pero Philibert de Montoisson hubiera preferido ahogarse bajo aquel diluvio antes que desandar el camino y confesar su derrota.

## Capítulo 23

Al día siguiente, la larga caravana de artesanos y comerciantes venidos desde todos los rincones de la comarca llegó finalmente al castillo y se detuvo en las inmediaciones, que aún eran un barrizal. Indiferentes ante el hecho de que se les ensuciara el calzado, saltaron de sus carros y de uno en uno se presentaron para recibir órdenes o para descargar su mercancía. Los pañeros orquestaron el baile de las rayas y festones destinados a las tiendas de los invitados mientras, desde hacía ya un rato, en el bosque circundante podían oírse los hachazos repetidos sobre los troncos de los árboles jóvenes. No tardaron en arrastrar los troncos con bueyes hasta el aserradero junto al Furon. Los carpinteros, encargados de las tribunas del torneo y del estrado, hicieron sonar en la explanada, en el exterior de las murallas, un concierto de chirridos y martilleos, a medida que les suministraban tablas. Aquel ajeteo reinaba también en el interior del torreón. Unos pinches suplementarios habían invadido la cocina y maese Janisse andaba ya desorientado y agitado. Sudaba la gota gorda. Mientras Gersende hacía llevar cerveza, vino, verdura, huevos, fruta y especias a la bodega del sótano, dispuesta incluso a sobrecargar los estantes y a tener que apilar los toneles, él verificaba la reserva de leña para sus hornos y fogones, ordenaba que cortaran más al tamaño adecuado, gruñía, maldecía y hacía aspa lentos, tan excesivo como era de ordinario.

En la sala del homenaje del castillo invadida por las costureras, las risas y los comadreo se multiplicaban, al ritmo de los dedos que medían, cortaban, hacían patrones, bordaban, enhebraban las agujas y luego cosían los dobladillos. En el piso superior al igual que Philippine en su habitación, Sidonie veía cómo las piezas de seda cubrían la amplia mesa y puntillas y velos se enrollaban a su alrededor.

Los días se sucedieron así desde el alba, ajetreados y alegres bajo un cielo plomizo y un calor asfixiante. Al caer la tarde, las nubes reventaban sobre los preparativos. Al amainar la tormenta, desplazándose desde el este, la noche daba paso a hermosos reencuentros bajo el manto de nubes que el viento tibio alejaba. Se sentaban entonces a la mesa junto al gran roble, bañados por la luz danzarina y alta de las antorchas. La sopa, espesa, se servía en escudillas. Se oían risas y las lenguas se soltaban. Luego, un caramillo resonaba con su timbre un poco agrio y le respondían cantos hasta que todos se dormían sobre unas mantas o incluso sobre la hierba húmeda aún de la lluvia que la tierra sedienta durante el día acababa de drenar.

Como todos, Algonde también se veía arrastrada por ese torbellino, de manera que había tenido poco tiempo para pensar en lo que había averiguado de boca del caballero de Montoisson. Sus últimas dudas, sin embargo, se habían disipado ante la presencia en tierras francesas de aquel príncipe otomano. Por descontado, ignoraba cómo le conocería Philippine; aún más puesto que Philibert de Montoisson se convertiría, estaba segura de ello, en un obstáculo de peso, pero aunque aquélla lo

rechazara con todas sus fuerzas, su destino estaba inexorablemente en marcha. Ella se aferraba empero aún a sus sueños de una vida junto a Mathieu. La víspera, el jovenzuelo se había acercado hasta su habitación, con aire inocente. Retorcía cómicamente su gorra entre las manos y bailaba sobre uno y otro pie mientras le dirigía miradas furtivas.

—¿Acaso tienes que confesar alguna bobada? —le preguntó Gersende, divertida ante aquella situación.

—No, en absoluto...

—¿Te envía tu padre?

—No, en absoluto...

—En ese caso, Mathieu, me parece que estás enfermo.

—No, en absoluto...

Algonde se echó a reír, ocultándose con la mano, preguntándose cómo su madre, que doblaba ropa, conseguía mantenerse seria. Era tal el sonrojo de Mathieu mientras trataba de dar con las palabras adecuadas que parecía bobo. Gersende se plantó ante él, con los brazos en jarras y una mirada inquisitiva.

—¿Acaso te estás burlando de mí?

—No, en absoluto —repitió de nuevo, sacudiendo la cabeza.

En ese momento, Algonde se echó a reír, como cuando se le declaró en el río. Herido en su orgullo, la fulminó con la mirada.

—Cuando estemos casados... —La amenazó agitando el índice.

Gersende se lo inmovilizó entre sus dedos regordetes y Mathieu bajó la cabeza ante sus aires falsamente furiosos.

—Para ello, mozo, necesitarás mi consentimiento. ¿Es eso lo que has venido a pedir?

Antes de que él pudiera abrir boca, Gersende le lanzó una mirada sombría.

—Piensa antes de contestar, ya que si por desgracia vuelvo a oír un «no, en absoluto», ¡te rompo el dedo!

—¿Sí, qué? ¿Quieres pensar o quieres casarte con ella?

—Casarme con ella.

—¡Ya está! ¡Ves como no era tan difícil! —se rió Gersende.

La tensión de Mathieu se relajó y los tres acabaron juntos la velada. Sólo esperaban el acuerdo de Sus Señorías para oficializar sus esponsales.

De golpe, Algonde quiso creer que tenía derecho a elegir. Rechazar su herencia, ser el juguete de sus sombras maléficas. Pero sentía que una parte de ella, sin duda la que pudría sus entrañas con el veneno de la serpiente mezclado con la semilla de Jacques, doblegaba su determinación en su trato con Philippine.

Olvidó la angustia que tal constatación le provocaba sumergiéndose con fervor en los preparativos y, en aquel momento, como otras mozas del castillo, estaba ocupada recogiendo flores en un campo en barbecho. Inclineda en la zanja junto al camino, Algonde alzó la cabeza al oír el galope de un caballo que se aproximaba. La silueta

del jinete le pareció familiar. Entrecerró los ojos y se puso la mano a guisa de visera para asegurarse. Su corazón dio un brinco. Enguerrand de Sassenage.

Con el ramo de flores en su delantal recogido, le esperó, con una sonrisa en los labios. A pesar de que el barón Aymar de Grolée, de quien era escudero, vivía a trece leguas de Grenoble en su feudo de Bressieux, Enguerrand no había vuelto a Sassenage desde hacía dos años. Tiró del bocado para inmovilizar el caballo frente a ella.

—¿Tenéis miedo de perderos la boda? ¡Vais con muchas prisas, señor! —le dijo ella.

—Tenía más prisa por darte un beso —exclamó él saltando de su montura para abalanzarse sobre ella entre las risas burlonas de las sirvientas.

Reverencialmente, Algonde le tendió la mano para que se la besara.

—¡Qué diablos! Antes me ofrecías tu mejilla —dijo él, llevándose sin embargo la mano a los labios.

—Antes no estaba prometida.

—¿Ah, no? ¿Acaso soñé el puñetazo que recibí en la nariz cuando tenía diez años?

—Sin duda, puesto que dijiste que habías resbalado en unas rocas...

Rieron con complicidad.

Aquella algarada cimentó definitivamente la amistad de los tres. Enguerrand pasaba mucho tiempo con ellos, jugando, compartiendo sus bromas. El día que Algonde cumplió ocho años, Enguerrand le regaló una pequeña joya de ámbar que compró a un buhonero y la besó en la comisura de los labios. Mathieu les sorprendió. Furioso, este último olvidó la más elemental de las reglas por la que un señor es el único dueño de sus tierras. \ le soltó un puñetazo. Tres días más tarde, sin haber denunciado a su amigo, Enguerrand se reunió de nuevo con ellos y le juró solemnemente a Mathieu que se mantendría alejado de Algonde.

—¿Cómo está Mathieu?

—Como todos aquí, cargado de trabajo.

—Bienvenido, señor Enguerrand —intervino la voz aguda de una pelirroja que se había aproximado para ofrecerle su ramo.

—¡Fióla! ¿Eres Fanette, la hija del herrero?

—Sí —se sonrojó la jovenzuela.

—Estás más guapa que cuando me fui.

—No era difícil —rió otra.

Fanette la fulminó con la mirada. La risa se generalizó. Con las flores en una mano y la brida en la otra, Enguerrand dirigió una mirada cariñosa a Algonde.

—Acompáñame, por favor. Me contarás noticias de todos.

Algonde no dudó un segundo y acompasó su paso al de él. Se alejaron del grupo.

—¿Cuándo será?

—¿Qué?

—La boda...

—Pronto, supongo. En cuanto el barón haya dado su bendición.

Enguerrand meneó la cabeza y suspiró.

—Ya le ha costado tiempo. Yo, en su lugar... Bueno, al fin y al cabo tu felicidad es lo primero puesto que es a él a quien amas.

—Deja de mortificarme. ¡Como si un señor pudiera casarse con una criada!

—Un señor a buen seguro que no, pero yo...

Ella se encogió de hombros.

—Siempre con el mismo cuento, por lo que veo aún le das vueltas a lo mismo...

Él apartó de una patada una piedra más grande que las otras de mitad del camino.

—Si supiera qué sangre corre por mis venas, tal vez sería diferente.

—Pregúntaselo a tu madre, si para ti tiene tanta importancia, porque para mí no tiene importancia alguna, Enguerrand. Tienes más aspecto de príncipe que de mozo de establo. ¿De qué tienes miedo? ¿De qué doña Sidonie se acostara con el jardinero?

—Preferiría a maese Janisse...

Algonde no pudo evitar echarse a reír.

—En serio, Algonde. Jamás le haría la afrenta de preguntarle eso pero sé perfectamente que el padre de mi hermano no puede ser el mío. No nos parecemos en absoluto, y además no tengo el alma de un Sassenage. Sólo sueño con aventuras y tierras lejanas, aún más desde que sirvo a Aymar de Grolée. Administrar las tierras, dar fiestas o doblar la rodilla como un cortesano me provoca pesadillas sólo de pensar en ello.

Algonde dudó un instante. Decírselo le aguaría la sorpresa pero callar...

—Me temo que no son ésas las ambiciones de tu madre y del barón.

Se sobresaltó y volvió la cabeza hacia ella.

—Cuéntame.

—¿Te harás el tonto llegado el momento?

—¿No es ese mi papel preferido?

—La Rochette. La están ampliando para ti.

Enguerrand frunció el ceño.

—¿Ves cómo llevaba razón? ¿Tendrían que hacerme ese regalo si fuera legítimo?

—No lo sé, pero el barón te quiere como a un hijo y eso debería bastarte.

Llegaron a la verja que separaba el cuerpo de guardia del patio exterior y se callaron. Hasta la puerta del torreón les acompañaron gentes del castillo que se precipitaban para saludar al jovenzuelo.

Mathieu les vio al subir la escalera de entrada cuando iba a llevarle una cesta a maese Janisse. Preguntó a Enguerrand con voz alegre:

—¿Siempre tienes que cruzarte en mi camino?

Enguerrand se volvió hacia él, con una sonrisa.

—Y ahí me quedaré para abrazarte —afirmó en voz alta y clara para abolir la distancia entre señor y sirviente.

## Capítulo 24

Guy de Blanchefort se enjugó la frente alta y amplia, víctima de la fiebre a la que no quería rendirse. El gran prior de Auvernia destinado a la custodia del príncipe Cem había abandonado su lecho al despuntar el alba, tras una noche de insomnio, reconcomido por un dolor de muelas. Había tomado ya una decisión. Durante el día iría a que un sacamuelas se la arrancara y se desharía de aquel premolar que le había provocado un absceso. Hubiera tenido que decidirlo la víspera, pero le distrajo la llegada de un mensajero. La misiva era breve. En ella se decía que el rey estaba agonizando, que moriría en cuestión de horas. A todas luces, y teniendo en cuenta el tiempo transcurrido para hacerle llegar el mensaje, pudiera ser que ya hubiera dejado este mundo.

Y la muerte de Luis XI tendría consecuencias para sus asuntos. Hasta aquel momento, Guy de Blanchefort había afirmado a Cem que el único impedimento para su encuentro era la enfermedad del rey. ¿Qué argumento podría darle para impedirle verse con su sucesor, el delfín Carlos? ¿O con la hermana de éste, Ana de Beaujeu, designada por el difunto Luis XI como regente hasta su hermano tuviera edad para gobernar Francia? Los hospitalarios jugaban un doble juego con los monarcas de la cristianad. Todos ignoraban que Beyazid les pagaba sumas colosales a cambio del cautiverio de su hermano. Para ellos, Cem se hallaba en un exilio voluntario. Para ellos, había renunciado a retomar el trono del Imperio otomano y sólo se hallaba bajo protección de los hospitalarios puesto que temía por su vida. Cem disponía, en la encomienda de Poét-Laval, de un ejército de trescientos izaros armados hasta los dientes que, hasta el momento, se habían mantenido obedientes a su paciencia. Pero con el paso de los días, Guy de Blanchefort sabía que esa paciencia se agitaba. Tarde o temprano la verdad saldría a la luz y no sólo Cem desearía vengar con sangre su honor mancillado sino que otros tratarían de apoderarse de él para disfrutar de los privilegios que la Orden se había reservado.

Guy de Blanchefort ya no tenía elección. Debía desarmar a los jenízaros lo antes posible. Se había acabado el tiempo de las reverencias. Durante el día, partirían mensajeros con destino a los prioratos vecinos con órdenes de acudir de inmediato con ochocientos hombres armados. Igualmente, cerraría a los visitantes las puertas de la encomienda en la que residían desde principios del verano, incumpliendo así la regla de su Orden. Esta última medida le causaba desazón, pero ya corrían rumores según los cuales el duque de Saboya disponía de un plan para secuestrar al príncipe Cem.

Cem había fraguado amistad con el joven duque con motivo de un encuentro fortuito. Guy de Blanchefort no había desconfiado y Cem, corroído por las dudas acerca de sus verdaderas intenciones, ya estuvo a punto de escapar en una ocasión. Si a ello se añadía que Beyazid había encargado que Cem fuera asesinado para ahorrarse su mantenimiento, Guy de Blanchefort contaba con buenas razones para reunir un

ejército.

A sus cincuenta años, y a pesar de ser el de mayor edad del grupo, el gran prior de Auvernia era aún un hombre corpulento. De constitución robusta, lucía en sus rasgos hundidos una autoridad natural y sabía hacerla valer. Por lo general. Aquel día, estaba harto de engañar. Se alisó con un gesto maquinal la barba que lucía en forma de punta de lanza a la manera oriental, antes de beber de un trago una copa de licor de almendras amargas. Se sirvió otro trago, pero dejó su copa junto a la carta que no conseguía terminar, distraído a la vez por el dolor y la irritación.

Sobre él, contra el muro desnudo de cualquier artificio, un Cristo crucificado le bendecía con su oblicua mirada de moribundo. La estancia, demasiado espaciosa, demasiado desnuda a excepción de la mesa de trabajo, dos incómodas sillas de tijera, un banco y un arcón, ofrecía el mismo aspecto que el resto de la planta compartida por los hospitalarios. Cem se hallaba en el piso inferior, con sus mujeres, sus compañeros y sus sirvientes, rodeados por el fasto de sus enseres y muebles orientales que acarreaban de un lado a otro. Un gran contraste. Guy de Blanchefort ya no se preocupaba por ello.

Se levantó de su escritorio y abrió la ventana que daba a las montañas circundantes. Necesitaba, más que otros días, impregnarse de su aire. Hasta él llegó ruido de cencerros. Observó el flanco del Poét y descubrió un rebaño de corderos. Los perfumes de ajedrea y de flores silvestres acariciaron su nariz, impulsados por un viento tibio. Suspiró, apaciguado durante unos instantes. Aunque sintiera cierta simpatía hacia el príncipe, no conseguía adaptarse al modo de vida de éste, tal vez una traza del odio que sentía hacia los musulmanes. El gran prior de Auvernia debía reconocer, sin embargo, que, lejos de la barbarie de su difunto padre, el príncipe Cem era mucho más refinado que muchos miembros de su cofradía.

Este pensamiento le llevó a Philibert de Montoison, de quien no tenía aún noticias. La idea de que pudiera no regresar de su misión le afectaba. Philibert de Montoison siempre había sido un compañero leal, fiel, pero tras aquellos dos años custodiando al príncipe Cem, su confianza en él se había debilitado. Y, sin embargo, nada flagrante le inducía a ello. Sólo detalles. Una mirada concupiscente al culo de una de las esclavas del turco, otra a una piedra preciosa de la que Cem hacía ostentación. Eran detalles, sí, pero que poco a poco le condujeron a la certidumbre de que Philibert de Montoison había cambiado. Guy de Blanchefort no ignoraba que, antes de unirse a ellos en Rodas, había llevado una vida de desenfreno. ¿Y acaso él mismo, en su juventud, no había disfrutado a ultranza de todos los placeres de la vida, antes de responder a la llamada del Señor y dejarse llevar por el deseo más Potente que cualquier otro de defender a la Iglesia y a la cristianad en los lugares más amenazados, sin jamás arriar la bandera, Pedir cuartel, retroceder o rendirse?

Desde hacía algún tiempo ya no creía que a Philibert de Montoison le animara la misma motivación. A buen seguro, y para Asolarse, Guy de Blanchefort contaba con el ejemplo de aquellos numerosos prelados de vientres prominentes y dedos cubiertos

de anillos que no por servir a Dios dejaban de satisfacer n, avaricia, y el de Charles Allemand, comandante de aquella plaza y sodomita en sus ratos muertos. ¿Podía así condenar a Philibert de Montoisson por haberse dejado pervertir por aquel ambiente donde todos se bañaban en contacto con el turco? El harén fue este último, formado por esclavas procedentes de todas las orillas del Mediterráneo era, por sí mismo, una llamada al vicio. Desde hada dos años llevaban una vida de corte de la nobleza. Juglares, bailarinas y malabaristas se sucedían tras las competiciones y fes partidas de caza. A todas luces, Philibert de Montoisson había sucumbido a todo ello. No era el único. Guy de Blanchefortlo sabía, pero los demás no habían formado parte de su escuela, la suya, la del gran prior de Auvernia. Sin mencionar el lazo secreto de su parentesco que todos, incluido Philibert, ignoraban, la verdad era que echaba en cara a este último no haber estado a la altura del afecto que hacia él sentía y de los votos pronunciado. Obediencia. Castidad. Pobreza. Guy de Blanchefort debía rendirse ante la evidencia. Tarde o temprano, Philibert de Montoisson rompería aquellos votos. Aunque no le creyera capaz de traicionarlos, el gran prior se había sentido aliviado al verle partir como negociador ante Jacques de Sassenage.

La semana anterior^ al ver que no regresaba, Charles Allemand se puso en contacto con su sobrino Barachim para pedirle asilo en su castillo de Rochechinard. A vuelta de correo, Barachim aceptó albergarlos. En cuanto Cem hubiera sido desarmado, se pondrían en camino para instalarse allí.

Guy de Blanchefort volvió a su mesa de trabajo y alzó fe copa.

«Diantre —pensó al sentir un agujijoneo en la mejilla—. Esa maldita muela me está mortificando como la hoja de mía espada».

Cuando se estaba enjuagando la boca con unas gárgaras para purificar su aliento del relente pútrido que sufría, llamaron a la puerta.

—¡Entrad! —dijo tras engullir el trago, sorprendido de que le molestaran a aquellas horas de la mañana.

Casi se ahogó al ver aparecer precisamente a Philibert de Montoisson.

Sucio de pies a cabeza, con los ojos rodeados por profundas ojeras negras, el rostro desfigurado por el cansancio y comido por la barba, no era más que la sombra de sí mismo. Guy de Blanchefort dejó de lado de inmediato sus tristes pensamientos y se dirigió hacia él.

—¡Por todos los santos del paraíso, Philibert! ¿Eres tú?

—Más en huesos que en carne, amigo, pero sí, soy yo. —Aún halló fuerzas para bromear el caballero antes de caer en brazos del otro.

A pesar de la suciedad que le recubría, Guy le dio un sincero abrazo y se apartó en cuanto le oyó gemir. Sabedor de la fuerza de carácter de su compañero frente al dolor, su manifestación era, por lo menos, inquietante. De hecho, la tela de sus ropas a lo largo del brazo y sobre el pecho estaba cubierta de sangre fresca que no había visto de buenas a primera.

—¡Dios mío! ¡Estás herido!

Por todo comentario, Philibert se dirigió hacia el escritorio, impulsado por la visión de una botella. Se la llevó a la boca y bebió la mitad del contenido de un trago. Guy de Blanchefort frunció el entrecejo, pero aguantó, plantado en mitad de la sala, que dejara sobre la mesa la botella y se hubiera enjugado los labios con la manga.

—Apelo a tu perdón —dijo Philibert de Montoison, dejándose caer en el lugar que Guy de Blanchefort había ocupado precedentemente—, pero lo necesitaba antes de explicarte mis nuevas.

Guy de Blanchefort se acercó a él, preocupado por su aspecto.

—Muéstrame el brazo.

—No es nada, sólo un tajo que se me ha vuelto a abrir al contacto de una rama.

Guy no le dio elección. Tomó un estilete de encima de la mesa y rasgó la tela.

—Está muy infectado —diagnosticó de inmediato.

—La verdad es que me lo temía —dijo Philibert con una mueca de dolor.

—Hay que curar la herida y cauterizarla al rojo. Te acompañare al hospicio.

Philibert le retuvo con su mano útil.

—Aún no, Guy. No he empleado mis últimas fuerzas cabalgando día y noche para rendirme al llegar a la meta.

—No hay nada que no pueda esperar.

—¿Ni siquiera la confesión de un amigo que ha fracasado?

Guy de Blanchefort tragó saliva. Así que sus sospechas eran ciertas. Se acercó a él y le palmeó el hombro.

—Ni siquiera eso.

Philibert de Montoison soltó una carcajada amarga.

—Ahí se hace patente la magnanimidad de tu alma. Y, sin embargo, vas a escucharme. Es necesario. Siéntate. Aún tengo algunas reservas y más tendré si haces que me traigan un poco de queso y de vino.

Guy de Blanchefort se dirigió hacia la puerta que abrió de par en par para llamar a uno de los conversos. La cerró de nuevo en cuanto hubo dado las pertinentes instrucciones, pues prefería dejar aquella conversación a su única discreción. Acercó un taburete a la mesa de trabajo, se instaló frente a Philibert que, enjuagándose de nuevo el gaznate, acababa de vaciar la botella.

—Para empezar —dijo tras chasquear la lengua y recostarse en los cojines de la silla de tijera—, debes saber que mi misión ha fracasado. Jacques de Sassenage no está dispuesto a dejarnos sus posesiones, y si no me equivoco de fecha...

—Hoy es veintiséis...

—Eso es, el veintiséis.

Soltó una risita.

—El señor de Sassenage está contrayendo matrimonio con la madre de mi hijo —refunfuñó Philibert de Montoison.

Guy de Blanchefort se sobresaltó y provocó una nueva risotada de Philibert. Además de a sudor, turba y sangre, ahora apestaba a alcohol.

—Has oído bien, Guy, pero estate tranquilo, fue mucho antes de que pronunciara mi voto de castidad. Eso no cambia nada de lo que en realidad me atormenta. La verdad es que ya no soy digno de tu confianza.

—¿Nos has traicionado?

Philibert de Montoisson movió la cabeza, dubitativo. ¿Era el cansancio, el alcohol o la sangre que había perdido? De repente se sentía extenuado. Ya no estaba seguro de nada. Se llevó una mano a la frente.

—Responde, Philibert —le ordenó la voz imperiosa de Guy de Blanchefort.

Aquel tono seco le hizo sobresaltarse, recuperar cierto dominio de sí mismo. Le miró a los ojos.

—En cierta medida, sí. Estoy enamorado.

Guy de Blanchefort se relajó un poco. Por un instante había temido que Philibert se hubiera aliado con los enemigos del príncipe.

—Otros lo han estado antes que tú. Te curarás.

Philibert apretó las mandíbulas.

—No lo creo, Guy. Soy todo cólera. Esa pécora me rechaza. Y puesto que la muerte de mi mayor me da derecho a ello, quiero casarme con ella. La quiero, ¿me comprendes?

La violencia contenida en aquella afirmación asustó a Guy de Blanchefort. Por lo que podía recordar, su discípulo jamás había manifestado algo semejante. Ante todo, debería calmarle.

—No malgastes tus fuerzas —le aconsejó— y dime quién es ella.

—La hija mayor de Jacques de Sassenage.

Philibert de Montoisson se sintió obligado entonces a explicarlo todo, con sumo detalle. Sólo omitió su intento de asesinar a Laurent de Beaumont, que había fracasado. Philibert supo de ello a mitad de camino tras enviar a uno de los soldados tras la pista de Garnier. A este último lo habían apuñalado los miembros de una banda de ladrones antes de poder dar con Laurent de Beaumont.

Tras concluir su relato, comió la mitad del queso y de la hogaza de pan que le habían traído. En cuanto al vino, no quedaba ni una gota. Guy de Blanchefort le dejó hablar sin interrumpirle, sin saber si debía alegrarse de aquella aventura o bien sentirse desolado. A fin de cuentas, la jovencuela había cristalizado lo que él ya había adivinado. Philibert de Montoisson se curaría, de eso no cabía duda, aunque en aquellos momentos su orgullo y su frustración de hombre se vieran maltrechos. El gran prior de Auvernia se sintió aliviado. Había temido lo peor. Lo peor no había tenido lugar y ya no sucedería.

—Vamos —le dijo apoyando una mano amistosa sobre el brazo útil— pase lo que pase, lo único urgente es reponerte.

—Te he decepcionado, ¿verdad? —preguntó Philibert con una mueca de amargura.

Guy de Blanchefort suspiró. ¿Cómo reprocharle lo que él mismo hiciera antaño y

cuyo secreto lo reconcomía? Apaciguó los ánimos de su amigo.

—Todos tenemos nuestras debilidades. La mía, ésa glotonería que me arruina la boca. Sufro por ello de una manera atroz, pero no puedo evitar catarlo... Aprecio que me hayas confiado la tuya. Eso no te aliviará demasiado ya que no quieres que se te absuelva, pero pena compartida a mitad perdonada.

Se sonrieron mutuamente. Guy de Blanchefort, tras leer su escapulario, fue el primero en ponerse en pie.

Unos instantes después, descendían la escalinata de amplios peldaños de piedra blanca que conducía al hospicio. Pasaron frente a una puerta maciza esculpida con el blasón de la Orden. Dos jenízaros armados con lanzas custodiaban la entrada. Por debajo de la puerta, se colaba una música.

—El príncipe ya se ha levantado —dedujo Guy de Blanchefort.

—A propósito —recordó repentinamente Philibert de Montoisson, al volver una esquina—, coincidimos con un griego que se dirigía a la ciudad. Nos preguntó si formábamos parte de la guardia del príncipe. Le escoltamos... A esta hora, debe de hallarse con Charles Allemand.

—¡Haberlo dicho antes! —exclamó Guy.

—Cuando subí a verte estaba bajo custodia...

—Deprisa —decidió Guy, antes de resumirle la situación en la que se hallaban.

Unos minutos más tarde le dejó en manos del cirujano y fue a averiguar por sí mismo de qué se trataba.

El hombre, voluble, que halló en el gabinete de Charles Allemand le desagradó de inmediato. A pesar de la riqueza de sus ropajes, su aspecto delataba la traición y el engaño. En cuanto Guy de Blanchefort franqueó la puerta, además, el griego volvió la espalda a su interlocutor y se abalanzó sobre él para postrarse a sus pies. A pesar de su detestable acento, visiblemente hablaba francés.

—Bendito seas, señor, bendito seas —martilleó alzando hacia él un rostro de sonrisa desdentada y mirada de garduña.

Apeataba a rancio y a excrementos.

—¡Basta ya! ¡Tus modales me incomodan! —exclamó Guy de Blanchefort, que contaba con experiencia suficiente para no dejarse engañar.

El hombre unió sus manos y retrocedió, sin dejar de dedicarle reverencias fuera de lugar.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Se llama Hussein Bey, es un renegado griego y pretende ser un enviado del sultán Beyazid —respondió en su lugar el comandante Charles Allemand, cuyos rasgos algo afeminados no dejaban adivinar su ardor en el combate.

—Así es, señor. Bendito seas por tu gran bondad.

El griego comenzó a rebuscar febrilmente entre los pliegues de su túnica y extrajo de ellos un mensaje doblado y lo mostró cual trofeo.

—Tengo una carta, señor. Una carta para el príncipe, de su hermano, que Alá

todopoderoso le proteja.

—Dámela, yo se la entregaré —dijo Guy de Blanchefort, tendiéndole la mano.

El griego escondió de nuevo la misiva entre los pliegues de sus ropas y retomó sus zalemas.

—Por el Dios todopoderoso de los cristianos, señor, qué más quisiera yo, pero lo prometí. Aun a riesgo de mi vida, si fuera necesario. Hussein, me dijo mi señor, que Alá todopoderoso te proteja, pero debes entregarla personalmente.

Exasperado, Guy de Blanchefort se abalanzó sobre él. El hombre se encogió en una servil reverencia.

—Bendito seas gran prior, en tu gran bon... ¡Ahhhhh! —concluyo llevándose la mano a la oreja por la que Guy de Blanchefort e había agarrado y levantado en volandas.

—Vamos a ver, ¿a quién vas invocar ahora, al Dios de los musulmanes o al de los cristianos?

—Al que tú prefieras, gran prior, al que quieras... ¡Ay, ay, ay! Aporreó la mano que le martirizaba tironeando aún más de su oreja. Charles se echó a reír y se plantó ante él para recuperar la Carta, a pesar del pataleo del tiparraco que trataba de impedirsele.

—Estate quieto, maldito gusano, o te cortaré en pedazos para ver si te vuelven a crecer las partes como a tus congéneres.

—Piedad, piedad, señor. Si me la quitas, moriré.

—Si te obstinas, a buen seguro morirás —refunfuñó Charles Allemand plantándole la punta del cuchillo en la garganta.

Hussein Bey se quedó quieto.

—No me mates, señor, tengo doce hijos que alimentar —le suplicó alargando el cuello.

—Vaya, pero si esto es la cueva de Alí Baba —exclamó el comandante Charles extrayendo de debajo de sus ropas, además de la misiva sobre pergamino, un puñal curvado con una empuñadura de nácar ricamente adornada con pedrería.

—Piedad, piedad —se lamentó el hombre—. No soy más que un emisario y mi señor, el sultán, me hará empalar.

—¡Qué disfrute, pues! —se burló Charles, retirando la hoja de su cuchillo.

Guy de Blanchefort le soltó. Con el vientre desinflado, Hussein Bey se frotó la oreja, con una mirada turbia y vengativa, mientras Charles desplegabla el pergamino.

—No es turco, y tampoco griego —constató. Aunque no hablara esas lenguas, sabía reconocer sus alfabetos.

—No lo sé, lo juro, no sé nada —dijo Hussein, agachándose, protegiéndose las orejas con las manos, frente a la inquisitiva mirada de Guy de Blanchefort.

—¿Cómo es que hablas tan bien la lengua franca? —le preguntó Charles Allemand.

—No lo sé, no sé... —quiso repetir, ensordecido por el contacto de las palmas de

sus manos.

El comandante le amenazó con la hoja de su cuchillo. Hussein Bey apartó las manos y las unió de nuevo en una muda oración. Charles Allemand repitió su pregunta con un gruñido que auguraba las sevicias que estaba dispuesto a hacerle sufrir.

—No soy más que un emisario, señor. El sultán, mi señor, Alá todopo...

La mirada torva de Guy de Blanchefort le condujo a una mayor concisión.

—Me enseñó.

Los dos hombres buscaron la mutua aprobación en la mirada.

—Quédate en la ciudad. Si tu carta exige una respuesta, sabremos como dar contigo.

—¿Puedo quedarme con mi puñal? Será necesario que me proteja de los bribones —aventuró dirigiendo su mirada al objeto que Charles Allemand había depositado sobre el ángulo de su mesa de trabajo.

Guy de Blanchefort se lo tendió, y el hombre retrocedió sin plantear otras demandas.

—Vayamos a ver a nuestros intérpretes —sugirió Guy Blanchefort. Quisiera conocer el contenido de la misiva antes de entregársela a Cem.

Tras esta decisión, abandonaron la sala. El dolor de muelas de Guy de Blanchefort debería esperar.

## Capítulo 25

Aquella mañana del 26 de agosto del año de gracia de 1483, el príncipe Cem estaba de mal humor.

—Ámame una vez más —murmuró a su oído la dulce Almeida antes de mordisquearle la oreja.

La rechazó con un gesto cariñoso pero decidido.

—Déjame, estoy harto de tus caricias.

A sabiendas de que no era aconsejable contrariar a su señor cuando estaba atormentado, Almeida desapareció deslizándose sobre las sábanas cual una pantera. La griega tenía la particularidad, además de su incomparable belleza y de la sedosa suavidad de su piel ambarina, de llegar sin que uno la percibiera y de desaparecer de igual manera. Era la preferida de las seis mujeres que constituían aquella especie de harén. Cuando Cem volvió la cabeza, ella se había fundido con la penumbra que bañaba la estancia y había desaparecido. Sólo perduró aquella endecha interpretada por uno de los músicos a los que se había llevado al exilio. No alcanzaba a distinguirlo pero sabía que el viejo ciego, como de costumbre, se hallaba acurrucado al fondo de la habitación. Durante los fastos amorosos, Cem necesitaba aquella melopea que le llegaba a lo más hondo del alma. Procedía de su abuelo Beyazid I, quien la había heredado de su madre. Le permitía borrar el decorado que le rodeaba, las humillaciones dulzonas, las promesas abortadas. ¡Tantos engaños! Se fustigó una vez más. ¿Por qué no había hecho caso a sus consejeros?

«¡No se puede confiar en esos perros cristianos!», exclamaron aquéllos al unísono. Se negó a escucharles. En nombre de su madre y de su fe, intacta durante tantos años enamorada de su esposo musulmán. Desde su infancia, Cem había visto a aquella princesa, prima del rey de Hungría, rezar por aquéllos a los que Mehmed II el Conquistador atravesaba con su lanza y a la vez celebrar las victorias de éste.

—Todos tenemos el mismo Dios, hijo mío, sólo nuestros profetas son diferentes. ¿Sabes que la palabra divina le fue revelada a Mahoma por el arcángel Gabriel?

No, no lo sabía. Y entonces ella le explicaba lo que guardaba en su corazón, orgullosa de ser la Khanum, la que dirigía todos los gremios de oficios de los que dependía la buena marcha del palacio, pero aún más de ser la preferida del sultán, eclipsando con su inigualable belleza a las demás mujeres del harén Homayun.

—Zizim, Zizim querido —le susurraba ella a la oreja, rechazando desde siempre llamarle Cem—, tu padre es el más rico y el más justo de todos los hombres de la tierra. Su imperio, de Cilicia a los Cárpatos y del Peloponeso a Crimea, es tan vasto que en una vida entera a caballo no podrían explorarse todos sus pueblos. El emperador reina sobre el comercio del mar Negro y del Mediterráneo. Pero ése no es su mayor tesoro. Su riqueza, su orgullo, eres tú, Zizim.

—¿Por qué soy diferente de mis hermanos, Annadjun?

—Tú eres mi hijo —respondió ella alzando la cabeza y sumergiéndose en el brillo

profundo de sus ojos de un azul intenso.

De ella había heredado Cem la belleza altiva de su rostro. La nariz aguileña, las cejas espesas pero bien trazadas, la boca delicadamente dibujada, el mentón fino y la piel morena le proporcionaban un encanto incomparable realzado por su alta estatura y su marcada musculatura. Su madre se enardecía de orgullo al verle.

—Eres mi hijo, Zizim, pero también el elegido. El hijo de ambos mundos, el cristiano y el musulmán. La viva representación Para tu padre de lo que Dios le pidió al armar su brazo: la tolerancia, por doquier.

Ella se enardecía.

—Eso es lo más importante de todo. Lo más importante. El poder al servicio de las disparidades culturales y religiosas. Tú eres la piedra angular. Por eso el sultán te ha elegido a ti para sucederle. Para gobernar el imperio y preservar eso ante todo. Su gloria en el reino de los cielos.

—Pero es contrario a nuestras costumbres. Es Beyazid quien debería sucederle, él es el mayor.

Sophia, llamada Çiçek Hatoune, hinchó aquel día el torso hasta que de su túnica asomó la forma generosa de sus senos. Su rostro adoptó un rictus de desprecio y, con el puño, cubierto de múltiples anillos de oro, hizo un gesto que denotaba su hartazgo.

—¿Ese taimado, ese gandul que huele a opio? ¿Qué puede comprender ese de todo esto? ¡Se parece a su madre! Beyazid sabe que es hijo de un matrimonio de conveniencia política y que no vale para nada. Tú te harás con el trono y harás que lo ejecuten, como a su hermano Mustafá. Así debe ser.

—Sin embargo...

—No hay pero que valga. Siéntate y te enseñaré los mandamientos de la religión cristiana y deja de llevarme la contraria. Tú serás sultán, hijo mío. Así lo ha decidido tu padre y también Dios todopoderoso.

Tenía entonces diez años, pero desde aquel día, Cem estaba desgarrado entre aquellos dos mundos. Dos mundos que pronto se revelaron cubiertos de sangre, de honor y de poder tras la fe. Dos mundos que, desde hacía tres años, había descubierto que tan ciegos eran el uno como el otro ante la verdadera misericordia.

Su madre se había equivocado. No era el elegido de Dios. Tampoco el de Alá, como creía su padre.

En aquel momento, en realidad, no era nada, apenas una estaca plantada en medio del desierto y por la sombra de la cual se peleaban los escorpiones.

Cerró de nuevo los ojos. Trató de provocar las imágenes que el desgarró del *rehab* evocaba. Una onda recorrió el vello negro y denso que le cubría el cuerpo. Un escalofrío con el que alimentaba su secreto desamparo.

Dibujó en sueños el contorno triangular de la antigua Constantinopla, bordeada al sur por el mar de Mármara, al norte por el estrecho golfo del Cuerno de Oro y de este a oeste por las setecientas torres de las fortificaciones que protegían las casas blancas

y los palacios sobre más de trescientas hectáreas. Esbozó luego las numerosas y macizas puertas esculpidas que atravesaban a diario comerciantes llegados de todos los rincones de Europa y de Asia, en carretas tiradas por asnos. Podía verlos. Les oía responder a los soldados que debían vigilar el paso mientras chiquillos andrajosos se encaramaban a los cargamentos para robar unos dátiles. Peregrinos con el rostro cubierto por las capuchas se cruzaban con ellos, pasando junto a las ruedas de los carros. Otros, con la frente gacha bajo su turbante, ladrones de día y asesinos de noche, robaban una bolsa al paso de los peatones. Entre aquel ajetreo, nadie se daba cuenta. Todo era movimiento, transformación en la multitud que como una ola llegaba hasta el centro de la ciudad por sus callejuelas estrechas bañadas de polvo rojo. El olor a almizcle se mezclaba con el de la mugre y el sudor, el del aceite de oliva en vasijas, el de las frutas demasiado maduras de las que algún mono se apropiaba antes de encaramarse de nuevo al hombro de su dueño. Con el pensamiento, al hilo de su memoria, él, Zizim el prudente, se adentró hasta el zoco, atraído como de pequeño por el perfume y el color de las especias. Reconocía sus matices: las pimentas, del beis ocre color de arena al negro profundo de la noche, la pimienta de las montañas de Anatolia, la cúrcuma, la canela, allá en aquel pequeño cofre conservada como un tesoro, la flor de azafrán, sin parangón con ninguna otra. Rojos y anaranjados robados a la suntuosa puesta de sol y a las dunas movedizas. La mezcla de perfumes devoraba cualquier otro olor en el ambiente, purificaba el aire y fe despertaba el hambre. Daba igual, porque al volver la esquina de un viejo muro blanqueado con cal, le aguardaría un pedazo de Cawa macerado en hierbas aromáticas y asado al punto, a menos que no le arrancara una pata a un pollo que diera vueltas en el espetón y dejara caer en una copela depositada sobre las mismas rasas una grasa ambarina desglasada con zumo de limón. Se cupó los dedos. Esperar aún, prolongar el paseo. Dirigir su mirada a los puestos de venta. Evitar las alfombras persas extendidas a sus pies, acariciar con dedo de entendido las sedas de Damasco, una telas tornasoladas que la inclinación del sol hacía aún más cambiantes, allá unos narguilés, jarros de arcilla, teteras de cobre.

Los dejó atrás. Conocía el camino. Andaba en busca de aquel hombre con unos ojos tan achicados por la profundidad de las arrugas que se creía que no tenía ojos. Justo al lado de los porteadores de agua. ¿Cómo se llamaba? Ali Ben Said. Sí, eso era. Ali Ben Said y sus sementales. Los más bellos animales del reino capturados en las montañas del Cáucaso, veloces como el rayo, fieros como vírgenes, de pelo negro azulado y musculatura bien definida. Allí estaban los caballos, al lado del mercado de esclavas, apenas retenidas por un cerco. Uno de ellos se alzaba sobre sus patas traseras, golpeando el aire con las delanteras, con mirada oscura, los labios retraídos en un relincho amenazador, desconfiado ante la mano tendida hacia él por un derviche barrigón. Cuánto desearía Cem tocarlo también él, soplarle en los ollares, acariciarle la grupa, domarlo, agarrar entre sus dedos su crin y montarlo a pelo para recuperar aquella libertad de la que siempre se había sentido tan orgulloso. Formar

uno sólo con él, la mejilla contra el cuello y llegar hasta el Cuerno de Oro. Detenerse un instante sobre el puerto para contemplar las falúas que, entre veleros de varios tonelajes, cabeceaban en un lento balanceo mecidas por la brisa. Luego, de nuevo, remontar al triple galope las centelleantes aguas del Bósforo. Galopar con las bridas sueltas hasta el antiguo castillo bizantino, allí donde su padre le confirmó por primera vez lo que su madre le susurraba en voz baja: «Tú serás sultán, hijo mío...».

Tiraría del bocado frente a las puertas que, al cerrarse aquel día, habían emparedado su destino, y alzaría la cabeza para seguir el vuelo de una rapaz antes de descender la colina, para luego ascender el promontorio entre el Cuerno de Oro y el mar de Mármara. Desde allí se distinguía el palacio de Topkapi, elevándose cerca de la garganta por la que su padre, unos años antes, hizo su entrada como vencedor en la arrogante ciudad y la rebautizó Estambul. Desde allí arriba, seguiría las puntillas ocres del macizo de los Dardanelos, deslumbrado por el reflejo del sol sobre la cúpula dorada de Santa Sofía y dejándose acunar por el canto de un muecín llamando a la oración. Santa Sofía. La joya de Oriente. Aquella perla bajo cuya cúpula tantos cruzados, con sus reyes a la cabeza, se habían recogido a lo largo de los siglos. ¿Cuántas veces había entrado allí antes de acceder a sus funciones de gobernador de Katmuni? ¿Cuántas veces se había arrodillado él, musulmán, para rezarle al Dios de los cristianos como hacía ante Alá, que diera larga vida a su padre? Aquel recuerdo era tan poderoso en aquel momento que casi podía sentir en su nariz el perfume dulzón del incienso y ver ante sus ojos cerrados el dulce resplandor de miles de velas.

—¡Serás perro, Beyazid! —murmuró, convencido de que su padre no había muerto de gota como le habían anunciado.

Sabía que su hermano le había hecho envenenar. Cem estrujó la sábana con el puño cerrado.

—¿Queréis que siga tocando, príncipe? —preguntó el viejo ciego que al perder la vista había afinado su oído.

¿Cuánto tiempo hacía que ya no sonaba música?

Cem era incapaz de decirlo pues formaba parte de él, como las escenas de aquel imaginario recorrido que hacía cada mañana para no olvidar, jamás.

—Tócame esa endecha que me cantaba mi madre —le pidió Cem para calmar su ira.

Se dejó mecer por la música, recordó la dulzura de su rostro, su cabellera dorada retenida por una sarta de perlas. ¡Cuánto la echaba de menos! ¿Seguía aún con vida? Beyazid amenazó con matarla si él se resistía. No tenía otras noticias de ella más que las que su hermano había querido darle.

Suspiró con tristeza, vencido de nuevo por el peso que cargaba sobre sus hombros.

Engaños, mentiras... Ya no podía confiar más que en sí mismo y en sus tres compañeros y amigos, Huchang, Nasuh y Anuar, los únicos que nunca le habían traicionado. Aquella mañana de nuevo debería fingir su credulidad. Estaba harto de

aquel papel, pero tal vez, si el joven duque de Savoya cumplía su promesa de ayudarle a evadirse, conquistaría su libertad a ese precio. Abrió los ojos. Los perfumes de especias de su infancia no eran más que una engañifa. Él, cuya erudición superaba ampliamente la de la mayoría de los reyes; él, que en Katmuni se había codeado con poetas y sabios, había aprendido geografía, ciencias e historia sabía traducir el persa y hablar la lengua franca, griego e italiano debería combatir con las fuerzas de la desesperación a aquellos que le despreciaban tanto como para creerle estúpido. Era más guerrero, caballero y valiente que cualquiera de sus carceleros. Llegado el momento, los hospitalarios lo descubrirían a sus expensas. Tras esta reflexión, Cem se incorporó y tiró de la cuerdecilla que colgaba junto a su cama.

Una sirvienta apareció de inmediato y abrió las persianas interiores de la habitación.

—¿Habéis dormido bien, príncipe? —preguntó.

Iba a responderle cuando la impresionante envergadura de Huchang se recortó en la puerta. Aquella corpulencia siempre le había inspirado seguridad a Cem. Con el apurado afeitado de todas las mañanas, la piel oscura de su compañero relucía en el óvalo regular de su rostro casi tanto como su mirada chispeante. Bajo el bigotillo bien recortado, la boca parecía no poder contener las palabras. Cem despidió a la sirvienta y el músico se marchó con ella, con los dedos fatigados tras tocar el rebab durante horas.

—Habla —le dijo en cuanto se quedaron solos.

—Hussein Bey ha estado aquí. Me lo he cruzado cuando él salía de la plaza y yo regresaba de entrenarme en el manejo de las armas. Me ha dicho que le había entregado una carta para ti a ese perro sarnoso de Guy de Blanchefort, que no le ha permitido verte.

Cem apretó las mandíbulas.

—Si no me la trae, iré a reclamársela —afirmó—. Vuelve a la ciudad y busca al griego. Dudo que mi hermano le haya enviado aquí sólo como mensajero. Hay que averiguar qué se trae entre manos.

—Tal vez la carta esté envenenada —aventuró Huchang.

—El intérprete de los francos será el primero en tocarla —se regodeó Cem.

—En ese caso, ya no hay peligro.

—En cuanto Hussein Bey haya hablado y si esa carta no exige respuesta, mátale.

Huchang inclinó su hermosa cabeza cubierta con un fez rojo rodeado con terciopelo azul. Nada le haría más feliz que liquidar a aquel chacal.

Salió y Cem se levantó para hacer sus abluciones y vestirse.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. No bien acababa su colación, sentado en el suelo sobre una alfombra persa entre almohadones y rodeado de sus mujeres, cuando Guy de Blanchefort se anunció, con la carta, roto el sello, en mano.

—Buenos días tengáis, príncipe Cem.

—Salam aleikum, amigo mío. Almeida, déjale sitio al gran prior.

La favorita se apartó contoneando las caderas y mostrando unos muslos finos. Bajo el forro blanco de su abrigo podía adivinarse su desnudez. Su belleza era espectacular y Cem sabía que, aunque fuera monje, el caballero no era insensible a la misma. Lo utilizaba a su antojo, mezquinamente, como una irrisoria revancha. Guy de Blanchefort tomó asiento y le entregó el pergamino.

—Me han entregado esto para ti, de parte de tu hermano —dijo.

—La has abierto y te estoy agradecido. Esa precaución para ponerme a salvo del veneno que hubiera podido contener me llega al corazón, amigo mío.

Guy de Blanchefort sonrió, algo desconcertado. A todas luces, era una hipótesis que no había contemplado. Al leer la carta, Cem comprendió por qué finalmente se la habían entregado: estaba escrita en farsi, una lengua que no utilizaba ninguno de los traductores. Frunció el entrecejo sobre sus ojos azules.

Felicitándose interiormente por las órdenes dadas a Huchang, aparentó desolación y sacudió la cabeza.

—Mi hermano me pide que reconozca la legitimidad de su reinado y que regrese a Estambul. Me asegura a cambio que mi vida estará a salvo y que cuento con su afecto. Por desgracia, las palabras no me engañan. Conozco la tradición mejor que nadie y me hará decapitar en cuanto ponga un pie en la ciudad soberana.

—Soy del mismo parecer, Cem. El sentido común nos dice que confiéis aún en nosotros para protegeros. Incluso en tierras de Francia estáis en peligro.

—Contáis con mi agradecimiento —afirmó falsamente Cem, antes de dar unas palmadas y de añadir, en un tono tan alegre como le era posible—: Danzad, mujeres, para mi amigo...

Esperando que aquello fuera el suplicio de Tántalo para el gran prior, disfrutó de verdad cuando comenzó la música y vio a las mujeres contonearse moviendo las caderas, los brazos y los senos.

Cuando Huchang regresó por la tarde, Cem se relajó de la tensión que durante todo el día le había impelido a refugiarse tras una máscara festiva. Antes de morir por la punta curva de su propio puñal de nácar, Hussein Bey confesó su verdadera misión: entrevistarse con el rey de Francia. A cambio de la promesa del rey Luis XI de que impediría por cualquier medio que Cem se alzara contra él, Beyazid le ofrecía, además de una suma considerable, reliquias cristianas conservadas en Estambul. El griego, sin embargo, había fracasado. El rey se negó a verle y escucharle. Estaba agonizando.

Aquella noticia dejó a Cem a la expectativa. La maniobra de su hermano demostraba que aún le temía, mientras que la muerte del rey originaba nuevas dificultades. Luces y sombras. Siempre.

El verdadero consuelo se lo aportó un grito terrorífico a última hora del día. Salió de sus estancias para informarse de la procedencia del mismo y se encontró con

Anuar, su hermano de leche, el tercero de sus fieles compañeros de infortunio, que se reía con Nasuh.

—Es Blanchefort. La muela que le estaban arrancando se ha roto y el verdugo horada desde hace diez minutos en su carne para tratar de extraer la raíz.

Si Cem no le hubiera guardado tanto rencor por sus mentiras, habría ido hasta él con aquella damajuana de cristal azul cubierta con una redecilla de hilo de plata que una bruja le diera años atrás en Anatolia. Sólo dos gotas de aquel elixir ambarino que contenía y el gran prior hubiera sentido un alivio inmediato. En lugar de ello, sin embargo, el príncipe festejó con los demás el mal rato que estaba pasando su carcelero.

## Capítulo 26

Aquella mañana del 26 de agosto, Sidonie se revolvía de impaciencia en el vestido que Marthe le anudaba. A la vez, estaba helada. Las uñas de su camarera le arañaban la espalda pero no osaba quejarse.

—Ya está, ya estás lista para ese cerdo... —gruñó Marthe.

La puerta estaba cerrada. Se hallaban a solas. Era innecesario fingir. Sin contemplaciones, Marthe la agarró de los hombros y la obligó a darse la vuelta. La dureza de su mirada no permitía escapatoria alguna.

—No lo olvides, si esta boda se celebra es porque yo lo permito. En cuanto te desvíes del camino, él morirá. Un solo desvío...

—No puedo controlarlo todo —intentó Sidonie, negándose a imaginar de qué sería capaz para castigarla.

—Pues tendrás que hacerlo. No volveré a tolerar que me trate de esa manera. ¿Lo has entendido?

Las uñas de Marthe se hundieron en sus riñones mientras la atraía violentamente hacia sí. Sidonie dejó escapar un gemido de dolor que se perdió en el aliento de su verdugo.

—¿Acaso prefieres que le cuente cómo murió de verdad tu primer marido? ¿O el placer que te dio su agonía?

—Calla —suplicó Sidonie cerrando los ojos.

Cuánto hubiera deseado poder borrar aquellas imágenes del Sabbat diabólico. Ella no era verdaderamente responsable de lo sucedido. Fue Marthe quien lo orquestó todo, quien lo organizó para perderla. La drogó, la hechizó.

—Bésame —le ordenó la camarera clavando con más fuerza sus uñas.

De los ojos de Sidonie brotaron unas lágrimas como las gotas de sangre que notaba cómo se ahogaban en el granate de su vestido. Sus labios buscaron la boca venenosa, con una mezcla de asco y deseo, aunque sabía que el segundo se impondría, como todas las veces en que Marthe la obligaba a beber de ella. Podía tratar de deshacerse de ella, pero era como un veneno. Una ponzoña que aquella criatura había destilado en sus venas cuando la violó en una noche de luna llena. Sidonie se encabritó y jadeó. Marthe la rechazó, dominadora y cruel.

—¡A buenas horas! —Se carcajeó—. Me perteneces, sólo a mí.

—Haré cuanto desees, pero no le hagas daño a Jacques. Sabes cuánto le quiero —suplicó Sidonie, desesperada una vez más ante sus propias reacciones.

—¡Oh, sí, ya lo sé! ¿Acaso no me deshice de su esposa para que tú lo tuvieras a él?

Sidonie cerró los ojos.

—No me culpes de ese crimen. Si hubiera sabido lo que tramabas, jamás te lo habría permitido. Jamás. Jeanne era una santa y no se merecía lo que le hiciste.

Marthe rió.

—¿De qué te lamentas? Contra toda expectativa, sigue viva y tú disfrutas de su esposo. Las cosas no podían haberte salido mejor.

Sidonie tuvo ganas de vomitar.

—Cada día descubro que eres más monstruosa e inhumana —murmuró, sin saber si se lo decía a sí misma o a Marthe.

—Pero si es eso lo que soy, querida, monstruosa e inhumana. Basta. Acabemos de vestirte para la boda, las campanas acaban de sonar y ya estamos rodeadas de plebeyos que, junto con los notables que Jacques ha invitado, sólo aguardan para llenarse la panza.

En un silencio mórbido, Sidonie se dejó arreglar el vestido, Peinar y maquillar. Su tristeza desapareció bajo el maquillaje, ilusión. ¿Cómo había llegado a detestarse tanto? Sólo con él, con Jacques de Sassenage, se sentía renacer y olvidaba el yugo impuesto por aquella bruja. ¿Por qué se encarnizaba tanto con ella? Cada vez que había tratado de preguntárselo había topado con un muro de desprecio.

—Hacerte sufrir me ayuda a vivir —respondía.

Y, sin embargo, Marthe podía ser de una amabilidad y una dulzura extremas. Sobre todo con los niños. Pero sólo era una treta para mejor hincar sus garras. A menudo, tras haberla visto así, Sidonie había descubierto que en los alrededores se había producido algún acto diabólico. No le perdonaba que hubiera recurrido a aquellos bribones para eliminar a su prima Jeanne. Cuando Marthe se lo confesó, trató de quitarse la vida cortándose las venas. Pero aquella demoníaca criatura la encontró desangrándose en el suelo, allí donde un tiempo antes, tras asesinar a su esposo, se entregó a varios hombres.

—Sólo yo tengo derecho de vida y de muerte sobre ti —le dijo la camarera alzándola en brazos.

Tres días más tarde, no quedaba ni rastro, ni una cicatriz en sus muñecas. Aquel día Sidonie se dio cuenta del alcance de sus poderes. No podría escapar. A menos que...

—¿Por qué me lo has concedido? No haces nada por la bondad de tu alma. ¿Por qué permites que me case con él si tanto le detestas? —preguntó, curiosa súbitamente acerca de aquella incongruencia.

Marthe acabó de ajustarle el capirote, indiferente.

—Sé que algún provecho obtienes —insistió Sidonie.

—Conténtate con el que sacas tú. Es posible que no dure eternamente —la amenazó la camarera.

Sidonie no lograría averiguar nada más. Pero una luz de esperanza se encendió en ella. Marthe tenía un punto débil. Ignoraba cuál era, pero a todas luces aquel himeneo era la clave del mismo.

Se puso en pie y se cubrió con su alegría habitual. Una chispa de esa felicidad que su amante le proporcionaba a pesar del precio que tenía que pagar por ella. Estaba lista, magníficamente vestida. ¿Se atrevería a añadir a su collar la lágrima de

Melusina que había hecho montar en un pendiente sin decir nada a nadie? No, le respondió la voz de la prudencia. Aquel secreto lo compartía con Jacques. Marthe no sabía nada del sueño ni del subterráneo de la Rochette, ni acerca de las visiones que habían trastornado a Jacques antes de romper los sellos de la habitación. Como si de repente Melusina fuera su aliada. Ese pensamiento le infundió valor. A pesar de sus poderes, Marthe no tenía el de leer el futuro o el pensamiento. Con un poco de paciencia y de astucia, tal vez Sidonie descubriría el medio de liberarse. Se dirigió hacia la puerta. Marthe le abrió, y recobró instantáneamente la deferencia de la que hacía gala para interpretar su personaje. Tanta falsedad. Tantas mentiras. Si Sidonie no temiera tanto por su familia, se lo habría confesado todo a Jacques, mas en lugar de eso avanzó con el porte de una reina.

En el patio, al pie de la escalera del torreón, la aguardaban los suyos, rodeados de los habitantes del castillo. Salió entre vítores, y echó en falta que su padre no estuviera allí para conducirla al altar. Al diablo los protocolos. Tenía treinta y nueve años y el hombre al que amaba más que a su propia vida la esperaba bajo el viejo roble. Con sus hijos al lado, se dirigió hacia él con una sonrisa franca en los labios. Sólo eso debía contar.

Sentados entre las almenas, con los pies en el vacío, los campesinos permanecían en silencio y recogidos con el sombrero en la mano. Se oyeron algunas exclamaciones que demostraron a Sidonie el amor que le profesaban sus siervos. ¿Acaso no la habían aceptado como señora en cuanto se instaló allí? Al mismo título que Jacques y Jeanne. En la mente de aquellas gentes, era una Sassenage. El juego de las alianzas y las hermandades les traía sin cuidado. Desde el primer día, pasó a formar parte de sus vidas. Y por ello no era de extrañar aquella sincera demostración de alegría. Al igual que el cura párroco Vincent, a quien, Biblia en mano, se le escapaba una lágrima. Un pícaro redomado, empero, que había ido a dar allí tras una carrera de mercenario y que había elegido la fe para librarse de la horca. Sidonie era la única que conocía su pasado. ¿No había sido compañero de armas de uno de sus amantes? Se reconocieron cuando fue nombrado cura de la parroquia y ella le dio a entender que no desvelaría su secreto. Desde entonces sentía hacia ella la pasión que un sacerdote profesa a una santa y un malhechor a una puta. Pero hubiera preferido sufrir tormento antes que confesarlo. Junto a él, bajo las guirnaldas de flores, estaba Jacques, vuelto hacia ella. La miraba avanzar, fascinado, bien lo sabía ella, por su belleza. ¿Se exaltaría así si descubriera que eran unos ungüentos diabólicos los que se la conservaban? Olvidó esa idea al atravesar las filas de bancos. Cien invitados. Pequeña o gran nobleza, primos, vecinos y amigos. Con tan poco tiempo, Jacques sólo había logrado avisar a los que vivían más cerca de ellos. Le bastaba. No quería mirarles. Aún no. Si les dedicaba sonrisas se perdería parte de aquella imagen que quería conservar para siempre: la mirada de su amante bañada por la luz, su mano tendida hacia ella, su prestancia sutilmente realzada por sus ropas de boda de un

púrpura, arena y oro a juego con los colores del vestido de ella.

Sí, sólo aquello. El amor, ese amor inmenso que él le ofrecía.

—Está resplandeciente —no pudo evitar extasiarse Algonde, que permanecía un tanto alejada, junto a los criados, y cerca de Mathieu, que se había reunido con ella.

—Menos que tú. Por la sangre de Cristo, ese vestido te sienta tan bien que te lo arrancaría aquí mismo —le susurró al oído mientras se revolvía con la insensata esperanza de ofrecerle cierta comodidad a aquella verga que, en su entusiasmo, ocupaba más espacio del que disponía.

¡Entre todo aquel gentío no iba a meterse la mano en los calzones para colocársela bien! Se hallaba en un aprieto, y sus miradas al corsé de Algonde no hacían sino ponerle en un compromiso mayor, y no se percató de que Algonde había apartado la vista del altar al que acababa de llegar Sidonie. La admiración de Algonde no iba dirigida a la futura señora de Sassenage sino hacia Philippine, que eclipsaba a su prima con su deslumbrante belleza. A pesar del desasosiego que le producía, Algonde reprimió un bostezo. Aquella noche, de nuevo, apenas había dormido unas pocas horas.

Se preguntó por un instante cómo podía tenerse en pie con tanto cansancio acumulado, sin contar con el embarazo. ¿Embarazo? En verdad, no sabía muy bien cómo llamar a aquella cosa que, aunque imperceptible aún bajo su corsé, crecía dentro de ella. Se lo quitó de la cabeza, y volvió al centro de su reflexión.

La tensión nerviosa, eso era lo que le infundía fuerzas y coraje. ¿Cuánto tiempo lo resistiría? La víspera, en cuanto se adormeció, la asaltaron imágenes violentas y desconcertantes. Se vio en brazos de Enguerrand, carnal y apasionada. Unos instantes después, escondida tras el tronco de un árbol, vio a Mathieu, con el ojo derecho atravesado por una fea cicatriz, dirigiendo un ataque de bandidos y apuñalando con frialdad a un comerciante. Algonde se despertó sobresaltada, febril, creyendo que se trataba de una pesadilla, pero aquello se sucedió a lo largo de la noche, encadenando una escena tras otra, como si asistiera a las mismas o las viviese realmente. Un desconocido de piel oscura que se tumbaba sobre Philippine, luego un niño de corta edad veloso de unos ojos de un azul tan claro que parecía que en ellos se reflejara el propio azur. A continuación un río de sangre comenzó a hervir alrededor del niño, y lo arrastró. Sucedieron luego nubarrones negros, extraños y amenazadores. Perseguían el galope de un caballo a lomos del cual una jovencuela armada con un carcaj se dirigía hacia unas montañas singulares, como conos con pisos y llanos en la cima. Un hombre ataviado con una túnica blanca esperaba al pie de las mismas, con la frente ceñida por una corona de oro. Y Mathieu, de nuevo, que ahora luchaba con Enguerrand, pero no como otras veces. Sus espadas entrechocaban bajo un cielo metálico y transpiraban uno y otro sus respectivos odios. Un hombre les sucedió a las puertas de un castillo. Luirieux, el lugarteniente de Philibert de Montoisson, tiraba de los cabellos de dos mujeres arrodilladas, con las manos atadas a la espalda. Philippine

y otra. Si Algonde no supiera que estaba muerta, hubiera jurado que se trataba de su madre, Jeanne de Commiers, cuyo retrato colgaba aún sobre la chimenea de la sala de Sus Señorías. Frente a ellos, un túmulo funerario, aprisionado en un resplandor azulado. Luego, nada más, un agujero negro, como si todo aquello hubiera sido engullido, barrido por las tinieblas. Como si el mismísimo diablo hubiera prohibido que ella tuviera acceso a aquellas visiones.

Ya no sabía qué pensar.

De momento, a su lado, Mathieu, indiferente a la masa, le susurraba «te quiero» al oído. Cuánto hubiera deseado ella cogerle de la mano y correr al abrigo de los bosques para sentirlo dentro de sí, recobrar confianza con sus besos y su abrazo, decirse que aquellas visiones no eran más que la deformación de sus fantasmas, de su miedo al mañana, de aquel veneno, y que nada de todo ello, por mucho que le hubiera podido parecer real, nada de todo aquello podía acontecer realmente. No quería ese destino de odio y sangre. Quería su amor, el de él, Mathieu, y como Sidonie en aquel día, decirle que le aceptaba de todo corazón y con toda su alma como único esposo hasta que la muerte los separara.

Un canto litúrgico se elevó tras la bendición nupcial. Algonde entonó el estribillo, respondiendo a la voz de faldete de Mathieu que, sin vergüenza alguna, masacraba alegremente letra y música. Hasta tal punto, que se volvieron hacia él con mirada hosca para exigirle que callara.

—Yo que pretendía ganarme la gracia del cura —se mofó inclinándose hacia ella.

—Cállate, impío —le ordenó Gersende volviéndose hacia ellos.

Bajó la cabeza de inmediato, mirándose los zapatos. Algonde también lo hizo, para escapar a la mirada tenebrosa de la harpía que les miraba con dureza.

Marthe no cantaba. Esa evidencia sumió de nuevo a Algonde en pensamientos sombríos: «Con una sola nota, la harpía podría hacer de ti su esclava. Si de repente ves que sus ventanas nasales se le pegan al hueso de la nariz, ándate con ojo y tápate las orejas antes de salir corriendo», le advirtió Melusina antes de separarse de ella en la cripta a la que la llevó.

¿Por qué hasta el presente la harpía no había utilizado sus encantos para destruirlas, a ella y a su madre, si estaba claro que las detestaba? ¿Sería acaso porque, a pesar de su odio, era consciente de la eficacia de Gersende en la gestión de las posesiones y de que otra hubiera podido indisponerla? ¿O tal vez no podía utilizar sus poderes con tanta facilidad como quisiera? Y, además, ¿por qué Melusina no había eliminado a Marthe? ¿O a la inversa? ¿Acaso la razón estaba relacionada con su inmortalidad respectiva que sólo podía ser destruida por aquel niño, el chaval de ojos de color azur que Algonde había visto premonitoriamente? ¿Había otra razón? ¿Qué le impedía a Marthe descender a las grutas? ¿La serpiente? A menos que ignorara el pasadizo secreto desde su habitación. Y a pesar de ello, si Marthe no podía respirar en el agua, su inmortalidad la protegía de morir ahogada. ¿Por qué no se había

sumergido en las aguas del Furon? Esperar al nacimiento del niño, al advenimiento de la profecía, para matar a todo el mundo y reinar. A Algonde, todo eso le parecía estúpido. Si estuviera en el lugar de Marthe, hubiera anticipado los acontecimientos y hubiera asesinado a toda la descendencia, por ejemplo. Algonde estaba persuadida de que Melusina le ocultaba alguna cuestión esencial. Pero ¿qué? ¿Y por qué? Y otra cosa más la reconcomía: ¿cuál era su papel, el de ella, en realidad? Entregar el niño a Melusina... No lo creía. ¿Concebir el antídoto del veneno, esa cosa en su interior cargada con los poderes conjuntos de Melior y de Melusina, tan imprescindible para proteger al niño? ¿Protegerle de qué? ¿De la serpiente? Era absurdo. ¿Protegerle de quién? ¿De la harpía? Era improbable, pues en ese caso, que Algonde entregara o no el niño a Melusina no cambiaría nada para éste. Eso no cuadraba. Claro está que ella no tenía educación alguna, aparte de saber leer y escribir puesto que de madre a hija se habían transmitido ese privilegio. Sin embargo, la historia, la geografía, las ciencias o la filosofía no habían contribuido a desarrollar su instinto ni a enriquecer sus conocimientos. No era menos cierto, empero, que sentía las cosas y por lo general tenía buen juicio.

No obstante, la complejidad de todo aquello la paralizaba. Incluso las propias palabras de la profecía la interpelaban: «El poder de las tres frente al maleficio triunfará y el hijo velloso nacido de Hélène y de un príncipe de Anatolia conquistará las Tierras Altas».

El poder de las tres. Las explicaciones conjuntas de su madre y del hada acerca de esa cuestión, aunque por un momento le parecieran coherentes, ahora la sumían en la perplejidad. Si la harpía, a la que la profecía no mencionaba, quería apoderarse de aquel niño al igual que Melusina era porque el niño tenía más poder de lo que le habían explicado. ¿Acaso cristalizaba él el poder de las tres hermanas? Para eso sería necesario que fuese descendiente de Plantina por su padre, el turco. Y la profecía hablaba de Anatolia y no de Aragón, donde la tercera hermana fue encarcelada. En verdad, y ante el actual estado de las cosas, el niño nacería con los poderes de los que ella, Algonde, disponía ya. Todo aquello carecía de sentido. Y aun admitiendo que a Melusina y Plantina les faltara el de Melior, ¿cómo ella, Algonde, que apenas lo sabía utilizar podría triunfar sobre el mal al lado de ellas? Sin olvidar un simple detalle: Plantina no estaba en Sassenage. Aragón era un territorio vasto y una harpía también debía de vigilarla. Por vueltas que diera a esas preguntas, Algonde siempre acababa en el mismo sitio. Le faltaba una información. Una pieza para establecer la relación y comprender.

Su única certeza era que nada se cumpliría sin su sacrificio. Pero ella no quería cargar con ello. ¿Qué consecuencias tendría su negativa? ¿Las escalofriantes imágenes de sus propias visiones?

«Mathieu matará, Mathieu morirá si no te doblegas a tu destino», le aseguró Melusina el día en que la salvó antes de retractarse cuando volvieron a verse. Cuánto hubiera deseado Algonde no saberlo. Ser de nuevo el ruiñón de maese Janisse.

Sintió un escalofrío, volvió la cabeza hacia su prometido y vio su mirada, ardiente de amor y deseo.

—No podré esperar —le murmuró Mathieu.

—¿Esperar a qué? —preguntó ella para aferrarse a aquella furtiva felicidad.

—A nuestra boda. Tengo que tomarte, aquí y ahora.

Algonde se sobresaltó.

—Pero no podemos...

—Ven —le suplicó, tomándola de la mano.

Mientras Sidonie y Jacques se besaban ante el altar, unidos para lo bueno y para lo malo, ella se dejó arrastrar discretamente, retroceder entre la masa que volvió a cerrarse a su paso y les sirvió de parapeto.

¿Le amaba lo suficiente para protegerle incluso a su pesar?

¿Le amaba lo suficiente para renunciar a él y sufrir por ello durante el resto de sus días?

En el momento en que la penetró con un fuerte empuje a sólo unos pasos de la masa que vitoreaba a los esposos, ocultos tras un carromato, ella gimió un «sí» que era a la vez de placer y de sufrimiento.

## Capítulo 27

En cuanto se hubo bajado las enaguas, Algonde su fundió con la multitud de criados que debían ocuparse del servicio. Por su lado, Mathieu se reunió con su padre para cortar las hogazas de pan y preparar las paneras. Se separaron como se amaron, bruscamente, con la violencia propia de los instantes preciosos por estar prohibidos. Sin mediar palabra.

Sidonie, con la mano sobre el puño firme de Jacques, recibió el homenaje de los vasallos presentes antes de abrir el cortejo. Precedidos por heraldos, juglares y bufones, pasaron junto a la palestra para permitir que la gente les aclamara.

A su paso, de las almenas caían en cascada pétalos de flores que se entremezclaban con los hurras del pueblo llano. Sidonie se henchía, era feliz. Lo demás, todo aquello que había hecho de su vida una pesadilla permanente, le pareció de pronto sorprendentemente irrisorio frente a la promesa que acababa de hacerle Jacques delante de aquella asamblea.

«Te quiero a ti, Sidonie de la Tour-Sassenage, como esposa y prometo protegerte y amarte hasta que la muerte nos separe».

En respuesta, en el secreto de su alma, le había consentido otra, la de evitar que Marthe le hiciera daño. Por todos los medios. Con el corazón palpitando ante tal certeza, ella estaba resplandeciente.

Tras haberse reencontrado con placer con su hermano Héctor y su hermana Jeanne llegados aquella mañana, Enguerrand, fascinado como tantos otros por la belleza de Philippine a la que no había visto desde hacía cinco años, se concedió el privilegio de escoltarla. Philippine accedió con sumo placer. Entre los vasallos de su padre, que se apresuraron a presentarle su homenaje, Enguerrand era con diferencia el más atractivo, con su rostro cuadrado de rasgos regulares, sus ojos negros en forma de almendra y sus pómulos altos. Tenían numerosos recuerdos en común de la época en que Enguerrand iba con su madre a La Bâtie a visitar a Jeanne de Commiers. Los evocaron el día de la llegada del jovenzuelo y desde entonces se habían vuelto inseparables.

Una vez concluido el desfile con la alegría y el buen humor de las cabriolas y malabarismos de los bufones, el cortejo se dirigió a las mesas cubiertas con manteles bordados con las iniciales enlazadas de los esposos. Dispuestas en forma de herradura, permitían que los recién casados, sentados bajo un baldaquín con sus armas, en el centro, estuvieran a la vista de todos y que pudieran sucederse las animaciones y diversiones. A pesar de la carpa de tela a rayas que resguardaba a los invitados del sol ardiente de aquel mediodía, la cubertería de plata centelleaba entre pétalos de rosa.

Alrededor, hasta allí donde la vista alcanzaba, el pueblo llano que había descendido de las murallas se instalaba sobre la hierba y la convertía en una alfombra

de colores vivos y variados, y podían olisquearse los apetitosos aromas de la pitanza. También recibirían su parte. El barón se lo había prometido. Durante tres días. Habían llegado de toda la comarca para disfrutarlo.

Los esposos tomaron asiento y sus parientes de una y otra parte les imitaron, y seguidamente todos atendiendo a su rango de nobleza. El único al que el barón de Sassenage echaba realmente en falta en aquel instante era aquél a quien él mismo había servido con lealtad en tantas ocasiones. Su corazón se encogió al pensar que su vida se estaba apagando en su castillo de Plessislés-Tours ante la impotencia de los médicos y la de la Sagrada Ampolla que había hecho traer de Reims. Sin duda recurriendo a sus últimas fuerzas, Luis XI le había enviado una carta. Aunque no reconoció la letra, Jacques descubrió el tono de aquel de quien fue primero escudero y luego compañero de armas en el campo de batalla, antes de convertirse en su chambelán hasta que decidió retirarse de la corte, hacía ya tres años.

Festéjalo, mi buen Jacques —dictó el rey en sus últimos instantes de vida—. Recuerdo momentos semejantes en los que tu risa tronaba junto a mí. No prestes oídos a los envidiosos ni a los falsos amigos. A tu edad uno ya no se casa por interés ni para satisfacer a quien sea, sino porque la dama le place. Sé feliz, pues, frente a todos y contra todos. Si no me encontrara en mi actual estado de salud, acudiría en persona para bendecir esta unión. Desgraciadamente, me estoy muriendo y no volveré a verte. Sin embargo, en este día de alborozo, alégrate en lugar de llorarme. Así deben ser las cosas en este mundo terrenal y así quiero que sean...

El barón debía respetar lo que tuvo por las últimas voluntades del monarca, así que dejó de lado sus pensamientos tristes. Con un gesto de la mano, invitó a maese Janisse, el cual, emocionado, se estrujaba su delantal immaculado mientras avanzaba desde el otro extremo del paseo. El jefe de cocina se inclinó ante ellos, se aclaró la voz para presentar sus respetos, y acto seguido, consciente de su importancia, desplegó el menú que les había preparado. Un murmullo general de aprobación ofreció al maestro cocinero los blasones de nobleza que le faltaban. Al retirarse, se sentía más orgulloso que un príncipe.

A continuación fue el turno de Mathieu y de su padre, que se presentaron al son de las notas rituales de una trompeta. Sobre una bandeja que llevaban entre los dos había una corona de pasta de sal sabiamente trenzada como si se tratara de espigas de trigo y entremezclada de cintas con los colores de los Sassenage.

—Que esta modesta prueba de nuestro apego decore vuestra mesa, Sus Señorías, y os garantice felicidad y prosperidad —clamaron al unísono inclinándose con un movimiento largamente ensayado a fin de que la reverencia sirviera al tiempo para presentar el objeto.

—¡Qué maravillosa idea! —exclamó Sidonie que hasta entonces se preguntaba a qué estaba destinado aquel espacio sobre el mantel frente a ellos.

La corona encajó allí de maravilla. Se disponían a retirarse cuando Jacques interpeló a Mathieu.

—Muchacho, ¿acaso no tienes que hacerme una petición?

—¿Es el momento adecuado, señor? —dijo el joven, sonrojado y desconcertado.

—El mejor, pues te invito a hacérmela...

—En ese caso...

Como maese Janisse en la ocasión precedente, se aclaró la voz y sacudió la cabeza. Se mesó los cabellos con una mano húmeda, buscó a Algonde con la mirada y, al no verla, supuso que se preparaba para su servicio y se lanzó, bajo la mirada alentadora de su padre, indulgente de Sidonie y condescendiente del barón.

—Veamos —dijo a guisa de preámbulo—, se trata de Algonde...

—A la que quieres —se divirtió el barón.

—Mucho —rectificó Mathieu.

—Lo bastante como para casarte con ella, se sobrentiende.

—Eso es —se alegró Mathieu al comprender que le facilitaban la tarea.

—¿Ella consiente?

—Desde siempre.

—¿Y su madre?

—Igualmente.

—Pues no se hable más de ello.

—Con vuestro permiso...

—¿No acabo de dártelo ahora mismo? —Se echó a reír el barón.

Mathieu sonrió de oreja a oreja. Por poco no se puso a bailar.

—Tengo una objeción que formular, padre.

A Mathieu se le heló la felicidad en los labios. Volvió la cabeza hacia Philippine que, interrumpiendo de repente su conversación con Enguerrand, se había puesto en pie.

—Te escucho, hija mía. Algonde es tu camarera y por lo tanto eres libre de disponer de ella.

—Precisamente. Y a título de tal, mi querido Mathieu, debes saber que no tengo intención de separarme de ella, aunque te cases con ella.

—Queréis decir que...

Tragó saliva.

—Algonde me acompañará a La Bâtie cuando regresemos allí.

Mathieu no había previsto esa eventualidad ni por asomo. Como él, Algonde pertenecía a Sassenage. Siempre se había visto viviendo y prosperando allí con ella.

—No quiero separarme de ella —osó él, con valentía.

—Pues si sigues siendo panetero deberás separarte de ella.

—Por supuesto seguirá siendo panetero —exclamó el padre, como si fuera una

evidencia.

Mathieu era el mayor de sus hijos.

El barón se frotó la barba. No se había preparado para tan sorprendente rivalidad. Sidonie se acercó a su oreja y le dijo unas palabras. Él asintió. Mathieu, con los puños cerrados y con determinación, permanecía plantado frente a su mesa mordisqueándose la mejilla. Philippine, por su lado, se había vuelto a sentar, dolida por apenarle pero firme en su decisión. Le había tomado demasiado apego a Algonde para privarse de ella. Y los argumentos que apresuradamente le servía Enguerrand a favor de los prometidos no iban a hacerla cambiar de opinión.

—Acércate, Mathieu, y también tú, Jean —decidió el barón.

Padre e hijo avanzaron al paso.

—¿Piensas retirarte, maese panetero?

—Aún no soy lo bastante viejo.

—En ese caso un aprendiz te sería de tanta ayuda como tu hijo.

—Sí, sí, como decís —dijo el hombre, que temía una trampa.

—Mira su rostro desesperado y dime lo contrario —insistió Jacques.

El panetero dirigió una mirada a su hijo y se encogió de hombros. Jacques de Sassenage llevaba razón. Aquello le partía a uno el corazón.

—Tal vez pudiera apañármelas durante algún tiempo.

—Y tú, Mathieu, ¿seguirías a tu amada si se presentara la ocasión?

—Para no perderla, estoy dispuesto a cualquier cosa.

—¿Incluso al oficio de las armas?

Mathieu se sobresaltó. Jean ahogó un grito de angustia en su garganta. Con un parpadeo, Sidonie los tranquilizó a ambos.

Mathieu recuperó el aplomo.

—Si es necesario —afirmó.

—En ese caso, mantengo mi bendición. Te casarás con Algonde y entrarás a formar parte de los hombres del capitán Dumas. A partir de hoy, panetero, tu hijo dejará el horno para aprender junto a los soldados su nuevo oficio.

—¿Y mi retiro?

—Tu hijo pequeño te sucederá. ¿Hélène?

—Esto es de mi conveniencia —aseguró ella, distendida.

—Pues asunto resuelto. Disponed.

En aquel momento apareció Algonde, llevando en brazos un suntuoso ramo de rosas y de flores de lis que había confeccionado con su madre. Los tallos habían sido trenzados delicadamente con lazos parecidos a los de la corona de pan.

Mathieu interceptó a la jovencueta.

—Ya está. ¡El barón acaba de prometernos!

Las inquietudes de Algonde se desvanecieron por ensalmo. Dado que la suerte estaba echada, la decisión ya no estaba en sus manos. Sería la esposa de Mathieu y permanecería en Sassenage. ¡Sucedería lo que tuviera que suceder!

—Vete, luego te cuento —le prometió Mathieu.

Ella asintió, dejó que se alejara dando brincos como un cabritillo y, recuperando de repente su natural ligereza, se echó a reír al ver que el bufón saltaba de aquí para allá alrededor de ella para imitar a Mathieu. Acompañada por el tintineo de los cascabeles de su gorro de tres puntas, y de su madre que se había unido a ella, Algonde se dirigió a presentar su regalo a los recién casados.

Tras el aperitivo, compuesto de hipocrás, vino a las hierbas, palitos de queso, salchichones de jabalí y longanizas de ciruelas, los entremeses y los platos se encadenaron a lo largo de buena Parte del día, saludados cada vez por los sonos de las trompetas y Presentados por el heraldo. Entre la algarabía de las conversares en las mesas, de repente llegaba a oídos de los invitados un menú sorprendente.

—Potaje a la leche de almendras.

—Bufonerías y malabarismos.

—Terrina de perdiz a la ginebra sobre pan de centeno.

—Tarta de hígado de becerra con habas y especias.

—El señor Louis Le Gasp y su viola.

—Cazuela de cangrejos de río y mízcalos a las finas hierbas en trinchante.

—Los monos del señor Chapelier.

—Estofado de pato a la salsa dodine.

—Pierna de ciervo asada a la miel, regada con aguardiente de ciruelas y acompañada de los tragafuegos.

—Cuajada con condimentos sobre pan de nueces.

—Seguirá a continuación la farándula de los esposos sobre melodías de su elección a la que se invita a los presentes a unirse a su paso.

—El mono de... ¿cómo se llamaba? Ah... Sí... El señor Chapelier les pide disculpen de antemano las extravagancias de su mono que se ha escapado. No le hará daño a nadie si no le impiden robar comida. Vendrán a continuación los dedos de hada a las hebras de caramelo, regados con vino de frambuesas.

Las marmitas procedentes de la cocina, llevadas entre dos hombres con la ayuda de una madera pasada por las asas para no quemarse, se depositaban sobre una mesa gigantesca dispuesta aparte. Allí se extendía el contenido de las mismas sobre tajaderos previamente cortados de hogazas de pan que se habían dejado secar durante tres días antes de llevar todo a las mesas sobre unas bandejas de madera que requerían dos personas para transportarlas y una tercera para servir. Todo eso y además ayudar a cortar las carnes, decorar los platos con pétalos de flores, llenar las jarras de agua o de vino especiado, o las cestas del pan, de frutas o de turrón negro. Sin mencionar los lavamanos con agua de rosas que había que presentar entre plato y plato, vaciarlos y renovar el agua. Algonde estaba en todo. Apenas tenía tiempo de echar un vistazo a las atracciones. El mono, vestido con túnica y calzones, la divirtió mucho cuando se encaramó a uno de los postes que sostenían la carpa, agarrándose

de madero en madero para huir de su dueño y a la par robando aquí una nuez, allí una cereza confitada o más allá dándole un beso en la mejilla a una dama que gritó aterrorizada. El oso también le causó una honda impresión a Algonde. Se quedó inmóvil, como todos los demás, cuando la bestia se irguió sobre sus patas traseras y gruñó frente a Sidonie y Jacques. Un silencio elocuente de angustia cayó sobre el público y se transformó en un estallido de risas cuando el animal se tapó los ojos con sus patas como un niño al que hubieran reñido y luego, a las órdenes de su dueño que le mantenía sujeto con una correa, con una fusta en la mano, se puso a saltar sobre una y otra pata al ritmo de la música.

Hasta el anochecer, y para algunos hasta aún más tarde, hubo vino, baile, comilonas y toqueteos entre los arbustos.

Sidonie y Jacques fueron los primeros en retirarse. Al haber suspendido Marthe su castigo, los esposos yacieron hasta el alba y se durmieron con el canto del gallo, abrazados y felices de ser por fin el uno de la otra y la otra del uno con toda legitimidad.

Philippine soñó con Enguerrand, Enguerrand pensó en la ceremonia en la que solemnemente sería armado caballero y Mathieu soñó con Algonde. Ésta, extenuada, se hundió en la cama tras romperle en la nuca de un señor borracho como una cuba la jarra de arcilla que llevaba en la mano. Aquella noche, al igual que la siguiente, y al igual que su peor enemiga, se hundió como una piedra en una nada profunda.

El tercer día era el de las justas. Jacques había decidido que se celebrarían tras el banquete. El torneo debía ser el punto final de las fiestas.

En la gran sala del castillo las mesas habían sido retiradas contra las paredes y los baúles se habían arrinconado bajo las mismas. Al fondo, los bancos fueron apilados cuidadosamente. Jacques deseaba que todos sus invitados pudieran asistir a la ceremonia de armar caballero a Enguerrand de la Tour-Sassenage.

Cuando éste llegó, con el corazón desbocado, la sala estaba ya llena y, en el otro extremo de la estancia, frente al altar que allí se había dispuesto, el cura párroco Vincent y el barón Aymar de Grolée le esperaban junto a Jacques.

Sin titubear, Enguerrand se abrió paso entre el gentío y se arrodilló ante Jacques de Sassenage.

—Hoy, veintinueve de agosto del año de gracia de 1483, ¿por qué razón deseáis vos, sire Enguerrand de la Tour-Sassenage, ingresar en la caballería? Si buscáis riqueza u honores, debéis saber que no sois digno de ellos.

Enguerrand puso su mano sobre el evangelio que le tendía el padre Vincent.

—No quiero nada de todo ello. Juro, sobre la santísima Biblia, obedecer las órdenes, proteger a la Iglesia y combatir a los infieles sin desfallecer. Prometo defender a los débiles y el país donde he nacido, cumplir con mis deberes feudales a condición de que no estén sujetos a la ley divina, no mentir jamás, ser pródigo, generoso y fiel a mi palabra. Finalmente, prometo ser siempre el campeón del

derecho y del bien contra la injusticia y el mal.

Jacques de Sassenage dio unas palmadas y tres pajes avanzaron, llevando uno la cota de mallas, otro la coraza y el tercero los guanteletes y las espuelas de oro. Dispusieron las defensas a los pies de Enguerrand y lo ayudaron a vestirse.

A unos pasos, junto a Sidonie, Philippine no perdía detalle de la ceremonia, y su corazón, sacudido por la prestancia del joven, daba brincos en su pecho. Así vestido con sus defensas de caballero, Enguerrand de la Tour-Sassenage tenía el aspecto más bello que una mujer pudiera imaginar.

Jacques de Sassenage tomó la espada que había hecho forjar y en cuyo pomo figuraban dos serpientes entrelazadas en torno a un rostro de mujer. La presentó al párroco para que la bendijera y se la ofreció al jovenzuelo, cuya mirada se había teñido de orgullo.

—Que ésta sea desde hoy vuestra espada y haga justicia como habéis prometido.

Enguerrand la asió por la empuñadura, besó la mejilla de Melusina y la enfundó antes de arrodillarse para recibir el espaldarazo.

Jacques de Sassenage desenvainó y con la espada de plano dio al jovenzuelo dos golpes en la mejilla y un tercero en el hombro izquierdo.

—Es el último golpe que no devolveréis. En nombre de Dios, de san Miguel y de san Jorge, ante los ojos de vuestra familia y de vuestros amigos, os declaro a ti, Enguerrand de la Tour-Sassenage, por mi alma y mi conciencia, armado caballero.

Enguerrand se distinguió notablemente en las justas y pasos de armas que se celebraron en la palestra hasta el atardecer y se ganó la estima de sus adversarios. Si en la primera prueba fue el héroe de su madre, en la segunda colgó de su lanza el pañuelo que le dio Philippine. Aymar de Grolée se lo arrancó sin dificultad pues era él quien le había enseñado cuanto sabía.

## Capítulo 28

Como casi todas las mañanas desde que vivía en el castillo de sus señores, Algonde fue a ver a Mathieu para compartir con él los panecillos de la primera hornada. Aquel 31 de agosto, mientras la vida cotidiana retomaba su curso en Sassenage, una vez los últimos invitados se hubieron marchado, saltó de su cama con la misma impaciencia que antaño. Y aún más. Estaba prometida. Oficialmente. Absorbidos uno y otra por sus respectivas tareas, no habían podido intercambiar más que algunas miradas. No habían tenido tiempo. En cuanto a Philippine, a lo largo de tres días la había aturrido con esa risita aguda propia de la nobleza cuando el vino especiado les sube ligeramente a la cabeza. Al acostarse, desbordaba alegría y al despertar tenía tal migraña que despotricaba contra todo. El rayo de sol en su mejilla, el vestido demasiado ajustado. Hasta que invariablemente Algonde recogía las cartas de amor deslizadas durante la noche por debajo de su puerta. Eran numerosos los que, impresionados por su belleza, trataban de cortejarla con un poema:

*A medianoche una estrella con gracia se posó en mi alma hastiada.*

*Eterno será el ardor e indeleble la huella de esa herida y a ciegas moriría  
por un beso vuestro.*

Philippine se quedaba unos instantes aturrida, fruncía las cejas para tratar de ponerle rostro a la firma, arrugaba la nariz y decía:

—Lástima, la pluma es más bella que el galán.

Cuando no era al contrario, con versos de almanaque:

Mi corazón está tan contento, tortolita mía, que hasta alas me han crecido. Os respiro a vos entera, de vuestra sonrisa a vuestros pies y ese perfume me hace revivir. ¡Mi cuerpo entero de vos se embriaga!

—Pues que duerma la mona —exclamaba con una risotada, y gemía ante el dolor de sus sienes taladradas por el eco de su propia voz.

Algonde se las masajeaba entonces con una infusión de menta y toronjil y luego, al abrir los ojos Philippine, calmada, la ayudaba a arreglarse. En ningún momento ni una ni otra hicieron alusión a Mathieu. Philippine se sentía muy atraída por Enguerrand, y estaba convencida de que no le era indiferente. Mientras se dejaba peinar y maquillar, le comentaba sus conversaciones a Algonde. Eran conversaciones banales pero que, con la ayuda del vino, le daban a la joven la impresión de que había transcurrido una eternidad desde que dejara el convento de Saint-Just.

Para acabar, se separaban en el segundo descansillo, para que una permitiera, gracias a su trabajo, que la otra siguiera celebrando la fiesta.

Eso fue así hasta la víspera, cuando las campanas, todas las campanas de Francia, tocaron a rebato. El rey había muerto. El párroco Vincent ofició una misa por él a la que asistieron todos cuantos aún seguían entre aquellos muros. Jacques de Sassenage evocó algunos de los momentos en que se habían hallado uno junto al otro, y su emoción caló en todos. La tristeza sucedía a las risas.

Entre el ajetreo, Enguerrand le anunció a su madre que se disponía a embarcarse destino a Rodas, con la intención de Ponerse al servicio de los hospitalarios, y que sería feliz si ella administraba la Rochette en su ausencia. Contrariamente a lo que temía, Jacques le animó en ese sentido, y le aseguró que a esa edad también él había sentido la necesidad de poner a prueba su valor.

Tras felicitar y saludar de nuevo a Mathieu y a Algonde, Enguerrand se marchó.

Apenadas ambas en igual medida por su precipitada marcha, Sidonie y Philippine jugaron al ajedrez el resto del día, se acostaron pronto y tanto la una como la otra despidieron a sus respectivas camareras hasta el día siguiente a las diez de la mañana.

Algonde hubiera podido aprovechar para recuperarse también ella de aquel cansancio que llevaba a su espalda, pero era más fuerte el deseo de ver a Mathieu y de sentir aquel olor de pan blanco que desprendía de manera permanente hasta de sus cabellos.

Se vistió canturreando, a sabiendas de que su madre ya estaba trabajando con maese Janisse, que acababa el inventario iniciado la víspera, y bajó la escalera con el corazón dando brincos de alegría. Acabado el disfrute de las otras, por fin podría soñar tranquilamente en el suyo propio. Sin embargo, ante el horno se encontró con Louis. Menos corpulento que su hermano mayor, hacía esfuerzos para meter las hogazas en el horno.

—¡Hola! —le saludó ella.

Al querer volverse hacia ella estuvo a punto de echar al suelo su cargamento.

—¡Ten cuidado! —gruñó Jean, al que ella no había oído llegar.

—Sí, papá —dijo el mozuelo sudando y con la lengua fuera.

Jovial, Algonde se dirigió al maestro panetero que se limpiaba sus manos sucias de masa y de harina en el delantal.

—¿Dónde está Mathieu? Espero que no esté enfermo...

La expresión de Jean era seria, y su trato menos caluroso del que ella lo conocía desde siempre. El tono, además, era seco.

—Supongo que estará ocupado en su nuevo oficio. No le he visto esta mañana.

Una opresión en el corazón de Algonde. Un sentimiento furtivo de angustia reflejado en la sombría mirada de Jean.

—¿Qué nuevo oficio? No me ha dicho nada.

El súbito rencor del panetero se desvaneció. Amaba a aquella chiquilla como si fuera su hija. Al fin y al cabo, ella no era responsable de lo que sucedía. Le tomó la

barbilla afectuosamente entre sus dedos regordetes, como hacía a menudo, y le sonrió con tristeza.

—Con todo este jaleo no habrá tenido tiempo de decírtelo, y no soy yo a quien le corresponde anunciarlo. No puedo con ello, mi rui señor. No es culpa tuya, pero no puedo con ello —repitió antes de darle unas palmaditas en la mejilla con una mano húmeda y dejarle unas manchitas blancas de harina.

Ella tragó saliva con dificultad, cada vez más inquieta.

—¿Dónde creéis que puedo encontrarle?

—En la palestra.

Se sobresaltó.

—¿Allá donde se celebró el torneo?

—Así es...

Necesitaba saber. Se volvió. La voz rota de Jean la agarró por la espalda antes de echar a andar.

—Ármate de valor, mi rui señor, nunca se sabe pero puede ser que no te guste lo que te espera.

Ya lo sabía. Como decía Jean, sentía que aquello no le iba a gustar. Lo primero que oyó al acercarse a las balas de paja que se utilizaron para delimitar el terreno de las justas fue el tintineo del acero. Su corazón se aceleró tanto que a punto estuvo de quedarse sin aliento y se tropezó con un trozo de carcasa que un perro debía de haber enterrado allí. Carne putrefacta. ¿Era un mal presagio? Recuperó el equilibrio y corrió aún más. Rodeó la última bala de la hilera, que había servido de portal, y salió al terreno.

Allí estaba Mathieu, rodeado de soldados. Unos se entrenaban en la lucha a manos desnudas, otros cruzaban sus aceros y él se aplicaba a manejar un bracamarte y reproducía los movimientos que le mostraban.

—El codo más alto. Aprieta el puño. Más fuerte. Tendrás que ser más aguerrido, chico. Te desarmarían con un puñal. Más suave ese balanceo, más suave. Parece que quieras segar trigo. Flexiona las rodillas. No tanto, parece que vayas a cagar. ¡Mira! Si no es difícil... —Le espoleaba su maestro de armas.

Algonde ahogó un grito con la palma de la mano. Inmovilizada bruscamente sobré la hierba, como si una infranqueable barrera se hubiera alzado entre ella y él, no podía apartar la vista del rostro de Mathieu que, concentrado en su esfuerzo, aún no la había visto. Sudaba copiosamente y sacaba la lengua como antes su hermano, tratando de hacerlo bien aunque no lo consiguiera; Cada movimiento que imponía a aquella espada corta y ancha, tan torpe como fuera, hacía pensar sin embargo a Algonde en su premonición. Estaba aterrorizada. No, él no podía, no debía. Tenía que hacer algo. Obligarle a olvidar esa idea estúpida. Un gesto, sólo uno. Arrebatarlo a su destino. Mas su cuerpo se negaba a obedecer. Como una parálitica, era incapaz de moverse.

Así la descubrió él de repente. Le sonrió y bajó la guardia.

—¿Qué pasa? ¿Ya estás cansado, chico? —se burló su instructor.

Con una inclinación de la cabeza, Mathieu señaló a Algonde. El soldado comprendió de inmediato.

—Vete —dijo—. Las muchachas son todas iguales. Sueñan con valientes caballeros, pero en cuanto les ven combatir se derriten. Se le pasará, confía en mi experiencia.

Mathieu le entregó el bracamarte y avanzó hacia ella.

—Ven —le dijo al llegar junto a ella.

Al ver que no se movía, la tomó de la mano y la guió. Ella le dejó hacer. Hablar, gritar, evitar convencer... Su cerebro enumeraba en silencio la larga lista de verbos que respondía a su voluntad. Nada salía de sus labios. Cuando Mathieu se detuvo más lejos, tras un tonel vacío, para ocultarlos de las miradas indiscretas, ella no tenía fuerzas. Lo único que logró articular fue un penoso:

—¿Por qué?

—¡Para seguirte a La Bâtie, pardiez! Tu señora te quiere a su lado. Y yo también. Así que el barón me ha enrolado —dijo, y se echó a reír.

Ella le fulminó con la mirada.

—Es un oficio peligroso, Mathieu. No eres consciente del riesgo —alcanzó ella a decir.

—Menos que dejarte a merced de otro. No pongas esa cara. De acuerdo, aún no estoy desentumecido, pero con entrenamiento todo llegará.

Una ira repentina, en respuesta a la desesperación que la reconcomía, hizo que de nuevo recuperara la palabra.

—Por Dios, Mathieu, no estás hecho para esto. Son todos mercenarios y tú no eres más que un panetero. ¡Ésa es tu vocación!

—Uno puede cambiar de vocación. Así que, ¿no quieres que te acompañe? ¿Ya no quieres que nos casemos? —Se enojó él.

—No es eso. Tengo miedo, eso es todo.

—¿Miedo de qué? El país está tranquilo. ¡Mira a esos hombres! Con el barón Jacques han estado en todos los combates contra Carlos el Temerario. Y no pueden vanagloriarse ni de un rasguño. Me enseñarán el arte de defenderme mejor que nadie por si algún día estuviéramos de nuevo en guerra.

—Podría llegar sin previo aviso —dijo ella, mas sabía ya que había perdido.

La abrazó y le acarició la nuca.

—No me alisto, Algonde. Aprovecho esta oportunidad porque no quiero perderte. El día en que la baronesa se canse de ti, volveremos a nuestra tierra y retomaré el trabajo de mi padre, te lo prometo.

—Tu hermano ya te ha sustituido.

—¡Qué más da! Iremos a la Rochette. A Enguerrand siempre le ha gustado mi pan.

Enguerrand. De nuevo aquella imagen. Él y Mathieu, enfrentados uno contra el otro. Olvidarla. Sí, olvidarla puesto que ella nada podría cambiar. Algonde se apartó.

—No me pidas que me alegre, Mathieu. De momento, no soy capaz. No es así como deseaba que fueran nuestras vidas.

Él la cogió por la barbilla, como antes había hecho su padre, y exploró su mirada del color del Furon.

—¿Me amas, Algonde, lo bastante para creer en mí?

Un sollozo se ahogó en la garganta de la jovencueta. Ella bajó la mirada.

—Lo bastante para creer en nosotros —hipó ella.

—Pues confía en mí. Nada malo nos sucederá.

Buscó sus labios trémulos. Algonde le besó largamente. Tenía dolor. Un dolor innombrable pero con rostro. El rostro de Melusina se incrustaba en su dolor.

—Vamos —dijo él cuando se apartaron el uno de la otra.

La tomó de la mano y se la llevó de nuevo a sus labios antes de marcharse. Ella cerró un instante los ojos, y se apoyó en el tonel para ocultar las lágrimas que le caían. Sólo tenía una manera de aliviarlas. Mezclarlas con las aguas oscuras del torrente. Se marchó corriendo, sin volverse, sosteniendo el bajo de su falda con los puños cerrados.

Bordeó la orilla hasta llegar al paso estrecho en el que el Furon desaparecía bajo la roca. Sin pensarlo dos veces, cerró los ojos y se dejó tragar por las aguas.

Zarandeada por los remolinos, ni siquiera pensó en protegerse de las rocas que la despellejaban a su paso a través de las galerías que la condujeron hasta la gruta subterránea donde Melusina la reanimó la primera vez. La corriente la empujó al pequeño desagüe lateral. Se encaramó a su orilla, oscura. El rugido del río era más poderoso que en la superficie, repercutido por la cámara de eco que formaba la bóveda. A Algonde le castañetearon los dientes. ¿Podría volver a subir sola? Lo dudaba, pero de repente aquello carecía de la menor importancia. ¿Dónde estaba la pequeña Algonde que se reía pescando gobios? ¿Dónde estaba el ruseñor de maese Janisse que hacía mohines ante sus huevos con leche? No había nacido para la desesperación. No había nacido para el miedo. No había nacido para la sangre. Estaba hecha para reír y para gastarle bromas a Mathieu. Sollozó. Allí nadie podía oírlo. El Furon se tragaba sus penas como se había llevado su felicidad.

Poco a poco, sin embargo, se serenó. Como si la violencia de las aguas negras que la rodeaban arrastrara la suya hacia otras orillas. El último sollozo la dejó vacía.

Cerró los ojos. Bastaría llamar a Melusina para que ésta acudiera, lo sabía. ¿Le apetecía? ¿Quería conocer las respuestas a las preguntas que se había hecho? ¿Quería que le contaran más mentiras?

—No —afirmó ella como una evidencia.

Ni Melusina ni nadie. Sólo ella. La niña de ayer, la mujer de hoy, la viuda de mañana. Frente a aquella trinidad. Y apañárselas.

Lo primero que le vino fue un canto. Un sonido que hasta aquel momento ella nunca había producido, como un soplo de primavera en un brote. Se arrodilló, con las manos sobre los muslos, y dejó que saliera de ella meciendo la cabeza. Lo sentía ligero y a veces poderoso. Sin imágenes. Sólo una vibración que parecía apoderarse de cada célula de su cuerpo para regenerarla. Se dejó acunar hasta alcanzar la plenitud. Sólo entonces aceptó ver más allá, apropiarse de sus poderes. Ayer daba órdenes al gavilán. No había regresado. ¿Dónde estaba en aquel momento?

En la copa de un árbol, cerca de una fuente clara. Una gruta natural en la ladera de una montaña. Rocas escarpadas. El Vercors. Aguarda. Ella comulga con él. Con quién más. ¿Mathieu? Se concentra en el rostro de éste. La palestra. Se ejercita en el manejo del arma, la alza y la abate sobre el maniquí y se pilla dolorosamente los dedos entre el mango y la cadena de la bola erizada de pinchos. Suelta el arma y sopla sobre la uña herida saltando sobre uno y otro pie. La imagen se desvanece. Busca una nueva. Philippine. La alcoba está en penumbra. Duerme apaciblemente, un mechón cae sobre su rostro. ¿Gersende? Se ríe. A uno de los pinches se le ha caído un huevo de la cesta y maese Janisse acaba de pisarlo. ¿Marthe? Está en la alcoba de Sidonie y extiende las sábanas. Alza la cabeza bruscamente, detiene su gesto. Inspecciona la habitación con la mirada, a la defensiva. Algonde borra la imagen de inmediato, angustiada ante la certeza de que la harpía se ha sentido espiada. ¿Melusina? En la gruta bajo la Rochette. Se alisa los cabellos con un peine de concha. Sus ojos parecen tristes. Su canto también. Como la harpía, alza la cabeza, aguarda un instante sorprendida y luego le sonrío con ternura. Algonde se aleja. Buscar. Más lejos. Una razón para regresar. El blanco. Un blanco vaporoso como una serpentina de muselina. Una mujer de pie, las manos abiertas. La niebla se aparta ante ella. Una barca se desliza. Ella está en la proa. Algonde la conoce. Se reconoce a pesar de la cabellera blanca que cae en cascada sobre sus hombros, a pesar de las arrugas en su rostro. Al frente, a través de la brecha, el perímetro de una orilla.

Una silueta en el pontón. Un hombre. Avejentado, con una cicatriz en la esquina del ojo derecho. Mathieu.

La niebla se cierra de nuevo, se los traga. Imitando a su doble, extiende los brazos, abre las palmas de las manos hacia el cielo y luego, lentamente, los ojos. Una luz suave irradia la gruta. Una luz que ella genera. La conoce. Ese resplandor verdoso guió sus pasos hacia la serpiente. Las paredes estaban tapizadas de aquel resplandor.

Inclinó la cabeza. En el estanque a sus pies, una multitud de peces surcaban el agua, asomando la cabeza a la superficie. Algonde sumergió los dedos para acariciarlos. Estaba en paz. Había escapatoria de la muerte. Una vida posible con amor. Una manera de cambiar el rumbo del destino. Llegado el momento sabría hacerlo. Se sumergió en las aguas vivas y jugueteó con el banco de gobios hasta que su aura se apagó por completo. Cuando la guiaron hacia la galería, debatiéndose contra la corriente, supo que remontaría el curso sin dificultad.

Salió al aire libre y, batiendo los pies con fuerza, franqueó el gollete.

Salió del agua y se tumbó en la orilla, al sol, para secarse un poco. Se sentía libre. Mathieu viviría. Le bastaba decidirlo.

Cuando llegó al castillo dos horas más tarde, para despertar a Philippine, estaba tan persuadida de ello que canturreaba con su voz humana recuperada.

## Capítulo 29

Cem siempre había sentido aquellas cosas. La hoja del puñal que guardaba bajo su almohada estaba más fría los días en que la muerte rondaba. De niño, a veces tenía la impresión de respirar la putrefacción de la muerte y se volvía repentinamente para asegurarse de que ésta no le seguía. Le venía de nacimiento. Su padre lo había convertido en ley. Quien era coronado sultán estaba obligado a decapitar a sus hermanos y a los hijos de sus hermanos. Durante mucho tiempo Cem se había sobresaltado al oír el silbido de una cimitarra en el momento de una ejecución. Durante mucho tiempo llevó al cuello la marca que una noche le había hecho Beyazid con un cordel impregnado de henna. La promesa de su muerte cuando accediera al trono por ser el mayor. Ya no recordaba cómo había vencido ese miedo. Gracias a su madre, sin duda, y a su certidumbre de que sería sultán en lugar de su hermano. Gracias a su padre. Hoy ya poco importaba. Guardaba la reliquia de aquello en su interior. Como si se tratara de una victoria sobre sí mismo y a la vez sobre las sombras. La primera vez que había tenido conciencia de haber vencido se hallaba en el casco antiguo de la ciudad, al pie de Santa Sofía. Se le acercó un mendigo, con el rostro oculto bajo una capucha. A todas luces se trataba de un monje peregrino. Cem le asió la muñeca con autoridad y le puso unas monedas en la mano.

El monje se soltó con violencia.

—Desgraciado —murmuró—, será la dama de la guadaña quien te dará las gracias por tu bondad.

Alzó la manga y apareció a la luz la carne descompuesta por la lepra, y volvió a cubrirse el brazo. Cem no se apartó. Al contrario, se acercó a él para que no pudieran oírles entre la multitud.

—En la ciudad no hay leprosería, ¿quieres que te acompañe a una?

—Sé dónde está. Pero no es eso lo que busco.

—En ese caso, déjame ayudarte. Si te dan un empujón, pondrás otras vidas en peligro.

—¿Acaso la tuya no te importa?

—La mía ya está condenada. Dime qué buscas.

—Jabón de Alepo.

—¿Para qué lo quieres? —se sorprendió Cem, mientras le abría el paso por el dédalo de callejuelas.

—Un viejo pergamino que llegó a mis manos hace mucho tiempo hablaba de las portentosas propiedades de ese jabón. Quisiera probarlo sobre mis llagas.

Cem pagó al tendero y acompañó al monje hasta la puerta de la leprosería. El olor de su podredumbre se le quedó en la nariz durante varios días, familiar, idéntico al de su infancia. Al despertar, se miraba la mano, cuidada, depilada, satinada, como una curiosidad, tratando de hacer renacer la angustia tantas veces experimentada. No apareció ninguna pústula. Y tampoco reapareció el miedo. Cem lo había vencido.

Cuando doblaron las campanas, la víspera, no tuvo necesidad de ver aparecer a Guy de Blanchefort para adivinar que el rey de Francia había fallecido.

—Su testamento estipula que Ana de Beaujeu ejercerá la tutela de su hermano Carlos VIII hasta que tenga edad de decidir por sí mismo. Pero los del Valois, mi querido Cem, ávidos de poder, incitarán a Carlota de Savoya, la madre del delfín, a reclamar la regencia. Una orden real de 1407 la autoriza a ello. Todo ello, como veis, complica y retrasa nuestros asuntos, puesto que a día de hoy no sabemos con quién podemos tratar acerca de los mismos.

Cem se abstuvo de hacer cualquier comentario.

—Hay una cosa más... Hussein Bey, el enviado de vuestro hermano, ha sido hallado muerto en un callejón.

—Le habrán robado...

—Sin duda —admitió el gran prior, con la voz pastosa que le provocaba su lengua hinchada y desollada por las tenazas del sacamuelas.

Bebieron un sorbo de té.

—Destinaré a Philibert de Montoison para que se ocupe permanentemente de vuestra seguridad.

—Mi guardia personal es suficiente —afirmó Cem con dureza, al comprender que el discurso del gran prior de Auvernia no era sino una trampa más para imponer con buenos modos una nueva limitación.

—El rumor hace crecerse a su majestad. La amenaza está a nuestras puertas. He sido informado de que esa noche funesta se vio a Hussein Bey en compañía de un turco.

—¿Me acusáis, gran prior?

—De ninguna manera, pero ¿podéis confiar en la fidelidad de vuestros jenízaros? Tal vez trataron de evitar que hablara o de revelarnos bajo tortura el nombre de aquél a quien han asignado la misión de asesinaros.

—Aunque así fuera, podría hacerme respetar fácilmente por mis enemigos.

—Y, sin embargo, insisto. Philibert de Montoison sabe ser discreto. Acomodaos a su presencia y, hasta que sepamos más sobre el caso, permaneced en vuestros aposentos. Para mí, vuestra vida es preciosa.

Cem apretó los dientes. Qué deseo tan grande de rebelarse había tenido en aquel instante. De decirle que estaba al corriente de los tejemanejes de Beyazid con la Orden. Pero pensó en su joven amigo, el duque de Savoya, que esperaba el momento adecuado para actuar. No levantar olas, le había aconsejado, permanecer calmado. Cem sintió rugir dentro de él el tumulto interior de las aguas del Mediterráneo. Un mar tan tranquilo en apariencia antes de desencadenarse y de hacer trizas a quien desea domarlo.

Desde aquella mañana, pues, Philibert de Montoison se había instalado entre sus compañeros y sus mujeres. No les dejaba ni un momento. Si aquella rata creía que

impediría a Cem comunicarse con sus compañeros, se equivocaba. Nasuh era chelebi, y mucho más erudito que cualquiera de los hospitalarios, había leído a los autores griegos, italianos, latinos y también a los francos, pero sobre todo, el apego por los poetas persas que tenía en común con Cem les permitía intercambiar, con el pretexto de un verso en una conversación en apariencia banal, lo esencial que tenían que decirse.

A primera hora de la tarde, sin embargo, ante las miradas aseverativas de Nasuh, Cem tuvo que rendirse ante la evidencia. Aquello no bastaba. Con actitud negligente, se inclinó hacia Munia, la hija de un alto dignatario mameluco que el sultán Keit Bey le había ofrecido en matrimonio como prueba de su amistad. Almeida, que dirigía el harén, aún no la había conducido a su lecho. Cem no era inocente. Sabía que su favorita temía que otra la reemplazara y Munia era de una extraordinaria belleza. Divertido ante esa rivalidad, Cem no había exigido hasta el momento a Munia. Ahora se congratulaba de ello. A Philibert de Montoisson la egipcia le gustaba más que cualquier otra. En la medida en que aún no la había honrado, Cem no tenía escrúpulo alguno a la hora de sacrificarla.

Le dijo unas palabras al oído mientras Anuar distraía la atención del caballero. Eran tan cómplices uno y otro desde su infancia que su hermano de leche había comprendido con un simple movimiento de un dedo lo que Cem tenía en mente. La esclava asintió, sumisa, mientras Philibert de Montoisson se adentraba en el juego de la galantería.

¿Inocente o no? No aparentaba nada. Desde que Philibert de Montoisson regresó de viaje, no dejaba de elogiar a una mujer de la que se afirmaba perdidamente enamorado, sin llegar a nombrarla. Anuar, cuya elegancia en el lenguaje no tenía parangón, sabía cómo cazarlo.

—Ninguna, amigo mío, ninguna la iguala, os lo digo. Su belleza es semejante a la de esos maravillosos sueños que os cautivan de mañana cual promesa de un ángel — exclamó Philibert de Montoisson.

—Decís eso porque jamás habéis penetrado en nuestros harenes — insistió Anuar.

Un gemido les hizo volverse hacia Munia, que se sostenía el vientre. Ella dirigió una mirada febril hacia Philibert de Montoisson antes de responder en griego a Cem que tenía unos dolores terribles a pesar de la medicación que le habían prescrito.

Cem simuló sentirse muy afectado.

—¿Deseáis que nuestro boticario la atienda? — propuso Philibert de Montoisson.

—Tal vez sería preferible, en efecto... Aunque no esté entre nuestras costumbres.

—Haré que vayan a avisarle... — decidió Philibert de Montoisson, poniéndose en pie.

—Creo que será mejor que no lo hagáis — intervino Cem—. Guy de Blanchefort es muy estricto y nos tiene prohibida cualquier visita en estas horas oscuras. Vos lo sabéis mejor que nadie. Sólo algunos de entre los vuestros, que disponen de un salvoconducto, tienen derecho a visitarnos. No quisiera contrariarle.

La mirada de soslayo que le dirigió la egipcia se convirtió en una súplica. Philibert de Montoisson dudó unos instantes, en pie entre los demás que se pasaban de mano en mano despreocupadamente el narguilé. Cem ordenó a la joven que tuviera paciencia y soportara su dolor. Ella bajó la mirada. El príncipe se despreocupaba de ella y reía una broma que le hacía Huchang.

Visiblemente, pensó Philibert de Montoisson, ahí no se tramaba complot alguno. Desde que llegara, no había percibido nada anormal en la actitud del prisionero. Guy de Blanchefort estaba demasiado tenso. Veía visiones. Aquella pécora era hermosa, semidesnuda bajo los velos. ¿De verdad tenía dolor? Lo dudaba. Su frustración, incesantemente avivada por el recuerdo de Philippine, era tal que no podía soportar más aquel espectáculo de muslos, de ombligos ornados con una esmeralda, de senos desbordantes entre cintas de seda. Sin mencionar las manos del príncipe que a veces se deslizaban como una permanente invitación al amo. ¿Por qué no guardaba a sus mujeres encerradas en una habitación, al abrigo de las miradas, como era costumbre en su país? ¿Para ponerles a prueba? ¿Para mortificarles?

Un gemido le hizo decidirse. Munia acababa de deslizarse una mano tatuada con henna del pecho al bajo vientre.

—La acompañaré yo mismo —dijo, en voz lo bastante alta para resonar sobre las conversaciones de los amigos de Cem. Sus recuerdos comunes y felices eran, como en aquel momento, el tema recurrente.

Nasuh se puso en pie.

—Es contrario a nuestras leyes, caballero.

Cem alzó una mano reclamando tranquilidad.

—No estamos en nuestra casa, Nasuh. Ya que el caballero lo propone, no tengo razón alguna para negarme. Confío en él. Munia estará tan bien vigilada como lo estoy yo.

Philibert de Montoisson no captó el doble sentido. La egipcia se puso un manto de seda sobre los hombros.

—No tardaremos —aseguró el caballero antes de cruzar el umbral.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Cem dio unas palmadas. Las mujeres abandonaron la estancia.

—Habla —ordenó Cem a Nasuh.

—La ciudad está llena de soldados a las órdenes de los hospitalarios. Llegan a centenares de todas partes. Las tabernas están llenas de ellos. Y los hay en todas las esquinas. No he podido llegar hasta el enviado del duque, ni siquiera recoger una nota. El acceso a la encomienda está prohibido a los peregrinos. Estamos rodeados.

Cem se frotó la barbilla.

—En ese caso, será esta noche —decidió—. Mañana nos habrán desarmado.

Las miradas de sus compañeros convergieron con la suya.

—Tú, Huchang, hazle llegar la orden al Aga. Que sus jenízaros estén dispuestos para impedir que los hospitalarios pidan refuerzos. Si ya los han pedido es porque

temen nuestras cimitarras. Trataremos de salir discretamente durante el último oficio. El cadilecher tiene mi misma corpulencia. Me reemplazará. Si está acostado, no se darán cuenta. Yo me uniré a vosotros, disfrazado con sus ropas. Como todas las noches, saldréis a tomar el fresco.

—¿Y Philibert de Montoisson?

—Yo me ocuparé de él. Le he dado órdenes a Munia de no entregarse, sólo de seducirlo. En cuanto anochezca, ella irá a reunirse con él. El cadilecher dispondrá de poco tiempo para que intercambiamos nuestros papeles, pero debería bastar.

Huchang sacudió su cabeza cubierta por un turbante.

—No nos dejarán salir de la encomienda después del toque de queda.

—Pasaremos por detrás, a través del bosque. Arréglatelas para que tres acanguis oculten allí sus monturas.

Nasuh se mesó con preocupación su barba en forma de punta de lanza.

—Incluso en plena montaña, ¿qué podremos hacer frente a un ejército?

—Mi vida es demasiado preciosa para esos perros como para ponerla en peligro. De todas formas, en cuanto den la alerta, el duque será informado de ello. Con un poco de suerte...

Intercambiaron unas miradas de complicidad.

—Que Alá nos la conceda esta noche —rezó Anuar.

—Y que Dios mire hacia otro lado —añadió Cem palmeando el hombro de su hermano de leche.

Acto seguido, una vez las mujeres se reunieron de nuevo con ellos, recuperaron su aspecto distendido. Philibert de Montoisson no tardaría y para el éxito de su huida era esencial que aparentaran hasta el último instante.

En cuanto Philibert de Montoisson enfiló el pasillo, tan largo y estrecho que el resplandor de las antorchas se perdía, la egipcia lo detuvo asiéndole del brazo. Él sondeó sus ojos negros. La boca era exquisita, entreabierta, justo lo necesario para permitir entrever la hilera de dientes immaculados. Un rápido vistazo a derecha e izquierda para asegurarse de su aislamiento y ella se pegó a él, brevemente, y le besó.

—Ven —le dijo Philibert de Montoisson, con la verga en erección.

Si le sorprendían, Cem exigiría una reparación y su esposa sería ejecutada. La condujo a un reducto que servía para almacenar viejos uniformes de la Orden. El lugar, abandonado, sin otra abertura más que aquella puertecilla tan baja que había que agacharse para cruzarla,apestaba a humedad y a un olor rancio que el caballero era incapaz de reconocer. Sin embargo, no había otro lugar donde satisfacerse con ella. Ni tampoco disponía de tiempo para buscarlo. La inmovilizó contra los estantes y la ahogó con sus besos. Las palabras que ella trataba de pronunciar, así como sus manos extendidas para rechazarlo eran vanas ante la determinación de la que el caballero hacía gala. Sus sentidos, excitados desde hacía tiempo, reclamaban violentamente lo que ansiaban. Munia acabó por excitarse puesto que, interrumpido

por discretos gemidos, su aliento se volvió entrecortado en cuanto él la penetró. Para convencerle aún más de ello, ella enroscó sus piernas alrededor de su pelvis.

«Esta pécora goza como una dama pero se entrega como una puta», pensó furtivamente Philibert de Montoison. En el momento en que imaginaba qué amante sería Philippine, se liberó dentro de ella con un gemido ahogado. Si Cem pasara detrás de él, uno y otra tendrían los días contados. Se apartó enérgicamente.

—No tiene que tocarte —dijo él en griego.

—No hay riesgo alguno, no le gusto. Y de todas formas, es él quien me lo ha pedido —dijo Munia en lengua franca con un pronunciado acento.

Philibert de Montoison se quedó inmóvil, súbitamente en guardia. ¿Lo había oído bien? En la oscuridad de aquel reducto, no alcanzaba a verle el rostro.

—¿Qué dices?

—Que quería que te alejara para poder oír el informe de sus compañeros. El príncipe se ríe de ti y de los demás.

Philibert de Montoison sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—¿Por qué debería creerte? No he notado nada —dijo él.

—Se dicen las cosas en farsi, entre risas.

—¿Sabes esa lengua? —le espetó como si fuera un insulto.

Ella no se dejó intimidar.

—Igual que la tuya. Mi padre es un alto dignatario y adora la poesía persa. Mis preceptores me la enseñaron.

—No veo qué interés tienes para traicionar a tu esposo. ¿Qué esperas a cambio?

—La libertad.

—Si se evade, también serás libre.

—Pero no tendré protección. Quiero irme de Francia. Te ayudo y tú me ayudas a mí.

—Sea —decidió Philibert de Montoison—. Acompáñame al boticario y aguardarás allí hasta que haya informado a Guy de Blanchefort. Él decidirá cómo actuar. Luego haremos lo que Cem espera de nosotros. Pero cuidado, si me has mentido...

Salieron con tanta discreción como habían entrado.

Cuando largos minutos después regresaron a los apartamentos del príncipe, le hallaron jugando al ajedrez.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó éste a su esposa, alzando la vista del tablero.

Munia inclinó la cabeza antes de volver a ocupar su lugar entre las otras mujeres que, silenciosamente, para no disturbar la concentración de su señor, jugaban a tabas. Philibert aceptó los dados que Anuar le propuso. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas entre éste y Huchang y lanzó los dados sobre la alfombra. Se detuvieron en un seis.

—La suerte te sonrío —le felicitó este último en voz queda, recogéndolos.

—Es el caso a menudo de los audaces —replicó Philibert de Montoisson con una sonrisa melosa.

La partida entre ellos, la verdadera, acababa de empezar.

## Capítulo 30

Cem se acostó temprano tal como había decidido. Vestido con las ropas del cadilecher que Nasuh le había traído discretamente a última hora de la tarde, vigilaba cualquier movimiento, el menor ruido alrededor de su lecho. Sus manos húmedas traicionaban su aprensión y también su excitación. Aquella noche se acabarían las frases floridas y las fintas melosas. Estaba harto de hacerse el tonto, él, cuya inteligencia y vivacidad eran alabadas por todo el imperio. Ya había divertido bastante a aquellas ratas. Si le atrapaban, les escupiría en la cara. Aún contaba con recursos.

Tras la cortina hubo un movimiento. Apareció el cadilecher, con la mano en el corazón.

—Príncipe...

Cem apartó las sábanas. Instantes después, salía al pasillo, con un hormigueo en los dedos al contacto con la cimitarra que llevaba a la cintura. Por si Alá aquella noche miraba a otro lado y le atrapaban, había ocultado bajo el colchón el puñal que su madre le regalara por su décimo aniversario. Aunque le repugnaba separarse del mismo, la prudencia se lo había aconsejado. Jamás dar un paso al frente sin asegurar la retaguardia, decía su padre. Había ido a una buena escuela.

—¡Allí!

Philibert de Montoisson tendió un dedo enguantado en dirección de las sombras que se escabullían con las espaldas pegadas contra la pared, entre las sombras aún más negras del torreón. Su voz no había sido más que un suspiro dirigido a Guy de Blanchefort, que estaba a su lado. Le pareció, sin embargo, que los fugitivos se habían detenido para sondear la oscuridad. Sin la traición de Munia, la evasión hubiera podido tener éxito. Velado por las nubes, el fino cuarto de luna apenas aportaba claridad suficiente para discernir un movimiento.

—Esperemos —decidió Guy de Blanchefort, que deseaba acabar con aquella sórdida mascarada.

Atrapar a Cem con las manos en la masa era el mejor pretexto para llevar a cabo sus planes. Se llevó el dedo corazón y el índice a la boca. Un trino parecido al de un pájaro ascendió en el aire pesado, luego otro y un tercero a continuación. Una melodía en apariencia anodina pero que, según un código definido con anterioridad, era la señal para indicar a sus soldados que estuvieran alerta.

La mano de Nasuh se posó sobre el brazo de Cem. Como si los otros también lo hubieran percibido, se inmovilizaron en la esquina del edificio. Allí abajo, entre los árboles, cerca de la puerta norte que Huchang se había ocupado de abrir, les aguardaban los caballos. Si conseguían atravesar el espacio a descubierto que les separaba de allí, tendrían una oportunidad.

—¿Lo notas? —preguntó.

Cem asintió con la cabeza. El sudor. El viento de tormenta les había traído el olor mezclado con los perfumes de la tierra. Todos conocían demasiado bien aquel olor de hombres antes de la batalla como para equivocarse.

—Nos han descubierto —dijo Huchang arrancando su cimitarra del cinturón de tela.

—Aún no —dijo Cem llevándose la mano a los labios.

Una ululación se alzó a su vez, larga como la de una lechuza. Un grito respondió con unos segundos de diferencia.

—¡Ahora! —exclamó Cem.

Con un mismo impulso, se echaron a correr en pos de su libertad.

—¡Rediez! —gritó Philibert de Montoisson de rabia al verlos huir.

Con Guy de Blanchefort, Jean Iseron, Imbert de Beauvoir y Jean Boniface, se lanzó a la carrera para atraparlos.

A sus espaldas, en la plaza, los aceros ya se entrechocaban. Cimitarras contra espadas. Jenízaros contra caballeros. Ochenta con la frente adornada con cintas contra los ochocientos hombres que Guy de Blanchefort había reunido y que aparecían por doquier. Se hubiera podido considerar el combate perdido de antemano, pero los turcos, por su destreza, lo llevaban casi a una situación de igualdad. Por uno de ellos que caía había diez francos que se arrodillaban, con la cabeza o un miembro amputados.

Cem veía a aquellos malditos hospitalarios que salían de aquí y de allá, corriendo como perros tras una pieza.

—Vamos —gritó Huchang dándose súbitamente la vuelta para cubrirse las espaldas.

Anuar y Nasuh hicieron lo mismo. Cem aún avanzó unos pasos. El choque del metal, acompañado del grito de guerra de los suyos detrás. El relincho espantado de los caballos delante. Cem, cerca ya de la puerta que ocho soldados armados hasta los dientes custodiaban, sabía que le sería fácil masacrarlos. Huir. Estaba a su alcance. Y, sin embargo, se detuvo. ¿Qué sería de él sin sus amigos? Un lobo, herido, acosado, errante en unas montañas desconocidas, en tierra hostil. Despreciándose cada día más con el paso del tiempo por haberlos abandonado a una muerte segura e inútil. Se dio la vuelta. Con una mirada de color azur y vista de águila, con el oído acostumbrado a explorar la noche para reconstruir los movimientos, observó la escena. En las terrazas, la acometida de sus jenízaros se debilitaba. ¿Cuántos quedaban? Una treintena como mucho, a juzgar por el sonido característico de sus hojas contra las de los francos. El sudor y la sangre se le pegaban a la nariz. Philibert de Montoisson y Guy de Blanchefort se aproximaban a sus compañeros, que contenían a un número creciente de soldados en cota de mallas. En poco tiempo, y a pesar de la carnicería, les habrían dominado. Una fracción de segundo. El honor o la libertad. Cem no dudó

más y se lanzó al combate en el momento en que Guy de Blanchefort desenvainaba su espada.

Cada golpe que daba Cem provocaba una resonancia en su carne, en sus músculos, en su alma. Entre él y el gran prior de Auvernia había unos coraceros. Querían rodearle. ¡Pobres locos! Se echó a reír, como cuando era niño y su padre le enseñaba a luchar con el sable contra una cuerda que daba vueltas a su alrededor. Cual derviche, giró sobre sí mismo, con el filo de su cimitarra en posición horizontal, de tal manera y a tal velocidad que, a pesar de la hierba que se pegaba a sus pies, decapitó de un solo golpe a cuatro de sus agresores. Los otros retrocedieron, impresionados. No les dio tiempo de reponerse. Eran quince contra él. Dando saltos como un diablo, acabó con uno tras otro con tanta facilidad que parecía que tuviera poderes diabólicos. Pero tal vez eran simplemente sus reparos lo que les perdían. ¿Acaso Guy de Blanchefort no gritaba que le cogieran vivo? En lugar de enfrentarse a él, los francos retrocedían, le obligaban a perseguirlos. Él estaba sediento de sangre. Sediento de victoria. Sediento de esa verdad que sólo el rostro de la muerte le había ofrecido siempre. Se regeneraba. Se curaba de su humillación. Forzaba la admiración. Era Cem el sultán, el hijo predilecto de su madre, el sucesor legítimo de su padre y el terror de sus mayores. Era Cemchid, el héroe mítico de Persia, de quien había heredado el coraje y la temeridad. Era invencible por codiciado.

Cuando se dio cuenta de que habían maniobrado de aquella guisa para aislarlo ya estaba demasiado lejos de los suyos para unirse a ellos y Guy de Blanchefort se hallaba en medio de su camino. Solo. Los dos hombres se enfrentaron.

—Se ha acabado, Cem —le anunció el caballero.

—En ese caso, moriré —decidió el joven alzando la cabeza y la cimitarra.

Inesperadamente, Guy de Blanchefort bajó su espada y abrió los puños. La espada cayó a los pies del turco.

—Cobraos mi vida, pero conservad la vuestra, príncipe. La vuestra tiene más valor que la mía.

—¿Cuánto? —gruñó Cem colocándole la punta de su arma bajo el mentón.

Guy de Blanchefort no pestañeó ni dio señal de querer apartarse.

—Cuarenta mil ducados.

—¿Por día?

—Y la libre circulación en el Mediterráneo.

—¡Mi hermano es más generoso de lo que creía!

—Nuestra misión consiste en protegerle de vos y a la vez en protegeros a vos de él. Vuestro hermano no dudaría en haceros asesinar si volvierais a ser una amenaza. Y a pesar de nuestros acuerdos, ya lo intenta. He jurado protegeros y cumpliré mi palabra.

Cem dominó su cólera. Esta vez, el tono de voz no sonaba a falso. Ni la actitud. De repente vio hasta qué punto él y Guy de Blanchefort se parecían. El orgullo ante todo. El honor ante todo. Respeto. Mutuo.

—Un león no puede estar enjaulado, gran prior. Basta de mentiras.

—¿Basta de juego sucio?

—Si os lo prometo, ¿me dejaréis libertad para ir y venir a mi guisa, recibir homenajes de los vecinos, cazar, cabalgar y dar fiestas?

—Escoltado por Philibert de Montoison, podréis vivir, sí. Con todos los honores debidos a vuestro rango. Pero como un exiliado.

—Para siempre supongo...

—A menos que cambien mis órdenes, eso temo.

A su alrededor el combate seguía siendo cruento. Huchang reía a mandíbula batiente, desencadenando esa tensión que había contenido durante mucho tiempo con una furia diabólica. Nadie podía con él y su hilaridad casi ensordecía el estrépito de las armas. Sin verles, Cem reconocía cada golpe que daban sus compañeros. La punta de su cimitarra hizo aparecer una gota de sangre en la glotis del gran prior.

—Podría mataros.

Guy de Blanchefort se quedó de piedra.

—Otro me relevaría. Hay más de cien que aspiran a ello. Menos complacientes, tal vez.

—No recuerdo que vos lo hayáis sido —refunfuñó Cem.

—¿Me habéis dejado otra elección que lo que os he impuesto? ¿Qué habríais hecho en mi lugar?

Lo mismo. Sin dudarlo, pensó Cem. Retiró la hoja de su arma. La luna descubrió un instante el rostro de su adversario. La mirada era viva. Franca.

—Soy vuestro aliado, Cem. Me complacería que, a pesar de las circunstancias, me lo concedierais.

Por toda respuesta, el príncipe le dio la espalda para impregnarse por unos instantes aún de la imagen de aquel combate en el que sus compañeros, invencibles, luchaban en una charca de cadáveres y de sangre. Sin duda el último de su cautiverio. Luego silbó dos veces, como dos puñaladas. Breves, estridentes. Hendieron la noche y el estrépito.

El ruido de metal al entrechocar cesó al instante. Sólo Huchang batió el aire una vez más con su brazo vengador. Una cabeza, otra más, cayó al suelo haciendo muecas. El cuerpo del soldado se estremeció estúpidamente antes de desplomarse. Philibert de Montoison se lanzó hacia el gigante, espumeando de rabia. Antes de que nadie tuviera tiempo de interponerse, Huchang detuvo el golpe mortífero. A través del aspa formada por las hojas de sus armas, ambos hombres se enfrentaron con pareja mirada de odio, tan cerca el uno del otro que sus alientos entremezclados entelaron el acero.

—Bajad el arma, Montoison —gritó Guy de Blanchefort.

Ambos hombres permanecieron fundidos así aún durante unos segundos, con el odio a flor de piel, antes de que el caballero obedeciera y retrocediera, sin bajar la guardia, empero.

—Inténtalo de nuevo y te cortaré a pedazos para dar de comer a los perros —le dijo Huchang antes de escupir en su dirección.

—Esto no quedará así, puedes estar seguro —respondió Philibert de Montoisson antes de dar media vuelta y dirigirse hacia la terraza.

Sus pasos nerviosos crujieron sobre el suelo, como si respondieran a los gemidos de los heridos.

—Entregadme vuestra cimitarra —ordenó Guy de Blanchefort tendiendo la mano hacia Cem.

Este último dio un paso atrás.

—No hay más —insistió Guy de Blanchefort—. Os desarmo a vos, vuestros amigos y a los jenízaros.

—¿Qué me quedará para protegerme?

—La confianza que deberéis otorgarme.

—Sea. Pero a cambio exijo un favor —se resignó mientras le entregaba el sable.

—Concedido —se comprometió Guy de Blanchefort.

—Quiero una ejecución. La del traidor.

—Lo sé. Vuestro código de honor es parecido al mío. Uno de vuestros jenízaros podrá proceder a ello en el barco que la conducirá a Rodas. Hasta ahí he concedido un salvoconducto.

—Ese femenino designa a una de mis esposas. ¿Cómo se llama?

—Munia.

Cem se tragó su decepción. Sin embargo, no era una sorpresa. Había cometido un error al subestimar el orgullo de la egipcia. No hay nada peor que una mujer humillada. Sin embargo, su madre, que se las había tenido con la de Beyazid, repudiada, no había dejado de repetírselo. ¿Cuál de los dos era culpable en ese caso? ¿Él, por haberla menospreciado entregándola como una puta a Philibert de Montoisson? ¿O ella por haberse vengado? Por un instante estuvo tentado de concederle su clemencia, pero no podía hacerlo sin renegar de sí mismo. Así era la ley de su país. Todo traidor debía ser ejecutado. Y ella no podía escapar a la ley.

—¿Tengo vuestra palabra? —insistió caminando junto al gran prior.

—La tenéis, Cem. Ella morirá y a vuestro hombre no se le molestará.

Anduvieron hacia el edificio, pisando con sus botas los regueros de sangre que el suelo no conseguía drenar. Los hospitalarios se ocupaban ya de sus heridos y organizaban el traslado de los mismos al hospicio. Cerca del torreón de la encomienda, los jenízaros que aún se tenían en pie y el Aga habían sido reunidos y desarmados por los soldados al mando de Luirieux.

—Comprenderéis, a buen seguro, que no pueda concederos más escolta que la mía. Os dejo a tres jenízaros de vuestra elección, a su capitán y a cinco acanguis —anunció Guy de Blanchefort a Cem cuando llegaron frente a ellos.

Cem indicó algunos rostros entre sus hombres. Luirieux los liberó y dirigió al resto hacia el interior del torreón.

—Conservaré a mis compañeros, mis esclavos, mis mujeres y mi cadilecher — enumeró Cem, con impotencia.

—Los demás serán repatriados a Rodas. Mañana mismo se pondrán en camino.

Cem asintió. Un acuerdo tácito. Se sentía cansado y sólo deseaba lavarse aquella sangre que llevaba pegada a las manos y a sus ropas.

—Si lo permitís, gran prior, voy a retirarme.

—Una cosa más, Cem. Nosotros partiremos dentro de ocho días hacia el castillo de Rochechinard.

Cem le sonrió con resignación.

—Ahí o en otra parte...

Se volvió para subir la escalera del cuerpo de guardia.

—En los bosques hay caza abundante...

La voz era amistosa, cargada de promesas. Cem se detuvo en el umbral, con el corazón repentinamente aliviado.

—Necesitaré un corcel.

—Vos mismo podréis elegirlo, pero seré feliz si puedo ayudaros. Si me lo permitís...

Cem se adentró en las profundidades de la encomienda, con la espalda ligeramente encorvada. Estaba agotado. Dolido también por la pérdida de sus hombres. Mañana sería otro día. Luego otro y otro más seguirían. Si Guy de Blanchefort se cuidaba de ello, tal vez serían menos parecidos. Deseaba creer que llegaría un día, si mantenía la esperanza, en que sus ambiciones se unirían a las de los hospitalarios. Mañana...

Se durmió soñando con largas cabalgadas.

## Capítulo 31

Transcurrieron ocho días. A imagen del país entero que lloraba a su difunto rey, la tierra de Sassenage se encenagaba bajo las trombas de agua de unas tormentas tan violentas como frecuentes. Entre una y otra, el aire se volvía tan pesado y el calor era tan malsano que el menor movimiento hacía que se hincharan los tobillos. En las caballerizas, las bestias pateaban con sus cascos y se agitaban en sus establos. Incluso los gallos, perturbados por aquellos fulgurantes destellos de luz a través del desgarrón de una nube, cuando la mayor parte del tiempo reinaba la penumbra, ya no alcanzaban a distinguir el día de la noche y cantaban sin ton ni son como si se hubieran vuelto locos. Las balas de paja que habían quedado en los campos se habían perdido y en las granjas de los alrededores se oían ya lamentos, con la nariz pegada al papel aceitado de las ventanas. Nadie quería pronunciar el nombre de Melusina, pero todos lo tenían en mente, como cada vez que se desencadenaban los elementos. Refugiados en las viviendas, se veía crecer al Furon hasta acariciar las orillas. La rueda del molino de aceite giraba más deprisa que de costumbre impulsada por el curso del agua. En algunos lugares, el camino se había convertido en una charca. A la entrada del pueblo, el puente resistía pero el agua rodeaba sus pilares con unos fantasiosos remolinos. Se rezaba por doquier, y cuando un rayo caía cerca se trazaba sobre el pecho un signo de la cruz. En cuanto el sol zigzagueaba entre las nubes, asomaban la cabeza para verificar que a su alrededor aún se tenía todo en pie. La tierra chorreaba hacia el Furon, descendía las colinas en torrentes negros, arrastrando ramas rotas, tejas arrancadas, ropas olvidadas tendidas en una ventana o la carroña de un animal. Ahogado o fulminado por un rayo. Se evitaban esos torrentes mortales, se hacía un breve estado de la situación, felicitándose o lamentando su paso frente a la puerta, por el corral o la calle principal. Unos minutos de calma tras el caos, antes de que gruesas gotas barrieran las que habían quedado suspendidas al borde de un tejado y obligaran a volver a cerrar las puertas con un aire más fresco.

Philippine sobrellevaba su aburrimiento junto a Sidonie. Con las ventanas cerradas, bordaban y conversaban de una cosa y otra, bajo la mirada de Marthe, absorta en su propia labor. A veces, el barón las distraía con un poco de música. Su voz cubría entonces las suyas. A coro, cantaban el estribillo, compartían la emoción de un verso, temblaban ante la evocación de una batalla o compartían la epopeya de un cantar de gesta. Ajedrez, damas, chaquete, cartas, alquerque, dados... Alternaban los juegos y se decían que al día siguiente podrían cazar o galopar.

Sidonie le enseñaba a Philippine los nuevos bailes en boga en la corte de Francia. En La Bâtie las fiestas eran frecuentes, le había recordado su padre. El poder de los Sassenage se manifestaba de la manera más elegante y los vasallos se sucedían para rendir homenaje al barón. Philippine debía brillar por sus exquisitos modales. Por ello, al negarse a asomar la nariz al exterior pues aquel tiempo la desorientaba, se

ejercitaba en sus clases dos horas al día en una atmósfera que respondía a la tristeza ambiental con una bella y sana alegría.

Entre el alba y la puesta de sol, Algonde libraba. Philippine le había sugerido que se uniera a ellas tal como hacía Marthe, pero justamente a causa de esta última, la jovencuela había rechazado la propuesta. Le apetecía más vagar por el castillo, Algonde no estaba hecha para pasar horas enteras sentada a la luz de un candelabro enhebrando agujas o haciendo girar la rueca. Se cansaba pronto de ello. Nada le gustaba tanto como la actividad. Sin embargo, Gersende no podía darle mucho trabajo, pues estaba enfrascada en poner al día las cuentas de la boda que el barón le había reclamado.

¿Ir a ver a Mathieu? Algonde lo había intentado, pero ya no se separaba de los soldados. Cuando no podían entrenar, éstos se reían, bebían, compartían recuerdos indecorosos o de escaramuzas. Mathieu escuchaba y se formaba un carácter que hasta entonces le era extraño. En cuanto el cielo se despejaba, salía con su maestro de armas y practicaba lo que le habían enseñado. Por más que lo intentara, a Algonde no le gustaba ver aquella daga surcar el aire frente a ella. Tampoco le gustaba aquella risa que le nacía de la garganta, como la de los borrachos. ¿Tenía que imitarles para convertirse en uno de ellos?

—Me impregno de mi futuro oficio —le dijo sorprendido por su pregunta el jovencuelo cuando ella tuvo ocasión de comentárselo en uno de los escasos momentos en que habían podido hablar a solas.

—Sus modales no forman parte de tu naturaleza, Mathieu. ¿Por qué quieres forzarla?

Él se encogió de hombros, con la mirada chispeante.

—La naturaleza es engañosa. A decir verdad, me siento más a gusto sudando de esta manera que cargando el horno.

Algonde sintió que el corazón se le partía.

—¿Debo entender que esto te gusta?

Él la abrazó, feliz como cuando de niño descubría un nuevo juego.

—¿Es una suerte, verdad? Ya verás, dentro de unas semanas incluso podré protegerte de cualquier peligro. Como cuando éramos niños, ¿te acuerdas? Tú eras una princesa y yo un valiente caballero.

—Yo no soy más que una sirvienta y tú un soldado. Nuestros sueños no se han hecho realidad, Mathieu, y no deben engañarnos.

En la besó en los labios, ligero como en otras ocasiones, impermeable al miedo.

—Al contrario, los sueños nos alcanzan. ¿Acaso no vamos a casarnos?

Al ser llamado a sus lecciones, se alejó silbando aquella tonada que antaño les unía antes de cometer una trastada. Algonde se tragó su angustia y entonó el estribillo con voz clara. Él se sentía satisfecho. ¿Acaso eso no era mejor al fin y al cabo?

Al día siguiente, sin embargo, ella comenzó a dudar de nuevo.

Así que, para no tener que pensar, se ocupaba de sus antiguas tareas. Limpiar la

plata, barrer la escalera, ayudar a Fanette al servicio de Sus Señorías o a maese Janisse en la cocina. La primera tarde en que Philippine se dio cuenta de ello, la riñó amablemente.

—Eres mi camarera. ¿Eso no te basta? ¿Qué necesidad tienes de trabajar más? En La Bâtie, deberás contentarte con eso.

—Me temo que me moriré —dijo Algonde desolada, esbozando una mueca fatalista.

Philippine se echó a reír, con una risa aguda.

—Espero que Mathieu te deje embarazada. Así, por lo menos, tendrás en qué ocuparte durante el día.

Esa idea la serenó, y al cabo de unos instantes la dejó apesadumbrada. ¿Podía traer un niño al mundo sabiendo lo que sabía? Una contradicción más a añadir al humor cambiante que padecía. Entre risas y lágrimas, entre la jovencuela de ayer y la brujita de hoy. Entre Mathieu y Philippine. Entre el sol y la lluvia. «Decididamente —pensó—, soy como una veleta, a merced de los vientos. ¡Ha llegado ya la hora de que me enfrente a ellos en lugar de dejar que me hagan girar hasta marearme...!».

Los elementos también se desencadenaban sobre la encomienda de Poët-Laval. Cem vio cómo la caravana de jenizaros se alejaba por el camino la mañana siguiente de su frustrada evasión. A través del valle del Durance, llegarían a Marsella en dos semanas si aquel mal tiempo no les obligaba a detenerse a menudo.

—Aún no disponen de pasaporte —se mofó Cem cuando Guy de Blanchefort le explicó el itinerario que seguirían, mucho más directo que a la ida.

Discutían ahora sin disimulo y el príncipe había recuperado las ganas de hablar. De hecho, sin darse cuenta uno y otro, aquel enfrentamiento les había aproximado.

Guy de Blanchefort sonrió y dobló el mapa del reino que había extendido sobre la gran mesa de su oficina para responder a la Pregunta del príncipe acerca del emplazamiento de Rochechinard.

—Es cierto, pero los hospitalarios tienen en realidad libre circulación en tierras de Francia. No les molestarán. Y aunque ése fuera el caso, ¿a quién se dirigirían? El reino no tiene una cabeza visible que lo gobierne.

Cem asintió y Guy de Blanchefort le invitó a cenar a su mesa.

En la terraza, a pesar de la fuerte lluvia intermitente, la sangre derramada se había incrustado en las juntas de las piedras. Negra y coagulada, era la prueba de la traición de su esposa. Cem la vio montarse en una mula al día siguiente de la batalla. Munia le dirigió una mirada orgullosa. El rostro de la venganza ejecutada. Sin remordimientos. La decisión de Cem se hizo aún más firme. Apartó la vista y dirigió una mirada a uno de los hombres que partía. Un parpadeo selló su acuerdo. La noche sangrienta aún no había acabado y Huchang se reunió con él para transmitirle las órdenes. Cem sabía que serían ejecutadas al pie de la letra. La egipcia no volvería a

ver su tierra.

«La piedad sólo tiene valor gracias a la justicia», le decía su padre.

Cuántos hombres muertos, cuántos compañeros heridos para saciar el orgullo herido de aquella diablesa. Habían enterrado a más de doscientos, turcos y francos mezclados. La encomienda se había transformado en un osario. ¡Que muriera ella, pues! Se lo había merecido. Cem la miró alejarse, resplandeciente por su impunidad. Enojado al pensar en Anuar, que había perdido una oreja en la batalla, o en Nasuh el chelebi, tan hábil para caligrafiar e iluminar los versículos del Corán, que había sido herido en la mano.

Sus amigos anidaban en su interior un rencor insaciable que la presencia permanente de Philibert de Montoisson atizaba aún más. Sin contar que, hasta su propia partida hacia Rochechinard, estaban todos confinados en los apartamentos de Cem. Nadie podía ir a la ciudad. Sin sus cimitarras, no podían entrenarse para el combate. Incluso se les había prohibido la lucha.

—Por razones de seguridad. Mis hombres son como los vuestros, Cem, les hierve la sangre y lamentan la pérdida de los suyos —se justificó el gran prior.

—Lo habíais prometido.

—Una vez en Rochechinard correremos menos riesgos. Vos y vuestros compañeros tendréis lo que deseáis. En la medida, claro está, de cuanto estoy autorizado a concederos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Lo sabéis perfectamente, Cem. Todo menos la verdadera libertad.

Desde entonces, Cem trataba de calmar a sus compañeros.

—Allá donde vayamos, el duque de Savoya no nos olvidará —gruñó Huchang el impetuoso, Huchang el belicoso.

—Lo he jurado.

—Nosotros no —observó Anuar, con una sonrisa maliciosa.

—Soy prisionero, y seguiré prisionero. No os lo puedo imponer. Sois libres de partir si así lo deseáis —suspiró Cem ante la cólera de los otros.

Sus miradas, tristes, convergieron en él.

—¿Qué amigos seríamos si te abandonáramos?

—Es cierto. Firmaste un tratado. Juraron negro sobre blanco, con la firma del gran maestro de la Orden debajo junto a las de vuestros respectivos testigos. Lo sé. Fui uno de ellos. Juraron sobre la Biblia ayudarte a recuperar el trono, conducirte a Hungría. ¿Dices que lo has jurado? ¡Pues primero que respeten su propia palabra! —se indignó Nasuh.

—La palabra de un turco vale más que la de cien franceses... ¿No es eso lo que me dijiste, hermano?

Anuar, su hermano de leche, asintió inclinando la cabeza, aquella hermosa cabeza ornada no con un turbante sino con una cinta que la sangre manchaba en uno de los lados.

—Lo mantengo y te doy la mía, Cem. Si el duque tiende una emboscada, te obligaré a seguirle, así estará a salvo tu honor y vengaré el mío.

Los otros lo aprobaron y Cem acabó por aceptar. Sus compañeros no se rendirían jamás. Tal vez aún quedaba alguna esperanza, en algún lugar de la mirada de Alá. Cada noche, al oír la lluvia batir violentamente contra el cristal, pensaba en aquel puñal oculto bajo la almohada. La hoja, curvada como una luna creciente, era ahora la única arma que poseía. Otra, con la que los poetas de Katmuni le obsequiaron, cantaba en su corazón. Se llamaba amistad.

Antes de partir hacia Aigues-Mortes, Enguerrand hizo alto en la Rochette. Unos minutos, luego una hora, luego una noche. Al segundo día pasado bajo su propio techo, aún se preguntaba si había tomado la decisión correcta. La belleza de Philippine le había causado una honda impresión. Estaba en edad de casarse y por lo que había podido juzgar, no le faltaban pretendientes. Durante los festejos, se cruzó con dos de ellos que acababan de deslizarle una nota bajo la puerta. A pesar de eso, ella había permanecido a su lado, había disfrutado de su compañía y rechazado los favores de otros. Pero no era inocente y tampoco tan estúpido como para ignorar que el alejamiento borraría el interés que hacia él mostraba. Sin gloria ni fortuna, no se sentía digno de ella y no le haría una afrenta al barón, ya tan generoso para con él, pidiéndole la mano de su hija. Debía pues perderla para tener derecho tal vez a amarla. Triste elección. Noble, eso sí. Digna en cualquier caso del caballero que era ahora. Pero ¡cuán dolorosa! Lo suficiente para dudar. ¿Lo suficiente para quedarse allí?

Cuando estalló la primera tormenta, Enguerrand estaba tan atormentado que aquel diluvio le liberó de todas las lágrimas que era incapaz de derramar. Erró de habitación en habitación, apropiándose de aquellos espacios demasiado vacíos.

¿No podía aceptar aquel feudo, aquel castillo, y reinar como amo, dar órdenes y comportarse como un señor? ¿Imitar la manera en la que los demás lo hacían? Su madre había consagrado tanto amor, sí, tanto amor para rehabilitarlo. Permanecer, contentarse con lo que obtendría de la explotación agrícola y el alquiler de aquel palacete en Grenoble que ella le obsequió cuando cumplió quince años. Ofrecer aquello para los esponsales de Philippine y aceptar sin escrúpulos las tierras que esta última aportaría como dote, oír las risas de los niños, los suyos, los de ambos. Dirigir aquel castillo a la manera de las leyes de caballería de antaño. Eso era lo que le aconsejaba el sentido común. No dejar pasar su oportunidad.

A la tercera mañana, sin embargo, ordenó ensillar su caballo. El cielo era plomizo, con unas nubes tan amenazadoras que el caballo a punto estuvo de derribarle al encabritarse presa de agitación.

Quédate, le gritaba su corazón. Vete. Sin volverte, insistía aquella locura, aquel deseo de ir a otros lugares que desde hacía mucho tiempo le hacía hervir la sangre. Porque en realidad sabía la verdad. La causa era Algonde. Algonde, a la que dejó a

Mathieu tiempo atrás y hoy con igual dificultad. A pesar de su belleza y de su nobleza, Philippine no podía darle lo que le había dado el ruiñeñor de Sassenage, de niño. Un beso prohibido que jamás había olvidado.

Espoleó a su caballo, indiferente a las gotas que caían sobre su capa de viaje. La espada al cinto le golpeaba el muslo derecho, y el escudo que colgaba de la silla, el izquierdo. Con los pies calados en los estribos, se puso en pie y azuzó a su montura con la fusta bajo los rayos que iban a su encuentro. Moriría contra el viento o franquearía el vado. Así sería su destino. Así había sido siempre.

## Capítulo 32

¿Estaba enamorada? Philippine se repetía la pregunta sin cesar y, aunque le diera vueltas y más vueltas, se sentía incapaz de responder a la misma. Emoción. Excitación. Eso sí, de eso estaba segura. Había tenido los síntomas característicos. Manos temblorosas, sudores fríos, picazón en el bajo vientre, latidos desacompañados del corazón a cada mirada de Enguerrand. Pero ¿amor? ¿Era eso el amor?

No había dejado de pensar en él a lo largo de aquellos días lluviosos. No era difícil, puesto que Sidonie se regodeaba tanto comentando su boda que él aparecía a cada frase, como el estribillo de una canción. Enguerrand, Enguerrand, Enguerrand cantaba una risa, una anécdota, un gesto. Estaba allí, entre ellas, sin un respiro. Y mantenía sus sentidos exacerbados.

Ocho días. ¿Podía considerarse que fuera tiempo suficiente para juzgar el valor de un afecto?

El sol había aparecido de nuevo.

Sidonie le dijo a Philippine que estaba embarazada y se disculpó por no acompañarla a dar un paseo a caballo por el campo como esta última deseaba. A su edad, hubiera sido una locura. Llevar a aquella criatura en el vientre ya era una locura. Lo había notado al sentir el cansancio que le pesaba inhabitualmente sobre sus hombros desde los festejos. Por una vez, Sidonie se había doblegado a los consejos de su esposo y de la bruja que la visitó. Sería razonable. Se tomaría un verdadero reposo antes de ir a La Bâtie para esperar allí el parto. El viaje ya sería bastante penoso. No quería correr más riesgos.

Las obras de La Bâtie estarían listas en un par de semanas, afirmó Jacques que, por su lado, había ido a visitar a sus vasallos y había salido de caza. No eran tareas para una jovencita. En verdad, Philippine no se llevaba a engaño y sabía que él no quería que Sidonie se quedara sola a menudo... Con Marthe... Y que contaba con ella para hacerle compañía. Y, sin embargo, privada de aquellas largas cabalgadas durante su estancia en la abadía, y también de libertad, Philippine no soñaba más que con el viento en sus cabellos y con el costado nervioso del animal contra sus muslos. Unos restos, sin duda, de aquella sensualidad que los paseos con Enguerrand habían despertado en ella. Tal vez ese contacto era también una manera de despejar sus dudas, de ver las cosas con perspectiva, como con el joven converso de la abadía. ¿Deseo prohibido o amor imposible? Ambos la seducían. ¿Añoraba realmente a Enguerrand o sólo había servido para sanarla definitivamente de su sentimiento de culpabilidad hacia Philibert de Montoisson y Laurent de Beaumont?

Tenía que ponerse en movimiento, vivir, saber. Tenía que descubrirse cómo era ella en realidad, sin falsas apariencias, sin nadie que le impusiera la noción del bien y del mal. Los dos primeros días se hizo escoltar por uno de los soldados. Sintió el placer salvaje que buscaba y el cansancio consecutivo, pero aquello no le había ofrecido respuesta alguna. Al contrario, le había despertado una nueva pregunta.

¿Qué hacía Algonde durante su ausencia? Se la imaginaba sin cesar de un lado a otro, atareada, con la mente y las manos ocupadas. A menos que aprovechara para pasar ratos con Mathieu. Al fin y al cabo, eso sería legítimo. Estaban prometidos. Incluso se había fijado la fecha de la boda, la víspera de su partida. A Philippine le gustaba Mathieu. La hacía reír. Mucho menos, sin embargo, cuando besaba a su prometida. Y eso también era un dilema. ¿Por qué detestaba la idea de que aquellos dos se casaran? ¿Por qué se enojaba cuando le contaban los progresos del jovenzuelo? ¿Por qué ardía en deseos de prohibirle que las siguiera? ¿De obligarle a volver a su horno? ¿De abandonar a Algonde? ¿Por qué tenía aquel feroz sentimiento de traición en cuanto Algonde juraba que amaba al jovenzuelo más que a cualquier otra cosa en el mundo?

Al tercer día de paseo solitario tuvo que rendirse a la evidencia. La idea de que Enguerrand se revolcara con una sirvienta en alguna posada la indisponía menos que imaginar a Algonde jaleando a su prometido, encaramada sobre una de las balas de paja que rodeaban el recinto donde se entrenaba.

Ésa era la respuesta a su pregunta. Una vez más, los sentimientos la habían engañado. Amaba el amor. La noción de amor.

Y no a Enguerrand. Además, era posesiva. Terriblemente. No impediría a Algonde ser feliz, pero la quería. Para ella. Con ella. Hasta que en La Bâtie otra, más legítima por su condición, la sustituyera. Eso sucedería, a buen seguro. Al tratarse de la residencia principal de su padre, les visitarían más a menudo que allí y ella tendría sus propios cortesanos. Y, a partir de ese momento, Algonde recobraría su libertad.

Segura de tal evidencia, y negándose a sentirse culpable, se precipitó a comprobar que la jovenzuela se ocupara de sus tareas. Y, para impedir que disfrutara de su galán, le añadió otras hasta caer la noche.

A la mañana siguiente, había tomado una decisión. Dado que le gustaba tanto cabalgar, Algonde la acompañaría. En cuanto la camarera acabó de recogerle el cabello en una trenza, Philippine le dijo:

—¡Estoy harta de que limpies, friegues y escobes! No necesito una fregona, sino una amiga. Ven conmigo —añadió, mientras la conducía hacia las escaleras.

Habituada ya al temperamento impulsivo de su señora, Algonde no había discutido siquiera hasta que se halló cara a cara con el caballo que le proponían.

—Lo siento mucho, Hélène, pero jamás he montado —confesó.

—¡Qué más da! Yo te enseñaré —exclamó Philippine olvidando su breve decepción.

Si la jovenzuela pretendía escabullirse, se equivocaba. ¿Acaso no detentaba sobre ella derecho a la vida y a la muerte? Philippine descubría con una excitación teñida de sorpresa que su verdadera naturaleza se había revelado en el huerto de la abadía. Le gustaba ejercer su poder. De seducción, de nobleza. A pesar de que había aprendido la lección y no quería abusar de él, ahora sabía que la abadesa le había mentado al afirmarle que uno podía condenarse. Hacer gala de autoridad y de determinación no era condenable. Algonde no había tenido más remedio que

inclinarse.

Durante el día, Algonde se dedicó a los ejercicios ecuestres bajo la mirada burlona de su prometido y de Philippine, exasperada ante su evidente complicidad, pero resignada a apechugar con ello para satisfacer su propio capricho.

Por la tarde, Algonde había conseguido ya suficiente dominio del caballo como para que Philippine pudiera contemplar la posibilidad de hacerla trotar junto a ella a partir del día siguiente.

Fue así como, valientemente a pesar de tener los riñones molidos, Algonde cruzó el puente levadizo aquella tarde del 12 de septiembre de 1483, feliz al poder salir por fin del recinto del castillo para refrescar sus ideas. La víspera, se había desesperado en secreto al ver a Mathieu encarnizarse con un maniquí con tanta violencia que el braquemarte desgarró la funda y Mathieu quedó cubierto de paja.

Cuanto más aguerrido se hacía, menos se acostumbraba ella.

Al cabo de diez días, sin embargo, sería su esposa. Mientras tomaba el camino dirección a Grenoble al paso del caballo precedida por Philippine y con tres soldados a sus talones, en sus apartamentos, la costurera cosía su vestido de novia. Philippine se había empeñado en regalárselo, al igual que el traje de Mathieu. El banquete se celebraría de nuevo bajo el viejo roble o en caso de mal tiempo en la sala del homenaje del castillo. Sus señorías, que lo presidirían, los residentes y la familia de Jean. Por parte de Algonde, no había nadie más aparte de su madre. Eso no la preocupaba. Algonde quería sobriedad. Una ceremonia sencilla del padre Vincent que la había visto nacer, y sus platos favoritos que maese Janisse tendría el placer de cocinarle. Bailarían al son de las violas hasta el alba, sin duda. Sería una fiesta bonita, sin comparación con la precedente pero suficiente para colmarla. Más aún puesto que al día siguiente cargarían los baúles en los carros. Fue así como lo quiso al fijar la fecha con su madre. Para llevarse consigo un recuerdo feliz y fresco, con la esperanza de compensar la tristeza de la despedida.

—¿Sientes el balanceo de la grupa?

Volvió la cabeza hacia Philippine, que había aminorado el paso para dejarse atrapar.

—La verdad es que no siento gran cosa, porque tengo las nalgas y los muslos machacados.

Philippine se echó a reír.

—Ya te acostumbrarás, ya verás. No te pongas tan tiesa, al contrario, acompádate al movimiento.

Algonde asintió, pero mantuvo las piernas paralizadas para no caerse. Acompasarse al movimiento. Eso era exactamente lo que le aguardaba cuando abandonara Sassenage. Tres días antes, Mathieu había ido a su encuentro. Philippine estaba ausente, partida al trote por los senderos del bosque. En un campo vecino, Algonde cogía flores salvajes para renovar los ramos de las habitaciones. La

sorprendió cuando cortaba una margarita mientras canturreaba.

—No hay otra tan bella como tú —murmuró antes de tumbarla sobre la hierba, a la sombra de una roca.

En esta ocasión le hizo el amor con dulzura y ternura, para luego rodar al lado de ella y llevarse el tallo de una flor a la comisura de los labios. Con la mirada perdida en las nubes impulsadas por el viento del este, y con la cabeza sobre un brazo, le ofreció el otro para que ella se acurrucara. Como antaño, dejaron pasar los minutos dibujando en el cielo formas fantásticas a merced de su imaginación. La de Mathieu, por desgracia, era más guerrera que bucólica, pero Algonde no quiso que aquel momento se estropeará. No duró mucho, Mathieu regresó a sus ejercicios y ella recogió las brazadas de flores abandonadas sobre la hierba, sin que hubieran evocado nada más que los preparativos de la boda.

—¿Conoces un lugar llamado las Cubas?

Algonde se sobresaltó.

—¿Por qué?

—Porque allí es adónde vamos.

El corazón de Algonde latió apresuradamente. Aquella enigmática sonrisa de Philippine... ¿Lo habría descubierto? ¿Cómo?

—Es un sitio peligroso. Ahí el Furon se hunde en una roca. No es buena idea, señorita Hélène, con las últimas lluvias, las orillas no serán estables.

—Guíame.

—No.

Philippine dio un brinco.

—Es una orden, Algonde.

—No la obedeceré.

Y para mostrar su determinación, tiró de las riendas como le habían enseñado. El caballo detuvo el paso. Philippine la imitó. A aquella hora, el camino estaba desierto. Los soldados, alejados, detrás de ellas, no podían oírlas. Se enfrentaron con la mirada.

—Si no me indicas el camino, lo preguntaré, y si te niegas a avanzar, los soldados te obligarán, aunque tenga que hacer que te aten a la silla...

Algonde tragó saliva. El tono, frío y seco, no dejaba duda alguna acerca de su determinación. Apretó los dientes e inclinó la cabeza.

—Os he prevenido, Vuestra Señoría —dijo antes de espolear al caballo.

Durante varios minutos permanecieron en silencio, una junto a la otra, y por fin Philippine suspiró ruidosamente. Una vez, dos veces. Tres veces.

—No pongas esa cara, me vas a arruinar el paseo —acabó por decir.

—Para mí es una obligación y respondo con servidumbre. No os debo más —le espetó Algonde.

—Vamos, si ya no soy una niña. Sólo quiero verlo. Desde el camino. No voy a

ahogarme...

—No hay nada que ver. El río es un río y un agujero es un agujero... Es una idea estúpida. ¡Me pregunto quién os la habrá metido en la cabeza!

—Melusina...

El corazón de Algonde dejó de latir. Sin embargo, no aparentó su inquietud y se encogió de hombros.

—Reconozco que puede parecer imposible...

—Es la palabra adecuada, en efecto —se mofó Algonde.

—Deja de darte esos aires de reina ultrajada, la hija del barón soy yo y no tú —se enojó Philippine, humillada.

—No es necesario recordármelo... Pero eso no cambia nada. Melusina es una leyenda, y no bastará para hacerme cambiar de opinión.

—¿Incluso si te digo que me ha citado allí?

Algonde se encerró en el silencio, la única actitud que aún le permitía controlar sus emociones. Era toda angustia, rencor y preguntas. Sabía por experiencia propia que Melusina podía haber inducido aquel encuentro a tres mediante un sueño. ¿Era ésa la causa de que Philippine hubiera decidido súbitamente enseñarla a montar a caballo? ¿El hada quería obligarla a llevar a cabo aquella misión de una u otra manera?

—No quieres saber...

—No —interrumpió Algonde.

—¡Decididamente —refunfuñó Philippine—, no sé qué he visto en ti!

«¡Ni yo!», pensó Algonde con amargura, apretando los dientes. Si Philippine tuviera la feliz ocurrencia de desinteresarse de ella, ¡qué alivio sería! Tal vez todo podría volver a ser como antes. Pero era inútil engañarse. ¡Aquel tiempo había pasado ya y no volvería! Mathieu sólo soñaba con aventuras y hasta había olvidado el riesgo de dejarla embarazada antes de casarse, como la primera vez en el río. Se pavoneaba de su torso musculado, de su agilidad reforzada, de su puntería con la ballesta, estaba orgulloso del placer que le daba y del placer que ella le proporcionaba, sin el menor estado de ánimo. Ya no le faltaba una mujer sino una espada. Para él solo. El bobo estaba contento, ¡Dios mío! Tendría una y otra el mismo día. Una en una vaina de algodón, la otra en una vaina de cuero. Una de piel blanca teñida del color del Furon y la otra, de acero con reflejos plateados, se estaba forjando en el castillo. ¡El regalo de bodas del herrero! ¡Qué regalo! ¡Qué idea tan generosa! Seguiría galleando mientras ella se consumiría al servicio de aquella damisela, adulada un día, repudiada otro. ¿Ya santo de qué, todo aquello? De un hada tan penosa que había sido incapaz de solucionar sus problemas ella misma.

Antes de llegar al paso que solía tomar y que descendía en suave pendiente entre los helechos, Algonde abandonó el camino para adentrarse en el bosque, hacia abajo, por una cuesta rocosa. Hasta ella llegaba el rugido del torrente, y también rugía su propio interior.

—¿Aún está lejos? —preguntó Philippine.

—¿Queréis renunciar?

—¡No, por supuesto! Estoy más excitada que nunca.

Algonde desmontó en el último terraplén. Ante ella, el bosque se abría con un parterre de moras. ¡Ah, Hélène quería conocer a Melusina! ¡Ah, querían obligarla a cumplir su destino!

—Las Cubas están tras la última hilera de árboles, abajo.

Philippine se dirigió a los soldados y les ordenó que las esperaran con los caballos. Más encolerizada que valiente, Algonde inició el descenso, con el galón de la falda azotado por los zarzales.

—¿No hay otro camino? —se lamentó Philippine zigzagueando entre las zarzas y ya con arañazos en las pantorrillas.

—Os lo he advertido, señorita Hélène. Y ésta es la parte fácil... Si lo deseáis, podemos subir de nuevo...

—No, si tú lo has hecho, yo también seré capaz de hacerlo.

Indiferente a sus propios rasguños, Algonde aceleró el paso. A través del agujero de troncos grises de liquen, el Furon parecía burlarse de ella. Peor para Philippine si resbalaba en la orilla y el agua se la llevaba. ¡No se lanzaría al agua para salvarla! ¡Que Melusina se ocupara de ello! A fin de cuentas, era idea suya. Se rió quedamente de su maldad contra natura. A eso la reducían. A volverse tan mala como la harpía. Al fin y al cabo, ambas se parecían, no eran más que los juguetes de aquellas criaturas pretendidamente benéficas. No era de extrañar que Marthe tuviera aquel carácter agrio y fuera vengativa. ¿Estaba ella condenada a parecersele?

En aquel instante, al recordar cuánto había sufrido desde su primer chapuzón, Algonde se dijo que sería más feliz si Mathieu, herido, no pudiera manejar las armas y si Philippine no regresara de aquella aventura disparatada.

En cuanto lo pensó con toda la cólera que en ella anidaba, un grito procedente del cielo ensordeció el rugido del torrente.

Un trozo de tela de su ropa había quedado prisionero de un cardo por encima del que había querido pasar, entre dos rocas, y sólo pudo volver el busto, lo suficiente, sin embargo, para ver cómo el gavilán se lanzaba en picado sobre la señorita de Sassenage, con las garras en posición de ataque.

## Capítulo 33

Algonde se quedó inmóvil. Habría mentido si se hubiera excusado echándole las culpas a los pinchos que le atenazaban la falda. La verdad era que estaba petrificada. Advertida por el grito del soldado que había visto a la rapaz lanzarse en picado, Philippine se acuclilló de inmediato entre las rocas y los espinos, cubriéndose el rostro con las manos, mientras el hombre descendía el desnivel para protegerla. Al ver la flecha de la ballesta surcar el aire a unos dedos del pico del gavián, Algonde comprendió que desde el promontorio en el que se había instalado, el segundo soldado se disponía a disparar de nuevo. Simultáneamente, recordó que eran sus pensamientos sombríos los que daban órdenes al gavián. Al ahogar definitivamente su rencor, el miedo le hizo un nudo en el estómago. Un terror nacido de lo que ella era capaz de engendrar y de la idea de perder a Philippine.

Controlado por esta última evidencia y no por las flechas que evitaba milagrosamente, el pájaro alzó el vuelo y en pocos segundos estuvo fuera de alcance y de la vista. El soldado se había reunido con Philippine. Aterrorizada, la jovencuela se negaba a levantar la cabeza. Un profundo sentimiento de culpabilidad se adueñó de Algonde mientras conseguía desasirse de su estado de parálisis y reunirse con los demás. Se agachó frente a su señora.

—Ya está, se ha ido —murmuró sin darse cuenta de que ella misma estaba llorando.

—Será mejor regresar al castillo, señorita Philippine —sugirió el hombre vigilando por el rabillo del ojo el azur del cielo.

Philippine alzó el busto y luego la cabeza.

—¿Era el del otro día, verdad? —preguntó con voz temerosa.

—¿Cómo podríamos saberlo? —quiso tranquilizarla Algonde, pero el soldado la interrumpió bruscamente.

—El mismo, seguro. Lo he visto dos veces lo bastante cerca y puedo certificarlo. Le falta una uña en la garra izquierda.

—Creía que el halconero se había ocupado de él.

—No consiguió alcanzarlo. ¡Parece como si ese animal estuviera poseído por el diablo, pues desapareció tanto tiempo en las montañas que se le había olvidado! Pero organizaremos una batida, señorita, y os prometo que lo capturaremos.

Ayudada por Algonde, Philippine se puso en pie, se ajustó la cofia a la cabeza y con una mano aún temblorosa se alisó los desgarrones del vestido. Aunque estaba aún muy pálida y cubierta de arañazos, se había serenado.

—Volvamos, me informaré para hallar un paso más practicable y regresaremos en otra ocasión —le prometió Algonde, que no podía perdonarse a sí misma.

Sobre su rostro seguían corriendo lágrimas de remordimiento, discretas. Fue el dedo de Philippine en el surco de una de ellas el que le hizo tomar conciencia. ¡Si hubiera podido disculparse sin verse obligada a desvelarlo todo!

—No he venido hasta aquí para rendirme —decidió la joven, sonriéndole con ternura. Se volvió hacia el soldado—. Antes estaba tan impaciente que no se me ha ocurrido la idea, pero unos golpes de espada entre esas zarzas serían de gran provecho, teniente.

—La prudencia...

—No le concedáis a ese pájaro más inteligencia de la que posee. Le habrá desconcertado la forma de mi cofia, que habrá confundido con una presa, eso es todo, Lo habéis hecho huir. No volverá, estoy convencida. Y aunque regresara, desde aquí le veríais llegar. Abridnos paso hasta la orilla.

El soldado asintió con la cabeza y desenvainó el braquemarte.

Unos minutos más tarde, tras despedirse en la orilla cenagosa y resbaladiza, el hombre regresó a su puesto de observación agarrándose a las raíces arrancadas de un aliso y las dos jovencitas se quedaron solas junto al acantilado de granito. Al pie del mismo, en medio del pequeño lago, el cráter formado por el desagüe del torrente remolineaba con más fuerza que nunca.

Mathieu ya sólo pensaba en eso. Se había convertido en su obsesión. Cada tarde, al caer la noche sobre la palestra, indicando el fin de su entrenamiento, iba a casa del herrero para ver forjar la hoja de su braquemarte. Su espada. Jamás hubiera imaginado que tendría una, pero de hecho se había mostrado muy dotado. Mucho. El capitán Dumas, quien a menudo se presentaba para comprobar sus progresos, se lo había repetido varias veces.

Incluso su padre le dio la razón tras verle en una justa contra un maniquí. A regañadientes, pero también lo aceptaba. Mathieu hubiera deseado que Algonde compartiera aquellos entusiasmos. Decididamente, cada vez la comprendía menos. Había cambiado en unas semanas. A menos que fuera él quien hubiera cambiado. No daba con la respuesta a aquel misterio y se consagraba tanto a su nuevo oficio que no tenía ganas de buscarla. Los acontecimientos se habían precipitado y les habían arrancado de la infancia de cuajo. Ahí estaba la causa, sin duda. Seguían entendiéndose bien y se amaban más de lo necesario para formar un hogar feliz, eso era lo importante. Al resto, ella acabaría acomodándose. Aún con más razón, pues él era feliz como pocas veces lo había sido.

Y más aún aquel día en que el capitán Dumas acababa de decirle que, a la vista de sus capacidades, estaría listo para entrar a formar parte de la escuadra en el momento de partir hacia La Bâtie. El barón, que también se había acercado a verle para juzgarle personalmente, le había felicitado y añadió que el temperamento de Algonde no hubiera podido verse satisfecho con un escuchimizado, y que estaba muy contento de ver cómo se había transformado.

Durante unos instantes, Mathieu se ensombreció, preguntándose qué podía saber Jacques de Sassenage acerca del temperamento de su prometida, pero su confianza en ella era tal que rechazó tal sospecha. ¿Acaso Algonde no le había asegurado que el barón ni siquiera le había puesto la vista encima? Demasiado cándida, demasiado

enamorada de él, visiblemente no se había dado cuenta de que le gustaba. Aquello debió de bastar para que Su Señoría, ante la repugnancia de forzarla, fuera a cazar a otros dominios. Y era mejor así, puesto que no hubiera soportado que otro la tocara, ¡ni que fuera el rey de Francia en persona! Sí, que se anduviera con cuidado el que osara siquiera dirigirle una mirada concupiscente. No la compartiría. Jamás. Y aquella daga con la que jugueteaba con agilidad haría entrar en razón al más testarudo. Reía con certidumbre, sólo entre las balas de paja mojadas que olían a humedad. Algunas ratas se habían afincado en ellas. Cuando veía a una atravesar el terreno de ejercicio, se lanzaba tras ella como si se tratara de un enemigo. A menudo, el roedor se le escapaba, pero cuando lograba empalarla con una pica, Mathieu se pavoneaba como un gallo sobre un montón de estiércol. Su oficio parecía un juego. Tan parecido a los que había compartido con Enguerrand que saboreaba su suerte y estaba persuadido de que ésta no le abandonaría jamás.

Con la frente perlada de sudor, las piernas abiertas y flexionadas, echó la cabeza hacia atrás y sacó pecho para inspirar profundamente. A pesar de estar agotado por el esfuerzo llevado a cabo desde la mañana, dos horas antes rechazó regresar con los demás. Quería juzgar sus propios límites, reforzar su resistencia. Esperaba, ambiciosamente, convertirse en el mejor de entre ellos.

Abrió los dedos y el acero cayó sobre la hierba.

Extendió los brazos más y más hasta sentir los músculos tensados por el esfuerzo de aprisionar la columna vertebral por ambos lados. El sol frente a sus ojos le hizo pestañear. Por un instante se esforzó en aguantar la luminosidad, con una sonrisa, y luego, al no soportarlo más, cerró los párpados. Estaba bien. Ante aquello, se rendía. Unos minutos de estiramientos como le habían enseñado y se daría un chapuzón en el río, allí donde Algonde y él hicieron el amor por vez primera. Su rincón. Amaba su piel, amaba su aliento, la dulzura de aquel nido entre sus muslos abiertos. Le gustaba, incluso solo, tumbarse entre las rocas y recordarlo hasta gozar. Se echó a reír nerviosamente al sentir que se le empinaba la verga con sólo evocar el recuerdo.

¡Era tan bueno! Sí. Tan bueno sentirse vigorosamente vivo.

Negándose a sentarse sobre la misma orilla cenagosa, Philippine se encaramó a una pequeña roca que afluía del agua, suficientemente alejada del cráter para no arriesgarse a ser arrastrada por la violencia de la corriente.

—Ven junto a mí...

Algonde obedeció y a ejemplo de su señora se descalzó para dejar que el agua helada limpiara las heridas de sus pantorrillas.

—¡Estamos magulladas! —exclamó divertida Philippine, chapoteando con los dedos de los pies.

—Por culpa mía. Os pido perdón. No hubiera debido llevaros por ese camino.

—Conocías otro, ¿verdad?

—Un poco más lejos y sin peligro —confesó Algonde encogiéndose de hombros.

Philippine la asió con un brazo afectuoso y la acercó hacia ella con una risita.

—Creo que en tu lugar también me hubiera vengado así. Y creo que por ello te quiero tanto, Algonde, porque somos más parecidas de lo que imaginas.

Sus sienes se rozaron y sus dedos se entrelazaron.

—También yo os quiero, señorita Hélène.

Una confesión en forma de aliento en el tumulto de las aguas vivas. Una evidencia. La mirada fija en aquellas volutas en movimiento que salpicaban las orillas. Unos segundos de complicidad. Philippine los interrumpió.

—¿Tanto como a Mathieu?

—¿Tanto como a Enguerrand?

Nueva risa de la pequeña baronesa de Sassenage.

—Que se vaya al diablo...

Los dedos estrecharon con más fuerza los de Algonde.

—Creo que todos estos años en el convento me han hecho más cercana a las mujeres que a los hombres. No los entiendo. Me atraen, me trastornan de manera agradable pero me basta pensar en esa cosa blanda que tienen entre las piernas para que me entre asco.

—No siempre está blanda...

—¿Ah, no?

—En todo caso, la de Mathieu no.

Rieron al unísono. Philippine soltó su abrazo para mirarla con ojos burlones.

—¿Es agradable, como dice Sidonie?

—Irreemplazable —aseguró Algonde sin dudarle, sonrojándose.

Philippine hizo una mueca, fatalista.

—Pues tendré que probarlo. Pero tras curar a Philibert de Montoison, confieso que me cuesta creer lo que me dices.

—Cuando el corazón nos guía no es ningún trabajo pesado.

Su mirada se volvió ardiente, y la voz ronca.

—Ése es el problema. Mi corazón...

Algonde cerró los párpados. El episodio con el gavilán había aniquilado su voluntad, su razón. Pasaría lo que tuviera que pasar. En aquel momento. Mañana. No quería dejarse vencer por el odio de nuevo, repudiar sus sentimientos hasta el ahogo. La única persona a la que aún esperaba salvar de ella misma era a Mathieu.

Esperaba la dulzura de un beso pero lo que siguió fue un grito de sorpresa. Algonde se volvió instintivamente hacia el acantilado que Philippine miraba con ojos desorbitados.

Con el busto emergiendo del torbellino, Melusina las observaba tras el velo calado de sus largos cabellos de estopa, con una sonrisa agradable. Tendió la mano y Algonde suspiró. No se había equivocado. Para qué luchar. Ahora ya era demasiado tarde.

—Venid —le dijo a Philippine, descendiendo de la roca.

La doncella no se movió, tan fascinada como atemorizada. Algonde se plantó frente a ella y le tomó las manos.

—No hay peligro.

Philippine sacudió la cabeza.

—No estoy segura de ello. Nos arrastrará al abismo con ella y estaremos perdidas.

—Confiad en mí. Sólo quiere hablaros.

Philippine se sobresaltó. Un velo de desconfianza cubrió su rostro.

—¿Tú qué sabes? Hace un rato ni siquiera querías creer que existía.

—Hace un rato trataba aún de mantener el secreto.

Renunciando a convencerla, Algonde le dio la espalda y avanzó hacia el hada. Philippine titubeó unos segundos antes de que la curiosidad venciera a la aprensión. A grandes zancadas, se reunió con ella en el agua.

—No os acerquéis más o la corriente os engullirá —las retuvo Melusina cuando estuvieron al alcance de su voz.

Se detuvieron una al lado de la otra, con las olas batiéndoles las rodillas con tanta violencia que tenían dificultades para mantener el equilibrio. Los dedos de Philippine se aferraron a los de Algonde como un niño que buscara refugio en un adulto. En alguien que supiera. Pero Algonde, en aquel momento, no sabía nada acerca de las intenciones reales del hada.

—Estoy contenta de volver a verte, Algonde, tienes mejor aspecto que el día en que te salvé de ahogarte.

Con el apretón de los dedos en los suyos, Algonde comprendió que el argumento había servido para explicar su connivencia con el hada y para tranquilizar a la jovenzuela. Se sintió aliviada. Visiblemente, Melusina no deseaba evocar su papel en la profecía. Se volvió hacia Philippine.

—Así que por ti rompieron los sellos de mi habitación...

—No fui la responsable —balbució Philippine, incómoda.

La risa cristalina brotó como el agua de una fuente, y estremeció a la joven baronesa.

—¡Diablos, ya lo sé! Y no estoy enfadada contigo, hija mía. Al contrario.

—¿Qué esperáis pues de mí? —preguntó Philippine, todavía a la defensiva.

—Nada. O quizá sí. Quisiera que cada noche te durmieras sabiendo que no soy una leyenda. Ese lugar fue importante para mí. Allí fui feliz, infinitamente feliz. No desearía que para ti fuera un lugar anodino. Desde hace mucho tiempo esperaba que reviviera, que un Sassenage osara acabar con el anatema de mi esposo. Y desde que eso ha ocurrido, me siento liberada. Y satisfecha de haber tenido la buena inspiración de repescar a esta descerebrada, porque ¿fuiste tú, Algonde, quien se ocupó de la renovación?

—En efecto —respondió ésta, poco convencida por los argumentos del hada.

A aquellas alturas ya la conocía demasiado para saber que aquella palabrería no era sino un medio para adormecer la desconfianza de Philippine y conseguir así sus

verdaderos fines. Quedaba por ver cuáles eran éstos. Algonde no tenía ningún temor, ya llegaría. La prueba era que el hada encadenaba sus palabras con dulzura y cierto patetismo, como le gustaba presentarse. Astuta, pensó Algonde, mientras Melusina susurraba con el ronroneo del torrente:

—¿Hubieras dispuesto esa habitación de igual manera si no nos hubiéramos encontrado?

—Sin duda, no —consintió Algonde.

El hada se volvió de nuevo hacia Philippine.

—¿Ahora entiendes la razón de que estés aquí?

Con los temores disipados, la joven baronesa inclinó la cabeza.

—Deseáis que ese lugar conserve su alma, vuestra alma, a través de mí.

—Y te recompensaré por ello.

Ya estamos, pensó Algonde conteniendo una sonrisa cínica. El hada era cada vez más previsible. Casi la decepcionaba.

—Puedo leer en tu corazón. El amor te atormenta. Deseo que puedas conocer tu destino para cambiarlo si lo deseas, al contrario que yo, que en mi época no pude evitar nada. Así que recuerda lo siguiente: Algonde será la única fiel a tu lado puesto que te predigo que tendrás tres esposos. El primero para salvarte de la deshonra, el segundo para castigarte por ella, y el tercero para liberarte de ella.

Algonde, que esperaba oír hablar del turco y del niño, frunció el entrecejo, algo desconcertada.

—Pero ¿a cuál de ellos amaré? —preguntó Philippine, pálida.

El busto de Melusina ya se hundía en el torbellino.

—A ninguno de los tres, por desgracia, sino a otro al cual, sin embargo, deberás renunciar. Igual que tú, Algonde. Y es por eso que estáis ligadas. Vuestros destinos son parecidos. Ojalá podáis enfrentaros a ellos unidas —les dijo antes de desaparecer por completo.

Permanecieron un momento inmóviles, zarandeadas por la corriente a su alrededor, mirando el cráter, trastornadas por igual. Algonde fue la primera en reaccionar, enojada por haberse dejado manipular de nuevo. Doble sentido, doble juego. Aquel discurso nebuloso no la concernía en absoluto. Se preguntaba incluso en qué podía ser útil a la profecía. Se encogió de hombros, despechada. Decididamente, ¡cuánto más pasaba el tiempo, más se sentía desvinculada del hada!

—Venid. La corriente es más violenta desde que ha desaparecido Melusina. Si perdemos pie, nos arrastrará.

Ayudándose mutuamente a remontar el río, llegaron a la orilla.

—¿Crees que es verdad? —preguntó Philippine encaramándose a la roca.

—Todo cuanto sé es que me salvó. El resto me es indiferente —confesó Algonde recuperando sus zapatos.

—¿Te da igual saber que seré desgraciada?

Algonde se plantó ante ella con una sonrisa en los labios.

—Sois demasiado hermosa para atraer la desgracia, así que no le deis más vueltas.

—Pero...

—Calzaos, señorita Hélène y regresemos. El cielo se está cubriendo y estamos muy mojadas con un tiempo como éste —la interrumpió Algonde, tendiéndole su botín.

Philippine suspiró, arrugó la nariz y sacudió la cabeza para ahuyentar los ecos amargos de lo que acababa de suceder y luego, finalmente, se arremangó las enaguas mojadas y le tendió la pantorrilla riendo.

—Camarera, amiga mía, ¿acaso habéis olvidado aquello para lo que nacisteis?

—Un instante, por desgracia —se recuperó Algonde, bajando la mirada antes de calzarse su zapato.

Volvieron a montar en sus caballos bajo un cielo cada vez más bajo. Un rayo zigzagueó al oeste sobre el cielo metálico.

—La tormenta es sobre La Bâtie —anunció el soldado antes de enfilear la cuesta.

Algunas piedras se desprendieron del talud. Algonde las vio rodar hasta ella. Su caballo no le dio la menor importancia. Unos minutos más tarde, siguiendo a la montura de Philippine, tomaron el camino y se dijo que tal vez Melusina no tuviera otra intención al fin y al cabo que unirlos por el secreto.

No habían recorrido ni un cuarto de legua cuando un grupo de caballeros al galope apareció en sentido inverso entre el estrépito de los cascos de los animales. A todas luces descendían del castillo. Uno de los soldados soltó un exabrupto a espaldas de las jovencitas y espoleó su caballo para avanzar a su encuentro. Algonde y Philippine intercambiaron miradas inquietas y luego miraron al otro que había llegado a su altura.

—Pasa alguna cosa anormal —anunció.

—Vamos —decidió Philippine, espoleando a su caballo.

Con los sentidos en alerta, Algonde la imitó, olvidando que hasta entonces no se había ejercitado en el trote. Alcanzado por el soldado, el grupo se inmovilizó en la mediana del camino, con Dumas y el barón a la cabeza. Algonde reconoció al halconero junto a ellos y su corazón se sobresaltó. Buscó a Mathieu. No se hallaba entre ellos. Esa sensación, furtiva, le heló la sangre en las venas. Tiró de las riendas a la vez que Philippine y sus monturas pisotearon delante de las de los demás. El soldado acababa de contarle al barón el episodio del gavilán.

—¿Te has lastimado? —preguntó de inmediato Jacques dirigiendo a su hija una mirada devastada.

—No, padre. ¿Y vos? ¿Ha ocurrido alguna desgracia en el castillo?

Jacques de Sassenage se volvió de inmediato hacia Algonde, pero ella ya lo sabía. Lo sabía por las miradas incómodas de los nuevos compañeros de su amado que se apartaban de la suya cuando inspeccionaba sus filas.

—Es Mathieu, Algonde.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas mientras Philippine ahogaba un grito con las manos.

—Lo encontramos en la palestra donde entrenaba. Solo.

—Vi al gavilán lanzarse sobre él, pero estaba demasiado lejos, no pude hacer nada —añadió el halconero.

Ella se puso a temblar convulsivamente. Aquel silencio a su alrededor y aquellas palabras atragantadas en su garganta. Philippine las pronunció por ella:

—¿Está...?

—No, gracias a Dios ha salido de ello con vida, pero me temo que su carrera en nuestras filas ha terminado antes de haber comenzado...

## Capítulo 34

¿Se sentía aliviada por las últimas palabras del barón? En su desazón, Algonde era incapaz de considerarlo. Y, en aquella habitación a la que habían transportado al jovenzuelo, además de los lamentos de Jean, sentía como un peso sobre sus hombros la mirada de Gersende, cargada de incompreensión y de reproches. Su madre sabía que a través de la rapaz era ella la culpable. ¿Podría comprender lo que ella misma se negaba a admitir? ¿Aquello que su corazón le gritaba como un insulto? Se había equivocado. Pensaba proteger a Mathieu de sí mismo cuando el único verdadero peligro para él era ella misma. Sólo ella.

Agarró más fuerte la mano sana del jovenzuelo. Dormía, embrutecido por los medicamentos de la bruja a la que habían avisado de inmediato. Algonde, junto a su lecho desde que espoleó a su caballo para llegar lo antes posible al castillo, era incapaz de proferir un sollozo, incapaz de apartar la vista de aquel vendaje enrojecido que le cubría el ojo derecho. Permanecía inmóvil, como si el tiempo pudiera detenerse y volver atrás. Si tuviera ese poder... Si pudiera cambiar las cosas... Pero el tiempo se contentó con pasar, inexorablemente, sobre su prometido desfigurado.

—Los cortes son profundos. El arco superciliar cicatrizará, pero me temo que perderá el ojo. En cuanto a la diestra...

Algonde se sobresaltó al reconocer la voz de la bruja a la que, concentrada en su tormento y en el de Mathieu, no había oído llegar. Algonde volvió la cabeza hacia ella. Gersende había desaparecido con Jean. A juzgar por el timbre ensordecido de sus voces, probablemente se hallaban en la vecina panetería. Estaban solas.

—Hay nervios seccionados por el impacto de las garras entre el dedo corazón y el índice. A partir de ahora le será imposible agarrar un objeto —prosiguió la anciana sacando de su zurrón una cantimplora de cuero.

Se la tendió, con una sonrisa amable en los labios. Algonde no quería apartarse de Mathieu, pero al no dar señales la bruja de avanzar más, se apoyó en la cama y se alzó para cogerla. En cuanto dio un paso hacia ella, la bruja retrocedió hacia una de las esquinas de la habitación y le hizo señas de que se aproximara. Al comprender que quería evitar que Mathieu las oyera, Algonde se reunió con ella sin titubear.

—Esto le ayudará a cicatrizar y favorecerá un letargo reparador. Le echarás media cucharada en la lengua cada hora, incluso por la noche, durante tres días.

—Gracias —murmuró Algonde, tomando la poción, sorprendida por aquella voz tan baja para tan poco misterio.

La bruja hizo una pausa, atenta al menor ruido, y al ver que la jovenzuela se disponía a volver junto a la cama, la asió del brazo para retenerla.

—Sé quién eres, Algonde. Si deseas que viva, te aconsejo que hagas lo necesario para que maten al gavián, hoy mismo...

Algonde palideció.

—No sé cómo...

—El tiempo apremia. Te han mentido. Haz lo que te digo. El gavilán sólo es inmortal por la creencia que tienes en él. Si tú le condenas, morirá.

—¿Quién sois? —alcanzó a decir Algonde.

—Aquí no. Podría oírme. En mi casa. Cuando todo esté de nuevo en orden.

—¿Quién podría oírte?

—La harpía —susurró aún la bruja antes de apartarla con pulso firme y desaparecer en el umbral de la puerta, sin volverse.

Algonde se quedó allí plantada unos minutos, perpleja, angustiada. Luego, Mathieu gimió agitándose en la cama y ella volvió junto a él.

La escuadra con la que Algonde y Philippine se cruzaron al regresar al castillo se había formado inmediatamente después de la agresión para poner coto a la conducta anormal del animal. Saber que unos instantes antes también había atacado a su hija sólo había contribuido a reforzar la determinación de Jacques de Sassenage. Aunque tuvieran que darle caza durante varios días, había que acabar con aquella criatura infernal. Algonde cerró los ojos. Podía ver dónde estaban. Podía dirigir al animal hacia ellos. ¿Lo deseaba, empero? ¿Podía estar segura de lo que acababan de decirle? La bruja había ayudado a su madre a traerla al mundo. Mathieu también había nacido gracias a ella y Algonde no tenía recuerdo de que le hubieran imputado malas acciones, al contrario que aquella otra, la Bérasse, que andaba en comercio de magia negra y acabó lapidada por los habitantes. Ya estaba muerta cuando la ataron a la hoguera. Algonde lo recordaba. Tenía por entonces diez años y al igual que a Mathieu, el olor de la carne quemada le causó una honda impresión. La bruja estaba allí, mezclada con la muchedumbre, mirando cómo las llamas lamían a la Bérasse, hasta que el viento abatió la humareda y dispersó a los mirones. Desde entonces, ninguna otra se había instalado en la comarca. Allí se vivía en paz, y más años que en otras regiones vecinas. Algonde no sabía qué pensar. Visiblemente, la bruja sabía muchas cosas. ¿La habría sorprendido con Melusina? ¿Cómo conocía la verdadera identidad de Marthe? El hecho de que la temiera era en sí mismo un argumento a su favor. Su mirada recorrió el rostro vendado de Mathieu. Desde que le había suministrado la poción sobre la lengua, parecía de nuevo relajado. Se inclinó sobre sus labios y le dio un beso. Ella no había deseado aquello. No había pedido nada. Justo durante un instante, en lo más profundo de su miedo, había esperado que se hiriera para que tomara conciencia del riesgo al que aquel oficio le exponía. El gavilán no había entendido nada. Nada de nada. ¿Era incontrolable?

Una mano sobre su hombro. Su madre se arrodilló a su lado.

—Primero atacó al ojo, como en el caso del amante de Melior —murmuró en voz queda.

Las lágrimas brotaron en el acto en los párpados de Algonde. El paralelismo era significativo y, sin embargo...

—¿Por qué lo habría sacrificado, madre? ¡Melior tenía un motivo y yo no! Sabes cuánto le quiero —gimió la jovenzuela ofreciendo a su madre su rostro devastado.

Gersende sacudió la cabeza, con los ojos achicados en las órbitas hundidas por la pena.

—Ciertas cosas superan el entendimiento, Algonde. Parece que el gavilán ve más allá de nuestras emociones. Es peligroso.

—¿Crees que había algo maléfico en Melior?

—Creo que todos tenemos algo maléfico.

Algonde se estremeció.

—También ha atacado a Philippine.

—Acaba de explicármelo. Tienes que ser precavida, Algonde. No tengo los poderes que tú has heredado, pero te conozco bien. Sé que no me lo has explicado todo y sé que tienes miedo del mañana. Esa carga te está reconcomiendo, se ve a leguas. Si dejas que te transforme, si pierdes tu verdad, en ese caso la oscuridad que habitó el corazón de las tres hermanas te devorará entera.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Algonde. Pasó un dedo por la mejilla rasposa de barba de Mathieu. Su voz se volvió un murmullo.

—¿Y si ya fuera demasiado tarde...?

—Nunca es demasiado tarde. Está vivo. Y os amáis.

—Pero pertenezco a Philippine, ya lo sabes.

Gersende le dirigió una mirada clara. Era toda ternura.

—Sólo sucederá lo que deseas que suceda, no lo que quieran imponerte.

—Eso es lo que creía, pero ya no estoy segura de ello. Tengo la impresión de que no controlo nada.

—¿En quién confías?

—En cualquier caso, en Melusina no. Ni en la profecía. Algo suena a falso. ¿Dónde, qué? Lo ignoro, pero soy consciente de que se me oculta algo, que me están manipulando. Ya no me reconozco a mí misma, madre.

Volvió a hacerse el silencio. Un silencio intenso de reflexión común. Gersende lo interrumpió.

—Todo cuanto sé me viene de lo que Melior quiso transmitir a su descendencia. Nunca he tratado de comprender el sentido. Tal ü hubiera debido hacerlo. Pero ¿cómo hubiera podido prever que serías tú quien la reemplazaría? A decir verdad, casi había llegado a olvidar toda esa historia. Era para mí como una de esas canciones de cuna que se transmiten de madre a hija. Nada más. No te equivoques, Algonde. Como a ti, desde que lo sé, la angustia me provoca un nudo en el estómago. Todas las madres sueñan con un gran destino para sus hijos. Yo debería ser una de éstas. Y no lo consigo porque siento que estás en peligro. Aún peor, desgraciada, tú mi ruiseñor, que hasta ahora eras toda alegría.

Sus dedos se entrelazaron, tristemente cómplices.

—¿Qué debo hacer, madre?

Gersende sacudió la cabeza y suspiró.

—Desgraciadamente, no tengo respuesta a esa pregunta.

—Si pudieras matar al gavián, ¿lo harías?

Los ojos de Gersende recorrieron el ojo cerrado de Mathieu. En aquel sueño letárgico parecía en paz. Incluso sonreía.

—Si fuera posible, sí, sin dudarlo —acabó por responder.

—¿Has visto lo que ha sucedido?

—Sacudía una sábana en nuestra ventana, frente a la palestra. Mathieu se ofrecía al sol con los brazos abiertos, una sonrisa en los labios y los ojos cerrados. No le ha visto llegar. Yo sí. He tratado de desviarlo con toda la fuerza de mis pensamientos, esperando que hallarían un eco en los tuyos. Un instante el gavián ha vuelto la cabeza hacia mí, como si sintiera mi influencia pero se negara a escucharla. He gritado para alertar al halconero, pero ya era demasiado tarde. El grito de Mathieu aún resuena en mis tímpanos. ¡Ha sido tan rápido! Antes incluso de que se diera cuenta, el pájaro ya había remontado el vuelo.

—Yo no lo controlaba, madre. Estaba con Philippine y Melusina cuando ha sucedido —confesó Algonde.

Gersende no preguntó nada más. Comprender lo que acababa de suceder era más urgente. Sus cejas se fruncieron ante un recuerdo furtivo.

—Antes de bajar las escaleras me ha parecido ver a Marthe junto a la palestra. Pero estaba tan trastornada que no podría jurarlo.

—Ella no tiene ese poder, madre.

—¿Quién, entonces?

Algonde no respondió. Por espantosa que fuera aquella hipótesis, ésta le ahorra parte de la responsabilidad. ¿Había que llevarse a engaño?

Se disponía a hablarle de la bruja cuando oyeron unos pasos leves. Algonde volvió la cabeza. Philippine acababa de entrar.

—Sidonie me manda a buscaros —susurró.

Gersende se puso en pie de inmediato para responder a la llamada de la baronesa. Philippine se acercó a la cama.

—Parece tan tranquilo...

Algonde se encogió de hombros.

—Lo estará menos cuando se despierte y descubra lo sucedido.

—¿Puedo quedarme contigo? —preguntó Philippine.

—No es vuestro lugar, señorita.

Philippine se encogió de hombros.

—Tienes razón, debería estar en el suyo...

—No es lo que quería decir.

—En ese caso, déjame velarle. Ahora los tres estamos unidos.

Algonde no tuvo ánimos para rechazarla. Unió las manos en oración a ejemplo de su señora y bajó la cabeza. Había tomado una decisión. Su pensamiento cristalizó sobre la escuadra de Dumas.

Desde que se abrían nuevos puertos en el Mediterráneo, el de Aigues-Mortes, durante mucho tiempo el único puerto francés, se había convertido en refugio de bribones de la peor calaña. Algunos se entremezclaban con la población de marinos, para engañar a todo el mundo, ojo avizor, a la espera de enrolarse en un rico navío a punto de partir. Durante la travesía, atentos al menor detalle, rapiñaban información acerca del cargamento y la ruta y luego huían en el primer fondeadero para vender a los piratas lo que habían averiguado. Enguerrand lo sabía, y franqueó la puerta frente al mar entre la torre de los Borgoñones y la del Polvorín, bajo un cielo plomizo. Desde que llegara a la ciudad, estaba atento a cuantos se acercaban demasiado a los costados de su caballo. Ya, en la misma plaza principal, había visto a un cortabolsas apoderarse de los dineros de un peregrino y desaparecer a la sombra de la iglesia de Notre-Dame des Sablons, entre los gritos de la víctima y sin que nadie hiciera algo por detenerle. Le entraron ganas, pero en aquel día de mercado la muchedumbre era tan compacta que le pareció infranqueable. Juzgó más seguro mantenerse alerta para no acabar también él sin bolsa.

Llegó al puerto abarrotado. Una decena de navíos ondeaban sus banderas. La mayoría eran venecianos. Y otros, catalanes y genoveses, recordaban que san Luis recibió ayuda para construir aquella fortaleza. Al paso de su caballo, Enguerrand bordeó los tenderetes hasta llegar a los tinglados. Entre las cajas, los toneles y los fardos que se cargaban a espaldas de un hombre, las ratas huían de un lado a otro perseguidas por chavalines andrajosos armados de tirachinas. Un tipo de barriga prominente, con los brazos en jarras y un látigo largo colgando de su cinturón de tela, daba unas monedas a uno de ellos como recompensa por la captura de las ratas. Pardiez, era bien sabido que una presencia excesiva de esos animales a bordo de un navío podía arruinar el cargamento antes de llegar a su destinatario. Si no podían ser erradicadas, al menos había que tratar de contenerlas. Las que aquellos granujas no podían atrapar serían presa de los gatos en los muelles o en los navíos. Todo eso que se había ganado.

Enguerrand abordó a uno de los chavales, que le indicó que un navío con los colores de los hospitalarios fondeaba al final del muelle.

Se dirigió hasta allí entre una nube de especias. Roído por la plaga, el cabo de uno de los aparejos que servía para descargar un barco procedente de Oriente acababa de romperse. El fardo se había estrellado contra el muelle, felizmente sin causar víctimas. Sin embargo, se habían perdido la pimienta, el clavo, la canela y el jengibre. Enguerrand siguió su camino, estornudó una vez, dos veces, tres veces. A la cuarta le respondió el agudo silbido del látigo. A todas luces, el que manejaba el aparejo conocería el destino de las que lo habían roído.

—¡Ah del barco! —gritó utilizando sus manos para amplificar la voz.

Insistió hasta ver aparecer una cabeza por la borda. Un grumete. El chiquillo abrió los ojos como platos y desapareció. Un instante después, un hombre descendió la

pasarela barriendo el muelle con una mirada de sorpresa.

—¿Dónde están los turcos? —preguntó a Enguerrand.

—Allí donde deben estar, en Oriente, me imagino —se burló el caballero de Sassenage.

La respuesta le hizo fruncir el ceño al hombre, que le observó con mayor detenimiento.

—No sois Philibert de Montoison.

—No, que yo sepa.

El hombre sacudió la cabeza, visiblemente azorado por su confusión.

—Disculpadme. Soy el capitán Richard. ¿Qué puedo hacer por vos, caballero?

—Llevarme a Rodas. Pagaré el pasaje.

El hombre dudó.

—Resulta que ya espero pasajeros.

—Ese señor de Montoison, me imagino. Y unos turcos...

El capitán apretó los dientes. Él, el viejo lobo de mar, se había comportado como un imbécil. Aquella misma mañana, el teniente Luirieux, avanzadilla del grupo, acababa de anunciarle su inminente llegada y le había exigido la mayor discreción. Si dejaba que aquel tipo se marchara y lo fuera contando por ahí, sería a él a quien castigarían. Por otro lado, embarcarlo sin decir nada... Claro está que el teniente no había mencionado el nombre de Philibert de Montoison. El capitán Richard, sin embargo, sabía que este último no apreciaba que sus órdenes no se cumplieran. Suspiró, aburrido.

—Hallaréis a sire de Luirieux en la taberna de los Tres Escudos. Id a verle para vuestro asunto. Él os fijará el precio y las condiciones de la travesía.

—Los Tres Escudos...

—Es la que está junto a la torre del Polvorín.

Enguerrand asintió con la cabeza y dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Tranquilo, capitán. Soy un hombre de honor y no hablo bajo los efectos del alcohol ni a la vista de una bolsa de dinero...

Con esto, dio la vuelta y recorrió el muelle.

Halló a Luirieux a la mesa frente a una escudilla de sopa de tocino, entre marinos borrachuzos que echaban el ojo a los culos de las chicas de la vida mientras brindaban con sus jarras de cerveza. Se sentó en el banco frente al teniente, tras preguntar al posadero, que le indicó. Luirieux alzó la cabeza, frunció el entrecejo, y luego se llevó la cuchara a la boca. Un hilillo de caldo se deslizó entre los pelos de su barba morena y no se tomó la molestia de limpiarse.

—Sé que hay un barco que zarpa hacia Rodas y que debo dirigirme a vos para embarcarme en él mismo.

—¿A título de qué? —preguntó Luirieux inmediatamente a la defensiva.

Las órdenes que tenía eran estrictas. Desconfiar de todos. De los espías potenciales.

—Deseo poner mi espada al servicio de los hospitalarios. Soy el caballero Enguerrand de la Tour-Sassenage.

Luirieux estuvo a punto de atragantarse, pero se recuperó de inmediato. El parecido no le había engañado. A la vista, sin embargo, de lo que le había contado Philibert de Montoisson, dudaba de que éste diera saltos de alegría al ver aparecer a su progenitura como una seta. Era mejor, pues, alejarlo. Si era de confianza, sería un buen recluta en Rodas, de lo contrario, siempre estaría a tiempo de hacerle desaparecer. Luirieux no era precisamente un tipo sentimental.

—El barco levará anclas dentro de tres días. Si sois quien pretendéis, la travesía no os costará nada.

Enguerrand asintió. Tras la aparente generosidad, la amenaza era obvia.

—Allí estaré —dijo, acercando la nariz a la escudilla humeante que una de las sirvientas le acababa de traer.

Luirieux terminó la suya en silencio antes de ponerse en pie. A todas luces no deseaba hacer amigos ni dar pie a confianzas. Así pues, se trataba de un asunto importante, pensó Enguerrand, antes de llamar al tabernero, que pasaba cerca de él. Necesitaba una habitación hasta la partida y aquel tugurio le convenía como cualquier otro...

## Capítulo 35

El gavilán había muerto. El barón lo llevó al castillo como un trofeo. Habían batido los caminos con un señuelo que el halconero había preparado para atraerlo. Durante varias horas, sin embargo, el pájaro no se había dignado aparecer. Luego, al caer la tarde, salió de la nada, comenzó a sobrevolar al grupo en lentos planeos, amenazándolos con sus chillidos, fuera de su alcance. Nadie se explicaba por qué súbitamente decidió posarse sobre un tronco de árbol decapitado, a unos pasos de los arqueros, ni por qué extendió las alas. Sólo recordaban sus gritos agudos, desgarradores, mientras les ofrecía su pecho para la venganza.

Cayó hacia atrás, empujado por la fuerza del tiro que le alcanzó. Y acto seguido se produjo un extraño silencio, como si el bosque entero estuviera de luto y maquinalmente, como se hace para conjurar un maleficio, el barón de Sassenage se santiguó. Luego el halconero fue a recogerlo.

Desde entonces, la rapaz se descomponía en el patio. La punta de una lanza había reemplazado a la flecha y lo sostenía en vertical frente a la casa del panetero donde, lentamente y gracias a la medicación de la bruja, Mathieu se recuperaba. Algonde no se había apartado de él ni un momento. Philippine en contadas ocasiones. No sólo había permitido que su camarera librera, sino que se reunía con ella en cuanto había desayunado. Ni el barón ni Sidonie habían tenido valor para recordarle que no era lugar para una damisela, puesto que ella consideraba que era su actuación más apropiada. ¿Acaso no tenía cierta experiencia en el cuidado de heridos?

Al cabo de menos de una semana, Algonde debía contraer matrimonio con Mathieu. Gersende se había negado a postergar la fecha y esperaba, como todos en el castillo, que la cantimplora de cuero se vaciara y que el jovenzuelo abriera el ojo que le quedaba.

El día había llegado y Algonde, que le había vertido la última gota una hora antes, se retorció las manos. Estaba extenuada después de no haber dormido durante tres días. Gersende le propuso relevarla pero ella se negó. Sólo ella, le había dicho la bruja, y persuadida de que había una razón para ello, Algonde se resistió a darse por vencida. Sólo abandonaba al jovenzuelo cuando sus necesidades naturales se lo exigían.

Una presión en sus dedos. Un estremecimiento del brazo. Algonde tenía el corazón en un puño.

—Sed... —Fue la primera palabra de su prometido.

Philippine tomó otra cantimplora llena de agua pura y se la tendió a Algonde antes de desaparecer de puntillas. Aquel momento les pertenecía a ellos. No quería robárselo. Le bastaba haber insistido ante su padre para que Mathieu se quedara en Sassenage cuando ellos partieran. Fue también la petición que hizo el maestro panetero. El barón se rindió a sus argumentos. La minusvalía de Mathieu no le permitiría formar parte de la soldadesca. Allí podría ayudar a su padre, de una manera

u otra. Jacques le sugirió a Philippine separarse de Algonde. Había muchas jovencitas que se sentirían honradas al reemplazarla. Philippine trató de hacer gala de compasión y de caridad, pero aquello le parecía tan insoportable que de momento había renunciado. Se lo echaba en cara. Amargamente. Y esperaba de todo corazón que, llegado el momento, las oraciones la ayudarían a hallar las fuerzas que le faltaban para dejarlos juntos y en paz.

—Sed —repitió Mathieu, antes de notar en los labios el gollete de la cantimplora.

Dio varios tragos largos mientras Algonde le sostenía la cabeza. Cuando pretendió alejar el objeto con su mano derecha para indicar que ya tenía suficiente, el vendaje frotó contra su barba. Abrió el ojo sorprendido y vio el rostro de Algonde frente al suyo. Recuperó la memoria al instante, ayudado sin duda por aquella visión parcial.

—El gavilán... ¿Sucedió de verdad, no?

Ella asintió con la cabeza y quiso darle un beso en los labios, pero él apartó el rostro.

—Quiero verlo.

—Aún es pronto, Mathieu.

—Ve a buscar un espejo... Por favor, Algonde —insistió.

Ella se puso en pie, resignada. Hoy o mañana, ¿qué más daba? Salió de la casita contigua al horno, y pestañeó ante el sol de mediodía. Jean se acercó a ella de inmediato, limpiándose sus grandes manos en el delantal.

—Se ha despertado —dijo ella.

El panetero llamó a su hijo pequeño, que inmovilizó su gesto. Entraron juntos en la casa y apartaron la cortina tras la que dormían los tres. Los tres y Algonde, desde lo sucedido. Sin echar una mirada al gavilán al que había condenado, ésta fue rápidamente hasta el torreón, respondiendo afirmativamente a cuantos se cruzaron con ella y que, como ella, habían contado los días del calendario de la bruja.

Al regresar, Mathieu se había sentado en el borde de la cama y había deshecho el vendaje de la mano. Un silencio mortal sumía a los tres hombres mientras examinaba la herida. La carne se había pegado en torno de los hilos con los que la bruja le había cosido. La cicatriz no tenía mal aspecto, pero tal como había pronosticado la anciana, los dedos no respondían. El panetero se apartó para dejar pasar a la jovencita.

Algonde se aplicó con delicadeza a desenrollar el segundo vendaje. Ella también deseaba saber. Apretó los dientes al descubrir el ojo tumefacto, el arco hinchado, los hilos que colgaban del párpado por la parte exterior y lo unían a la sien. Controló el temblor de sus dedos para tenderle el espejo. A siniestra.

Mathieu se examinó concienzudamente sin decir palabra.

—Lo han matado, ¿sabes? Se pudre frente a nuestra puerta y le escupo cada mañana —dijo su hermano.

Mathieu alzó la cabeza y de repente, inesperadamente, se echó a reír con una

carcajada que les dejó más sorprendidos que un sollozo.

—Al ver vuestras caras creí que estaba desfigurado. ¡No es más que un rasguño!  
—se burló de sí mismo, depositando el espejo sobre la colcha.

No quisieron llevarle la contraria. Más aún puesto que se puso en pie y se desperezó como si nada hubiera sucedido.

—Tengo un hambre canina. Estoy seguro de que maese Janisse tendrá algo para saciarla.

—Déjame que te vende...

A despecho de la rigidez de sus dedos y, sin duda, del dolor, Mathieu la abrazó con el brazo derecho y la atrajo hacia sí.

—Nada. Me encuentro perfectamente bien. ¿Qué te apuestas a que están esperando a que salga? Pues que me vean. No hay nada mejor que el aire puro para secar las heridas. Vamos a ver a ese maldito bicho —añadió restregando la pelambreira de su hermano.

—¿También le vas a escupir?

—Me iría mejor mear, la verdad. Tengo la vejiga a punto de estallar. Por Dios, Algonde, ¿cuánto tiempo hace que no te he dado un beso?

—Tres días —le respondió su padre que, como a Algonde, no le gustaba esa despreocupación de la que hacía gala el muchacho.

Ambos le conocían lo suficiente para adivinar la angustia que el orgullo ocultaba.

Salieron los tres y, bajo la mirada de aquellos que le conocían desde la infancia y esperaban, como él había adivinado, a que les dieran noticias, Mathieu se abrió la bragueta con la mano izquierda, literalmente, ante el cadáver del gavián.

Meó alegremente mirando al cielo, entre las risas de los mirones, y Algonde tuvo que batallar para domeñar los sollozos que se apelotonaban en su garganta con la certidumbre de que algo en él se había roto para siempre.

Se pavoneó durante todo el día, contando a quien quisiera escucharle su aventura, mostrando ostensiblemente sus cicatrices, tanto que al caer la tarde tenía la lengua seca, las heridas ligeramente sanguinolentas y su ojo válido dolorido por haber tenido que compensar la falta de visión del otro. No se quejaba, sin embargo, e incluso le aseguró a sire Dumas que estaría en condiciones de proseguir su entrenamiento en La Bâtie en cuanto le quitaran los puntos.

—Mañana mismo vuelvo a la palestra. Es hora de que mi siniestra aprenda lo que la diestra ya sabe —añadió con una carcajada.

Sire Dumas no osó responderle. Todos disimularon. Mathieu exageraba. Y esa exageración, a la inversa de lo que pretendía, era aún más penosa que la triste verdad.

—¿No quieres que hablemos de ello? —aventuró Algonde cuando le acompañaba a casa de su padre tras cenar con él y con maese Janisse en la cocina.

El maestro cocinero era sin duda el único en el castillo que se había dejado

engañar pues les quería mucho a los dos. Había anochecido y faltaba poco para el toque de queda. Él se plantó frente a ella.

—No es de hablar de lo que tengo ganas contigo.

—Por favor —dijo ella.

Él adoptó un semblante grave.

—Puedo acomodarme a cualquier cosa, Algonde, si tú me amas como antes.

Ella se echó en sus brazos.

—Mientes, mientes, pero haré lo que quieras.

Él buscó la sombra de la torre y barrió con su único ojo la oscuridad. No había nadie. En la modesta vivienda de su padre ya habían espabilado el candil. La llevó contra el muro y le arremangó las enaguas riendo sarcásticamente.

—Lo ves. Siempre me las apañaré para que goces de mí.

Le hizo daño. Demasiado torpe, apresurado, desgraciado. Al igual que él antes, fingió hasta que hubo acabado.

—Te quiero, Algonde. No te preocupes por mí. Ahora va todo bien, así que vuelve a tu casa, necesitas dormir —y se despidió de ella con un último beso en el cuello.

Ella asintió con la cabeza. Estaba agotada. Él se dio la vuelta y se alejó silbando, dándoselas de valiente. Un rayo de luna iluminó la macabra silueta del gavián. Por un instante, con aquella luz y con la rigidez que le proporcionaba el empalamiento, pareció que estaba vivo, a la espera de su hora. Mathieu ni lo miró y cerró la puerta tras él, determinado a su soledad. Algonde se despegó de la muralla y fue a acostarse.

Cem se impacientaba por llegar a destino. El paso monótono de los caballos acompasado al de las mulas acababa por exasperarle. Su único placer eran los altos en el camino. No en posadas o monasterios, sino al raso, como le gustaba hacer antaño, en su país.

—La decisión de dirigirnos a ese castillo nos ha sido dictada por la prudencia, Cem. Vuestros enemigos os buscan en nuestras encomiendas, y había que despistarles. Abandonaremos Poët-Laval de noche para no despertar sospechas y haremos camino hasta la siguiente, alejados de las grandes rutas. Somos numerosos y bien armados, así que los bandoleros nos evitarán —le explicó Guy de Blanchefort.

Cem asintió y subrayó con una sonrisa:

—Confesad, gran prior, que teméis más encontraros con el duque de Savoya que con algún enviado de Beyazid.

Su amistad era creciente y Guy de Blanchefort le dio la razón y añadió:

—Aunque penséis lo contrario, sigo siendo quien más os desea lo mejor en este mundo terrenal. Sean cuales sean las manos en las que podáis caer, sólo serían guiadas por intereses personales, astucias o mentiras. La verdad es que nadie desea que reemplacéis a Beyazid. Lo único que anhelan es poder obligarle a cumplir sus acuerdos y mantener la paz que vuestro cautiverio ofrece a la cristiandad.

Cem sabía que llevaba razón. Cuanto más examinaba la situación, más la veía desde ese mismo ángulo. Sólo sus amigos se negaban a escucharle y se mantenían en alerta, dispuestos ante una eventual emboscada. Hasta entonces, no había tenido lugar.

Sobre su campamento dispuesto en un arco de círculo, una miríada de estrellas auguraba de nuevo un día espléndido. El último antes de avistar Rochechinard.

—No os preocupéis por su apariencia, príncipe. Se trata de un nido de águilas sobre un promontorio. Inexpugnable. Austero. Os sorprenderá, a vos que estáis acostumbrado a palacios tornasolados.

Cem se ensombreció.

—¿Para qué desesperarme ya?

—Para que no me acuséis de traición. Hace sólo unos días, vuestros sentimientos para conmigo me eran indiferentes. Hoy, a favor de la amistad que os profeso, me apenarían.

—En ese caso, a falta de resentimiento, sólo me quedará la cólera.

—Sin duda, pero se os pasará en cuanto os asoméis a la ventana de la torre. El castillo se asienta sobre el valle del Isère y las tierras del barón Jacques de Sassenage. Son las más bellas del Delfinado. Os aseguro que obtendré autorización para que podáis cabalgar y cazar en ellas. Su castillo de La Bâtie está a sólo unas leguas. Las fiestas que allí se celebran tienen gran renombre. Cumpliré mi promesa. A pesar de la desagradable impresión que os llevaréis vos y vuestros compañeros al llegar al pie del castillo, en Rochechinard seréis feliz, al menos tan feliz como podáis serlo en vuestro exilio.

Guy de Blanchefort le había convencido. ¿Qué importaba la fortaleza si podía evadirse de la misma a su conveniencia?

Cem cruzó los brazos bajo la nuca, con sus ojos muy abiertos mirando las nubes. Junto a él, Anuar, Huchang y Nasuh roncaban, profiriendo agudos uno y graves los otros dos. Sus mujeres dormían bajo una tienda para proteger sus pieles delicadas de los mosquitos. Eran las únicas. Al igual que los turcos, los hospitalarios dormían en el suelo sobre una manta, guardados por los centinelas que rodeaban el campamento. Siguió el rastro furtivo de una estrella fugaz. Casi le pareció hallarse en las montañas de Anatolia. Cem grabó aquella imagen y se adormeció soñando que Guy de Blanchefort había tenido razón la víspera al observarle que a pesar de sus excepcionales dotes de combate, su alma era más de poeta que de guerrero.

El navío partió de Aigues-Mortes en pleno día y, a pesar de su determinación, Enguerran sintió un estremecimiento al ver alejarse el litoral batido por las aguas tranquilas del Mediterráneo. No había visto a los turcos al embarcar. Luirieux le saludó con un movimiento de cabeza y el capitán le indicó un jergón en el puente inferior de la carabela, entre los de los marineros. Lejos de los demás pasajeros. A la hora de la comida, compartió la habitual de los marineros, galleta, pescado salado y

verduras, regado con vino, sin quejarse. Hubiera podido hacer gala de su bolsa y de su condición para obtener un trato mejor, pero ni lo consideró necesario ni le apeteció hacerlo, al juzgar que sin duda querían ponerle a prueba. ¿Acaso no era eso además lo que había ido a buscar?

Luirieux se presentó a él al anochecer.

—Venid —le dijo.

Enguerrand no hizo preguntas. Se levantó de su cama entre la indiferencia general y le siguió hasta el camarote del capitán. Éste les esperaba, al igual que una mujer de extraordinaria belleza, sentada sobre el cuero gastado de una banqueta. La mujer le saludó con una mirada penetrante. Él respondió con un leve movimiento de cabeza.

—Dado que tenéis intención de uniros a la Orden, tengo una misión que confiaros —anunció sin más preámbulo Luirieux en cuanto la puerta cerrada les aisló a los tres.

—Os escucho —aceptó de inmediato Enguerrand.

Luirieux se volvió entonces hacia la joven.

—Ésta es Munia. Es hija de un importante dignatario mameluco en Egipto, cercano al sultán Keït Bey y esposa de un príncipe otomano de cuya protección se encarga la Orden. Por razones políticas que sería muy largo explicaros, ha sido repudiada y condenada a una muerte segura por su esposo. Uno de los jenízaros del príncipe ha recibido órdenes de asesinarla en el curso de la travesía. Si uno de nosotros tratara de impedirlo, eso crearía un incidente diplomático. Si, por el contrario, alguien ajeno al asunto se interpusiera entre ella y ese hombre en el momento en que tratara de asesinarla, no tendríamos nada que reprocharnos y podríamos decir que se había tratado de un desgraciado azar.

—Os estaré infinitamente agradecida, caballero —susurró la egipcia en lengua franca.

—Supongo que el hombre debería desaparecer.

—En efecto, sería preferible.

—Sea. Consideradme desde ahora mismo vuestro servidor —aseguró Enguerrand.

A cambio recibió una mirada aterciopelada que le trastornó más de lo que hubiera imaginado.

Al salir de allí, más de una hora después tras una sólida colación y la promesa de un lecho más digno de su rango junto a los hospitalarios, tenía el espíritu más animado.

A todas luces, había tomado la decisión correcta, y ya no dudaba de que le aguardara un destino alto y noble.

## Capítulo 36

Lo primero que vio Algonde al abrir los postigos interiores de su habitación fue, a lo lejos, la palestra. Lo segundo, la silueta de Mathieu que pasaba junto a una bala de paja putrefacta para adentrarse en la liza. Con un braquemarte al hombro izquierdo, avanzó hacia el centro con paso decidido, se detuvo y con las piernas abiertas miró al sol naciente con un movimiento inseguro. Algonde le contempló un rato dar golpes de sable al aire, con el rostro atenazado por el esfuerzo que le imponía la torpeza de sus gestos. Le ofrecía su perfil intacto y orgulloso. Sin embargo, al volver el rostro en dirección a ella, se echó a un lado, con el corazón palpitando aceleradamente, como una chiquilla a la que hubieran pillado en un renuncio. Si había ido allí, a aquella hora en la que el castillo apenas comenzaba a despertar, era evidentemente para medirse a su minusvalía sin testigos. Mathieu frente a él mismo. Con el corazón en un puño, se negó a seguir mirando. Tras la cortina, resonaron sobre la madera los pasos de su madre y se detuvieron. El sonido de la tela al deslizarse. Gersende se vestía. Algonde aguardó unos minutos y luego se reunió con ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Gersende al verla aparecer, sin tantas huellas de fatiga que la víspera, pero aún muy pálida.

—Está ahí afuera...

Gersende asintió. Aquello le bastaba para comprender su tormento. No habían tenido ocasión de encontrarse a solas desde el día del ataque del gavilán. Sólo se cruzaron una mirada cuando el barón llegó al castillo con el gavilán. Una pregunta en la mirada de Gersende, sorprendida, y una afirmación en la de Algonde. Sin explicaciones. Una simple constatación. Gersende pareció aliviada.

—No se irá contigo. Jean se opone a ello. Y Philippine también.

Algonde no se sorprendió.

—¿Lo sabe él?

—Aún no. Creo que el barón te aprecia mucho y que se reserva su decisión durante unos días más, el tiempo de ver cómo evolucionan las heridas. El ojo no supone mayor problema, pero la mano sí. A menos que sea ambidextro.

—Tú y yo sabemos que no es el caso.

—Podrías tratar de convencer a Philippine de prescindir de ti.

Algonde se encogió de hombros.

—Las cosas serán como deban ser, madre. Se acostumbrará.

Gersende la atrajo hacia ella. La jovencueta se embriagó del perfume de su piel. Primavera como las flores olorosas que Gersende ponía entre sus sábanas. Olor de infancia. Tranquilizador. Gersende la acunó con ternura.

—Maese Janisse estará contento de prepararte el desayuno. La idea de tu próxima marcha, sumada a este drama, le tiene desesperado.

—No tengo mucho apetito, madre.

—Abandonarte no cambiará las cosas, mi ruiseñor.

Cuánto hubiera deseado Algonde quedarse allí, para siempre, entre aquellos brazos gruesos. Cuánto echaría en falta a su madre. Y, sin embargo, se soltó de su abrazo.

—¿Qué sabes de la bruja?

Gersende le sonrió.

—Nada más que lo que se cuenta. Es una buena mujer. Tu padre siempre pensó que ella le había dado a luz, pero ella no lo confesó nunca.

La frente de Algonde se arrugó.

—No sabía que fuera un niño abandonado...

—Fue mi propia madre quien lo recogió a orillas del Furon. Nos criamos juntos de su leche. Nuestro matrimonio estaba cantado. Era un chico taciturno, pero nos amábamos. Una tarde regresó del trabajo abatido, refunfuñón. Algo había ocurrido. Nunca quiso decirme qué sucedió. Y a partir de ahí todo se fue degradando entre nosotros, cuando empezó a beber.

—¿Crees que podía estar relacionado con la bruja?

—No. Estoy segura de que no. Ella siempre nos ha tratado bien.

Algonde le dio un beso cariñoso en la mejilla.

—Dile a maese Janisse que iré, más tarde.

—¿Por qué me has hablado de ella?

—Ya te explicaré —le prometió Algonde dirigiéndose hacia la puerta.

Fanette la había sustituido al servicio de Philippine durante aquellos días. La baronesa no la esperaba. Algonde disponía de tiempo para resolver aquel misterio y dar con la manera de ayudar a Mathieu a aceptarse.

En el descansillo se encontró frente a frente con Marthe, que se dirigía a la cocina a desayunar. La harpía le dirigió una sonrisa maligna.

Desde la ventana de la habitación de Mathieu, al día siguiente del ataque, Algonde vio a Marthe aproximarse al gabilán. Su rostro traicionó su desazón ante la garra amputada de la rapaz, que confirmaba lo que habían dicho los soldados de Dumas. Algonde se alegró de ello. Aquel palo en las ruedas de las certidumbres de ambas probaba que no se equivocaba. Tras la profecía se ocultaba alguna otra cosa. O alguien, además de las protagonistas que hasta entonces le habían presentado. El único medio de averiguarlo era ir a casa de la bruja, puesto que Algonde ahora estaba convencida: era la bruja quien tenía la llave del misterio.

Adelantándose a la hiel que pudiera expulsar la boca de Marthe, Algonde le dio un leve empujón. Sin disculparse, descendió las escaleras de cuatro en cuatro.

La bruja vivía junto a una fuente, en una cabaña de troncos en pleno corazón del bosque que cubría la ladera de la montaña al sudoeste. Se accedía a ella por un estrecho camino entre coníferas. La jovencuela tomó aquel camino en cuanto hubo franqueado la muralla del castillo. Veinte minutos más tarde, llamaba a la puerta

carcomida y nudosa de la cabaña, tan cubierta de musgo que se fundía con la vegetación circundante.

La puerta se abrió.

—Te esperaba —le dijo la anciana apartándose para dejarla entrar. Que recordaran los habitantes del pueblo, la jovencuela debía de ser la primera que tenía ese privilegio. En cuanto entró, le vino a la nariz un fuerte olor a especias. La estancia era oscura, amueblada someramente con una mesa cubierta de plantas y raíces, de frutas en una canasta y de una jarra de estaño junto a un bote de arcilla visiblemente lleno de manteca de cerdo. Un cofre antiguo de trabajados herrajes cubría una de las paredes hasta la repisa de una ventana de forma incierta, nacida de la intersección de ramas tortuosas de la construcción. Unas estanterías bajas en las que se apilaban botes de diferentes tamaños cubrían las otras paredes. De niños, Algonde y Mathieu se habían preguntado a menudo qué aspecto tendría aquel antro. Todo, incluso la chimenea a cielo abierto sobre la que gorgoteaba un líquido en un caldero negruzco, absolutamente todo era conforme a lo que su imaginación había concebido. Todo. Salvo la suntuosa cama con un dosel de cortinas de terciopelo de color ciruela y cubierto por una colcha de cuadros bellamente hilada. Aquello y una sorprendente limpieza.

—¿Te gusta el interior de mi casa? —se burló la anciana.

Algonde se sonrojó ante su indiscreción.

—Disculpadme.

—¿Por ser curiosa? Siempre lo has sido. Así que siéntate. Aquí podremos hablar sin que nos molesten.

Algonde se instaló en el banco que la bruja acababa de acercarle a la vez que echaba un vistazo inquieto a los ingredientes dispuestos sobre la mesa.

—No es más que una sopa para la semana próxima —se mofó de nuevo mientras depositaba las verduras en su delantal, que acababa de alzar por los extremos.

Con sus pasos lentos, arrastrando los pies, se fue a echarlas al caldo que hervía con especias. Cubrió el caldero con una tapa y, de un estante, cogió un vaso y una damajuana azul octogonal cubierta con una redecilla de hilo de plata. La destapó y vertió en el vaso un poco del líquido translúcido que contenía.

—Bébetelo, hará que te recuperes. Estás cadavérica.

Convencida por las palabras que Gersende le había dicho, Algonde obedeció sin discutir. En cuanto el elixir se deslizó por su garganta, se sintió revigorizada.

—Teníais razón respecto al gavilán. Está muerto.

—Lo sé. Fue una sabia decisión, Algonde.

—Fue decisión vuestra. ¿Por qué? ¿Porque hirió a Mathieu o porque mató a mi padre? Era vuestro hijo, ¿no es cierto?

La anciana asintió.

Algonde escrutó su rostro apegaminado. Devorada por las espesas arrugas que pesaban sobre sus párpados, la mirada de la anciana era de un azul puro. De una

dulzura sin edad. Sin malicia. Aunque se sintiera segura en aquel extraño lugar, Algonde no se dejó engatusar. Que fueran parientes no cambiaba nada. Al contrario. El misterio creado por la propia bruja era en sí mismo un motivo de sospecha.

—¿Quién me prueba que no lo habéis hecho sólo por venganza?

—No soy tu enemiga, sino de la harpía. ¿Eso te basta para confiar en mí?

—No, mientras no sepa quién sois en realidad.

—La única que sabe la verdad. Toda la verdad. Pero puesto que hay que convencerte...

Extendió los brazos, con las palmas de las manos abiertas hacia el cielo. Le bastó un encantamiento para que la habitación entera desapareciera en un halo azulado ante los ojos maravillados de Algonde.

Mathieu había luchado con su mano izquierda contra el maniquí hasta el límite de sus fuerzas antes de dejarse caer, jadeando, tras una bala de paja, al abrigo de las miradas. Temía las de los soldados, pero sólo algunos diablillos habían acudido a darle ánimos hasta cansarse de sus esfuerzos desesperados y retomar otros juegos. Dirigió su ojo abierto hacia su mano derecha y retorció la boca al ver que estaba hinchada y supuraba allí donde el hilo entraba en la carne. Era obvio que el sudor había infectado la herida. El dolor le ascendía hasta la axila. Trató una vez más de abrir los dedos, pero no lo consiguió.

Tal vez con el tiempo, trató de convencerse, a pesar de que aquella mañana su padre le había comunicado el diagnóstico de la bruja.

—Te queda el horno —quiso consolarle el panetero.

Mathieu comprendió lo que cabía sobrentender de aquello. La ira le subió de los pies a los dedos, pero no le llegó a la garganta. Su padre no era el responsable de aquello. No tenía por qué hacerle pagar lo sucedido. Mathieu se contentó con ir en busca de un braquemarte a la armería y medirse contra sí mismo.

Bajó la cabeza y cerró los ojos. La migraña era casi tan intensa como los dolores en el brazo. Se había comportado como un estúpido. La piedad que pudo leer en los ojos de Algonde cuando le quitó la venda se le había clavado como un puñal. Sus exagerados jadeos junto a su oreja, igualmente. Amaba demasiado su placer para no comprender que fingía. Ya nada sería como antes. Ni siquiera si recuperara el uso de los dedos o el ojo. Ni siquiera si Philippine aceptase que Algonde se quedara junto a él.

—Llevas razón poniéndote a cubierto, mocosos, apestas como la carroña —rió sarcásticamente una voz a siniestra.

Marthe.

Él alzó la cabeza apretando los dientes. Con los brazos en jarras, ella le tapaba el sol con su negra sombra.

—No quiero tus consejos —le espetó él.

Ella se acercó un paso más y se acuclilló para ponerse a su altura.

—Pobre Mathieu, incluso sin esta providencial carnicería, ¿creías que ibas a irte de Sassenage? ¿Que el barón te dejaría en la estela de su puta?

Mathieu se sobresaltó.

—Vete a escupir tu hiel a otro sitio, bruja, ¡no me engañarás con tus calumnias!

Ella se echó a reír.

—Llevas razón. Es mejor que tu Algonde siga con sus cosas. Cásate con ella para que el barón pueda preñarla cuando quiera.

La cólera estalló en las sienes del jovenzuelo e hizo desaparecer de golpe la migraña. Se abalanzó sobre Marthe para hacerla callar.

Desequilibrada por el repentino ataque, Marthe se halló debajo de él, aplastada por su peso.

—¡Mientes, mientes! —exclamaba mientras la estrangulaba con su mano útil.

En sus órbitas hundidas, la mirada se volvió sarcástica.

—¡Pobre loco! —dijo ella con el ligero aliento que aún le quedaba.

Ella hubiera podido deshacerse de él sólo con un gesto, pero la venganza se aproximaba. Unos pasos que se acercaban a la palestra, aquella silueta que había visto regresar del bosque con una sonrisa en los labios. Algonde buscaba a Mathieu. Aquella pécora iba a pagar sus impertinencias, por haber tratado de enfrentarse a ellas. Menuda idiota, que había creído poder escapar de ellas deshaciéndose del gavilán. No. Nada se interpondría en aquello que había tardado tantos siglos en orquestar con Melusina. Y menos que nadie aquel gañán.

Marthe tosió. Ignorando que no podía matarla, Mathieu se encarnizaba en su garganta, con la expresión transmutada por el odio. El mal. El mal se apoderaba de él. Cuando ella juzgó que ya lo había pervertido lo suficiente, se pinzó la nariz. El canto, como un hechizo, se deslizó hasta los tímpanos del jovenzuelo.

Atolondrado, el joven soltó de inmediato la tenaza, le arremangó las enaguas con impaciencia y, sin saber ni cómo ni por qué, clavó su verga brutalmente erecta entre los muslos de la infame.

Eso fue lo que Algonde descubrió al llegar a la palestra. Dos cuerpos unidos por un placer bestial y, al reconocerlos, se quedó petrificada. Su grito de sorpresa y de angustia se confundió con el de Mathieu, al que un goce desmedido encabritaba hacia el azur, frente a ella. Algonde no le reconoció aquel rostro devastado y se echó a temblar.

La voz de Marthe puso fin al encantamiento, en un último espasmo que dirigió el ojo tuerto de Mathieu hacia Algonde, a unos pasos de él. En el dolor sin nombre que pudo leer en la mirada de ella, tomó conciencia de lo que acababa de hacer.

—¡Nooo! —exclamó tendiendo su mano desgarrada hacia ella.

Pero ella ya se había vuelto para huir corriendo.

Se arrancó de aquel vientre mentiroso, incapaz de comprender lo que le había impulsado a hacerlo y, a pesar de sus heridas, retrocedió como un perro, a cuatro

patas, tan horrorizado como asqueado. Marthe se sentó y se relamió golosamente los labios que él le había mordido. Estaba jubilosa.

—¡Bruja, bruja! —repitió él poniéndose en pie como pudo, con la palma derecha ardiendo, ensangrentada por el roce de la gravilla.

Tenía una sola idea en la cabeza. Algonde. Alcanzarla. Justificar aquello inexplicable que ya le corroía.

—Ahora tú y tu ramera estáis empatados —se rió Marthe—, pregúntale si goza tanto con el barón...

Dio alcance a Algonde cerca del río. Hasta allí, y a pesar de sus gritos, no se había vuelto. Lloraba, sentada sobre la roca en la que él la pidió en matrimonio. Incapaz de seguir adelante sin desplomarse, él se apoyó un instante con su mano izquierda a un árbol junto al claro para recuperar el aliento. Al bajar la mirada vio su verga deshinchada que le pendía de la bragueta. Avergonzado, trató de guardársela con la derecha, pero sólo logró ensuciarla de sangre. La imagen lo paralizó. En aquel momento supo que Marthe había dicho la verdad. Aquella primera vez con Algonde hubiera tenido que dejarle rastro de su virginidad. Se estremeció ante aquella evidencia que aquel día le había pasado por alto. Algonde le había mentido. Súbitamente se explicaba mejor por qué la víspera había fingido. Desde el momento en que el barón la satisfacía, ¿qué tenía que hacer con un tullido? El ataque del gavilán había sido providencial para servir a los intereses de Algonde y del barón. ¿Hasta qué punto no lo habría ordenado el propio barón a su halconero? Ambos eran culpables de lo que le había sucedido, pero Algonde en mayor medida. Marthe llevaba razón. Aquella pécora sólo necesitaba un marido para ocultar sus torpezas. Ésa era la razón por la que se había acercado de nuevo a él tras haberlo rechazado tantas veces. Él, que se había sentido tan orgulloso... ¡Imbécil! Por el contrario, hubiera tenido que desconfiar. Recordar el beso que le diera una vez a Enguerrand. ¿O más de una vez? ¿Hasta qué punto podía confiar en ella? Fuera como fuese, ¡la pécora se había aprovechado lo suyo!

Desilusionado, apretó los dientes. El perdón que se disponía a pedir chocó de repente con el que no estaba dispuesto a conceder. Se abotonó torpemente y recorrió el espacio que les separaba.

—Tus lágrimas no me conmueven. Tú me has traicionado más de lo que acabo de hacer yo —refunfuñó, malvado.

Algonde se volvió hacia él. Sabía que Marthe habría hablado. Poco importaba cómo ésta había adivinado lo del barón. A pesar de cuanto ahora sabía, ya era demasiado tarde. No se lo negó.

—Me obligó, Mathieu.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Tenía miedo —confesó, desesperada ante la mirada de él, enloquecida.

—¿Por eso no querías verme aprender el oficio de las armas? ¿Para que no le

partiera la cara a tu amante?

—Te hubieran colgado.

—Buen negocio —se rió él, sarcástico, antes de lamerse la mano ensangrentada, provocador.

Algonde contuvo un sollozo. Aquel Mathieu era un extraño. Ella apartó la vista.

—Le mataré, Algonde. Me llevará el tiempo que sea necesario, pero le mataré. Sólo entonces podré perdonarte —amenazó.

—A mí no, no quiero convertirme en la esposa de un asesino —le dijo, alzando la cabeza, tratando aún de hacerle entrar en razón.

Él se rió bobamente. En su rostro desfigurado por el gabilán y por el odio, la angustia otorgaba un brillo salvaje a su mirada. La mirada de Algonde se detuvo en sus ojos un instante, llena de todo el amor que por él sentía. Él agitó la cabeza y se dio la vuelta.

—Ya puedes ir al cura y anular la boda.

Mathieu no reapareció por el castillo en todo el día. Tampoco los días siguientes. No pasó ni una hora, sin embargo, sin que Algonde aún le esperara. La víspera de la ceremonia, se fue a ver al padre Vincent para anularla. Nadie se sorprendió, en verdad. Alguien había visto al jovencuelo en la palestra, roto por sus vanos esfuerzos, patético. Corrió el rumor de que no lo había podido soportar. Otro rumor decía que se había ahogado, pero fue desmentido la misma tarde por un carretero que aseguró haberle visto andando por el camino en dirección a Grenoble.

—Ha debido de refugiarse en casa de su madrina en Fontaine. Ya sabes que siempre iba allí cuando os discutíais... Es orgulloso, Algonde, siempre lo ha sido —aseguró el panetero, abrazándola.

Algonde no tuvo valor de decirle la verdad. ¿Qué hubiera podido decirle, además? Lo esencial sólo se lo había confiado a su madre.

Aquel 17 de septiembre del año de gracia de 1483, con su escaso equipaje cargado en la carreta con el resto de los bártulos, Algonde se instaló en la banqueta de cuero de la litera junto a Philippine. Soportó frente a ella sin pestañear el rostro radiante de Marthe y, para complacer a Philippine, que trataba de consolarla por todos los medios, incluso rió una de las bromas de Sidonie.

Su destino estaba en marcha. El de Mathieu también. Volverían a encontrarse. Costaría sangre y lágrimas pero su amor, más fuerte que cualquier otra cosa, acabaría venciendo. Estaba segura de ello. Ya nadie volvería a engañarla. No. Nadie más.

Nunca.



MIREILLE CALMEL (1964) empezó a escribir con tan sólo ocho años. Como muchos autores, comienza discretamente su carrera con canciones, poemas, piezas de teatro, juegos... En el año 2002 aparece su primera novela, *La boda de Leonor*, de la que ha vendido más de un millón de ejemplares en Europa y que la consagró inmediatamente como una de las novelistas más admiradas y leídas del panorama literario actual. Con sus siguientes novelas, *El baile de las lobas* y *La hija del mar*, consiguió superar el millón y medio de ventas y la crítica francesa la calificó como «la nueva reina de la novela histórica». Sus novelas han sido traducidas a quince idiomas. En la actualidad, Mireille vive en Aquitania con su marido y sus dos hijos.